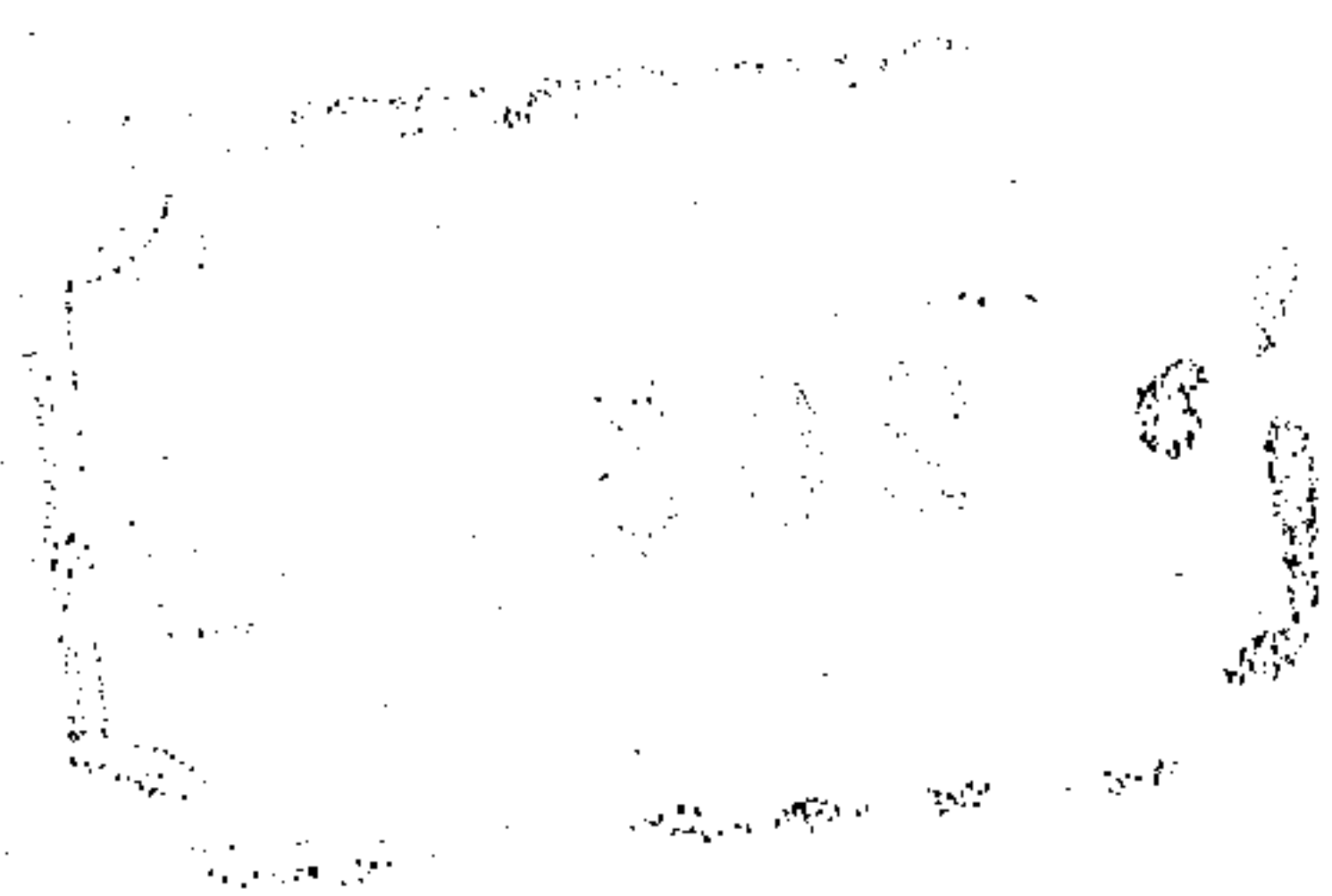


EL SUSPIRO DEL MORO



B-4500

4353

EL SUSPIRO DEL MORO

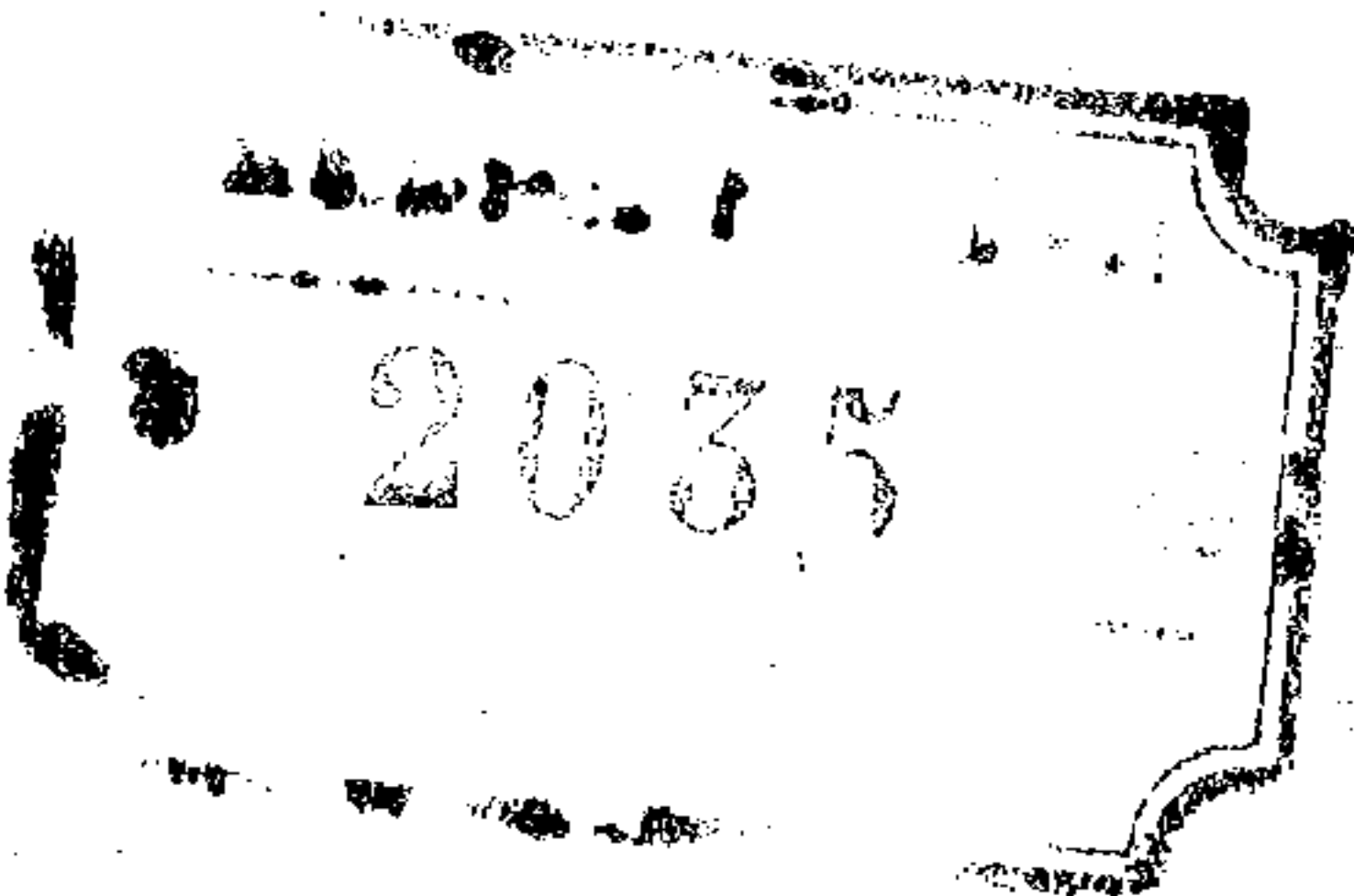
LEYENDAS, TRADICIONES, HISTORIAS

REFERENTES A LA CONQUISTA DE GRANADA

POR

EMILIO CASTELAR

—
TOMO II
—



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1886

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



CAPÍTULO I.

Los amores con Zoraya de tal modo absorbían el perturbadísimo seso de Hacem, que no trabajaba en los asuntos públicos ni acometía ninguna bélica empresa; ¡él! tan activo allá cuando Dios quería, en los meses de su primera mocedad y en los comienzos de su proceloso reinado. Atento á las maniobras y manipulaciones cortesanas, que necesitara emplear para el deseado logro de su amor, no atendía el cuitado á las nubes que se aglomeraban sobre su cabeza, ni á los terremotos que se advertían ya bajo su trono. En todo el tiempo necesario á la preparación del rapto no había el Sultán asistido á la mezquita; no había revistado las tropas; no había puesto empeño alguno en las cosas y asuntos del gobierno. Después que Zoraya fué arrebatada por las industrias ya sabidas al serrallo de Boabdil, y al cariño de Moraima y al cortejo de Aixá, el Sultán solo, había tenido tiempo, en su afán

amoroso, para celar á la joven cautiva, cada día más enamorada en su interior, aunque resistente á las regias caricias, y más resuelta, sin comprender su fragilidad irremediable, á no aceptar aquellos nefastos amores y á sucumbir en brazos de la muerte antes que caer en brazos del mahometano. La inflexible repulsa de Zoraya, naturalmente, había sumido al desatinado Hacem y á todas sus facultades intelectuales en una especie de somnolencia rayana en exaltada locura. No hacía más que dar gritos por sus estancias solitarias y dolerse, como cualquier joven enamorado y en celo, de su adversa estrella, que arrebatava el objeto predilecto á su exaltadísimo amor. Solamente Venegas, el renegado, autor con él de todas aquellas aventuras, llegaba en tales días á su presencia y participaba de sus secretos y departía con él sobre la situación terrible y angustiosa de su perturbado espíritu. Los demás dignatarios de la corte nada sabían de Hacem y jamás eran llamados por aquellos largos meses de reclusión á la presencia del Sultán. Los imanes, que debían consultarle algún caso teológico; los ulemas, que debían recoger de sus labios algún consejo y advertencia para sus escuelas y universidades; los vizires, que debían someterle asuntos públicos de la mayor importancia, estaban lejos de su lado, sufriendo así todos los problemas de todas clases una irremediable tardanza, provocadora de quejas, disgustos y desabrimientos.

En tal estado, las imaginaciones orientales, cuya

inventiva es proverbial, sobre todo cuando se trata de forjar fabulosas y extrañas narraciones, divulgaron por todas partes, que Hacem había desaparecido del mundo y se necesitaba, por ende, ocurrir á su reemplazo y sustitución, para que no cayese Granada en tristísimo abandono por aquellos días terribles de provocaciones cristianas y de inminentes guerreras luchas. Quién aseguraba que Azrael, ó sea el alado genio de la muerte, había despedido su letal flecha sobre aquel monarca, derribándolo en las tinieblas eternas; quién decía que las injusticias del pueblo, poco pagado de la toma de Zahara y muy dolido de la pérdida de Alhama, esas injusticias, frecuentes en las decadencias de los imperios, habían hallado reprobación severa en el Paraíso que mandaba sus genios buenos á la cabecera del regio lecho de Hacem para recoger su alma y engazarla, como un astro de primera magnitud, allá en la bienaventuranza y entre las constelaciones donde brillan las almas de los sultanes y califas. Todos daban esta ú otra explicación al apartamiento y ausencia de Hacem; pero nadie sabía, fuera de Venegas, lo extraño del caso y lo dulce del motivo. Mas, si no sabían la verdadera causa del singular alejamiento, sabían que Granada se iba poco á poco deshaciendo, y que necesitaba de una dirección más segura y más firme, si había de responder á sus deberes históricos y salvar la última y principal ara del Koran en esta nuestra cristianizada península. Los árabes de Damasco, muy poderosos é influyen-

tes, aunque de una indolencia y pereza verdaderamente asiáticas; los refugiados de tantas y tantas villas y ciudades como habían caído en ajenas manos, muy temerosos de cambiar los edenes granadinos por los arenales africanos; aquellos oriundos del Magreb, tan fuertes por su complexión y tan anhelosos de una próxima guerra; los varios bandos granadinos de gomeles, abencerrajes, zegríes; los muchos renegados católicos, á quienes la codicia ó la sensualidad tentara incitándoles á cambiar de iglesia y patria, muy temerosos de caer bajo el dominio de sus antiguos correligionarios, que jamás les perdonarían su traición; todos estos factores de una ciudad y de una monarquía en descomposición, sublevábanse á una contra la indolencia de aquel que á todos los regía; y demandaban gobierno reciente y nuevo, ya que había desaparecido el antiguo. Mas no todos estaban acordes y unánimes en la sustitución de lo que creían acabado y perdido. Estos suspiraban por que Boabdil entrara pronto en la herencia de su reino y en el ejercicio de su soberanía real; aquellos preferíanle su hermano menor dirigido por la tutela y la regencia de Aixá, en quien admiraban grandes cualidades y virtudes para el difícil oficio de reinar; estos votaban por el Zagal, hermano de Muley Hacem, dotado por el cielo de todas las cualidades brillantes del Sultán y sin ninguno de sus defectos y de sus vicios; no faltaban partidarios del bravo Aliatar, padre de la hermosa Moraima; y hasta en sacerdotes de virtud,

en sabios de verdadera ciencia, en guerreros de temple, asomaba una idea muy singular: la de constituir, al modo de aquellas ciudades gobernadas por sus propios habitantes en la ruina del Califato cordobés, una especie de República, mandada por una fuerte y previsora oligarquía.

En esta situación en que todos los resortes del poder se aflojaron, creyéronse todos los dependientes de la real autoridad suprema completamente abandonados y próximos á un cambio del favor en que habían vivido y de la fortuna con que habían hasta entonces triunfado. Nada que muestre tanto la debilidad irremediable del gobierno, siempre arbitrario, de los déspotas, como la flaqueza que de todo Estado se apodera en los tránsitos forzosos de una dominación á otra dominación, ó de un déspota y señor á otro déspota y señor. Provieniendo todo de arriba, no esperéis que abajo haya la natural aptitud para el gobierno propio y la previsión de quienes saben cómo las sociedades humanas tienen sus leyes propias y no pueden perecer, mientras quieran sostenerlas todos los que la componen y que se sienten ciudadanos y hombres. En la dejadez del Sultán, todas las esperanzas de sus enemigos, todas las ambiciones de sus émulos, todos los desordenados apetitos de sus vasallos, todas las intrigas y maniobras de sus harenes, todas las competencias de las diversas razas aglomeradas en el estrecho recinto del reino, cada día más mermado por las invasiones cristianas, todos cuan-

tos males gangrenosos y crónicos se padecían allí, todos tomaban terrible carácter de gravedad, haciendo presentir á los menos precavidos y previsores la total ruina del imperio musulmico en España. Por poca experiencia que mis lectores puedan tener del mundo y sus achaques, no dejarán de advertir cómo en esta universal anarquía, en este abandono del poder por quienes más debían sustentarlo y defenderlo, en este quebrantamiento de los resortes que mueven todo Estado, la situación de Gezar y su compañero Illán habría por completo cambiado, no sólo á sus propios ojos, sino á los ojos de sus antes vigilantísimos guardianes. Cuando las sociedades zozobran como el reino granadino zozobraba en aquella terrible coyuntura, no hay otro remedio, no puede haberlo, sino que recobre por una renovación la fuerza perdida el principio de autoridad, indispensable siempre para mantener la cohesión de los pueblos y el organismo de los Estados. Sucede, pues, en crisis tan graves como la de Granada, que los conspiradores, perseguidos y atormentados, hállese muy cercanos á ser como árbitros y dueños de los mismos que los persiguen y atormentan. Así, pues, el espía que los cela, el esbirro que les echa la mano encima, el juez que los juzga, el carcelero que los aprisiona, recelan si el criminal de hoy pudiera trocarse mañana en Sultán y convierten, al recelo de un daño próximo para ellos, en atenciones y mercedes los antiguos cruelísimos rigores.

Imposible ni comprender ni explicar el cambio súbito en la situación de Gezar y de Illán, si no hubiéramos dado las previas explicaciones supradichas, porque tal cambio provenía del estado general de la sociedad granadina. Ya vimos á Illán por forzado de Hacem y á Gezar por conspirador en contra de Hacem, amarrados á la dura cadena de lóbrega mazmorra y metidos en regiones que parecen solo reservadas en este mundo á los muertos. Ya vimos que tumba de ciclópeas piedras les servía de habitación, y que pan de terrible negror les servía de alimento, y que paja de asquerosa podredumbre les servía de cama, y que buhos y lechuzas y murciélagos y ratas en legiones siniestras les servían de compañeros por aquellas infernales tinieblas. Ya vimos cómo la voluntariedad caprichosa de Hacem, resuelto á levantar edenes en la edénica Granada para regalo y recreo de algún sér caro á su corazón había interrumpido el cautiverio de ambos jóvenes, aliviándolo con el aire y la luz, pero recrudeciéndolo con los trabajos forzados y continuos bajo la chasqueante fusta de los esbirros y en las mismas férreas y pesadas esposas. Durante los primeros días la insolencia de sus capataces, las largas horas de sus faenas, los tormentos inferidos á sus cuerpos por los latigazos y á sus almas por las injurias, el mismo emparejamiento en las cadenas de dos seres tan contrarios y opuestos, así por su cuna como por su religión, hacíanles desear con mucha viveza ó un cambio próximo en su tristísima

pena ó un regreso á su antiguo estado: que tal es por necesidad irremediable la triste humana condición de voluntariosa y cambiante. Mas luego, en cuanto comenzó la misteriosa desaparición de Haces y el rumor que atribuía este suceso extraño á causas diversas pero todas contrarias á la permanencia del Sultán granadino en su trono, comenzó una verdadera flojedad en los guardianes de ambos jóvenes y un alivio verdadero de sus respectivos terribles cautiverios. Poco á poco, por indolencia de tantos y tan diversos oficiales como veían ya hecho pedazos el trono de su amo, cobraron costumbres de libertad Gezar é Illán, que les permitían así entenderse con las gentes granadinas á quienes tenían obligación ó necesidad de dirigirse, como urdir el término y fin de su cautividad con la victoria y logro de su causa. Illán, recto y leal á fuer de viejo castellano, adhirióse con inquebrantable adhesión á la causa y á la persona de Gezar; no sólo por cariño á éste, con quien había trabado fraternal amistad, por convicción de que, ayudando manifiesta y directamente las civiles guerras granadinas, ayudaba secreta é indirectamente los sagrados triunfos castellanos. Dotado el joven cautivo español de una prudencia solo comparable á su valentía y á su coraje, comprendió bien pronto que no le tocaba, por su estado y por los accidentes á su estado anejos, otra cosa más que servir al árabe y ayudarle con cuantas facultades y fuerzas recibiera del cielo en todos sus empeños y en todas sus empresas. El alivio de

sus fatigas llegó á un extremo tal que pasaba los días enteros en el campo trabajando según sus gustos ó no, y de noche volvía á sus prisiones donde se comunicaba con los demás presos y se divertía en goces y esparcimientos del espíritu. Así pudo allegar preciosísima guzla y cuando todo en torno suyo dormía, ciudad, palacio, naturaleza, en brazos de la noche, consagrar á su amada, reclusa como él en aquellos terreones, romances, obra unos de su inspiración y por tanto expresivos de su amor, obra otros del pueblo y por tanto expresivos de recuerdos antiguos que despertaban y evocaban el culto religioso propio de todos los españoles á la iglesia de su Dios y á la patria de sus padres.

Esto explicará la canción amorosa oída por Isabel desde su camarín y á los pocos minutos con otra correspondiente contestada. Estas canciones del cautivo cristiano, á la verdad, se desemejaban mucho de las canciones amorosas árabes, en cuyas estancias prevalecía la voluptuosidad propia de una religión y de una raza completamente sensuales. Había en los cantares de Illán á Isabel aquellas invocaciones al Dios de sus padres y á la pura Virgen María, inspiradas por la más viva fe religiosa y al mismo tiempo aquel casto amor proveniente de una confianza completa en que las dos almas en una sola y en una sola también las dos vidas, habían de confundirse tarde ó temprano, á pesar de su respectiva cautividad, bajo la directa protección del cielo, entrevisto por su consoladora esperanza,

lo mismo desde las tinieblas de su oscura mazmorra, que en la peligrosa compañía de los infieles, sus eternos y ardientes enemigos. Cuando tras aquellas canciones despedidas de su alma como el susurro de los arroyos, como el aroma de las flores, como el resplandor de los astros; cuando tras aquellas canciones sonaban otras en armonía con su letra y provinientes de Isabel, celebrando también el amor puro y cristiano, Illán dejaba sus propios afectos, sus íntimos recuerdos, su amor á la cautiva para volver su voz desde los senos de las mazmorras como una oración al poema épico de la patria llamado el Romancero, y que guarda en sus sonoras estancias, impregnadas de poesía, expresión adecuada, como á todas las glorias, á todos los infortunios de nuestra heroica raza. Y entonces, cuántos versos compuestos por ese anónimo poeta universal que se llama el pueblo, cuántos no había que celebrasen así los gozos del triunfo como los dolores del cautiverio, y así los nombres de los santos que imbuyeran á la nación un alma, como el nombre de los héroes que dilataran su sacro territorio.

Sobre todo, la situación de cautivos en que ambos á dos se hallaban, traíale á la memoria con viveza toda la poesía del cautiverio guardada en romances verdaderamente tristes y elegiacos. ¿Quién podrá en el mundo escuchar sin conmoverse la relación de aquellos amantes, que, adorándose desde su niñez, debían huir al patrio techo, porque sus

padres les obligaban por motivos y razones bien distantes del amor, á enlazarse con quien de ningún modo podían ellos amar? Y cuando, una vez huídos al hogar y entrados en bosques inexplorables, después de haberse jurado mutuamente guardarse la debida castidad hasta que Dios y la Iglesia bendijeran su deseada unión, cobraban las playas, y en las playas las naves que los ponían en salvo, su adversidad no estaba concluída, pues una maldita galera argelina caía inesperadamente sobre aquellos infelices y los llevaba esclavos á las mazmorras de Argel. Y ya en Argel, enamorábase del mozo la reina mora, de la moza el rey moro; y les ofrecían mutua y respectivamente sus sendos tálamos y sus deslumbrantes coronas, con tal de que renunciasen á su religión y á su amor. Mas como ellos no quisieran renunciar, pues el amor verdadero llenaba sus corazones y la religión verdadera sus conciencias, sacábanlos por calles y plazas, sobre carro-matos y ceñidos con cuerdas á grandes maderos, para descabezarlos entre muchedumbres no compadecidas en su fanatismo de tanta hermosura y no tocadas en su corazón por aquel cruento y terrible holocausto. A estos romances otros muchos seguían como los del mercader veneciano, que halló en Tunez á la princesa de Irlanda cautiva, y pudo rescatarla por haberla creído sus poseedores cadáver y cadáver judío, y haberla entregado así al reclamante, quien, á pesar de su amor, no pudo lograrla, sino tras mucho

tiempo y mucho trabajo, pues el capitán lo arrojó al mar, y solo por un milagro se salvó encomendándose á los santos de su devoción y recibiendo tras esta plegaria una tabla donde pudo arribar á puerto y desde allí al trono y al tálamo de su redimida en justo premio á la peligrosa y difícil redención.

Así pasaba el cautivo sus noches en la mazmorra, evocando recuerdos patrios á los sonos de la guzla, y con recuerdos patrios, afectos amorosos en el corazón de su Isabel. Todas las noches después de haber terminado la canción amorosa, Illán esperaba la respuesta, que tardaba más ó menos pero que sobrevenía indefectiblemente. Isabel, ó Zoraya, como quiera llamarla el buen lector, expresaba en sus canciones un amor todavía más recatado, más dulce y más puro, que los afectos por Illán encarecidos en sus habituales canciones. La desdicha irremediable hace que consuelos mínimos tomen proporciones de placeres extraordinarios; y cuando allá en las tinieblas de una mazmorra, en el silencio de una triste noche, penetraba la canción amorosa de Isabel y su respuesta constante por los oídos de Illán, ¡oh! sentía éste tan vivas y profundas emociones que le transportaban de gozo y le hacían ver todo aquel espacio de tristezas y de dolores teñido por los vislumbres y reflejos de las más consoladoras esperanzas. Así, cuando salía en la madrugada para sus faenas diarias desde las profundidades oscuras de su nocturno encierro,

contaba las horas que habían de pasar y sucederse antes del regreso á la cárcel; y ni la vega con todos sus esplendores; ni los cármenes con todos sus vergeles; ni la roja Alhambra con sus torres de coral; ni el Darro y el Genil con sus arrullos; ni las trescientas poblaciones diseminadas por aquellos espacios; ni el Solair de la nieve con sus azules crestas; ni las catorce mil torres que resplandecían como estrellas de plata entre follajes de brillantísima esmeralda; ni las palmas sonoras; ni los miradores abrillantados por los azulejos parecidos á rica pedrería, le agradaban como las cuatro notas de misteriosa guzla descendidas del haren y las cuatro cadencias de amorosas y cristianas canciones en que se confundían la fe y el amor.

Una noche, la noche del festín, sonó como todas las noches anteriores Illán las cuerdas del músico instrumento; entonó las endechas expresivas de su profunda pasión; y no tuvo ninguna respuesta. Cuando ya pasó algún tiempo de aguardar en vano, creyóse quizá en poca voz, creyó á la guzla enmudecida; y rasgó sus cuerdas con mayor empeño, y extremó su cantar con mayor esfuerzo en el justo deseo de ser escuchado y respondido por la mujer á quien idolatraba su ardiente corazón. Pero en vano; el silencio de los sepulcros respondió al llamamiento de sus cánticos abrasados en las impaciencias del deseo y en las tristezas que le causaba un caso tan desacostumbrado y tan adverso á su amor. Tres, cuatro veces cantó, subiendo cada vez

más la voz en su febril impaciencia, y solamente le contestaron las consignas de los centinelas en vigilia, los ladridos de los perros por las huertas, la lúgubre y tristísima elegía de las aves nocturnas por las torres. El silencio de aquella voz idolatrada le trastornaba el seso, le rompía en mil pedazos el corazón, sugiriéndole, con las tristezas propias de tan terrible instante, las previsiones de mayores penas y angustias. Cuando cerraba los ojos, veía el cadáver de Isabel, muerta quizá como las heroínas de los romances, tantas veces cantados, al amor de algún torvo Sultán que la quisiera tener por su renegada y por su manceba. El cerebro se le abría y estallaba violentamente al impulso de tales previsiones; anudábasele con terrible nudo la voz en su garganta; negra noche venía sobre sus ojos á más andar; é imaginaba que su juventud y su valor y su paciencia y su tenacidad no tenían ya otra salida sino la muerte y la muerte violenta como corresponde al desastrado, al vencido, al siervo, al infeliz, al esclavo, al metido allí, después de luchar heroicamente contra la fatalidad, en tinieblas espesísimas, bajo piedras semejantes á losas sepulcrales, sobre suelos que parecían humedecidos de lágrimas, y donde le faltaba entonces hasta el melancólico y lejano cantar que tantas veces interrumpiera sus tristezas y endulzura sus penas.

Al día siguiente, salió Illán de su mazmorra, semejándose á un muerto que saliera de su tumba, según el amarillor de sus mejillas y el mortecino cen-

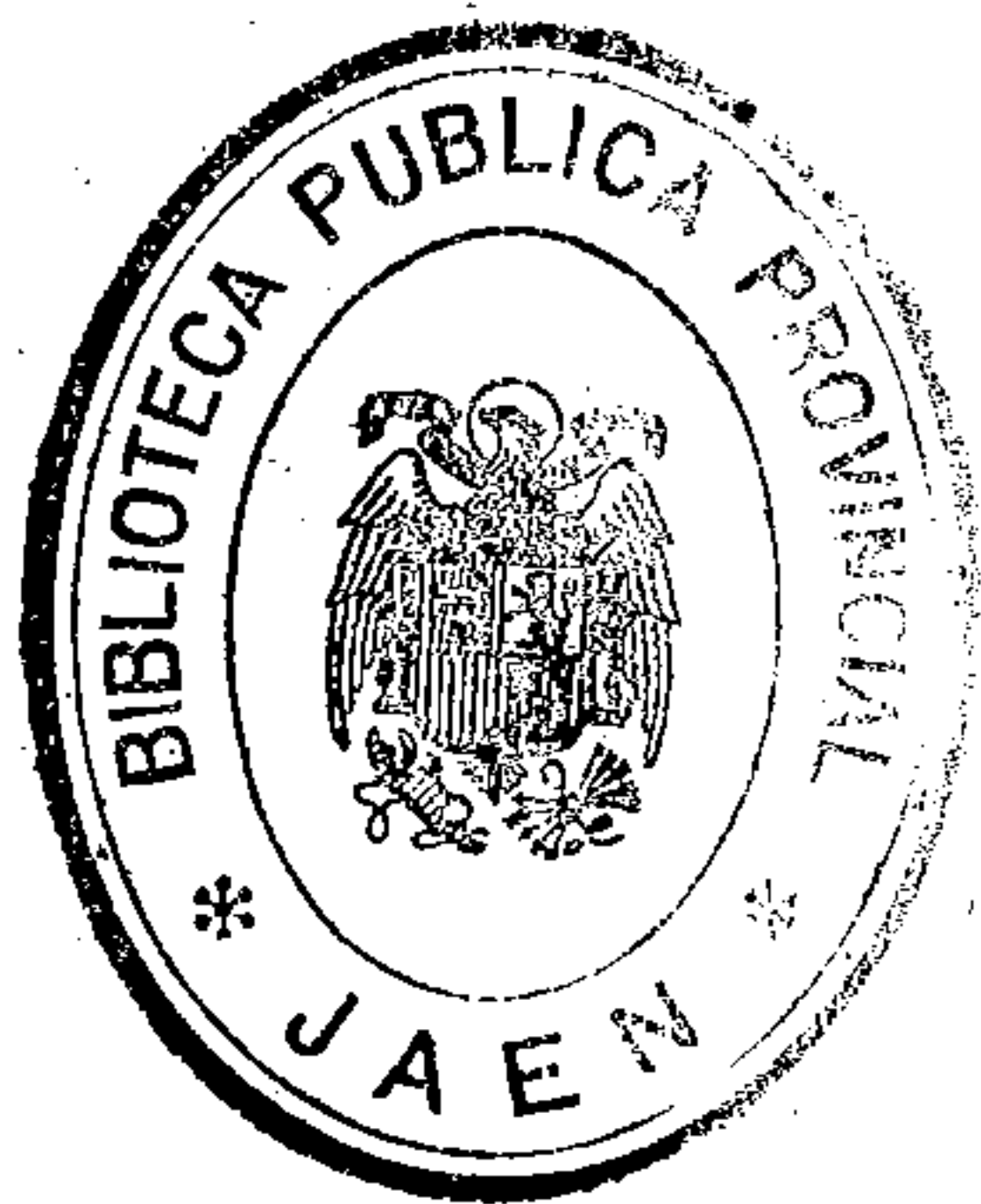
telleo de sus miradas. Al verlo, su compañero Gezar, que le había cobrado en el recíproco y continuo comercio de sus dos almas un afecto idéntico al que por su parte Illán le profesaba, preguntóle si adolecía de alguna enfermedad súbitamente desplegada en las horas de su mutua separación.

Illán, que no guardaba secretos para el moro á quien mil veces dijera sus amores y sus esperanzas, contóle cómo había callado la voz de su amiga en aquella noche, cuando todas las noches anteriores sonara fiel, después de sus acostumbradas melodías. Trató de consolarle Gezar conjurándole á que aguardara la próxima noche, pues nada tan fácil como un fugaz y transitorio impedimento. Serenóse un poco el cristiano así con la comunicación de su pena como con los consuelos de su amigo, y aguardó á la noche próxima; pero aguardó en vano. Al mediar, según tenía por hábito, sonó convulso las cuerdas y entonó desesperado la canción; pero el silencio, sólo el silencio, respondió á su inspirada y sonora voz. ¿Qué había sucedido? Imposible averiguar en los inmensos palacios orientales el secreto que guardan avarientos los serrallos. Imposible saber qué había sido en aquellas noches de la cautiva tan fiel antes á sus respuestas y ahora tan callada. Mil veces pensó el joven cristiano romper su cráneo contra las duras paredes, y mil veces desistió á la esperanza de servir todavía en algo á la ventura de su amada. Cuando volvió de nuevo la riente aurora, y con ella la indispensable faena dia-

ria, Illán parecía una sombra tras las dos noches de terrible insomnio. Ya no quedaba más remedio que intentar algo conducente á la indispensable averiguación de lo que allí hubiera sucedido, para privarle de su consuelo único. Y nada tan conducente á conseguir el objeto deseado, como acelerar los trabajos de conjuración, que Gezar emprendiera de antiguo con todos los granadinos malcontentos. Así es que Illán, acostumbrado en su amistad por Gezar, á sugerirle consejos de prudencia, comenzó desde aquel momento, en su cariño por Isabel, á sugerirle consejos inspirados en su heroica temeridad.

El moro, impacientísimo por su parte, pues á todas horas le llegaban fatales nuevas respecto al estado inquieto de los ánimos en Granada, precipitó cuanto pudo la terrible conjuración. Ya hemos dicho, que la noticia de la desaparición del Sultán aflojaba la fuerza de los esbirros en tales términos, que despojaron á los presos de sus cadenas y les permitieron una relativa libertad. La única precaución que sus guardadores tomaban para prometerse la vuelta de ambos á sus respectivos calabozos, consistía en exigirles su honrada palabra de no escaparse. Dábanla ellos y volvían á la hora de anochecer, cuando el muecin rezaba desde los altos minaretes la vespertina oración. Todo el día teníanlo pues libre, y estaba en su mano aprovecharlo para cuanto les pidiera el gusto y les asaltara su voluntad. Gezar había con grande arte anudado rela-

ciones de los diversos bandos entre sí mismos, y relaciones de cada cual de ellos y de todos juntos con su persona muy ducha en el oficio y arte de conjurado. Así es que, oyendo los consejos de Illán, apresuró el término de sus maniobras y convocó los jefes de las tribus enemigas del Sultán á una caverna muy oculta, pero muy próxima del sitio donde trabajaban ellos, para levantar, como hemos dicho, nuevos cármenes y nuevas almunias en honor y para el gusto y el recreo de Hacem. Con el sigilo y disimulo propio de gentes habituadísimas á estas conjuras, fueron poco á poco reuniéndose para el día y el momento citados todos los varios jefes de aquellos granadinos bandos tan resueltos á una sublevación. Illán y Gezar, habían convenido en sostener su palabra honrada el día de fuga próxima, y captarse al mismo esbirro, su guardián, para que los siguiese y acompañase, pues preferían derrota y muerte á mácula en su honor. Mas cuando estaban ciertos de volver á su hora, no decían palabra y tomaban los caminos que les placían é iban á todos los sitios próximos, sin que nadie absolutamente les fuera de ningún modo á la mano y les celara sus habituales acciones.



CAPÍTULO II.

El día de la cita fuéronse ambos á dos, como siempre, y llegaron á la oculta caverna, en la seguridad completa de volver á su debida hora. Muy disimulada entre los riscos la boca de aquel extraño lugar; muy lata su capacidad, indudablemente abierta por obra y gracia del fuego creador; muy ornadas sus paredes por la calcárea gota llovida y destilada en siglos de siglos desde las bóvedas componiendo largos intercolumnios, arborizaciones gigantescas, rombos múltiples, que tomaban extraños aspectos al centelleo y humareda de las antorchas encendidas por los conjurados, y reflejadas, como en claros cristales, en los transparentes laguiños de agua fresca y virgen, parecía creada por la naturaleza como propio teatro de tal escena. Al entrar los dos jóvenes, cabezas de aquel motín, un hurra extentóreo resonó bajo las bóvedas ciclópeas; y todos se apresuraron á darles con efusión la mano

y á pedirles órdenes ó consejos. Illán, reservadísimo de suyo, callaba siempre; y se remitía con empeño á cuanto dijese y mandase Gezar. Aunque los conjurados sabían su origen cristiano, al verlo tan de buenas con su compañero árabe, tomábanlo por verdadero renegado; cosa no desmentida ni afirmada por el español, quien ninguna necesidad tenía ni de afirmarla ni de desmentirla, dada la profundidad insondable de su porfiado silencio. En cambio Gezar, que imputaba una considerable parte de su influjo sobre los varios jefes granadinos, tanto al valor como á la elocuencia, díjoles, así que los vió reunidos y fieles á su cita, las siguientes palabras, muy propias para enardecerlos en sus ideas, confirmarlos en sus propósitos y persuadirlos á una inmediata y temeraria obra de sublevación, ya en su mente muy madurada y muy resuelta en su ánimo tras larguísimas reflexiones.

—«Que Alah prospere vuestros dias, nietos de la oriental Damasco é hijos de la sin par Granada. Y vosotros, yemenistas de Orce, Guadix y Almería, que la feliz Arabia, de donde provinieron vuestros padres, preste felicidad á vuestras acciones como á vuestros nombres. Y vosotros, los nacidos más cerca de los edenes granadinos como yo, vosotros, los zenetes, los benimerines, los gomeles, que Dios sea en vuestra guarda é interceda constantemente por el bien de todos vosotros la intercesión siempre oída por Dios de nuestro santo Profeta. Ya veis como las huríes del Paraíso han dotado

con presentes celestiales á Medina-Granada, y el Solair de la nieve le manda frescas auras y sabrosas aguas, que refrigeran el caldeado cielo y fecundan la encendida tierra. Ya veis como la vega, ese chal del Oriente, mejor que los chales persas, caído sobre la tierra, del cuello de alguna peri, brilla con brillo extraordinario y toma colores que harían palidecer al Arco Iris. Ya veis esa Medina Alhambra, y sus torres, parecidas á palmerales, y sus estancias que ponen del Edén olvido en cuantos las habitan. Ya veis los jardines del Generalife, los cármenes del Darro, la Fuente de las lágrimas, y el monte de Alfajar aromados todos por bien olientes esencias y reverdecidos siempre al beso de sonoros manantiales. Acordáos cómo la celebraron sus poetas y le dijeron que no tenía ni rival ni compañera en Egipto, en Syria, en el Irac mismo, pareciéndose á la mujer amada que por primera vez entra en la vivienda y se dirige al tálamo de su esposo enamorado. Cuantos ven á sus hijos, no saben qué apreciar más en ellos, si la prestancia ó el valor, semejantes á las palmas, en las cuales no sabéis qué admirar más, si los troncos en forma de columnas, ó las hojas que vibran, ó los frutos que regalan y endulzan nuestras bocas. Vosotros, no tenéis mácula ni heregía. En el pelear sois incansables; en el obedecer sois dóciles y pacientes. Ningún peregrino se acercará jamás á vuestros hogares sin que lo troquéis seguidamente con amor en vuestro huésped. Habláis con pureza la sonora lengua de

nuestros padres; y sabéis tañer como nadie las guzlas que han poblado de notas épicas los desiertos. Cuantos aciertan á veros vestidos de alquiceles persianos, sedosas almalafas, de mactás africanas, y de blancos almaizales, dicen que os parecéis al huerto lleno de almendros floridos y de amapolas encarnadas en la fecunda primavera. Quien os ve salir á la guerra tras vuestras gloriosas rayas, con las breves corazas al pecho, los aéreos cascos á la frente, los escudos de cuero y las agudas y delgadas lanzas, cree que Azrael os ha prestado sus armas á fin de que sembréis entre los perros cristianos la desolación y la muerte. Y si combatís en las peleas como héroes, gozáis en las fiestas como cumple á quienes han observado todos sus naturales deberes. No hay hogares como los vuestros, ni bebidas como las que refrigeran vuestra sangre. Los labios de las mujeres que amáis, huelen como pebeteros. Sus ojos brillan como las estrellas en los cielos de Syria y Egipto. Sus dientes blanquean en las rosadas bocas cual blanquean las nieves vírgenes en las encendidas Alpujarras. Nadie os gana en Almunias, en torres, en canales, en arboledas que juntan los arrullos de sus tórtolas y los arpegios de sus ruiseñores, con los cánticos de sus muecines. Yo la llamaría ombligo de la tierra, esmeralda caída de celestiales coronas, compendio del Edén recién criado, estrella matutina, diadema de la luna llena, constelación de las noches arábicas, ara de salud, hurí del Islam, vaso de almizcle

destapado, mirada de virgen amorosa, oasis en el desierto, consuelo de todas las aflicciones, envidia de los ángeles mismos y esfuerzo último de la divina creación. Pues bien, héroes sin tacha y sin miedo; un tirano ha cogido á nuestra sultana, á la sin par Granada, y ha osado con atrevimiento indeleble, no solo hierirla, sino también ¡oh mengua! deshonorarla. Cuantos la ven á una tan hermosa, y por tales tiranías envilecida, pregúntanse confusos y desorientados, si es la reina de las ciudades ó la meretriz del triste y degenerado nazarita que ha perdido por su culpa nuestra formidable Alhama y que se ha encerrado como en los senos de un misterio en los retiros de la Alhambra, maquinando desde allí nuestra muerte. Precisa pues, que juréis por Alah, con juramento al cual no podéis faltar sin por toda una eternidad condenaros, que juréis asistir con armas al sitio donde os cite yo, para ir y acometer las torres donde habitaba y colgarlo si es preciso de sus almenas, para escarmiento de futuros tiranos que intenten como él, oprimirnos y deshonorarnos en su soberbia.»

No hay para qué decir cómo todos aquellos jeques de las tribus granadinas jurarían á una tras este oriental discurso. La consideración que había detenido á Gezar para no acometer inmediatamente la sublevación, era el recuerdo religioso de la palabra empeñada con su fiel guardián, á quien caracteres enteros como el suyo, y voluntades como la suya, firmes y rectas, no podían de modo alguno

faltar. Retiráronse al caer la tarde los dos jóvenes y se prometieron mutuamente que no pasarían sesenta horas sin acometer el ya reflexivo y madurado proyecto que debía dar en tierra con el poder de Hacem reemplazándolo por poder más activo. Naturalmente, Illán, por su lado, veía en todas estas maniobras tres grandes ventajas para sí; la rota y ruina del hombre que había tomado el castillo de Martos; la fortuna del amigo con quien había contraído un parentesco del alma; y la probabilidad, más ó menos cierta, pero probabilidad al cabo, de ver á Isabel ó averiguar su paradero. Así, en la natural impaciencia exacerbada por el silencio de la voz y de la guzla, que tanto, en otros tiempos más felices, endulzaban las noches de su cautividad, Illán impelía con fuerte impulso á Gezar para que se adelantase la ideada conjuración todo lo posible y fuesen los conjurados al palacio regio donde había de hallar ó la presencia misma ó las noticias ciertas y seguras de su amada. Llegó el suspirado día, y por escrúpulos justísimos de honradez, estuvieron muy abocados á malograrlo y perderlo. En el momento de pedirles su guarda la palabra honrada de volver, notificáronle cómo habían decidido alzarse aquella noche misma en armas y acometer el palacio de Hacem para castigar y deponer á éste dando mejor gobierno á Granada. En los primeros momentos parecía todo perdido por la excesiva delicadeza de los dos conjurados. El esbirro, fuera de sí, creyó que debía correr al palacio

y difundir allí la nueva. Pero los dos jóvenes, con el ascendiente congénito á sus personas y con el poder misterioso de su elocuencia, rindieron pronto el ánimo vulgar de aquel hombre, que á mayor abundamiento creía por las misteriosas noticias difundidas en tal sazón como Hacem era quizá fugitivo, quizá muerto, de todas suertes inútil y baladí en Granada, á quien podía llamársele ya moralmente destronado. Así no le costó mucho esfuerzo, en la ceguera de conciencia contraída por el hábito de servir y obedecer á ciegas, irse con los dos jóvenes y tomar las armas contra los mismos á quienes antes idolatrara como dioses. Vencido este obstáculo, ya no quedaban para las conspiraciones y los conspiradores otra salida que la de acometer y consumir sus aventuras. El caudillo berberisco, probado por tantos sufrimientos y recluso en las mazmorras por su proceder, á consecuencia del desastre de Alhama, presentábase á los ojos de los suyos con la doble aureola de un probado heroísmo y de un santo martirio. Si los tiempos aquellos no fueran ya en la tierra granadina tiempos de raciocinio y de cálculo; si la religión musulmana enseñoreara las voluntades y las conciencias como en otros siglos de mayor fe religiosa y de mayor estro poético; su palabra le hubiera granjeado á Gezar el título de Profeta, y sus partidarios hubieran sido, como en otras ocasiones de aquella historia, no sólo soldados, procurando tras sus enseñas la victoria, sino creyentes, procurando con sus doctrinas la bienaventuranza.

Reunidos los confabulados en gran número y con amenazador talante dirigiéronse resueltos y juramentados al palacio de Hacem.

Hallábase departiendo éste con Venegas, muy ajeno á todo cuanto sucedía, sin adivinarlo ni presentirlo y mucho menos precaverlo, en el abandono completo de su reino, á que había llegado por la triste absorción de todas sus facultades en los pensamientos y en los afectos propios de su exaltado amor. La conversación del Sultán granadino y del renegado favorito, rodaba sobre las tristezas de aquel por los desengaños que le trajera el despego y desafecto de Zoraya.

—¡Oh! Nunca lo hubiera creído.

—Impaciente Hacem eres.

—Lo declaro, lo confieso; impacientísimo.

—Tú, acostumbrado á los asedios de fortalezas más resistentes ¿cómo no comprendes los naturales desvíos calculados quizá para cautivarte mejor?

—No lo creas; opone una resistencia fundada en su fe religiosa y por lo mismo invencible por un hombre como yo, jefe nato de los creyentes musulmanes.

—Yo he visto corazones más apegados á la fe, conciencias más escrupulosas rendirse á caricias y halagos mucho menores que los tuyos y de mucho menos atractivo.

—No puedes imaginarte, Venegas, como hablaba, con qué furia, impropia de su sexo, al recordar

la terrible tragedia de nuestro asalto al castillo de sus padres.

—Francamente aquel suceso no era para menos.

—Por fortuna mía, no me conoció, y yo estoy resuelto á ocultarle hasta después de rendirla y lograrla mi nombre y mi calidad.

—Harás bien; por más que una corona tiene mucho, y deslumbre mucho, y pueda mucho.

—Si le digo quien soy, de seguro me despedaza. En el estruendo tan horrible de aquel suceso tan trágico, Zoraya no me vió como yo no la ví á ella; y ahora me alegro, pues al verla quizá hubiera en mi empresa retrocedido y echádome á sus piés como un perro.

—Ahora conviene llevar hasta su término esta industria y no decirle quién eres.

—Pero ¿cuánto durará esta situación terrible? Ardo en deseos y me consumo sin lograr otra cosa más que la exacerbación de todos mis sentimientos, los cuales me hieren, maltratan, y atormentan, rebajándome á mis propios ojos y haciéndome hasta en mi propia estimación y conciencia indigno de la corona que llevo.

—Hacem, yo quisiera dirigirte una observación.

—Dirígeme cuantas quieras. Ya sabes que no hay posibilidad alguna de molestarme ahora después de la terrible molestia que me causa el despego y desvío de Zoraya.

—Pues como tú habías hablado francamente de

la corona, yo de la corona quería también francamente hablar con tu permiso.

—¿Qué quieres decirme?

—Quiero decirte cómo no cumple á tu alto ministerio y á tu altísima dignidad este aislamiento en que te hallas recluso ahora.

—Pues no pienso alterarlo, mientras no logre la ventura que busco y no posea el bien que apetezco.

—Piensa ¡oh Hacem! piensa en la situación de Granada.

—Yo sólo pienso en mi propia situación.

—Tu mujer.....

—La enterraré viva si es preciso.

—Ya sabes cómo las gasta en su ambición Aixá.

—Nada me importa, después de lo que ahora me sucede.

—Tus mismos hijos, á quienes amas tanto, Hacem, desconocen sus naturales deberes y conspiran contra ti.

—Yo los descabezaré con la indiferencia con que descabezo en mi jardín una planta cualquiera.

—Tus walíes, en su mayor parte, no son de fiar.

—Célalos y dame noticia de aquellos que me falten.

—Pueden á lo mejor sublevarse.

—Ya los domeñaré con facilidad en una sola correría, cual he domeñado á tantos otros enemigos más terribles y más feroces.

—Los cristianos, por su parte, amenazan también.

—¡Oh! ¡Los cristianos! Todo el mal que hagan á mi reino con sus armas no puede compararse con el que han hecho á mi alma los ojos de su ingrata rica-hembra.

—Hacem, no puede continuar este aislamiento.

—Venegas, no puedo salir de aquí sino vencedor ó vencido de Zoraya.

—Revista un pelotón de tropas; acude al más sacro templo de tu fe; recorre cualquier espacio de tu ciudad.

—No puedo; no tengo fuerzas que me ayuden para tanto. Aquí estoy aguardando la vida ó la muerte de manos de esa ingrata.

—¿Pero durará mucho tiempo esta situación?

—Todo el tiempo que dure su desvío.

—Hacem, las murmuraciones...

—Murmuren cuanto quieran.

—Pero ya sabes el temperamento levantisco de tu gente granadina.

—Harto lo conozco.

—Pues si lo conoces, evita con molestia tan ligera que se condense una tempestad.

—¡Bah!—Respondió Hacem con verdadera indiferencia.

—Tus enemigos propalan la especie, ya de que te has fugado, ya de que te has muerto.

—Y en fuga y en muerte casi estoy; porque huyo de mí mismo al verme tan lacerado como la cautiva me tiene, y de pena me acabo, de pena espiro.

—Cobra un poco de resolución.

— Yo sólo me resuelvo á querer á la fementida que no me quiere á mí.

— Piensa en tu corona.

— Yo no quiero más corona que su amor.

— Acuérdate de tu reino.

— Mi reino, á la verdad, no está en Granada.

— ¿Dónde, pues, sino en Granada?

— Mi reino. En su corazón. Y su corazón, ¡bien lejos de mí!

— Cree y espera.

— Sólo creo en mi desgracia y sólo espero la muerte.

— Vuelve, Hacem, pronto en ti; vuelve pronto, pues nada más fácil que confiar y esperar en los cambios y en los metamorfoseos de un corazón de mujer que mengua y crece como crece y mengua la luna.

— Luna bien adversa y bien triste aquella en que topé con una mujer, la cual ha sabido exasperar todos mis sentimientos y no satisfacer ninguno.

— Piensa que si acaba tu reino todo acaba para ti mismo.

— ¿Y qué?

— No seas indiferente: que no está permitida la indiferencia en los altos tronos donde tú habitas, ni en el cúmulo de múltiples deberes que sobre ti pesan.

— Todo me sobra cuando Zoraya me falta.

— El día en que perdieras el reino, perderías con él toda esperanza de lograrla.

— Ya la tengo casi perdida, porque una resistencia sustentada en el sentimiento religioso es una resistencia invencible.

— Acuérdate...

— Si no me acuerdo, Venegas, de mis walíes, de mis mujeres, de mis hijos, de mi reino, de mi raza, de mi religión, de mi Dios, ¿cómo quieres que me acuerde, cómo, de ninguna otra cosa?

— Nosotros los renegados, nosotros seremos los primeros maldecidos; nosotros los primeros puestos en el tormento; nosotros los primeros exterminados; nosotros que dejamos una patria y una religión, las cuales nos defendían y nos amaban por otra religión y otra patria incapaces de amarnos y defendernos.

Cuando en esto se hallaban el Sultán y su favorito, entra despavorido un eunuco, diciendo cómo á las puertas del alcázar llama una muchedumbre innumerable, toda en armas, que profiere clamores de muerte y pide la inmediata deposición de Hacem. Al oír esto el rey, despertóse con toda viveza en su pecho el instinto militar, y dijo, volviéndose á Venegas.

— Ahora verás si tiene ó no tiene rey nuestra Granada. Vamos á defendernos: que me basta para hundirlos de un golpe y exterminarlos á mis plantas, la fuerza de mi brazo y la protección de mi Dios.

CAPÍTULO III.

Para seguir el hilo de nuestra historia, precisa conocer, ó mejor dicho, recordar el estado político de Granada en aquellas críticas circunstancias y en aquel tormentosísimo período. El reinado fuerte y vigoroso de Hacem, allá por sus comienzos, había con verdadera flaqueza enflaquecido tras la triste rota de Alhama. Empeñado en recuperarla el Sultán y no habiendo podido lograr tamaña recuperación, desplomóse como todos los ánimos audaces y temerarios en profundo abatimiento, arrastrado por la movilidad propia de los héroes muy parecidos en esto á los poetas y artistas, arrastrado por el curso de los acontecimientos como una rama seca desgajada por el huracán de añoso árbol y caída en rápido torrente. Hacem creyó ver, como buen ismaelita, pronósticos agoreros de su nefasta estrella en tales adversidades, y compensando con el ardor procurado por los sentidos en el placer los ardores pro-

curados por la guerra en el combate, recluyóse dentro de su palacio para vivir y amar, dejando que marcharan al impulso de su propio interior ímpetu los tristes acaecimientos. No participaba de igual resignación su mujer Aixá, cuyo temperamento varonil ya conocemos y cuyo deseo de gobernar, ejerciendo efectiva tutela sobre su hijo, llevábala por todo extremo á la conjuración permanente. Así no había en todo el espirante reino ánimo alguno tan esforzado como el ánimo de Aixá, cual suele suceder en las angustias supremas de los imperios moribundos, pues trastrocado todo, los hombres tienen desmayos de mujer y las mujeres arriesgo y valor de hombres. La indolencia mostrada por Hacerem, tras los esfuerzos infructuosísimos en Alhama, exarcebaron la natural impaciencia de Aixá y la condujeron á poner por obra todos los pensamientos de rebelión hirvientes en su férvido cerebro. Recordaba que una mujer, la viuda ilustre de Alhaken, la madre del último de los Omniadas, ó sea de Hixem II, tomando en Córdoba las riendas del gobierno y poniéndolas en manos tan fuertes como las de Almanzor, había logrado reconquistar casi á España é ido como un cometa luminoso y sangriento de guerra en guerra y de victoria en victoria desde las cumbres de Sierra Morena, selladas por el moreno alfanje, hasta las cumbres del Pirineo, y desde las orillas del Guadalquivir hasta las orillas del Duero, del Ebro, del Tajo, y desde Sevilla hasta Zamora y desde Zamora hasta Compos-

tela y desde Compostela hasta Barcelona, promoviendo y levantando por todas partes la gloria del Profeta, del Koran, del Dios musulámico y venciendo á los reyecillos cristianos, vueltos como en los días de Muza y de Tarik á sus montañas guaridas en los desórdenes y atropellos de sus terribles derrotas. No se acordaba en sus desvaríos Aixá, de que aquella dominación femenil, mantenida por el brazo de Almanzor, se había venido á tierra en cuanto Almanzor volviera muerto á Córdoba y su espíritu se disipara de igual guisa que las polvaredas levantadas por el soplo de sus rápidos y fugacísimos combates. Enamorada por todo extremo de tal personaje y de tal período, proponíase no descansar un punto hasta obtener la dirección del reino granadino, nominalmente para su Boabdil y real verdaderamente para ella misma en persona. Dábale Hacem pretextos á tales maquinaciones con su indolencia, y aprovechábalos ella en sus desapoderadas ambiciones á maravilla. En la conspiración de Gezar, Aixá era como el espíritu y el pensamiento; en la grande aglomeración de tropas que llamaron con arrojo á las puertas del retiro donde se había recluso Hacem, el esfuerzo y el genio de Aixá entraba como primer motor en las ansias naturales á sus impacencias de volcar por el polvo la indolente autoridad suprema del esposo y sustituirla con la más joven y más robusta, según ella, del adorado hijo.

Estaban ya los moros, como al fin de nuestro ca-

pítulo anterior hemos visto, sublevados y en armas á la puerta del palacio, resueltos á deponer y arrastrar al Sultán. Un ánimo de menos empuje y de menor fuerza que aquel ánimo de Hacem, en el que la indolencia no embotara la energía, un ánimo de menor fuerza, bien huyera por cualquiera de los pasadizos y subterráneos de aquel grande y laberíntico alcázar, bien contrastara el asedio guareciéndose tras muros ó puertas y rehuyendo encuentros y combates frente á frente y cuerpo á cuerpo. Mas Hacem, varonil, arriesgado, guerrero de suyo, con todos los ímpetus y todas las temeridades del héroe, mandó abrir las puertas y fió al ascendiente natural de su ánimo y de su mirada sobre los soldados, la salvación de su persona. Eran los dos jefes verdaderos de la insurrección Gezar é Illán; pero Gezar, buscaba en ella el encuentro con Hacem para derribarlo en el polvo, mientras Illán buscaba en ella el encuentro con Isabel para decirle y mostrarle su amor y su esperanza. Quiso la feliz y caprichosa casualidad, empeñada tantas veces en ser dramática, y tan fecunda en verdaderos incidentes de interés, que Gezar dividiese las amotinadas tropas en dos cuerpos, y dando la dirección de uno, del que debía entrar por la izquierda en los aposentos á Illán, y tomando la dirección él en persona de los soldados que debían penetrar por la derecha, completase tal evolución militar con la orden imperiosísima de penetrar y arremeter á todo trance. Los aposentos requeridos

por Gezar, eran los aposentos de Hacem; y los aposentos requeridos por Illán, los aposentos de Zoraya. Illán lo presentía. Llamarán á esto los físicos modernos electricidad nerviosa ó magnetismo animal, atribuiránlo á efluvios emanados por ley natural de las complexiones exaltadísimas y cargadas por la materia y sus fuerzas de flúidos misteriosos como la nube tonante; el impulso que mueve las imanadas agujas hacia el Norte, moverá los corazones amantes hacia los corazones amados; y si esta explicación materialista no puede satisfacer á quienes de otras más altas ideas se pagan y tienen mayor espiritualismo en sus doctrinas, habrá momentos en que se desceñirá el alma humana de su frágil cuerpo, y volando por lo infinito sin las cadenas de la pobre materia, sin la sombra de los sentidos, se alzará como los ángeles del cielo fuera y lejos del tiempo hasta llegar á la eternidad y ver desde allí por intuiciones milagrosas lo porvenir; será de esto lo que quieran filósofos de todas las escuelas, descifradores más ó menos felices de todos los misterios; pero es lo cierto que Illán adivinó por presentimientos proféticos, naturales á su amor, que debía dar con su Isabel adorada en las líneas de aquella peligrosa correría y en los términos de aquel azaroso viaje. Así, con una previsión justificada por los resultados, adelantábase á las puertas y abría precavido y cuidadoso como si tras cada una hubiera de hallar lo que buscaba. Yendo siempre delante de los suyos, adelantándose á su

paso Illán preveía lo que tras cada puerta le aguardaba y no quería que nadie le acompañase al punto y hora de penetrar en las diversas estancias. Por tal manera fué acercándose con tino al sitio donde se hallaba reclusa Isabel y absorta en la meditación profunda y reflexiva sobre los varios sucesos que pasaran á su alrededor en aquellos críticos instantes.

Eran para meditados. Zoraya, en la plenitud completísima de su existencia, se había visto casi á los bordes oscuros del sepulcro, asaltada por una muerte aparente, que á ella misma le pareciera, en su despertar, muerte segura, efectiva, real. Una vez despierta Isabel ó Zoraya, como nuestros lectores quieran llamarla, habíase hallado en camarín lujosísimo de imperial palacio con gallardo moro, cuyo perfumado cuerpo y cuyo espíritu centellante acusábanlo de noble origen y altísima prosapia, quien á sus plantas rendido le ofrecía un ardiente corazón. Brusco tránsito para Isabel pasar desde su blasonado castillo á profanos harenes y dejar su nombre tan castellano por el nombre tan árabe de Zoraya, y su iglesia, tan frecuentemente visitada, por los áureos alhamíes donde se leía y adoraba el Koran; brusco tránsito ciertamente, pero no tanto, ni tan rápido, como el paso, tras un sueño parecido á la muerte, desde aquellas estancias del haren granadino donde sólo reinaba Moraima y todas las mujeres asemejábanse á las enjauladas ave-cillas congregadas allí para diversión de un señor

contento con oír sus gorjeos y ver su plumaje con glacial indiferencia; el paso desde tal estado á un amor exaltadísimo, á un homenaje continuo, á la oferta de un corazón cariñoso, á las invitaciones para un amor eterno. Tales cambios aún resultaban mucho más incomprensibles y mucho más extraordinarios que la transmutación, en aquellos tiempos no extraña, por causa de las guerras continuas y de los combates diarios desde princesa cristiana en oriental odalisca. La mujer vive para el amor, y en cualquier ocasión de la vida que se le ofrezca y presente, sino lo corresponde y lo paga, lo considera y lo examina, estimando las facilidades que lo allanan ó los obstáculos que lo impiden con más exactitud que cualquier matemático examina y aprecia los datos componentes de importantísimo problema. Zoraya era por gallardo infiel requerida de amores, y si este requirimiento no había cautivado su corazón había cautivado ciertamente su amor propio.

El sitio donde se hallaba reclusa Zoraya, parecía á un recorte del Paraíso anunciado por el Profeta predilecto de Dios á sus fieles y á sus creyentes. Cuando veis de lejos un palacio árabe, diríais que solamente pueden habitarlo, por la tosquedad y adustez de sus paredes, hombres y hombres de guerra; pero cuando entráis en su seno y veis sus estancias, diríais que sólo pueden habitarlo mujeres y mujeres sensuales y voluptuosas. Zoraya estaba reclusa en mirador cuyas áureas celosías dejaban espacio bastante á que viera el

campo y el cielo, pero impedían el ser vista desde fuera. Bóvedas de laureles, jazmines y rosales conducían á la puerta del camarín; juegos de agua, que parecían salir de los mirtos y arrayanes, refrescaban el aromado ambiente y cubrían el aire, ora de cristalinas gasas, ora de sonorísimas perlas que con su rocío cayendo sobre las hojas y sobre las albercas así encantaban la vista como acariciaban el oído. Un arco de antigua dentada herradura, por el corte de aquellos cordobeses que componían el Mirab, y empapado en rosáceos colores parecidos á los reflejos del ópalo, daba ingreso al santuario, cuyos recuadros llenos de hojas y flores, que parecían abrirse al tibio aliento de una eternal primavera; cuyas fajas azules donde letras cúficas y africanas componían entalladas en plata leyendas poéticas y versos maravillosos; cuyos ajimeces festonados de rientes y hermosos estucos por toda suerte de labores primorosas esmaltados en guisa de joyeles damasquinos; cuyos azulejos formando los frisos bajos de las paredes y pareciéndose á ricas porcelanas cubiertas de pedrería preciosa; cuyos pavimentos de alabastro tan brillantes como bruñidos espejos; cuyos techos de alerce incorruptible con oro y marfil embutidos, formando estrellas tan relumbrantes como las nacidas en las orientales noches; en fin, cuya totalidad maravillosa formaba singular sitio, como si fuera soñado por los poetas del Yemen y sostenido por los ángeles del Koran.

Las letras brillantísimas esculpidas en las fajas

celestiales expresaban sonoros versos de antiguos poetas árabes. Unas veces la estancia parecía como una persona viviente hablar maravillosas palabras é inspiradísimos decires, comparándose ya con una esposa que se dirige al casto lecho de su esposo, ya con una esplendente aureola de las que ciñen los astros en sus elipses y en sus centelleos. Si por un lado se destacaban ardientes invocaciones al Dios airado de las batallas y al nombre inmortal de los héroes, por otro lado se oían susurrar palabras eróticas, suspiros embriagados de amor, llamamientos al sueño feliz y al placer intenso. Tal sentencia recordaba que quien adornara con tanto primor aquellas paredes brillantísimas, descendía de amigos fraternales del Profeta; y tal otra sentencia más triste y melancólica recordaba las lágrimas ardientes caídas de los ojos nublados por la triste adversidad. El poeta, ducho en hipérboles asiáticas, parangonaba el sitio aquel con los templos de cristal, nombre dado á los santuarios salomónicos de Jerusalem y sus pavimentos á los mares alterados y encrespadísimos por los embates del huracan. Loores á la suave luz; metáforas descriptivas del brillante color que por todas partes allí resplandece; comparaciones con las estrellas matutinas y con las flores primaverales; encarecimientos del agua que corre por los manantiales para encantar la floresta con sus susurros y del agua que se para en las albercas para copiar y reflejar los esplendores del cielo;

recuerdos de las áureas arenas africanas, del dátíl cogido en el oasis, de la gota llovida por placentera nube, de la gacela en el desierto, de la tienda nómada, del corvo alfanje, del Yemen poético, de la media luna enlazaban Granada con Damasco y decían á cuantos pasaban entre paredes tan esmaltadas y bellas, cómo los reyes nazaritas no podían olvidar las ramas genealógicas de su estirpe y los imperecederos recuerdos de su historia.

En aquel sitio, que parecía propio tan sólo para las evocaciones de los poemas orientales, en aquel sitio meditaba Isabel como si estuviese allá en la iglesia de su castillo y al pie de sus antiguos confesores sobre los abismos que separaban su alma cristiana, cada vez más adherida de suyo al dogma católico, del alma infiel que, jurándole amores sin cuento, le prometía goces sin medida. Las dos religiones batallaban por dominar al mundo; y no era ella, por más que la llamasen Zoraya sus terribles perseguidores, que si le arrancaron el nombre de pila, no pudieren arrancarle la fe de Cristo, no era ella, hija de mártires, educada en los templos católicos, dispuesta siempre á confesar la fe, quien debía salvar esos abismos y arrojarse contenta en brazos de un moro quizás el asesino de su padre, arrancando con este perjurio, solo propio de infames renegados, á la Iglesia una hija dilecta y al cielo un alma bienaventurada. En su interior, Isabel agradecía mucho el amor mostrado por aquel árabe que tantas palabras deleitosas le dijera y tanta fidelidad le

jurara; pero al mismo tiempo, cuando alguna propensión le inclinaba por algun camino hacia él ¡oh! sentía las campanadas de la oración, las espirales del incienso, los acentos del órgano, los destellos de las lámparas, los astros componiendo la corona de María, los ángeles bajando á traerle recuerdos de la bienaventuranza donde sus padres se hallaban después del terrible martirio; y al estrépito de todas estas ideas que zumbaban en sus oídos y volaban á su vista como si tuvieran voz y alas, prometíase y jurábase con promesas y juramentos inflexibles morir mil veces entregando su garganta, si era preciso, á las cimitarras mahometanas que claudicar en brazos de un protervo infiel, por ilustre y por amoroso que fuese. A tales pensamientos volvíase con amor su corazón hacia las perspectivas de una redención, posible á su cautiverio, de un rescate más ó menos próximo pagado para su libertad y redención, de un canje quizás entre prisioneros que le permitiera reedificar el castillo de sus padres y vivir en él entre los suyos, defendiendo é ilustrando la vieja gloria de su Castilla y el ortodoxo dogma de su Iglesia. Cuando tales reflexiones pasaban por su mente, no hay que dudarlo, veía como personificación de todo aquello, la figura de Illán, el joven, el apuesto, el rendido cristiano, que se dejara cautivar para seguirla y que desde las mazmorrras le dirigía todas las noches canciones suavísimas para recordarle su religión y su patria consagradas por aquel sacrificio, y holocausto enar-

decido en las llamas voraces de un amor verdadero.

Pero ¡ah! Zoraya no analizaba, no, bien el estado íntimo de su corazón propio en aquellos terribles instantes. Su conciencia no veía que las invocaciones tan repetidas é intensas á la religión de sus padres mostraban el recelo y el temor á un verdadero tropiezo en aquellos seductores sitios, y á una verdadera caída en brazos de su antiguo amante. Zoraya se volvía desolada con clamoros luctuosos á los recuerdos vivos de su niñez y á las creencias santísimas de su religión, porque no encontraba fuerzas en la propia voluntad para resistir los halagos y para contrastar las promesas que le ofrecía y le presentaba con tan avasalladoras seducciones aquel extraño moro. No se lo había dicho ella en su intimidad á sí misma, por creer más fuerte la infeliz á su conciencia que á su corazón; pero al salir por el sueño letárgico de las frialdades del haren, donde solo Moraima era 'querida y adorable, á las tempestades ardorosas y fulgurantes de un amor intensísimo, su alma, sencilla y brillante mariposa, en aquel fuego inesperado se había consumido. Isabel amaba sin desearlo, sin saberlo, sin apenas sentirlo, sin imaginarlo siguiera, Isabel amaba en lo profundo é íntimo de su corazón al moro seductor.

No se lo decía ella misma de ningún modo á sí por temor horrible á convencerse y persuadirse de que sentía irremediablemente y por siempre tan criminal amor. Así llamaba los ángeles del cielo y los

santos de la Iglesia y la sombra de sus padres en socorro suyo para que de sí misma la redimiesen y la salvaran. Y no bastándole con la religión cristiana, invocaba en aquellos combates la noble figura de Illán, y sus grandes sacrificios para que también acudiese á socorrerla y á darle con su socorro las resistencias necesarias contra las seducciones múltiples de su terrible amor. Pero Zoraya confundía los afectos creyendo que con mudarles el nombre, les mudaba la esencia y la naturaleza. En realidad tenía por Illán la gratitud que inspiran los grandes sacrificios y la noble amistad que nace de las estimaciones verdaderas, y de los aprecio profundos. Pero no tenía por Illán aquel amor que le inspirara el moro aparecido en las vías de su vida por tan súbita manera y echado á sus piés con tal y tan grande rendimiento. En el afecto que le había inspirado el enemigo había un amor más ó menos oculto tras su conciencia religiosa; mientras en el afecto á Illán había una intensa y fraternal amistad que su conciencia religiosa quería en vano elevar á las alturas inaccesibles de un amor verdadero. Mientras Illán estaba lejos y se le aparecía circundado con las aureolas de tantos prestigios, entrando en las honduras del alma su imagen por las notas de melancólicos cantares conducida, podía creer que tal amistad se confundía con el amor; pero en cuanto Illán se presentase á Zoraya y ella le viese después de haber visto al árabe á quien deseaba odiar, bien pronto habría de comprender la

esencial diferencia entre aquellos dos afectos diversos. Y Zoraya pensaba en Illán cuando Illán á su camarín se dirigía con aquel gran golpe de gente, que ya hemos en otras ocasiones mencionado, y que le acompañaba en el momento mismo de acercarse á la puerta hermosísima, tras la cual había de ver á su amada.

Ya lo hemos dicho. Una galería bellísima daba ingreso al camarín de la odalisca. En cuanto la puerta de la galería se abrió, apareciendo tras ella Illán, adelantado algunos pasos á todos sus compañeros, salió á la puerta del camarín Zoraya, que pudo ver al punto á su compatriota y al punto también por su compatriota ser vista. Un grito en el cual miles de afectos iban contenidos y encerrados salió del pecho de Zoraya; y otro grito no menos espontáneo ni menos cargado á su vez de recuerdos y esperanzas también salió del pecho de Illán, asemejándose uno y otro á esos píos lanzados por las aves marinas en medio de la tempestad sobre los hirvientes oleajes. Illán retrocedió en el instante mismo de ver á Zoraya y dió á sus gentes la orden de no pasar tras las hojas de tal puerta. Cumplieron los soldados árabes la consigna con matemática exactitud, é Illán se dirigió fuera de sí hacia donde Isabel estaba, y cayó rendido por el grave peso de tanto placer á sus piés, sin poder apenas articular una sola palabra por el espasmo casi epiléptico de su natural alegría. Zoraya, por su parte, sintió renacer á la vista del joven que se había sa-

crificado gustoso en aras de su nefasta estrella y convenídose y conformándose por su causa con voluntario cautiverio, sintió decíamos el puro y fraternal afecto nacido en el hogar antiguo y dotado con todos los caracteres de una grande amistad engendrada en el seno de su rota y dispersa familia. La patria, la religión, el rey ausente, los pueblos cristianos, las legiones defensoras del señorial palacio, las almenas y torres de este antiguo nido en que su corazón se criara, aparecieron realmente á los ojos de Zoraya evocados por la presencia de Illán. Los sentimientos de uno y otro joven, pues, eran bien claros y se manifestaban con toda verdad en sus sendas actitudes. Illán, al ver á Zoraya, veía el objeto único de todos sus deseos; mientras Zoraya, viendo á Illán, veía tan sólo el recuerdo austero de su fenecida familia. Pero llevados uno y otro joven por estas ideas mutuas y por estos mutuos sentimientos no supieron decir palabra ninguna sino después de haberse uno á otro largamente contemplado.

—Creo soñar.—Dijo Illán rompiendo primero el silencio.

—Sueño único de felicidad tras tantos días de amargura.

—Mas todo cuanto hemos padecido se puede dar por bien empleado al arribar tras los dolores de ayer á este increíble instante.

—¡Cuánto, Illán, habrás padecido en tu mazmorra!

—Sí; he padecido mucho, pero daba por buenos

mis dolores aguardando siempre la suprema hora en que debía llegar á mis oídos el eco de tu voz y el acento de tu guzla recordándome la religión y la tierra de nuestros difuntos padres.

—Imagínate Illán por tu corazón el mío; imagínate con que anhelo aguardaría yo todas las noches tu canción semejante á una plegaria que me recordaba el culto de la niñez y me reconciliaba todos los días con Dios á la hora de dormirme.

—Y además debía recordarte Isabel que un corazón palpitaba por ti en los abismos poblados de dolores terribles y que hasta ti subía un amor consagrado á idolatrarte por toda una eternidad y que no puede acabarse ni extinguirse como no se acabe y extinga el alma, quien do quier esté, ha de ser eterna y ha de guardar por tanto en sus senos este inmortal y cuasi divino afecto irrevocablemente unido á toda su vida como verdadero sér y esencia del sér.

—Illán,—dijo Zoraya un tanto azorada y triste al ver aquella pasión ardiente y que se compadecía poco á la verdad con el afecto sencillo y tierno sentido hacia él por ella,—Illán cuéntame cómo has venido á este sitio.

—¡Oh! Me llamas, Isabel, ahora el pensamiento hacia el extraño lugar donde te veo. Yo mismo no sé cuánto ha pasado por mí ni sabría decírtelo. ¡Qué ropajes tan esplendentes; qué joyas tan ricas! Cualquiera diría que no sierva sino reina eras en Granada.

—¡Oh!— dijo Zoraya.— Cree que yo misma no puedo explicar cuanto ha pasado por mí; cree que, después de haberlo experimentado, ni lo alcanzo ni lo entiendo. Debe ser como decías antes, debe ser un sueño.

—Precioso camarín,—exclamaba Illán,—preciosísimo; con sus paredes bordadas indudablemente por huríes como dicen los poetas, y dicen verdad, porque sólo manos celestiales y fantásticas pueden tender estas grecas de colores en el frío estuco, y bordar con estas líneas geométricas las aéreas alharacas.

—Sí; todo aquí habla del placer.

—¡Oh! No me lo recuerdes; no quiero pensarlo. Esos bárbaros te habrán creído vil instrumento de sus goces y.....

—¡Calla Illán! No insultes así la sangre que llevas en tu cuerpo, y la religión que llevas en tu alma. Si tu Isabel hubiera perdido la integridad inmaculada y santa de su pureza entre los brazos de un árabe, no viviría como vive ahora en tu presencia, porque la hubieran aniquilado sin remedio el dolor con la vergüenza y estaría en el otro mundo al lado de sus padres.

—¡Ah! Lo creo, Isabel. Si no lo creyera, tampoco viviría yo en este bajo mundo. Sé que tu vida y tu honra van juntas, y sé que no pueden un punto separarse.

—Todavía tengo para mi defensa, los hábitos varios en mi juventud adquiridos; todavía sé comba-

tir en las luchas tremendas de nuestra existencia y contrastar con algún esfuerzo los decretos irremisibles del destino. Y á todo estaba resuelta, menos á perder mis creencias en los infieles templos y á perder mi honra en los musulmanes serrallos.

—Lo sé Isabel; y ni un punto he podido yo dudar, que la duda tan solo hubiese acabado conmigo. Lo sé. Cuando abandoné la patria para seguirte y troqué una libertad cierta por un terrible cautiverio, sabía que ganaba el amor de tu corazón, premio debido á mi constancia; y que tú, cristiana, en la costumbre de ver á nuestros padres unidos y pareados como las palomas del cielo, no habías de resignarte jamás á entrar profanada y poluida en familias que se parecen á los perros y que sólo sienten y poseen animales y bajos instintos. Así es que jamás he temblado por tu pureza sabiendo que sólo podrías perderla con la vida; y aunque por ti he sentido mucho amor, no lo he acompañado con los celos.

—Encerráronme así que llegué á mi cautiverio en la torre de Comares adscribiéndome á las mujeres de Boabdil; y así he pasado mi cautiverio sin que mortal ninguno me requiriera y hablara de amores.

Como verá quien leyere, Zoraya decía la verdad, pero una parte de la verdad no más. Era cierto que nadie la requirió de amores en el serrallo de Boabdil, mas también cierto, que una vez fuera de tal serrallo, habíala requerido un árabe, cuyo nombre

ignoraba ella, pero cuyo afecto no, afecto que ocultaba con sigilo á Illán por no amargar indudablemente con aquella nueva terrible las grandes satisfacciones de su gozosa entrevista. Illán por su parte, como el amor le poseía todo entero y á este amor acompañaba una ciega confianza en la virtud y en el cariño de Zoraya, tan seguro de ella como de sí mismo, no sentía ni celos ni recelos, no sospechaba siquiera que pudiese aquella rosa bellísima ser arrancada del rosal de su virginidad por mano que no fuese su mano, y esta misma jamás á tanto se atrevería sino despues de ungida y consagrada por la Madre Iglesia que da el sello de un sacramento á los puros y eternos amores. De consiguiente, ni por la imaginación le pasó indagar la causa y motivo de hallarse en habitaciones distintas al palacio y retiro de Aixá y Moraima en aquellos momentos. Llegado á la presencia de Isabel en alas de los tumultos granadinos sólo pensaba en los medios de ponerse pronto en cobro y ganar la frontera de los reinos cristianos, acompañando de la cautiva libre ya del cautiverio por las industrias de su inteligencia y los esfuerzos de su brazo. Así, pues, con la celeridad propia de los hombres en quienes dominan las artes de la acción, púsose á escudriñar el sitio donde se hallaba y á ver cómo tenía que arreglárselas para salir de aquel intrincado laberinto. En efecto, nada tan propicio á sus planes y tan feliz en su vida como libertar á Isabel de aquella cautividad, y llevársela por

los campos granadinos al arruinado castillo para de nuevo recomponerlo y comenzar de nuevo á la sombra de sus altos soberbios torreones la titánica lucha con aquellos hijos del Profeta, cuya debilidad, aumentada por las contiendas diarias, no podía resistir mucho tiempo al bravo empuje castellano. Si el buen Illán no estuviera embargado por completo con el pensamiento y el propósito de redimir á Zoraya y de alcanzar nuevamente la patria, notara cómo aquella mujer, á quien quería con tanto amor, no participaba de sus ardores y no ponía en sus proyectos el concurso reclamado por las supremas circunstancias. Mientras Illán escudriñaba como hemos dicho aquel sitio, y veía los caminos más cortos y más fáciles para de su seno ahuyentarse, Isabel pensaba en otras cosas indudablemente, requerida por otros afectos incomprensibles á su inteligencia, pero de fuerza é imperio incontrastables sobre su voluntad. Illán por el contrario, juzgaba de Isabel por sí mismo, y no comprendía de ningún modo aquella extraña situación.

Y sin embargo, nada tan fácil de comprender como que Illán deseaba partirse inmediatamente, aun á riesgo de faltar á la conjuración urdida con sus compañeros árabes, la cual poco le importara después de haber encontrado á Zoraya; mientras Zoraya con toda su religión y todo su patriotismo y todo su deseo de volver al hogar paterno fundado y bendecido por la familia, persistía en quedarse allí aun á riesgo de que nuevamente la encontrara.

el misterioso moro y la requiriera de profundos y vívidos amores. Illán, que veía la tierra y la vida y los hombres y las mujeres por el prisma de su imaginación bienhadada y de sus honrados sentimientos, no podía ni sospechar siquiera en Zoraya el deseo de quedarse allí donde le faltaban su Dios y su patria; mientras Zoraya, si por lo que tenía de católica y por lo que tenía de noble y por lo que tenía de castellana, hubiera corrido tras Illán al descorrerse como se descorrieron por mano de este los cerrojos de su prisión; por lo que tenía de mujer allí se quedaba fija y absorta en el pensamiento y propósito de aguardar al moro sin que lo comprendiera ella misma en el fondo ni quisiese creerlo. Parecíale, si examinaba su conciencia en estos rápidos juicios inspirados por circunstancias supremas, que lo natural y justo y lógico y honrado y religioso era irse para volver en armas con los suyos á tomar desquites seguros de tantos vejámenes horribles como los vencedores habían á su persona y casa y hacienda infligido; pero lo cierto es que una fuerza material incontrastable, invencible, superior á su conciencia y á su juicio, la retenía en aquel sitio donde algunos dias antes no se hubiera parado y detenido ni un solo minuto. Imagináos que no sucede aquel encuentro con el amante rendido que tales cosas de amor le dijera, y Zoraya imitara las avecillas que presas en áureas jaulas, entre arbustos floridos y surtidores susurrantes colocadas, con toda suerte de pródidos alimentos mantenidas, por labios de

rosicler halagadas, mecidas con suaves canciones y sonatas, bajo techumbres parecidas á cielos del Asia en serenas noches, respirando aires perfumado, en cuanto les abren la salida que conduce al movimiento y á la libertad abren sus alas, despiden sus gorgoros más dulces y toman el cielo azul infinito con vertiginosa celeridad, sin acordarse de los bienes dejados en su prisión, y mucho menos de los peligros corridos ya otras veces en la inmensidad vaga y celeste del aire. Así hubiera procedido, como tales avecillas Zoraya, días antes del sueño último y de la procelosa entrevista con el moro enamorado y reverente. Pero al llegar Illán y prometerle su libertad, aceptándola, queriéndola, no ponía todo el empeño necesario en realizarla y presentaba dilatorios argumentos que acaso podían impedirla. Y en efecto, al otro lado, lejos de allí, en otra torre separada por patios y cármenes acontecía la escena que vamos á referir, íntimamente unida y enlazada con la escena que ahora hemos referido.

CAPÍTULO IV.

Así como las gentes mandadas por Illán habían llegado hasta el cuarto de Zoraya, las tropas mandadas por Gezar habían llegado hasta el cuarto de Hacem. Ya hemos dicho la resuelta y noble actitud tomada por el Sultán granadino en tan supremo trance. Lejos de ocultarse, como hubiera hecho un cobarde, por los diferentes subterráneos de su palacio, irguióse con verdadera soberbia y aguardó á los tumultuados con verdadera tranquilidad. Sabía que desguarnecido el palacio de tropas suficientes á contrastar aquel aluvión caído sobre su corona, solamente le quedaba un recurso de salvación posible, la superioridad intelectual y moral que dan sobre amotinados y tumultuarios el valor propio y la confianza en el ejercicio sereno y resuelto del poder que da una eficaz autoridad. Si vuelve la espalda ó corre, lo rematan; pero, retando al tumulto y sobreponiéndose al peligro, podía esperar con razón

ó someterlos del todo á sus órdenes ó quebrantarlos por lo menos en sus resoluciones. Así llamó de pronto á los faquies más cercanos y los puso en grupo á su derecha; volvióse á Venegas y ordenó que se levantase como vizir en una de las gradas de su trono; é irguiéndose luego en el sitio eminente reservado por las tradiciones y por las costumbres y por las liturgias cortesanas á su persona real, aguardó allí, como una estatua de piedra, según lo rígido y frío, el supremo desacato.

Las puertas se abrieron; y los amotinados entraron. Aquellas gentes de razas varias, unidas por el odio comun al Sultán, ¡parece imposible! sintiéronse como dominadas por supersticioso respeto, en cuanto pisaron aquellas misteriosas y sacras estancias. Imagináos el triste libertino, que por los vapores de las orgías arrastrado, en el ansia de hacer algo extraordinario, correspondiente al vino que lleva en el cuerpo, algo capaz de interrumpir el hastío contraído por su alma en el agotamiento de todos los placeres, idea la profanación de los templos, donde ha rezado él mismo, y asaltos de monasterios, cuyas oraciones han llegado á sus oídos enviadas por las voces angélicas de las monjas que arrullaron su niñez y encendieron su fe primera, imagináoslo en la noche callada, encaminándose á cometer el nefasto delito; mientras no ve otra cosa más que su camino, tampoco ve otra cosa más que su resolución, y corre y avanza entre las sombras de la noche con la seguridad completa de

no sufrir ningún desmayo; pero al llegar y encontrarse frente á frente del objeto ayer amado, y hoy próximo á ser herido y manchado por sus profanaciones, los recuerdos más caros de su infancia se agolpan á la memoria, los sentimientos más dormidos en su corazón se despiertan á una y en verdadero tropel dentro de su pecho, las sombras más olvidadas de su familia surgen como almas del otro mundo venidas; y las torres del monasterio crecen á sus ojos como si tocaran las cumbres del cielo; y el acento de la campana que suena á las altas horas de la noche retumba como una maldición suprema en sus oídos; y la retina de la triste lechuzza ó los graznidos del buho solitario parécenle muertos que se levantan de sus sepulturas y que van á cogerlo con sus manos de frío esqueleto, para sepultarlo en las que bajo sus piés bostezan á una en el sacro pavimento; hasta que, sudoroso con el sudor de las agonías últimas, pálido con la palidez de los cadáveres, aterrado de sí mismo, se precipita en las gradas del santo lugar que había querido maldecir y le pide perdón de hinojos por aquella su instantánea demencia.

Tal fué la impresión de los granadinos amotinados al encontrarse frente á frente de Hacem erguido en su trono. Aquellos sitios por donde habían pasado recordábanles casi toda la religión de su patria. Los altos muros, las soberbias torres, el ingreso en las mezquitas, las inscripciones que resaltaban sobre los arcos de herradura, las leyendas

unidas á tantos sitios por la tradición consagrados ejercían á una en ellos el influjo que los templos ejercen sobre los creyentes. No en vano toma un pueblo del tiempo larga y tenaz educación monárquica; no en vano se acostumbra por tradiciones repetidas á considerar como una especie de dioses á sus reyes; no en vano enlaza en su memoria con el recuerdo sacro de sus fortunas y de sus adversidades el nombre glorioso de sus antiguas dinastías; toda esta grande tradición que parece olvidada, todo este prestigio natural que parece perdido en las mil incidencias terribles de la vida, vuelven cuando las circunstancias lo imponen con imperio, y ejercitan tanto sobre los individuos como sobre las muchedumbres aquella influencia que parecía por completo perdida y que saca su fuerza de lo más fuerte que hay en el hombre después de la naturaleza y que saca su fuerza de la honda y arraigada costumbre. El pavimento se movía como sacudido por un terremoto bajo las plantas de aquellos supersticiosos; las leyendas recordatorias de los más ilustres nombres dinásticos saltaban como si de las paredes todas ellas se desprendieran y volaran á guisa de fuegos fatuos, en direcciones opuestas; las sombras proyectadas por la historia penetraban por las rendijas de las creencias en los senos de aquellas almas creyentes y les decían que iban á profanar el templo de su culto y desacatar al representante sobre la tierra del Dios de sus padres.

Bien es verdad que Hacem había procedido como deben proceder todos cuantos quieran imponerse á las muchedumbres. Si en el ánimo de los jefes como Gezar, ya comprometidos y empeñados en el buen logro de aquella terrible conjuración cortesana, verdaderamente no podía el Sultán ejercer ninguna influencia, en el ánimo de las muchedumbres la ejercía por todo cuanto le rodeaba y por su propio valor personal. Allá iban los amotinados movidos por el viento de rebelión rugiente sobre todo el territorio granadino, pero no libraban al combate los odios, ni á la victoria los resultados que libraba Gezar. Este, conspirador emeritísimo en pro de la supremacía de Aixá y de su Boabdil, se había visto acosado por múltiples persecuciones en su obra dificultosísima y herido por las múltiples heridas que trae siempre al combatiente un combate verdadero y á muerte. Él se había visto en las incidencias de tantas agitaciones como hacían zozobrar la corte de los nazaritas, depuesto de sus dignidades, apartado de sus compañeros, en dura mazmorra encerrado, perseguido como feroz alimaña; y dos instintos le guiaban, su propia defensa y la inevitable propensión al exterminio de sus terribles enemigos. No puede, no, apreciarse hoy, en la dulzura de nuestras costumbres y en los progresos de la libertad y de la justicia, todas las crueldades contenidas allá en las guerras cortesanas de Oriente. Los Omniadas, exterminados todos ellos, hasta los que solo tenían un cuarto de la sangre de

tal familia en sus venas; los Abencerrajes, degollados sobre los pavimentos de la celestial Alhambra, dan una idea del terror en las cortes orientales reinante y de la saña con que se perseguían entre sí hasta exterminarse sin piedad los partidos contrarios. Ningún sentimiento humano entraba en tales porfías, muy semejantes á las que tienen allá en las entrañas de la naturaleza empeñadas las diversas especies que sólo conocen el odio á las otras especies enemigas y solo buscan su daño, porque para vivir ellas necesitan de aquel horroroso exterminio.

—A él—grito Gezar.—A ese fementido tirano. Y señaló con su alfanje la persona del monarca eriguido con toda majestad en su trono.

—¿A mí; á vuestro señor natural, á vuestro jefe y vuestro capitán en los combates, al intérprete de la santa palabra en los templos ¡ah! os atreveréis vosotros sus vasallos, sus siervos, sus criaturas?

—Muera el tirano Hacem—gritó Gezar, mirando con miradas amenazadoras al Sultán y con miradas imperiosísimas al tropel.

—Nos ha vendido—exclamó á su vez otro de los jefes insurrectos.

—Y entregado casi á los cristianos—gritó un tercero.

—Y desaparecido de vuestra vista como un misterio—gritó un cuarto.

—Y abandonado Alhama—dijeron otros varios.

—No en verdad—respondió Hacem,—convencido ya del triunfo suyo después que los rebeldes

no habían sido á despedazarle osados como les mandaban sus jefes ebrios de rencorosas iras.

—Sí, sí, sí,—gritaban los tumultuados primates, mientras la hueste silenciosa y absorta no hacía más que contemplar la estancia maravillosísima de aquel encantado palacio y la persona majestuosa de aquel soberbio monarca.

—Vosotros sabéis,—dijo Hacem dirigiéndose desde lo alto de su trono á los rebeldes, vosotros sabéis que peleamos como buenos en la recuperación de Alhama, y que solo rendimos nuestra cerviz á los decretos y á los mandatos de la fatalidad. Vosotros lo sabéis, veteranos curtidos en la guerra mejor que vuestros pérfidos seductores, incapacitados por su odio á mí de pelear honradamente con los infieles, metidos como están hasta la cintura en las trampas y en las celadas puestas por ellos mismos para derribarnos, hundirnos, y perdernos á todos.

Los que habían peleado en cien batallas y correrías con Hacem; los que le habían seguido por aquellos primeros años de su gloriosa juventud en requerimiento del combate y del triunfo cosechando glorias y despojos en abundancia, sintiéronse como representados por las palabras del Sultán y como heridos por los conceptos de sus jefes. Lo cierto es, que un rumor de aprobación salió de todos aquellos labios, y las indecisiones del primer momento iban ya inclinándose á una grande sumisión propia de la cultura que tenían y de los recuerdos que todos á una llevaban en el alma. Hacem,

muy ducho en toda suerte de achaques políticos y penetradísimo por su experiencia del estado particular en que se hallaban las voluntades fluctuantes de los subvertidos, no trató por aquellas circunstancias de quedarse con la partida y volver las armas contra los mismos que las asestaran á su pecho, prolongó la situación seguro de hallar al fin natural de toda ella una favorable salida y un completo triunfo. Gezar y sus compañeros alcanzaron bien pronto á comprender que necesitaban de un esfuerzo varonil y supremo para derribar por tierra el monarca, muy zaherido por los rebeldes cuando estaba lejos y muy respetado así que se les apareció y se les impuso con su majestuosa presencia.

—No invoques, Hacem—le dijo descaradamente Gezar,—no invoques títulos ya olvidados en nuestra memoria y ya desaparecidos de tus blasones. Tomaste á Zahara, es verdad; la tomaste con valeroso empuje; venciste á castellanos tan soberbios como los que habitaban las erguidas y ceñudas torres del fuerte inexpugnable Martos; pero después, te has metido en tu concha, y te has encerrado en tu alcázar, cuando más los granadinos hemos menester un jefe militar que nos defienda, y un monarca verdadero que nos gobierne y que nos salve.

Estas palabras, dichas con altísima entonación, volvieron á subyugar los ánimos flotantes de aquellas muchedumbres indecisas, y á inclinarlas, bien que con escasa inclinación, hacia el lado de los jefes rebeldes. Conociéndolo estos, pues en los comba-

tes los sentidos se aguzan mucho y la percepción mucho se afina también, volvieron á la carga con reconvenciones y argumentos solo posibles en las naciones tiranizadas á la víspera de un material y guerrero combate.

—Las rentas están perdidas—decían unos.

—Los extremos occidentales de la vega están tallados—decían otros.

—Alhama perdida—exclamaban estos.

—Loja terriblemente amenazada—los demás añadían.

—Los Ponces llenos de gloria—se murmuraba en esta parte.

—Los reyes católicos en Córdoba, para presidir la última grandiosa empresa contra nosotros.

—¡Ay de mi Alhama!—Se oye por todas partes.

Gezar, viendo cómo volvía de nuevo á tomar cuerpo el tumulto apaciguado por las arrogantes palabras de Hacem, alzó de nuevo la voz con temerario arranque y dijo el pensamiento que animaba la conjuración en estos imprudentes y no bien meditados términos.

—Todos te queríamos y todos te acompañábamos, Hacem, cuando salías de tus tiendas con los sigilos del tigre, y te lanzabas sobre los infieles con los ímpetus de verdadero león. Ni una palabra te dijimos fuera de las dictadas por el acatamiento y la obediencia en aquellos días en que los turbantes de tu cabeza real se asemejaban á tempestuosas nubes, y los alfanjes mantenidos por tus poderosas

manos á rayos asoladores. Aclamabámoste cuando volvías después de haber dejado una inundación procelosa en las tierras de nuestros enemigos, y te bendecían á una con las palabras del Koran varones, mujeres y niños. Todos estábamos contigo, cuando desengarzabas una ciudad de la diadema castellana ó traías entre tus rehenes altos sacerdotes del altar y hermosas vírgenes arrancadas á los espléndidos palacios. El día en que la sombra del embajador Vera se deslizó por las columnas del patio de los leones, todos asentimos á tus palabras y todos sustentamos tu valeroso reto. Sangre te dimos en la toma de Zahara; y sangre á torrentes en el cerco nefasto de la incomparable Alhama. Estas cimitarras que de nuestros costados penden, cercenaron cabezas infieles á granel, y estas manos callosas pusieron las cercenadas cabezas en los altos muros de tus soberbias alcazabas para eterna recordación é imperecedero trofeo. Mas ahora que vemos tu pereza comparable sólo á la inercia de un cuerpo muerto, ahora que junto á tu misma persona y en las gradas de tu mismo trono vemos como plantas parásitas en troncos añosos los renegados castellanos, ahora te decimos, que habiendo caído en la cuenta de necesitar otra voluntad y otro esfuerzo muy superiores á tu esfuerzo y á tu voluntad, hemos resuelto deponerte y sustituirte con la leona que ha descendido de las Alpujarras para bien de Granada, con Aixá y con el cachorro que lleva su sangre pura en el cuerpo y sus enérgicas ense-

ñanzas en el alma, con tu hijo Boabdil, desde hoy mismo, nuestro jefe y nuestro soberano en Granada.

Nunca tal cosa dijera el inexperto conspirador. Sus amigos, mal seguros como hemos visto, no estaban unánimes en especificar la naturaleza del mal, y mucho menos el debido remedio. Querían estos deponer al Sultán; aquellos advertirle y mejorarle; los más exaltados, que siempre los hay en todas las agrupaciones, opinaban por deponerle y aun descabezarle; pero los más prudentes, verdadera mayoría en aquel entonces, no estaban por tales extremos y querían cambios de proceder y de pensar en el monarca, pero no cambios de monarca en el reino. Todos estaban acordes en el odio á Venegas, pero no todos estaban acordes en quién debía recoger su detestada privanza. Querían estos que Aliatar, el padre de Moraima, suegro de Boabdil, por ende, se hallase más cerca de Hacem; y querían aquellos que un jefe tan atrevido y arriesgado como el Zagal, ducho en todas las artes de la guerra, glorioso en victorias, capaz por su valor y por su renombre de armar y sostener un ejército, desempeñara una especie de lugartenencia en la monarquía, y participase de un fragmento, por lo menos, de aquella combatida corona. Boabdil y Aixá tenían escasos partidarios en las muchedumbres, aunque tuvieran muchos y muy valiosos en los jefes. Y como las muchedumbres no los amaban de ningún modo con aquel amor que inspira y hace llevaderos los mayores sacrificios, al oír la

propuesta de Gezar, se convirtieron casi de súbito á la inevitable continuación de Hacem. Por tal motivo y razón escucharon atentos y gozosos la parte del discurso de Gezar que pintaba con vivos colores el contraste manifiesto entre las antiguas glorias y las recientes flojeras de Hacem: ahí, en esos períodos reuníanse con arte los motivos del irrespetuoso ingreso en la real estancia y condenábanse los antiguos, y en la sazón aquella enconadísimos agravios. Pero sus partidarios, que le miraban con verdadero entusiasmo, infundiéndole ardor con el centelleo de sus ideas en los ojos, llamáronse, como vulgarmente solemos decir, á andana, en cuanto Gezar alentado por el expreso asentimiento á la primera parte de su arenga, se arriesgó á entrar en la segunda, y soltó secretos en que sólo estaban iniciados los principales jefes. Un sordo rumor de reprobación contundente, rumor tan expresivo como antes lo fueran aquellos de aprobación y de asentimiento, anunció el cambio rápido en las disposiciones de tan movido y movable auditorio. Hacem, cuyo ánimo pasara por una verdadera pasión oyendo reconvenciones de quien él imaginaba que le debía en su condición de vasallo hasta el respiro en el aire y el aliento en el pecho, con alegría singular holgóse, así que oyó la temeraria propuesta reveladora de dos cosas, del poco camino andado por las intrigas que urdieran allá en el haren mujer é hijo y del mucho arraigo que aún tenía su nombre propio y su autó-

ridad real en los corazones granadinos. No era la muchedumbre tumultuada bastante astuta, pues la astucia no es cualidad jamás de las muchedumbres, para ocultar su disgusto; ni era en verdad Hacem lo inexperto que se necesitaría ser para desaprovechar aquella ocasión de vencer y hundir á sus propios enemigos presentada por la inexperiencia de su jefe principal en el angustioso momento de tan supremas competencias. Los dichos que habían corrido de labio en labio por el apiñado grupo, bien expresivos de la división que acababa de surgir donde más necesaria era la unidad, alentáronle á romper por todo y á salir de una situación ya insostenible.

Antes de que Hacem hablara, los diversos grupos como ya hemos dicho, se desahogaron, departiendo entre sí los varios individuos acerca de las temerarias proposiciones.

—Nada, por Alah, de mujeres—decían unos.

—Nada de muchachos—decían á su vez otros.

—Nuestro rey es Hacem;—exclamaban los más.

—Necesitamos á la victoria moverle; no destituirle.

—Que se vayan los renegados, pero que se quede él.

—Nosotros creíamos al monarca muerto.

—Pues nosotros lo creíamos enterrado.

—Nos dijeron que lo habían visto subirse á la cumbre más alta de los montes alpujarreños para no volver jamás entre los granadinos.

—Y á nosotros nos dijeron que lo habian sus domésticos enterrado al pié del ciprés de la Sultana en los jardines del Generalife.

—Sí Hacem; no sirve que llames al moro de Loja cuya mirada penetrante y avizora lo mismo atisva los pabellones del enemigo á lo lejos, que defiende y preserva la entrada de nuestra vega.

—Ahí está el Zagal que quiere seguramente reinar y que sabrá conducirnos á la victoria.

—Ahí está el buen Aliatar, espejo de los caballeros musulmanes.

—La mujer que se quede allá en su haren cuidando recelosa de las odaliscas recatadas al apetito de Hacem.

—A Boaddil, fáltale tiempo y vida para el amor de su Moraima, con la que se halla unido y pareado como las tórtolas en guisa de católico.

—Fuera el vizir.

—Muerte á los renegados.

—Gloria para el expugnador de tantas inmortales ciudades.

—Que Hacem nos mande.

—Que se esperece y sacuda su melena como tras la calentura el soberbio león.

—Albricias á nuestro rey.

—Nada de consentir femeniles ambiciones.

—Boabdil subirá indudablemente al trono, cuando su padre le haya industriado en los empeños varios y en los casos múltiples de la guerra.

—Que Alah conserve á quien Alah tiene desig-

nado en sus inexcrutables designios al trono de Granada.

Todas estas palabras varias en tumulto grandísimo, subían hasta los oídos de Hacem anunciándole cómo Gezar perdiera la partida y la ganara él. De consiguiente, aquel machucho y redomado rey, tan experto en las artes de la intriga como curtido en los combates de la guerra, cogió su ocasión propicia por el cabello y comenzó á dirigirse de esta suerte á los ya más aplacados que movidos musulimes.

—Comencemos—dijo Hacem,—por las alabanzas debidas en todo trance al Dios á quien adoramos. Loemos al Creador, porque de su frente vienen día y noche, como de su voluntad fortunio é infortunio. Él prospera la simiente de trigo en los surcos del campo é ilumina la superficie de los astros en la inmensidad de los cielos. Él designa el dichoso á la dicha y el desastrado al desastre. Cuando él quiere, toda nuestra vida se torna en regocijos como los meses de la primavera se coronan de flores. Él me ha dado mi reino de Granada; mi asiento en el trono que no envidia los tronos del Yemen; las mujeres de mi haren, los caballos árabes que relinchan ahora en mis cuadras, los collares de mi garganta y las diademas de mis sienes, la púrpura que visto, y los camellos africanos que vienen cargados de presentes á hincarse con docilidad cerca de mi puerta. Bendito sea el Omnipotente Alah y tengamos todos como una sola voz para bendecirlo.

—Bendito, bendito, bendito—dijeron los musulmanes adheridos ya casi por completo á su rey como ganados por este habilísimo proemio.

—Dichas estas alabanzas que debemos todos á Dios, he oído la razón de vuestras conmociones; y las he oído con una paciencia indigna de mi sangre nazarita é impropia de mi regio ministerio.

—Piedad—gritó alguna voz acongojada por el terror que á todos los pueblos orientales infligía en aquel régimen de horrible despotismo la iracundia de los déspotas.

—Os quejáis de que Granada parece como dormida, y el Sultán como indiferente. ¡Ah! Este reino, último resto de tantas grandezas ismaelitas como en el suelo español se han levantado, no puede vivir en sus cimientos combatidos por el huracán á la continua, ni puede contrastar los formidables enemigos que llaman á sus puertas con redoblados golpes, sino suma en mezcla bien difícil ¡oh! la pujanza con la prudencia.

—Cierto, cierto—murmuraban las muchedumbres en voz baja, mientras Gezar sentía inclinarse la cabeza cargada de pensamientos tristes sobre aquel su pecho herido por dolores provenientes del peligro inmediato y cierto.

—Recorred—continuó Hacem—la historia de nuestros progenitores, y encontraréis cómo han tenido que mezclar tanto la prudencia como la fuerza en todas sus empresas. La noble familia de Arjona proveniente del feliz Saad, antiguo com-

pañero del Profeta, parecía destinada por su pura sangre árabe y por su ortodoxia musulmana en los decretos de Dios á las mayores felicidades y á una obediencia más constante y más justa de la que Granada le ha prestado. ¿Quién sino mi familia, vencidos y arruinados los almohades, tuviera la fuerza indispensable para barrer de aquí á los codiciosos infieles y guardar en este rincón del Paraíso un santuario en España para el Koran arrojado de Zaragoza por Alonso I, de Valencia por el Cid Campeador, de Toledo por Alonso VI, de Sevilla y su río, de Córdoba y su Aljama por quien los infieles llaman Fernando el Santo y nosotros debemos llamar Fernando el perro?

—Maldito, maldito—dijeron todos á una los musulimes.

—Cuando entró el primero de los míos, el grande y beneficcioso Alhamar.

—¡Que Dios lo bendiga!—Los musulimes dijeron todos á una.

—Cuando entró, iba diciendo, en Granada; la mañana del día primero del Ramadan en el año 635 de la egira, pululaban por estas tierras los infelices creyentes heridos por la desgracia y expulsos de las ciudades zozobradas en el naufragio comun.

—Verdad, verdad—gritaron aquellos que ídos allí para derribar en el polvo al monarca, formaban ya en torno suyo como armoniosísimo coro.

—Vencedor por Dios—llamaron todas las lenguas al monarca primero de mi familia, cuya gloria

pregonan estos muros por él fabricados y erigidos para espejo de las huríes del Paraíso y envidia de los poderosos del mundo.

—Muros que Dios prospere y embellezca más si cabe—gritaron los musulmes.

—Y á pesar de su fuerza y de su empuje tuvo el primero de los reyes nazaritas [que ver con resignación la pérdida completa de Arjona, su hermosa patria, de Jaen, capital de un reino, y que asistir como vasallo á la toma de Sevilla, porque así lo había dispuesto Alah en sus decretos y así lo había escrito el hado en sus férreos mandamientos. Y el segundo entre los reyes granadinos Mahomad, se vió forzado por la necesidad á llamar contra rey tan débil como el décimo Alonso de Castilla, un compañero y aliado tan fuerte y poderoso como Yusuf el rey de los benimerines, teniendo que ceder al Africa ciudades tan importantes como Algeciras, y al cristiano, soberanías tan lloradas como la eminente soberanía sobre Murcia. Y aquel rey tercero que levantara en esta increíble Alhambra de Alhamar la hermosa mezquita donde se miran los ángeles del cielo, á pesar de su grandioso ánimo y de sus claros talentos que le dieran dominio imperecedero sobre las letras, dejó el trono por rebeldías de los walíes inquietos, que Granada no puede vivir en paz entre las codiciosas insidias extranjeras y las dementes perturbaciones propias.

—Justo, justo—gritaron los musulmes.

—Hasta un usurpador sufrimos entonces que se

adurmiera sobre las esclavas costillas del pueblo, y fundara un imperio tranquilo si otro de mi raza y de mi jente, otro nieto de Alhamar, otro nazarita como yo no viniera y lo sitiara en este mismo lugar donde no tuvo más remedio que rendirse. Pues bien, este mismo vencedor de los usurpadores, ante cuyas banderas habían huído los maestros de Santiago, inmortalizado por aquella batalla en que murieron dos infantes de regia sangre católica, debelador en mil correrías de Huéscar, de Orce, de Baza, de Martos, vióse por los suyos mismos herido traidoramente aquí en este sitio donde murió asesinado quien jamás fuera vencido.

—¡Horror, horror!—dijeron los muslimes.

—A la salida misma de Málaga, en jardín consagrado por el recuerdo agradecido y unánime de todos los fieles, yace hoy enterrado el sexto rey de Granada cuyo ejemplo debía disuadirlos de pensar en reyes niños, pues heredero del trono á los diez años, vió disuelto casi el reino entre las ambiciones de los walíes, las asechanzas de los cristianos, las guerras de los benimerines; y cuando pudo cabalgar y combatir y vencer, un bote de lanza lo derribó en la eternidad arrancándole al cariño de su pueblo. El nombre de Yusuf, llena como el nombre de Alhamar las paredes todas del palacio que habitamos los reyes de mi estirpe. Suya la puerta Judiciaria que parece fortaleza por su adustez y mirador por su belleza; tuyas las estancias, donde los colores del Iris brillan más en las soñadas estalactitas y los

surtidores cantan con más dulces melodías al caer sobre las tazas de alabastro. Nadie prosperó como Yusuf las artes nuestras, nadie á Granada enriqueció como él, pues parecía nuestra ciudad una hurí del Profeta ceñida con las joyas que le procuraran y le sirvieran los ángeles del cielo; nadie amontonó tantas riquezas en los bazares ni tantos pertrechos de guerra en las alcazabas; atento así á las arideces de la gobernación diaria como á los goces de la poesía y de la música; pero nadie tan desgraciado como él por lo mismo que fué tan grande; pues hallándose absorto en sus oraciones bajo la bóveda estrellada y celestial de nuestra gran mezquita, le mató un loco en cuya cabeza indudablemente se había condensado toda la horrible locura de Granada. La gloria del padre no preservó al hijo de las desventuras que parecen acompañar como sus sombras naturales á los reyes y príncipes nazaritas. Sus hermanos y aun sus hermanas le tendieron toda clase de celadas y amotinaron crueles en contra suya el pueblo. Cierta noche, hallándose descuidado en respirar las áuras y oír los surtidores de los cármenes, asaltóle infame conjuración, obligándole, para ponerse á salvo y en cobro ¡oh degradación! á ceñirse las túnicas de mísera esclava y pasar él, rey de los creyentes, en su fuga, por mercenaria y torpe prostituta. Alígero caballo le llevó desde nuestro palacio á Guadix, y desde Guadix á las puertas del África, donde halla después de haber atravesado el mar en cristianos esquifes, un destierro en el desierto, cambiado

al poco tiempo nuevamente por el trono; y en el trono la desgracia pasada le prestó una suspicacia tan irremediable que veía conspiradores y conspiradores felices hasta en sus propios hijos, los llamados por el Koran á heredar su corona y proseguir su reinado. Y en efecto, aunque Yusuf, el primogénito no conspirara contra su padre, vióse como su padre perseguido por el hado adverso y puesto en mil circunstancias terribles por las conspiraciones ajenas. Sus tres hermanos pasaron la vida en mazmorras, pudiendo asegurarse que las habitaciones de sus cuerpos vivos, sólo podían tener comparación cierta y exacta con los sepulcros reservada en este triste mundo á los cuerpos muertos. Sus vizires y sus médicos, fueron por sospechas decapitados. El propio hijo le impuso con desacato su voluntad, enviándole á correrías guerreras más procelosas que útiles, y el rey de Fez acabó con su vida, enviándole un traje de corte magnífico empapado todo él en sutiles y penetrantes venenos. Mojamad VII, fué un desgraciado á quien sucedió un cautivo Yusuf III, quien perdió la imperdible Antequera como su antecesor perdió también á Zahara por mí recobrada en los últimos tiempos con soberanos esfuerzos.

—Verdad, verdad—dijeron los amotinados.

—¿He de recordaros yo cuanto después ha pasado, si lo tenéis en la retina de vuestros ojos más aún que en la memoria de vuestras almas? ¿Os hé de recordar los combates empeñados á muerte un

día y otro día por abencerrajes y zegríes, disputándose, no el cuerpo, no, el cadáver de Granada? Recordad al Izquierdo, vuestro rey en Túnez; acordáos del Chico ó Azaquir decapitado con gran gozo de nuestros comunes enemigos los infieles; acordáos del breve reinado de Yusuf hijo de Alsaul, quien parecía cortesano de vuestros conquistadores y no rey de los granadinos; acordáos de aquellos monarcas tres veces erigidos en sus tronos, y tres veces de sus tronos lanzados; acordáos de la fuga del hijo de Alhanaf; acordáos por fin, de mi padre Saad; y decidme si gentes que han visto en su vida tantos desastres, y que guardan tantas remembranzas terribles en su historia, sirviendo indeliberadamente y sin voluntad y sin conciencia la causa de sus propios enemigos los cristianos, hasta traerlos á estas puertas y esparramarlos por estas campiñas, decidme si pueden atizar el fuego de la discordia, venir en armas á mi palacio, desacatarme aquí, en presencia mía, herirme con gestos y con palabras el corazón, demandarme la entrega de reino tan zozobroso y por tantos enemigos amenazado á débil mujer y á mísero mancebo, sin ser por estos hechos merecedores de mi odio y reos de mi justicia.

—¡Oh, oh!—gritaban todos los otros aterrados por la furia de Hacem que horriblemente relampagueaba en sus miradas torvas, y en sus palabras siniestras, y tronaba en los repiques de su dentadura, y en los ronquidos de su garganta. El impe-

rio cobrado por Hacem sobre los suyos y el terror ejercido por su persona sobre los amotinados, llegaron á tales términos y extremos, que unos se hincaban de rodillas como ante un Dios, otros lloraban con desaforados lloros á guisa de pobres mujeres, caían estos desmayados al miedo, tomaban la puerta y la fuga otros; mientras Gezar, acercándose á uno de sus compañeros en misterioso ángulo de la estancia le pedía por piedad que lo matase; y el compañero apiadado le clavaba su puñal en el corazón, á cuya puñalada se desplomaba exánime ante las gradas mismas del trono, y á los piés mismos del monarca que había querido destruir y perder.

CAPÍTULO V.

Hacem procedió en esta sumisión de los rebeldes con la exactitud completa de mirada y la fuerza incontrastable de voluntad que constituían la compleción material de su cuerpo y el carácter moral de su alma. Con la misma facilidad que había en aquellos momentos avasallado á los rebeldes presididos por Gezar, avasalló también más tarde á los rebeldes presididos y encabezados por Illán. Éste, absorto y atónito en contemplar á la mujer que adoraba, no se había curado ni del sitio donde consiguiera tanta ventura, ni de los peligros encerrados en lo extraño y supremo de su terrible situación. Ver á Isabel fué todo su anhelo, y después de haberla visto, hablar con ella de la fuga primero, del arribo al patrio suelo después, y por último de la casa que debían erigir y de la familia que debían fundar en los mismos sitios consagrados para ellos por la tradición y bendecidos en su memoria por la solemne sombra

de sus padres. Illán, que había visto el fácil acceso al misterioso apartamiento de Zoraya, deslumbrado, como todos los infelices heridos de grandes irreparables desgracias, por aquella súbita luz de felicidad inesperada, creíala eterna; y se preparaba, sin curarse de los peligros más ó menos remotos, al goce de la buena ventura y al absoluto y constante olvido de la mala. En vano la realidad se le debía ofrecer en toda su terrible desnudez, enfriando aquellas encendidas ilusiones y aquellas improvisadas esperanzas. Cosa difícil salir del intrincado laberinto que forman los palacios orientales; burlar el celo y el recelo de múltiples guardias; descorrer los cerrojos de un serrallo; atravesar aquellos muros abiertos de tarde en tarde y de lejos en lejos por muy raros portillos y muy escasas puertas á cuyo ingreso y entrada se veían siempre hierros incontrastables y espesísimas verjas; recorrer todo el reino granadino por estrecho que fuese; llegar hasta unas fronteras azotadas por la guerra de continuo y tras las cuales había que levantar un castillo, grande fortaleza, por las competencias de aquella sociedad guerrera completamente arruinado y roto.

En verdad el mayor obstáculo, que se oponía en aquel momento á los planes de Illán y la mayor dificultad que debía superar su arrojo, estaban en la indiferencia irremediable de Isabel, quien allá en sus adentros, embargada por las inclinaciones hacia el moro sentidas, ni enardecía el ánimo de su compañero, ni cooperaba con el necesario entusias-

mo á sus fines santísimos, ni tenía grande prisa por salir de aquel sitio donde la hechizara el amor. Cuando Illán hablaba de la patria, de la Iglesia, de la familia cristiana, del suelo natal, aún solía Isabel experimentar los afectos enlazados naturalmente con toda su vida, que formaban como parte íntima de su alma. El suelo, el blasón, el Dios de sus mayores, el templo de sus sacerdotes, el timbre de sus privilegios, todo esto la exaltaba y por todo esto se hubiera partido indudablemente de allí aun á costa de sacrificar su corazón y en su corazón el amor. Pero cuando veía que por promesas antiguas más ó menos espontáneas, por analogía de situaciones más ó menos claras, por los primeros pasos en la carrera del cautiverio después del infortunio, por los abrigos dados en su corazón á las esperanzas de Illán, podía éste imaginarse y aguardar un amor correspondido, espantábase instintivamente. Zoraya y comprendía que si en mucho su estimación apreciaba á Illán, el mártir de su deber, no lo querían de ningún modo sus varios é íntimos sentimientos como debe aquí en el mundo quererse al esposo y al amante. La comparación indeliberada entre el repentino dominio que tomó Hacem de su corazón aun contra su conciencia, y de lo mucho que de Illán su propio corazón la separaba, siquier forcejease contra tales inclinaciones la conciencia en su intimidad y en su interior, esta comparación habíale dicho sobradamente cómo el moro se había llevado su alma y no había podido llevársela el cris-

tiano. Isabel se revolvía contra sí misma, lanzaba gritos de angustia requiriendo un auxilio del cielo á su debilidad, miraba tras las satisfacciones de aquella pasión el deshonor de su nombre con el anatema de sus padres, y no podía, sin embargo de todo esto, desamar al amado, ni amar al desamado. Pocas veces en la naturaleza humana se había visto con tanta claridad ponerse de un lado, patria, familia, honra, nombre, tradición, creencias, fe, mientras del otro lado se ponía solamente la fuerza del amor, contrastando esta fuerza única, todo lo que se hubiera creído más incontrastable y venciendo todo lo que se hubiera creído más invencible. No se conocía Isabel á sí misma, cuando todas estas cosas pensaba. No conocía ni su propia voluntad, ni su propio pensamiento. Imaginábase que allá, en el haren, la habían por fuerza cambiado, trastrocando su alma en los momentos de aquel sueño letárgico semejante de suyo al sueño de la muerte. Mirábase, palpábase; y veía por experimentación verdaderamente irrefragable, por voces de su conciencia verdaderamente irresistibles, que su alma y su cuerpo formaban la misma persona de otros tiempos, persona en todo consustancial consigo menos en el amor, pues ella, cristiana, hija de mártires, verdaderamente española por su temperamento y por su educación, había entregado los tesoros más apreciables de su sér y los recuerdos más vivos de su alma, nada menos que á un moro avasallador contra todos los mandamientos de su

voluntad y contra todos los clamores de su conciencia. Luchaba con el cielo, y luchaba consigo misma, pero no podía vencer aquella fuerza invencible superior en todo al resto de sus fuerzas y que la tenía como enajenada de sí propia y puesta completamente á la merced arbitraria de un amor tanto más imperioso, cuanto menos racional y legítimo. Hé ahí el estado de conciencia y de ánimo en que Isabel se hallaba cuando el desarrollo natural de los sucesos diera como las apariencias de un sacrificio á lo mismo que resultaba realmente deseo y deseo incontrastable de su conturbado corazón.

Hallábanse Illán y Zoraya en la parte de coloquio referente al modo y manera de ganar las líneas fronterizas á Granada y acudir al castillo de Martos, cuando se oyó una grande algazara.

—¿Qué pasa por ahí?—preguntó Zoraya.

—No será nada—respondió tranquilo Illán que no recelaba ningún caso adverso tras la felicidad con que había conseguido acercarse á la presencia de su amada y de partir con ella tras tantos días de increíble separación y apartamiento.

—No asegures que nada sucede aquí en los palacios árabes, donde pasan á la continua y con tan grande regularidad cosas bien extrañas y bien extraordinarias por lo impensadas y por lo súbitas.

—Déjame de tales aprensiones. Cuando estaba como un cadáver encerrado en el vientre de la tierra, no podía imaginarme siquiera que viniese

como un milagro esta resurrección y que pudiera encontrarme frente á frente de un sér tan amado como tú, ángel hermoso, á quien creía no tornar jamás á ver sino entre los celajes del sueño. Después de todo cuanto nos ha ocurrido, créelo, Isabel, créelo, ya no puede ocurrirnos caso ninguno adverso, por haberse cambiado completamente nuestra estrella y haber Dios grabado otro signo más favorable á nuestra suerte allá en la inmensidad de los cielos.

—Illán—dijo Zoraya en quien se conservaba más cristiana la inteligencia todavía despues de caer en las tentaciones de aquel amor sacrílego,—Illán, tu inteligencia se ha contaminado con la inteligencia de tus compañeros en el cautiverio y hablas como si fueras moro. No, no rige por signos más ó menos luminosos nuestra vida, no está escrita en caracteres de fuego nuestra historia por los espacios inmensos. Con la oración, podemos interesar á Dios en nuestro pro para que nos mande su gracia y nos acorra con su auxilio. Si el secreto de nuestro destino se guardara en los archivos de la eternidad, inscrito por una voluntad omnipotente y de un modo irrevocable, nada valdrían las oraciones nuestras y nada conseguiríamos en nuestro pró con actos meritorios y con el ejercicio de las grandes virtudes. Cree tú en nuestro Dios, y ten la seguridad completa de que hasta en los calabozos más hondos, y bajo los hierros más incontrastables, guardas y conservas tu libertad, y puedes obtener por tus oraciones

que Dios mismo esté á tu lado y te acorra y te sostenga con su misericordia.

—No me arguyas así. Empleé un modo de hablar como cualquier otro; pero sin darle fuerza ni alcance teológico. Harto sabes que voluntad, conciencia, entendimiento, razón, todo lo que hay en mí, pertenece á Dios, cuyo soplo vivificador me ha inspirado hasta la santa pasión que por ti siento y que reconozco y estimo uno de los mayores timbres de mi alma, como uno de los más vivos goces de mi vida.

—Pero, Illán, mientras nosotros departimos aquí, algo extraordinario sucede á nuestro alrededor. ¿No sientes esos clamores que provienen de pechos enrojecidos por la ira y esas vibraciones de armas que resuenan como los estruendos siniestros de un verdadero combate?

—Isabel, suceda lo que quiera, mientras no llegue á nosotros.

—¿Y quién te ha dicho que no llegará?

—La suerte, favoreciéndome con su auxilio hasta traerme á este sitio.

—Fija Illán tu atención observadora en los ecos varios que nos transmiten estas paredes.

—No adelantemos los casos adversos antes que sucedan.

—Pero quizá tu intervención podría evitar algún mal á ti ¡oh Illán! y á los que se han acercado aquí á este sitio contigo.

—Mi gente se halla con seguridad bien apercebida, y yo por mi parte no me moveré, Isabel, de aquí

hasta tener convenidas las últimas particularidades indispensables á nuestra próxima fuga.

—¡Fuga!—murmuró entre dientes Zoraya.

—¿Qué dices?—le preguntó Illán.

—Digo que...

—Dí pues.

—Digo, que la fuga es cosa bien difícil.

—Creete que no hay dificultad invencible para un corazón resuelto.

—Estas paredes hablan.

—Que digan cuanto quieran después de habernos marchado nosotros.

—Estos pavimentos se hallan preñados de abismos.

—Que saltará nuestra voluntad cuando quiera.

—Nada tan receloso como el centinela musulmán.

—Pero nada tan fácil de huir y esquivar cuando hay la resolución de huirlo y esquivarlo. Levántate y sígueme.

—No podemos irnos así con tanta impremeditación y con tan escasa cautela sin exponernos á un terrible tropiezo.

—La voluntad vencerá los obstáculos.

—Si la voluntad tuviese la fuerza que tú crees, no estaríamos aquí nosotros ni un minuto, porque nunca hemos querido estar y sin embargo estamos.

—No me dirijas tales reflexiones.

—¿Por qué te molestan?

—Por ser tuyas me agradan como todo cuanto proviene de ti.

—Entonces.....

—Me molestan, porque me parece que no tienes fe, no, en la salida venturosa de todos estos laberintos y en el inmediato logro de todos nuestros titánicos esfuerzos.

—Desengáñate Illán, cuando se ha padecido lo que padecemos nosotros, no se cuenta con la buena ventura, y se necesita el abono y la confianza de mayores cautelas.

—Pero cuando se ha caído tan bajo como aquella mi antigua mazmorra y se ha llegado tan alto como á este camarín ¡ah! no se duda de nada.

—Cuán pronto se dan á triste olvido las más negras desdichas.

—Lo peor de ellas sería que te diesen tanta desconfianza de la prudencia y tanto terror á tan buenas acciones como la de huir este cautiverio, y reedificar allende la frontera el castillo de nuestros padres.

—Acuérdate de lo sucedido á tal seguro, aunque lo defendían brazos tan atrevidos como tu brazo y lo escudaban pechos tan fuertes como tu pecho.

—Sí, pero Dios se cansa de atribular á los buenos alguna vez.

—Perdimos en solo un día el castillo que parecía inexpugnable por fundado sobre huesos de mártires, y la iglesia que parecía invencible como guardada por alas de ángeles.

—Sí, lo perdimos todo; pero todo lo recobramos. También habían perdido nuestros padres el territorio nacional y parecía que no estaban habili-

tados para de nuevo ganarlo cuando en la cueva de Covadonga, un viento del cielo sin duda hizo que las flechas infieles se volvieran á una contra los mismos que las asestaran y cayeran derribados sin vida y sin alma en el suelo que parecía pertenecer á sus conquistas.

—Sí; yo de Dios no dudo; yo dudo de los hombres. No desconfío del cielo; desconfío de la tierra. Si ahora hubiésemos de morir tú y yo, creo firmemente que tras nuestro martirio, y por razón de nuestras mismas desgracias, Dios nos acogería en su regazo y se habrían concluido para siempre tantas horribles penas. Pero desengáñate, cuando hemos de pisar tierra por tantas espinas erizada, y hemos de contender con gentes por tales y tan feroces odios movidas, y hemos de arrostrar las inclemencias de los elementos adversos con las inclemencias de tantas almas terribles y contra nosotros airadas, hay muchos y muy fundados motivos de tristes é inevitables recelos.

—Vuelvo á repetirte que tras lo acaecido en estos últimos días, con mi encierro en las mazmorras y mi resurrección aquí, no concibo dificultad que no se allane, resistencia que no se rinda, obstáculo que no se supere por una voluntad inquebrantable.

Y mientras Illán se daba con tal abandono á su confianza verdaderamente ciega en lo porvenir; y gozoso con el encuentro de su amada Isabel parecía olvidar cómo estaba en aquellos momentos mismos á la cabeza de una rebelión formidable, y por ende

metido en los empeños de una guerra dudosa é incierta; mientras todo lo veía risueño y próspero en la reanimación de sus esperanzas, al soplo tibio de la inesperada ventura que convertía en risueña primavera llena de flores ó de ilusiones su vida próxima y su próxima suerte; mientras así lo esmaltaba todo tomando por luz un relámpago, moría su compañero Gezar en las gradas mismas del trono de Hacem; y mandado por éste se apoderaba el favorito Venegas de las huestes mismas de Illán, y resolvía con la celeridad del rayo limpiar de gentes extrañas el palacio y volver corte y ejército á su primitiva normalidad por medio de tremendos castigos que procuraran horrorosos escarmientos. Cambiada la dirección de los sucesos, y siguiendo estos nuevo curso tan distinto del antiguo, no hay para qué decir cómo la realidad se volvería turbia, en tanto que las esperanzas de Illán se volvían cada vez mucho más dulces y mucho más risueñas. Venegas corrió del salón donde la palabra y el gesto de Hacem habían logrado tan espontáneo triunfo á la galería donde se hallaban apiñados los últimos rebeldes puestos en olvido por la súbita é inesperada felicidad de Illán, quien ya no quiso, encontrada Isabel, ninguna otra cosa que ver y oír á su amada, en la enajenación de su éxtasis. Dominados como era natural los menos, ya sabedores del desastre ocurrido á los más, Venegas cogió varios amotinados y fué con ellos á escudriñar los rincones del palacio para que no quedase rebelde

alguno fuera de los alcances de su justicia y de los escarmientos de sus castigos. Ya lo tenía todo registrado con esmero y limpio de vencidos en totalidad, cuando uno de los más amenazados por el castigo delató á Illán, refiriendo, además de la parte por él tomada en la sublevación, sus antecedentes cristianos y hasta sus condiciones particulares de compañero en la cautividad y en la desgracia de Zoraya, sin olvidársele ni mucho menos en tal relato el amor á esta profesado y por ella correspondido. No se atrevió Venegas, aun después del relato, á penetrar en la estancia de Zoraya sin permiso de Hacem. Mas faltóle tiempo, aun ya sabida la historia, para ir y contársela fielmente á su enamorado señor. Como todos los renegados, Venegas aborreía mucho de corazón á los cristianos fieles, á los cristianos leales, á los cristianos héroes y mártires de su fe. Así puso, á fuer de taimado, empeño en provocar los celos del Sultán y exacerbarlos con verdadero exacerbamiento. Hacem, que todavía se conformaba con los desdenes de Zoraya cuando los creía inspirados por su fe religiosa, montó en cólera increíble al verlos inspirados por otro amor con el cual no contara en su empresa de rendir á Zoraya.

—¿Cómo?—exclamó—¿ama esa mujer á otro y el afortunado vive todavía, cuando mi cólera se ha parecido en lo asoladora y fulminante al rayo de las nubes?

—Y conviene que viva—dijo Venegas.

—¿Cómo que conviene? Entre tus achaques te aqueja uno capitalísimo, el de mirar siempre las ideas y las cosas al revés de como yo las veo. Mi cólera es una chispa de fuego celeste que cae y mata con celeridad incalculable.

—Pero á tu cólera debo yo añadir mis atemperantes, cuando los creo dirigidos á procurarte mayor bien y dictados en tu servicio.

—Después de la suerte que le ha correspondido á Gezar.....

—Dispensa que te interrumpa; debe corresponderle otra suerte á Illán.

—¿Al que no agradece mi generosidad que le ha dejado la vida y el sér? ¿Al que metido y enterrado en las mazmorras de mi Alhambra se conjura contra mi autoridad? ¿Al que ama lo mismo que yo amo y todavía no ha muerto? ¡Oh! Está en su habitación, quizá en sus brazos...

—Repórtate Hacem. Desconoces el soberbio natural de toda castellana y la confundes con los fáciles juguetes de tu haren. Ellos no caerán uno en brazos del otro aunque se hallen solos en el campo, y se amen como un mozo galante ama por ley natural á una joven hermosísima, sino después que su Dios haya bendecido y su religión legitimado ese amor.

—Entonces no me queda en el mundo á mí ninguna esperanza más que morir abrasado en este devorante fuego en que me quemo ahora.

—Imposible lo cree uno verdaderamente, cuando

se considera la mujer en cuyos hechizos has caído y la religión á que pertenece.

— ¡Oh! rabia—exclamó Hacem desesperado.

—Mas para vencer estos imposibles hay recursos, y sobrados, en la humana inteligencia.

—¿Qué recursos? Déjame de recursos. Para salir de todo esto, no queda otra puerta sino la violencia. Déjame pues de recursos.

—La sangre se ha subido á tu cabeza y te ha velado los ojos. No ves por ende con la debida claridad todo lo que yo veo ahora en este momento. Illán es un recurso.

—¿Cómo?

—No te ofendo, Hacem, no, con la sospecha de que á tus años y á tus desengaños has llegado á concebir por Zoraya una de las grandes pasiones que no se creen satisfechas en el tiempo y aspiran á la eternidad. No te ofendo con la sospecha de creer que deseas, además de la posesión del cuerpo, la posesión del alma de Zoraya.

—Será todo lo triste y ofensiva que tú quieras la sospecha, pero no sospeches que estoy como un vellaco de rendido y absorto en el amor á Zoraya. Créelo, porque así es verdad; créelo porque siento una pasión que no podía yo concebir se llegase á sentir jamás en las estrecheces del humano corazón y en las tristes asperezas del mundo.

—Pues bien, sea como quiera, lo primero, que debemos procurarnos, la satisfacción de tal amor, sin cuya satisfacción para ti no hay paz en el mundo,

exige una cosa en esta presa de Illán, venida en tan favorable sazón á nuestras manos.

—Dí lo que todo esto exige, y acaba pronto.

—Que lo cojamos como una prenda, y amenecemos no soltarlo, sino después que haya satisfecho Zoraya tu pasión y entregádose á tu arbitrio.

—Empiezo á ver claro.

—Amenazarémos á la cristiana con matar al cristiano si no se rinde á tu deseo y á tu deseo se rendirá; créelo.

—¡Oh!—exclamó Hacem enamorado de todos los caminos que condujeran al inmediato logro de su pasión y complacido con la idea de Venegas.

—Ya ves como no era tan descabellado el propósito ni tan loco el intento de éste tu siervo.

—Pero hay una dificultad, vizir, muy grande, que trastorna todos mis planes y contrasta todos mis propósitos.

—¿Cuál? Díla pronto.

—Yo no quiero que sepa Zoraya quien soy.

—¿De veras? ¡Y yo que creía tal noticia conducente á la derrota de sus resistencias y á la victoria de tu amor!

—Me tendrás por loco y mereceré tal juicio.

—Vamos, habla, concluye tus explicaciones.

—No quiero yo que Zoraya venga tentada por el demonio de la ambición á mis brazos, quiero que venga por el impulso incontrastable de su amor. Así deseo ardientemente su completa ignorancia de mi cargo, de mi estirpe, de mi dignidad, y alte-

za, de la corona que llevo, del nombre que me honra y me coloca en la categoría de los soberanos del mundo y me da eminente dominio sobre las criaturas.

—Pero dime, y perdona si resultan de mis observaciones cierto cargo de insensatez á ti.

—Habla como te pida el gusto. Yo he moderado siempre, y ahí está para mostrar mi aserto la duración de mi reinado, el silencio público de mis vasallos con la libertad entera de mis favoritos. Por consecuencia, no te recates y dime con libertad todo cuanto pueda venirte ahora y con motivo de mis caprichos á las mientes.

—Recapacita un poco y caerás de acuerdo conmigo. Zoraya se ve hoy en oriental palacio, circuida por las riquezas mayores con que puede soñar el humano desvarío, de consiguiente creará por fuerza, por necesidad incontrastable un soberano y un soberano poderosísimo á su pretendiente.

—Crea lo que quiera, siempre habrá una diferencia grandísima entre la sospecha y la certidumbre. Muchos príncipes de la sangre hay que viven quizá con tanto lujo como yo. Además, no quiero que sepa como aquel que ganara su castillo é inmolará en el asedio á su padre, ahora es el rendido amante solicitante de sus incomparables favores. Si después de alzarse nada menos que la distancia existente hoy entre la iglesia y la mezquita se alza entre nosotros la sombra del padre inmolado por mí, créelo, Venegas, y no me juzgues insensa-

to, los obstáculos crecerán y menguará mi esperanza.

—En esta segunda consideración me pareces más justo y más acertado. En lo demás, poco aguda y penetrante resultaría en mi concepto la inteligencia de Zoraya, si no comprendiese cómo la requiere de amores un potentado de primera categoría en Granada.

—Piense lo que quiera respecto á mí con tal de que no lo sepa en modo alguno á ciencia cierta. Casarse con moros principales cosa es que han hecho desde las hijas de los reyes hasta las bastardas de los obispos castellanos. La riqueza no tiene los atractivos del poder, siquier sea porque la supone á su vez el poder político entre sus prerogativas, entre sus fuerzas, entre sus privilegios, entre sus prestigios. Cualquiera es rico, pero no es cualquiera en este mundo rey. Además, ¿quién sabe todos los recónditos senos de un alma? ¿Quién sabe si al conocer Zoraya mi dignidad y mi cargo, se atrevería, llamada y atraída por múltiples razones á fingirme un amor que no sintiera y precaverse de mi confianza en su persona y de mi abandono en su lecho para cercenarme la cabeza y lanzarla sobre las fronteras de mi reino á las plantas de sus altivos reyes? Créeme, la ignorancia de Zoraya respecto al cargo y dignidad que yo ejerzo podrá parecer-te lo caprichosa que quieras, pero está fundada en mi conocimiento del corazón humano y en mi experiencia de las muchas desgracias y desventuras

que acompañan irremisiblemente á los reyes en la mísera condición humana.

—Voy viendo que tienes razón.

—Y tanta.

—Mas considera una cosa, que al apresar ahora la persona de Illán, debemos por algún modo mostrar que disfrutamos sobre tal persona derecho de vida y muerte, pues resultarían si no ridículas nuestras amenazas.

—Hay medio fácil de cohonestarlo todo.

—Pues tú, que lo has arbitrado, tú dílo; Hacem, dílo en buen buen hora.

—Te diré. Todo el mundo sabe cómo el poder se divide y reparte y distribuye, siquier parezca uno entre innumerables personas en los palacios nuestros.

—Es verdad.

—La naturaleza misma de las cosas hace que no tengamos esa indivisible unidad absoluta de poder que nuestras leyes y nuestras costumbres inútilmente nos decretan.

—Es verdad.

—De consiguiente, un favorito, un ministro, un vizir, un privado, puede tanto y á veces más que un Sultán aquí entre nosotros.

—También es verdad.

—Preséntate pues allí en la estancia, y á fuer de vizir, díle que condenas á muerte el cuitado Illán y arráncalo sin piedad á la estancia donde tanta felicidad respirará en este momento y condúcelo á la

más fría y oscura y sepulcral mazmorra. Tú podrás decir que por castellano y por católico te reservas el goce de infligirle una pena que merece quien no ha procedido como tú procediste al entregarte á la religión de Mahoma y al reconocer como verdadera patria tuya nuestra hermosísima Granada, la bendita de Dios. Y luego le dices á Zoraya que si quiere la vida del compañero y del compatriota y del correligionario, la pida por intercesión mía. Dirasle así, como yo soy un caballero principalísimo, de ópimas riquezas, de poderoso influjo, de sangre real si quieres, pero no el Sultán. Ocúltale mi dignidad, niégasela si ella consigue por tantos datos contrarios á mis intentos adivinarla, y cuéntale como yo deseo tan sólo amarla y puedo, por deberme tú oro, lo que quieras, arrancarte la persona del preso á quien daremos libertad y mandaremos á Castilla, pues un enemigo más ó menos, poco importa cuando hay en contra nuestra tal número y tan poderoso y tan formidable. Vé, corre, vuela pronto á la estancia de Zoraya y concluyamos por Alah este asunto.

CAPÍTULO VI.

No dejó Venegas que le dieran dos veces tal orden. Aceleradamente, y gozándose como todos los esclavos en las cortes de los déspotas, gozándose con orgullo en cumplimentar el ajeno deseo y hacer la voluntad ajena, personóse con gran pelotón de guardias en el mirador de Zoraya y comunicó á Illán la orden expresa é imperiosa de darse á prisión y pasar nuevamente á los sepulcrales calabozos. Imagináos un alma pura, que hubiese, mereciendo el cielo, entrado en las tinieblas infernales, y tras larga residencia en el centro de todos los dolores viese de nuevo con rapidez el cielo, y apenas visto, cayese de pronto en las antiguas tinieblas; imagináos un alma probada por estos cambios repentinos; y tendréis idea de cuánto sufrió en aquel minuto supremo Illán, cuya felicidad inesperada de algunos momentos, apareciéndose á sus ojos como definitiva y perdurable, le privó hasta de una defen-

sa, que si no hubiera evitado, quizás sí disminuído la rudeza del golpe. Al sentir que Venegas se lo asestaba resultando para él tan terrible la mano de quien menos debía esperarlo en verdad, la mano de antiguo compatriota, volvióse airado contra ella, y la maldijo, ya que no pudo morderla y devorarla en la natural intensidad y rabia de su fortísimo dolor.

—¿Cómo, eres tú, perro renegado, quien viene á concluir con el hombre fidelísimo á la religión y á la patria? Más te valiera irte á los infiernos en busca de los demonios impacientes por devorar tus maldecidas carnes, que venir aquí, en presencia de los tuyos, á turbar los amores legítimos de dos almas puras, y á oponerte á la salvación de dos castellanos como tú nobles, pero no como tú perjuros é infames, no como tú, capaces de olvidar su religión y su monarca: crímenes aquí pagados con la deshonra eterna y en el otro mundo con la eterna mal andanza.

—Mira, Illán, estás en mis manos y no debes provocar mis iras. Si fuese yo el único de tu raza y de tu clase venido á tierra de moros para servir contra los cristianos, podrías con fundamento quizás argüirme de perjurio y maltratarme con tus soberbias y atrevidas palabras; mas vuelve tus ojos á lo pasado y encontrarás allí reyes, prelados, príncipes que buscan la sombra de los minaretes sevillanos y cordobeses y que pelean esforzadamente contra su religión y contra su patria. Un Sancho el Craso corre á pedir salud y á ilumi-

narse con la ciencia y con el arte á las ciudades cordobesas; un Alfonso VI, recibe hospitalidad franca de los Almamunes en Toledo y en Sevilla de los Addibitas esposa para su lecho. El mismo Cid Campeador se pone á sueldo y servicio de los régulos syrios, berberiscos, yemenitas, que se alzan sobre las ruinas recientes del inmenso califato. Un hijo de San Fernando pasa el Estrecho, y se inscribe después de haber sido senador romano, y asentándose orgulloso en los consejos del Papa, entre los moros de Fez. El rey D. Alonso X, cuando le faltaba la tierra para sostenerse, la luz para ver, el aire necesario á la respiración, traicionado por su propia prole, vendido por sus hermanos, sin obediencia en sus súbditos, sin armas que le acorrieran y salvaran, cuando solo tenía Sevilla contrastada por la rebelión de todos sus demás pueblos, encontró en el Sultán de los benimerines el auxilio que no había encontrado en el pecho de sus vasallos y la misericordia que no había visto en su madrastra, la Iglesia de Jesús.

—No blasfeméis, Venegas—le dijo Zoraya.—No blasfeméis contra la religión de vuestros padres ni pongáis las debilidades y flaquezas de unos pocos como una espesa y negra sombra extendida sobre la gloria y sobre la grandeza de todos, pues el perjurio de algún desalmado y el tropiezo de algún infeliz ¡oh! no pueden, no, contarse ante las hazañas de siete siglos y los sacrificios de innumerables generaciones.

—Lo he dicho, Isabel, y he dicho la verdad. Ese hombre se mete por todos los pudrideros de nuestra historia para encontrar crímenes que le sirvan de alguna excusa, y que le cohonesten á los ojos de su alma las propias infamias. Pero todas esas excusas causan sus remordimientos. Lo he dicho y vuelvo sobre todo ello; más tranquilo estarías en el infierno y por los demonios azotado que en presencia nuestra, pues allí ablandarías un poco tu dolor con la consideración de que te lo daba é infligía la justicia. Entre nosotros ahora, cargado de favores y grandezas ¡oh! sientes lo que no puede menos de sentirse aun por los más faltos de conciencia, sientes que tú eres la traición premiada, el vicio victorioso, el perjurio engrandecido y satisfecho, el mal reinando como debiera el bien reinar; y vuelves contra ti en las interioridades hondísimas de tu propio sér y te detestas y te maldices á ti mismo. No invoques ejemplos que te condenan y que parecen puestos ahí en la memoria humana, para que resalten más el triunfo y el sacrificio de los buenos. ¡Oh! Nuestra patria, desde las cumbres de Covadonga hasta los mares de Cádiz y desde las sierras de Gibraltar hasta los muros de Fuenterrabía, está empapada en sangre de nuestras venas que ha servido para extinguir al infiel desalojado de todas nuestras ciudades, roto en todos nuestros campos, y ahora tan solo recluso en este nido de águilas que pronto le arrancaremos, á pesar de los esfuerzos de su valor y de las traiciones de tu per-

jurio, porque nos preceden aquí en la tierra vias triunfales cubiertas con los huesos de nuestros padres, y nos asisten desde los cielos altísimos las legiones sacras de nuestros innumerables mártires. Ya ves traidor, perjuro, renegado vil cómo resuenan estas bóvedas al eco de mi voz con los nombres de Jesucristo y de María, de Isabel y de Fernando, nombres que compendian en sus letras y en sus sílabas el recuerdo augusto así de la religión, como de la patria y que caen cual plomo derretido en tus fementidas orejas.

—Illán, Illán—dijo Zoraya volviéndose al joven cautivo, cuando éste hubo concluido y se pasó la fascinación ejercida por su heróica elocuencia.

—Te matarán, te matarán.

—¡Oh! No me importa si mueres tú conmigo confesando nuestra comun patria y fe.

—Ya sabes Illán que no he dejado un punto de confesarla en el retiro de los harenes, y que me hallo resuelta completamente á sostenerla como sangre de mi sangre y espíritu de mi espíritu hasta el fin postrero de mis días. Cree, pues, que Isabel, de Solís no faltará jamás á la religión de sus padres.

—Confíesala conmigo en este minuto verdaderamente horroroso y en presencia de ese hombre verdaderamente malvado.

—Yo la confieso contigo; yo contigo declaro que creo en cuanto cree nuestra madre la Iglesia; yo amo á Dios más que á mí misma; yo espero salvar-

me por mis obras inspiradas en la religión cristiana y por los méritos de Cristo bajado desde los cielos para redimirnos y rescatarnos á todos; yo seré siempre la rica hembra de Castilla, la hija de Solís, la sierva primero de mi Dios, después de mis reyes.

—Ven ahora chacal, ven á cebarte con tus uñas aguzadas, con tus dientes feroces, á cebarte gozoso en las entrañas de estos cristianos que morirán bajo tu alfanje para despertar y vivir en el seno de otro mundo mejor y entre las jerarquías formadas por los sublimes coros de los serafines, de los ángeles, de los arcángeles allá en la eternidad, Tu rabia está de tal impotencia seguida y aquejada que matándonos, concluyendo ahora mismo con nosotros dos ¡ah! solo puede conseguir en su impotencia irremediable abrirnos para siempre las puertas del Empíreo. Anda, remátanos, concluye de un golpe con estos míseros cristianos, que todavía no habrán espirado cuando se hallarán merced á tu bautismo de sangre en presencia del Eterno.

—Illán—dijo Venegas, mirando al joven héroe con la traidora mirada propia de machucho tigre,— Illán, jamás he pensado en uniros á Zoraya y á ti en la misma suerte.

—No la llares Zoraya; llámala como la llamaron sus padres, Isabel; y dale aquel cognomen jamás como el tuyo de Venegas manchado por la traición y por el perjurio. Como el desierto absorbe la lluvia sin refrigerarse á su contacto, el corazón tuyo, empedernido y cruel, absorbe las ideas y los

recuerdos sin por modo alguno enternecerse á las sublimes evocaciones de religión y de patria. Illán soy yo, Isabel es ella, como tú eres Venegas, mal de tu grado, y como no renunciarnos á nuestras creencias, no renunciarnos tampoco á nuestros nombres.

—Quiera ó no Isabel, han sellado su cuerpo con la marca de las mujeres árabes y le han puesto nombre señalado y bendecido en las tradiciones musulmicas; por consecuencia Zoraya pertenece como yo á la corte de los Sultanes.

—¡Oh! No. Entre nosotros hay diferencias que conocen los hombres y que aprecia Dios. La derrota de los míos háme traído hasta aquí, mientras á los renegados les traen su mala voluntad y su oscurecida conciencia. Tú has adorado el Dios de nuestros enemigos, mientras yo guardo intacta la fe de nuestros padres. Tú has entregado albedrío y razón á estos magnates sin empacho, mientras yo he conseguido arrancar alma y cuerpo á sus agudas garras. Pídote pues, pídote con verdadero derecho que no confundas alma con alma, ni apellido con apellido, ni creencias con creencias, ni á esta pobre mujer despojo de un terrible triunfo á bien subido precio comprado con quien abandonó la Iglesia de su religion, la casa de sus progenitores, la genealogía de sus recuerdos para venir á Granada y convertirse gustoso en cortesano de los Sultanes, implacables y feroces enemigos de la sangre que calienta nuestra vida y de la tierra donde yacen los huesos

de nuestros mayores. Isabel de Solís será siempre cristiana y española; mientras tú Venegas, serás siempre traidor y renegado.

—¡Oh! Isabel, Isabel—dijo Illán volviéndose como extático á contemplar el rostro de su amada, que parecía transfigurado por aquellos sus grandes sentimientos. ¡Oh! Isabel! Más bella, más encantadora, mayor moralmente que al combatir en guisa de amazona por tu Iglesia y por tu castillo ante los árabes airados, me pareces aquí, sobre la tierra infiel, bajo las estaláctitas cubiertas de blasfemias, en el aire balsámico de la sensualidad oriental y confesando á voces tu religión y siguiéndome á mí por los bordes oscuros del próximo martirio.

—Illán, ya te lo he dicho—exclamó con sorna Venegas, yo, en el deseo de atormentar á los que fueron ayer mis correligionarios y hoy son mis enemigos, he reclamado á quien podía dármelos, en virtud lo mismo de su derecho que de su poder, los dos principales cautivos españoles encontrados en las ruinas del castillo de Martos ó sean Zoraya y tú. Hé decidido mandarte á ti al calabozo ahora, y quizás después al verdugo. En cuanto á Zoraya, he decidido retenerla en este camarín donde, como ves, parece una diosa, para luego disponer de su persona y suerte á mi absoluto albedrío.

No ha menester al lector seguramente que le pintemos y encarezcamos el terror que se apoderó del alma de Zoraya, en vista de las amenazas del renegado. Todo cuanto le atraía la pre-

sencia de Hacem, le repugnaba la figura de Venegas. El uno, al fin y al cabo, se presentaba delante de sus ojos como un caballero musulmán fidelísimo á su religión y á su patria é impulsado por los deseos de un amor vehemente; mientras el otro se presentaba como un católico renegado, infiel á sus creencias, traidor á sus gentes, y solo movido por los deseos desordenados del sórdido lucro y del tirano poder. Hallarse á merced en aquel camarín misterioso, hallarse á merced completamente del moro á quien desconocía, pero en cuya caballerosidad fiaba, parecíale aún suerte próspera y bienhadada en comparación de la que podía resultarle de vendida y entregada por el hado á un traidor semejante, al infame Venegas. Así, en cuanto escuchó de sus labios la terrible sentencia que acababan de proferir contra los dos jóvenes, echóse á sus plantas, y dando un grito agudo exclamo.

—Piedad, piedad, piedad.

—¿La tenéis vosotros de mí, —preguntó Venegas, —cuando me dais en cara todo cuanto hiere mi conciencia y rebaja mi nombre?

—Isabel—exclamó Illán, cogiéndola por el brazo y levantándola con furor del suelo, no te arrojes, no, á las plantas de tal hombre. Ya que has aparecido como un héroe verdadero en todas las ocasiones de nuestra vida, no te muestres mujer y mujer débil en esta suprema ocasión. No ruegues, amenaza, porque nuestro Dios, el Dios de Covadonga, el Dios de Calatañazor, el Dios de las Navas, está

con todos nosotros sus fieles adoradores y no puede, no, prosperar los días de ese perro.

—Comprende Illán cómo nos encontramos en este momento pobres náufragos, al arbitrario y triste albedrío de ese hombre, sin más esperanza, sin más remedio que buscar en su apagado corazón los rescoldos fríos de antiguos sentimientos y las pavesas de extintos recuerdos. Déjame pues decirle que no lleve la crueldad con los suyos, con los que ayer fueron suyos, y de quienes tan solo ha recibido gracias y favor, el mismo favor de la vida y del sér, hasta los extremos horribles de separarnos para perdernos. ¡Oh! no lo hará. Una palabra suya puede abrirnos estas puertas, verdadero sepulcro, una orden suya puede asegurarnos vida y libertad, hasta las fronteras donde se levanta nuestra patria y se adora todos los días á nuestro Dios: que diga esa palabra, que haga esa señal; y nosotros nos salvaremos de la desgracia y él rescatará quizás ante la misericordia de Dios sus enormes culpas.

—No pienses tal en tu bondad innata, no lo pienses ni lo creas de modo alguno; míralo ahí con la cobardía del zorro sumada tristemente á la crueldad del tigre. Mira sus labios contraídos por la ira y sus ojos relucientes al centelleo siniestro de la traición que mata y de la codicia que deshonra y que vende. No le pidas al diablo acción buena y al infierno esperanzas válidas. Ese hombre maldito se quema ya en el fuego de los remordimientos sin consumirse para que dure toda una eternidad su

tormento. Sus progenitores álzanse por la noche como sombras, y rodean su lecho y le miran con los ojos vacíos y cóncavos, y le hablan con las bocas desdentadas y cavernosas de sus esqueletos, preguntándole qué ha sido en su alma de la religión y de la patria. Sus hijos querrán mañana que les saquen de las venas toda cuanto sangre les haya él infundido; y sus descendientes de generación en generación transmitiránse como un vínculo maldito el horror á su memoria eterna, indeleble, inextinguible mancha de su raza. En este mundo no le querrá ni el suelo donde ha nacido, ni el suelo por cuya posesión ha perjurado. Y en el otro mundo los ángeles se cubrirán el rostro al oír su nombre maldito en la hora del supremo juicio, y Dios le precipitará con desprecio al abismo eternal donde no querrán su compañía los mismos condenados por no mancharse con su contacto en el infierno.

—Basta de paciencia—exclamó Venegas. ¡Ah de mis guardias!

Los guardias se presentaron al llamamiento con rapidez asombrosa, como si del suelo surgieran.

—Maniatad á ese hombre.

Y lo maniataron al momento, sin que pudiese oponer el heroismo de Illán resistencias apreciables al número y fuerza de sus crueles enemigos. Un supremo adios semejante al estertor supremo en terrible agonía surgió del pecho destrozado de aquellos dos infelices jóvenes heridos por la protervia de un español y de un cristiano.

—Ya estamos solos—dijo Venegas volviéndose á Isabel después que hubo ésta retenido un poco el amarguísimo llanto que la desgracia de Illán promoviera en su atribulado y herido sér.

—¡Oh! Yo no sé donde me hallo.

—Aquí, en este santuario hermosísimo donde seguramente no ha de faltarte cuanto de placentero y vívido pueda soñar el deseo.

—Placeres, vida sin la patria de nuestros mayores y sin la religión de nuestra fe. ¡Oh! No me hables de placer ninguno, después de haberme con tus propios labios hecho Venegas tan desgraciada.

—Perdona, perdóname. Si examinas todo lo sucedido en esta infeliz coyuntura, verás cómo resultan mi voluntad y mi conciencia juguete del destino.

—¡Oh! No excuses con ninguna fuerza extraña en cualquier modo á ti mismo, los propios inexcusables desvaríos. Por nada ni por nadie se pueden explicar crímenes, evitables fácilmente si la criatura se decide á preferirles la muerte. Quien puede morir antes que claudicar, no se justificará nunca de ningún acto.

Venegas suspiró tristemente al considerar la fuerza de todo cuanto Zoraya le decía en aquellos instantes verdaderamente críticos. Y Zoraya, por su parte, suponiendo con más ó menos razón á Venegas quiza enamorado de su persona, cuando había dicho que la tomaba en propiedad como la migaja caída del festín de sus señores, que recoge

un perro, extremó los argumentos expresivos de su firmeza en la voluntad á fin de disuadirle por completo si algún reflexivo intento de requerirla pasaba por su ánimo. Así, mirándolo de hito en hito, díjole con acento, en el cual resonaban la sinceridad y el sarcasmo artísticamente unidos, y con grande ciencia de la conversación, á lo extraño y singular de aquel extraordinario momento aplicada.

—Imagínate, Venegas, que movido por esa idea tuya de haber alcanzado, no sé por cuáles imaginarias cesiones, la propiedad absoluta de mi persona, te diera en mientes el capricho de tomar posesión. Pues no me lograrías, porque aún tengo dos recursos: primero matarte si para ello me daba naturaleza fuerzas; y después el segundo y supremo de matarme, al cual acudiría sin vacilaciones y sin repulgos.

—¡Oh! Está completamente Zoraya tranquila y serénate, porque ningún peligro de mi parte ahora te amenaza ni puede amenazarte. Mujer eres, bien capaz de sugerir por tu hermosura pasiones ardientes como el amor á corazones fríos como este corazón. Mas créete que hay aquí, en esta corte de la sensualidad y del placer, un alma que por ti suspira, y un príncipe que se halla rendido y encadenado á tus plantas. ¿Cómo quieres que pueda competir y porfiar con ellos, este misérrimo renegado, á quien vosotros mismos llamáis rebujo de la tierra, y que no lograría, sino atraerse iras, ó menosprecios peores que iras aún, si fijase

los ojos en tu persona? Nos llamamos privados, validos, vizires, ministros, lo que quieras, pero solo tenemos poder cuando servimos y complacemos la voluntad omnipotente de los déspotas á cuyo arbitrio nos hemos entregado y rendido. Por consiguiente, no temas de mí nada; y cree que si me han dado tu propiedad es tan solo para procurarse una próxima retrocesión y retroventa. Tú puedes conseguir lo que quieras, pues tengo precisas órdenes de cumplir tus deseos, como si fueran de suyo incontestables mandatos. Habla pues, Zoraya, y serás inmediatamente obedecida.

—Pues mira, Venegas, ya sabes á ciencia cierta lo que yo con grande intensidad y viveza deseo.

—¿Qué desees pues?

—Deseo; bien fácil es de averiguar, deseo la inmediata libertad pero inmediata, pronto, rápida, irrevocable del cautivo Illán.

—Se cumplirá tu deseo.

—Repítelo; porque no puedo creerlo. Tras tantas desdichas ¡ay! se hace duro creer en la dicha misma que tenemos ante los ojos y que aparece real ó efectiva.

—Mas ya comprendes que para concederte yo esa libertad tan apetecida por ti del pobre Illán, hé de pedir en cambio algunas concesiones verdaderas de tu parte.

—¡Oh! Entonces me has engañado, porque no resulta ni tan soberano mi deseo ni tan eficaz tu obediencia como antes me habías dicho.

—¿Qué quieres? Así las cosas de este mundo son. Me habré muy mal explicado, pero he dicho en suma que de ti, de tu voluntad, pende la suerte de Illán.

—¿De mí, de mi voluntad?

—Si tú accedes al deseo que otra persona, de quien ciertamente no te olvidarás ya, mostró aquí, en la hora de tu vuelta increíble al sentido y á la vida del sentido tras tu sueño letárgico, comprenderás una cosa fácil de comprender, que Illán vivirá sin duda libre de mazmorras y cadenas reintegrado en su hogar y en su patria.

—¡Oh! ¿Qué me dices?

—Zoraya, te digo lo que resulta de todas mis noticias; lo que se halla escrito en todos mis procedimientos; lo que poseo y tengo entre mis facultades. Illán será libre si tú quieres libertarlo; pero Illán morirá, y morirá esta noche misma, si tú resuelves quedarte por completo encastillada en tus crueles desprecios.

—Me hablas indudablemente á nombre del monarca mismo que reina en Granada, porque sólo á nombre de un monarca omnipotente se puede hablar así.

—¡Oh! No. El monarca está embargado en múltiples deberes, y no tiene tiempo, no, para consagrarse al amor.

—Entonces ¿cómo puedes ofrecer la libertad, la salvación de éste ó la vida y el sér de aquél? Sólo un rey dispone así del mundo, y sólo á nombre de

un rey se pueden decir y hacer tales cosas. Tú eres aquí emisario franco y claro del Sultán granadino.

—¡Oh! Zoraya, dígame que de medio á medio te has equivocado. Pensando así, aplicas á este reino lo mismo que te han tradiciones y costumbres de tu reino en otras ocasiones enseñado. Aquí hay muchos poderosos y muchos magnates bajo la dirección de uno solo. Merced al quebrantamiento que las guerras civiles han traído, mermando la fuerza y destruyendo la unidad suprema del poder, miles de reyecillos surgen bajo las alas del rey singular y único y absoluto. No desconozcas la muchedumbre de magnates que mandan aquí donde tú misma, desde los apartamientos y retiros del haren, has podido enterarte de cómo imperan en la parte de soberanía caída por el fraccionamiento y ruina de todo, mujeres, cual Aixá y Moraima. Pues, si mandan mujeres, imagínate con qué imperio y con qué autoridad á su vez mandarán los que hayan prestado riquezas al poder empobrecido; los que hayan puesto algunos timbres de victorias reales en sus oscurecidos blasones; los que mantengan en la obediencia y en la sumisión á tribus indóciles y á territorios zozobrantés en la deshecha borrasca. No puedo, decirte quién sea el bastante poderoso y afortunado para perdonar y salvar en guisa de rey, cuando no pertenece á la categoría y á la estirpe de los reyes. Pero si no puedo, no, decirte quién sea, y sí asegurarte solamente que no es el monarca en modo alguno, puedo y debo añadir que su

poder prestado llega, no obstante su carácter de préstamo, hasta disponer de muchas facultades que le habilitan para matar ó redimir, según su grado, á ese mismo Illán, cuya vida tienes ahora en las manos y cuya muerte puedes tú misma decretar persistiendo en el desvarío de tus desdenes y de tus menosprecios.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Se vió en el mundo situación como esta? Para salvar á Illán tengo yo que perderme por toda una eternidad. Y si resisto, si en mi honor y en mi fe ¡ay! me aislo y encastillo, morirá el infeliz y morirá por mi culpa. Mas ¿cómo puedo yo, cristiana, española, rica-hembra, olvidar mi religión, mi sangre, mi honra, por la vida de un hombre que me agradecerá mucho más la muerte, sobre todo si le acompaño en ella, y muriendo á su lado y por su causa? ¡Morir! Término de todas nuestras penas, consuelo de todos nuestros dolores, puerto y seguro de todas nuestras tempestades, comienzo de la bienaventuranza, visión de Dios, la muerte quizá es el fin último de la humana desgracia y el comienzo de la eterna felicidad. Pero ¡Dios mío! ayúdame ahora en mi tristeza y dame con tu misericordia horror verdadero á la vida. Si yo pudiera morir, si por lo menos pudiera obtener de mi voluntad una repulsión verdaderamente invencible al aire que me vivifica y al sol que me alumbra y á la sangre que me anima y al corazón que da sus redoblados latidos en el pecho, moriría en el seno de las mayores y más vivas satisfaccio-

nes humanas, contenta con mi suerte, y segura de dormirme tranquila en la virtud para despertar gozosa y serena allá en el cielo. Mas yo quiero vivir. Es más, yo no quiero despedirme de la vida sin haber amado y sin haber amado mucho. Todo cuanto no sea el amor con que sueño, me parece ajeno á mi destino. Pero sacrificarle á ese amor, todo lo que constituye mi sér, aquellas creencias íntimas y profundas sin las cuales no tendría yo alma; este nombre que me ufana y orgullece porque representa la gloria de cien generaciones heroicas alcanzada en los campos de batalla; la patria de cuya sustancia vivo, y en cuyo regazo deseo dormir el sueño de la muerte; si todo esto he de sacrificarlo al amor, no quiero, no, amar en el mundo y aguardo resignada la hora de mi muerte. Muramos Illán y yo juntos; muramos Illán y yo siendo así héroes y mártires de nuestra religión y de nuestra patria. Pero ¡Dios mío! Si en vano la conciencia quiere dominar á la voluntad y la voluntad impeler á la fuerza y la fuerza dirigir la vida; todos estos elementos reunidos álzanse á una contra mí en tropel, y resultan ahora en este combate más fuertes y más poderosos que yo misma con todos mis deseos y con todos mis ímpetus. ¿Y puedo disponer de Illán á mi antojo? ¿Puedo condenarle á muerte sin misericordia? ¿Puedo privar á mi patria y á mi religión de un héroe? Yo debí haber muerto allá en el asedio de Martos para no pasar por esta grande angustia y no caer en este abismo. Resueltamente Venegas, mata como

quieras y cuando quieras al pobre compatriota mío, destinado por su adversa suerte al martirio. Yo de ningún modo puedo entregarme á un moro, ni puedo, ni debo, ni quiero.

—Tu voluntad se habrá cumplido. Luchas y reluchas contra ti misma cuando estás vencida por tu corazón, y ardes en deseo de rendirte. Yo he comprendido por todo cuanto has dicho en mi presencia, por el combate que has con tanto esfuerzo en estos días terribles sostenido, por todo cuanto pasa y acaece, que no tienes fuerza bastante para vencerte á ti misma y que vas derechamente por el camino de una inevitable y suprema derrota. No luches más, Zoraya, no luches más inútilmente. Amas al moro y el amor ha cobrado su imperio sobre todo tu sér, y te ha vencido en esta singular batalla con una irremisible victoria. Tu pensamiento, tu recuerdo, tu afecto, tu fantasía son ya del moro. Después de haberle con tanta espontaneidad entregado lo que más en ti valía, no vaciles, no, en darle y entregarle de grado lo que menos vale. Ya eres suya por el alma, díselo con los labios. Si no lo fueras, ¿tendrías necesidad alguna de invocar tu fe, tu sangre, tu nombre, tu prosapia contra él? Te bastaría tu repulsión ó tu despego. Al fin, después de haber maldecido tanto de mí, vas á ser también tú ornato de los árabes y diosa de los serrallos, como yo soy guerrero del Islám y vasallo de Granada.

—Ne me insultes, Venegas; no me insultes. Acabemos de una vez. Muera Illán, puesto que así lo

queréis. Mi concienciá, mi religión, mi honra, mi patria, me vedan ser del moro.

—Pues morirá Illán.

Y Venegas, dichas tales palabras, salió solemnemente del camarín de Zoraya y se entró en el cuarto de Hacem. Por más que las últimas palabras de la joven pareciesen firmes, categóricas, resueltas, llevábase Venegas consigo el juicio concreto de que Isabel estaba rendida; y así fué á comunicárselo al Sultán. Conocedor del corazón humano, y ducho en el difícil arte de impulsar y determinar los grandes afectos, ideó Venegas una especie de trama viviente, que debía darle resultados pronto, y que se los dió tales y como él allá en su imaginación los aguardaba. El camarín de Zoraya estaba en ángulo y desde su centro, vértice verdadero de este ángulo, descubriáanse dos puertas, la una conducente á las habitaciones de Hacem, la otra conducente á patios que precedían los laberintos tristes y oscuros al fin de los cuales se hallaban las prisiones y los calabozos. Ideó, pues, que se levantara un patíbulo con su verdugo armado de la siniestra cuchilla, su tajo apercebido á recibir la amenazada garganta, su garfio para colgar la cabeza después de segada, todos los aparejos de la decapitación aguardando al mártir Illán que debería subir si era preciso hasta la cima de aquel improvisado calvario, demostrando la proximidad de su muerte; mientras al lado opuesto del ángulo aparecería brillantísimo Hacem, ebrio de pasión y de sensualidad, ofreciendo en sus brazos

con la vida de aquel cristiano y de aquel compatriota el amor exaltadísimo, el amor eterno, el amor que llena toda la vida, el amor que rebasa de este mundo, amor incomprensible, goce del sentido, locura del seso, deliquio del alma, fuego del cuerpo, esperanza, dicha, felicidad, resumen y compendio del Paraíso, mar de suavísimas delicias en las cuales iban como á perderse y anegarse dos seres que solo de sí mismos necesitaban ya en el mundo y que debían prescindir en su exaltación y en su ventura de todo cuanto no fuese ya ellos mismos, ellos solos, ellos entregados el uno al otro en bienaventuranza superior á la prometida, por sus dos respectivas religiones. La traza dió todos sus naturales resultados. Isabel de Solís, aceptando su nombre de Zoraya, cayó en brazos del llamativo Hacem, á quien quería como á un amante, só pretexto de libertar á Illán á quien quería como á un hermano. Creyó la cuitada consumir un grande sacrificio, y en realidad hizo su gusto y cumplió su incontrastable deseo.

CAPÍTULO VII.

Pocas veces en el mundo se habrá visto un reo de muerte como Illán, que aceptase con tanto gusto el sacrificio y con tanto disgusto el perdón. A su perspicacia no se le podía ocultar cuanto pasaba lejos de allí, ni mucho menos cómo su cabeza iba de un lado á otro cual despreciable pelota jugada en las intrigas del serrallo, y en los empeños de aquellos febriles y desatentados amores que solían reinar por las sensuales cortes de los monarcas africanos. Si no hubiera su penetración adivinado lo que ocurría, hubiéranlo adivinado sus celos. Así, cuando cesaba el tormento continuo infligido por aquellos terribles sayones de las mazmorras granadinas y se veía sonreír algún asomo de misericordia y algún vislumbre de perdón, Illán se desesperaba presintiendo el subido precio á que se había pagado aquel terrible favor. Inútil, pues, decir cómo se holgaría su ánimo y se avivarían sus esperan-

zas al ver alzarse un cadalso para castigar, según sus inducciones propias, no tanto el crimen de la rebelión en él, como el crimen de la resistencia en Zoraya. La muerte le pareció un bienhadado presente, puesto que indicaba la pureza inmaculadísima de aquella mujer tentada por todos los halagos del haren y leal á su religión, á su patria y á su amor. Cuando le indicaron que se aparejase al trance último, examinó la conciencia con toda escrupulosidad, confesó mentalmente con toda exactitud las faltas de su vida, reconcilióse fervientemente con su Dios, y ofreció su tránsito del mundo este al sobrenatural y divino, en holocausto para la prosperidad y para el bien de todo cuanto amara sobre la tierra. Lo firme de su paso, lo erguido y sereno de su frente, lo reposado de su respiración, la sonrisa de sus labios en el camino bastante largo desde las honduras del calabozo al patio donde había de consumarse inmediatamente aquel suplicio, toda la prestancia de su quieto y tranquilo sér, completamente resignado á perder la vida en tan temprana edad, todo revelaba un mártir purísimo de la fe y del amor que al martirio se acercaba sin miedo, pero también sin jactancia. ¿Cuál no sería su asombro, cuando llegó, y subido al tablado, la última oración dicha, plegadas ya las manos por los cordeles sobre la espalda, tendida la cabeza en el tajo, para que la cercenara el verdugo presente allí con su cuchilla en las manos, abrióse una puerta conducente á larguísima galería y en el término de aquella galería

vió pasar á Isabel alzando sus brazos como si en pos de algún objeto se lanzara, y después entrar á Venegas devolviéndole aquella vida que ya no quería para nada, y dándole un perdón detestable á su voluntad y á su conciencia? Toda la calma que había tenido mientras creyó segura la muerte, perdióla por completo al saber que solo era seguro el perdón. Aquel cambio de suerte, aquel paso de Zoraya, la sonrisa infernal con que Venegas el renegado le había devuelto la vida, conmoviéronle de modo, que volviéndose al verdugo le dijo cómo necesitaba que se cumpliera la sentencia, y por lo mismo le pedía que su terrible ministerio ejerciera en aquel instante, resuelto como estaba en su voluntad inquebrantable á no admitir el perdón traído por el infame renegado.

No le valieron tales súplicas y se decretó implacablemente la vida, por los mismos caprichos y voluntariedades que antes se había decretado la muerte. Illán, tenaz y porfiadísimo á fuer de buen castellano, insistió una y otra vez con el verdugo para que lo rematase allí mismo, pues había pasado por todos los horrores de la más terrible agonía, y no contaba ni quería contar ya con la vida. El verdugo parecía como de piedra según lo inmóvil en su puesto y según lo sordo á los clamores de aquella víctima que pedía la muerte; pero Venegas, en cambio, rencorosísimo de suyo y deseoso de tomar algún desquite por las injurias que á su rostro escupiera en la postrimer entrevista Illán, díjole

que viviera contento, pues ya podía comprender á cuánto y cuán caro precio se había pagado su vida. Tras este insulto, verdaderamente horroroso, á cuanto había el joven amado en su tormentosa existencia, tras esta confirmación de los terribles recibos que le atormentaran el corazón y la conciencia, viendo precipitarse desde los celajes de la bienaventuranza donde había creído llegar con ella por el martirio la mujer amada en brazos de un torpe infiel, y en los placeres de un serrallo infame, dolióse por tal manera de su terrible suerte y cayó con horror tanto en aquella sirte de crueles desengaños, que le asaltó un epiléptico ataque, al cual hubiérasele creído en trance de perder la vida sobre las tablas mismas del patíbulo y á los piés del cambiado verdugo.

Lleváronle de allí, no al calabozo, á rica estancia donde le tendieron con cuidado en mullido lecho. Al despertar de los terribles síncope consiguientes á la sacudida de sus nervios y á las convulsiones de su corazón, encontróse rodeado por todas partes de siervos regios que le ofrecían regios presentes y le cuidaban con excepcional esmero. Pero ¡ah! que tal cambio en su estado y situación, amargó más y más su alma, quebrantada por tanta suerte de penas horribles, y agravó más y más la enfermedad material de que languidecía y de que se acababa su cuerpo. Las telarañas del calabozo parecían á sus ojos estalactitas luminosas cuando las comparaba con aquellas estalactitas brillantes de colores varios, y perfumadas por pebeteros bien

olientes, pero en cuyos esmaltes de preciosas lacas, en cuyas figuras de complicadísima geometría tendíanse las telarañas donde iban prendidas las moscas venenosas que surgían como de un cuerpo muerto y podrido ¡ay! de la muerte y podre de su honra. Todo cuanto pudiese halagar los sentidos le rodeaba y todo servía para herirle con mortales heridas que le remataban, no el deleznable cuerpo, que le remataban el alma. Para mayor pena suya el bárbaro Venegas, por mandamiento del tirano Hacem, mandábale del serrallo baldío voluptuosas odaliscas, á fin de que despertaran á los sentidos de sus sueños, como si unos sentidos absortos en la contemplación de amada mujer; embargados por los efluvios de profundísimo afecto, pudiesen despertarse á ningún otro halago que no fuera el halago de la pasión única en cuyos piélagos se anega y en cuyos abismos se hunde, como para desaparecer, el corazón animado por un alma verdaderamente enamorada. Para Illán solo había en el mundo Isabel, que allí en el cautiverio representaba todos los objetos amados en la vida y perdidos en los azares de la guerra. Así, al hundirse la pasión aquella, se había hundido á sus ojos el ara y los altares de su Iglesia, el territorio de su patria, el hogar de su corazón, el puerto de sus penas, el refugio de su vida; y no le quedaba más asilo ni más puerto ni más asidero que la muerte. ¡Cómo devoraba el infeliz aquel negro pan de su mazmorra; mientras ahora no quería pasar ninguno de los manjares dejados á

la cabecera de su lecho en áureos platos para su regalo! ¡Con qué gozo bebía el agua de los manantiales al pie de las colinas de Granada; mientras ahora le daba náuseas el rico vino español escanciado en copas orladas de rica pedrería! La traición de Isabel notificada por el traidor Venegas, sacábale de quicio y le hacía creer en la decadencia de una patria que se levantaba tan alto y en la miseria de una raza que iba en aquel entonces á cumplir los mayores milagros de su historia. Pero así es de triste y desgraciada nuestra misérrima humanidad. Los diarios dolores, las impurezas continuas de una realidad amarga, los pequeños obstáculos que surgen á cada minuto como vapores mefíticos exhalados por los oleajes del tiempo, no les dejan ver á los grandes su propia grandeza; ni les dejan estimar la obra, donde cada día ponen una piedra diminuta, en toda su gigantesca excelsitud. Illán desconfiaba de su tiempo en los horrores de su dolor sin comprender cómo el mal, con tener tanta y tan terrible acritud cual tenía el sufrido y experimentado por su desgracia en aquellos momentos, el mal no resulta ni la totalidad de la vida, ni la totalidad de la naturaleza, ni la totalidad siquiera de las sociedades humanas; y que lo contrasta y que lo vence y que lo aventaja el bien y las consecuencias inmanentes del bien, cuya virtud trasciende á muchas generaciones y á muchos siglos en el inmenso seno de la historia. Mientras él se retorció en su lecho de dolores, encerrado como en jaula, en palacio árabe, ser-

vido por manos que le ofrecían y presentaban todas las delicadezas de la vida, pero al mismo tiempo todos los horrores del deshonor y de la vergüenza; mientras él veía su Isabel, dechado de todas las perfecciones, en los harenes de un moro, como vil esclava, como sensual odalisca, como torpe manceba, y á este pensamiento estallaba su cerebro y á este dolor se abría y rasgaba en tiras su corazón, el tiempo estaba preparando la grandiosa epopeya de la reconquista final, á cuyas grandezas, á cuyas heroicidades, á cuyas victorias habían como de agotarse los humanos esfuerzos y de tomar la historia el aire y el vuelo de las más extraordinarias epopeyas que hayan podido componer los poetas y escuchar los pueblos. Él padecía como aquel á quien le descoyuntan los huesos en el potro de los tormentos; él lloraba como puede llorar una débil mujer cuando su heroísmo excedía los límites de lo humano; él podía ver, en la traición de Venegas, y en el perjurio de Zoraya signos que de ningún modo tocaban á toda su raza; pero junto á estas desgracias y desventuras, debía descubrir las legiones angélicas de sobrenaturales héroes adelantándose á realizar allí, en los jardines de aquel Paraíso donde solo veían sus ojos una enroscada serpiente y á los piés de aquel palacio de la sensualidad lleno por un perjurio horroroso, el mayor de los milagros, la cúspide gloriosísima puesta por el esfuerzo español á la obra inmortal de nuestra gloriosa reconquista.

A pesar del estado álgido, en que la natural desesperación del joven castellano se hallaba por tantos y tan valederos motivos, siempre allá hervía, en su fondo leal y honrado, el horror invencible de todo corazón cristiano al suicidio y la esperanza de pelear y de morir por su religión y por su patria. En cuanto los primeros asaltos de la enfermedad física pasaron, los resortes enérgicos de la naturaleza moral volvieron á restablecerse, y el joven cristiano á pensar cómo le restaba aquí en el mundo solamente para consumir su vida en holocausto al Dios de sus mayores el empleo de todas sus fuerzas y la consagración de todo su sér á la guerra cristiana y santa contra el moro enemigo hasta desalojarlo del suelo de la Península y hundirlo por siempre jamás en los mares del África. No puede, sin embargo, desconocerse la índole de todo sér humano hasta el extremo de atribuir solo móviles religiosos y patrióticos al juramento prestado en aquella hora solemne por Illán de consagrarse á una cruzada perpetua. Grande su ánimo, clara su inteligencia, despegado su corazón de todo interés transitorio, su fe adscrita completamente á la religión católica, su cuerpo y su alma consagrada al terruño sacratísimo de la patria española, pero hombre al cabo, no podía excusarse de soñar con algún desquite que ablandara su dolor, y Granada se aparecía en aquel momento á sus ojos mucho más codiciable que antes, por guarida y reclusión de Isabel, que deseaba con anhelo abrir, á fin de buscarla en su seno

y tomar de ella y de su amante, cualquiera que fuese, la más terrible venganza. Tomaba en aquel momento por colmo de crueldad en Zoraya el haberlo salvado, porque si en su corazón un átomo de piedad tan solo aquella mujer sintiera verdaderamente, ¡oh! evitárale, aunque lo matara con sus propias manos, el verla correr á precipitarse gozosa en ajenos brazos; el oírle á Venegas los apuñaladores sarcasmos; el saber que vivía y gozaba de la vida como un premio á él por la deshonra de su amada: cosas todas, que, sin haber de contar siquiera el dolor de los celos, resultaban superior en amarguras á todas las agonías y á todas las muertes y á todos los infiernos. Así, en aquel estado terrible de su ánimo, Illán solo se curó de ver por dónde saldría de Granada, yéndose bien pronto á unirse con la cruzada de los Reyes Católicos en requerimiento de nuevo templo para su Dios, nuevas grandezas para su patria, y verdadera satisfacción para sí.

Él deseaba huir mientras Hacem y Venegas deseaban todavía más por su parte que huyera. Pero comprendían uno y otro que se hallaban por necesidad en el caso de aparentar deseo de retenerle para que no le costara tanto la gratitud por su libertad como le había costado de penas y dolores la gratitud por su vida. Illán, desconfiando ya de todo, celaba con cuidado las puertas, las salidas, los puntos de verdadera y fácil evasión, para ver si les interesaba ó no á sus carceleros que huyese y negarse así á una libertad otorgada y graciosa, como se hubiera negado á con-

servar con semejantes caracteres la vida si le fuese posible renunciarla por propia voluntad sin faltar á Dios y sin faltarse á sí mismo. Comprendiendo los dos caudillos de Granada cuánto les iba en que la fuga de Illán se perpetrase pronto sin aparecer ellos autores ó cómplices, continuaron rodeando al joven cristiano de cuantos atractivos podían ocurrírseles, y oprimiéndolo en términos de que no viese medio de salir y se persuadiera del interés que tenían ellos en su reclusión. Bien pronto se penetró el cautivo de que le tenían allí encerrado por toda la vida, y de que no le quedaba otro recurso sino ganarse la libertad por medio de meditada y presurosa fuga. Buscando en su ánimo las razones del fortísimo encierro y de la dificultad á evasión, cayó en estas dos arraigadas convicciones: primera, que Hacem, informado y advertido de sus anteriores hazañas, recelaba de volver semejante jefe y caudillo á las legiones cristianas; y segunda, que Zoraya, deseosa de no ver divulgado su deshonor entre los suyos, retenía al joven allí para que no supiesen los magnates de Andalucía y los ricos-hombres de Castilla la mancha indeleble de una rica-hembra. Después que tales ideas penetraron hasta las entrañas de su alma, ya no pensó más que en procurarse medio de salir para defender á su patria y cumplir su venganza. Incorporóse de la cama donde había yacido tanto tiempo tras sus terribles accidentes, y estudió las salidas varias de su encierro con grande cuidado y actividad. Cuando una esclava se iba, se-

guíala, tratando de ver si acertaba por algún medio á irse con ella y escaparse. Estudiaba con atención los pasos de todos cuantos iban allí por algunos motivos ó le servían de cualquier guisa en su cautividad. Pero las piedras del pavimento muy duras y compactas, las paredes muy espesas é impenetrables, las puertas muy pesadas, las rejas muy férreas, las celosías muy espesas, los cerrojos muy graves, las cerraduras muy complicadas, oponían obstáculos insuperables á todo conato y á todo propósito de fuga. Por consecuencia, Illán creyó que sus carceleros porfiaban mucho en retenerle, y acarició la idea de fugarse y huirse con verdadera invencible tenacidad, poniendo en ella el empeño, que, á fuer de castellano, ponía en todos sus intentos.

Pero no se dulcificaba su cautividad. Reteníanlo entre delicias sin cuento, como si los milagros de los cuentos persas se cumplieran y realizaran todos á una en la vida ordinaria. Los ajimeces, que sustentaban una guirnalda preciosísima, las aéreas rotondas ornadas de argénteas y celestes estalactitas, rompían á una en los cristales de colores y en los enverjados de oro la brillante luz diurna para condensarla después sobre los pavimentos de jaspes y las albercas de alabastro, resplandecientes cual esos globos que forma la luna llena en los cielos meridionales al subirse por los espacios celestiales con majestad tras las crestas donde se reverberan y purpuran los últimos reflejos del día moribundo, com-

puestos por los últimos rayos del sol poniente. Suaves músicas llevaban hasta sus oídos aquellas melodías árabes que anotan la vibración de los palmerales y de sus coronas, los susurros del manantial en el oasis, las voces del desierto, los ecos sonoros de la onda mediterránea cuando espacia su líquido celeste recamado por luces varias tanto de día como de noche allá en las áureas arenas de unas playas eternamente melodiosas y henchidas de inenarrable música. Todos estos halagos parecían al ánimo de Illán mucho peores que los tormentos de su anterior calabozo, aunque allí solo tuviera por lecho un montón de paja húmedo y podrido. Los placeres expresados por todos aquellos juegos de las fantasías orientales parecíanle á él en su desgracia y en su desesperación verdaderos sarcasmos. Un día, cierto descuido en la entrada de sus carceleros hizo que pudiera esquivar el cuerpo y creer llegada la hora de su libertad. Pero los centinelas le cogieron y le reintegraron por fuerza en aquella jaula hermosísima, cuya belleza incomparable solo servía para la terrible acrecentación de su martirio. Volvió, cuando ya se creía salvo, á caer en los abismos, y su dolor se asemejó al dolor del náufrago que toca ya con sus manos la nave donde se halla el salvamento y vuelve á hundirse con horror en los oleajes.

Así pasaron días y más días. Sus carceleros, á fin de distraerle y divertirle, idearon que le acompañara en su prisión alguno de los moros principales á quienes había conocido en sus conjuraciones,

perdonadas después del célebre arrepentimiento y del sacrificio de Gezar por la misericordia de Hacem. Estos jóvenes leían libros caballerescos tanto árabes como cristianos; hablaban de los sucesos corrientes según las consignas aceptadas; y le proponían partidas de ajedrez que duraban mucho y que rara vez divertían, á pesar de su duración y de sus complicaciones, al espíritu del joven muy encaminado y muy absorto en la intimidad profundísima de su insondable y único pensamiento. El preferido entre todos sus amigos era Mehul, uno de los que Gezar prefiriera en la conspiración y de los que más pronto á merced de Hacem se rindiera en el palacio, alcanzando por esta rendición mayores y más subidos premios que todos los otros, así como confianza mayor y más subida también del Sultán y de su privado. En virtud de tal confianza, encargáronle ambos que se diera trazas para proponer con mucho cuidado á Illán una partida solemne de caza, en la cual pudiera, sin que sospechase la coartada, partirse á su antojo para Sevilla y libertarlos de su presencia, pues mientras allí estuviese, había de atraer por fuerza con los cuidados múltiples de Zoraya los múltiples celos de Hacem. Convino Mehul en ello y puso las trazas imaginables para evitar toda sospecha y hacer con grandísima verdad y acierto la fingida comedia. Primeramente, una vez ganada la confianza de Illán, refirióle mil burdas novelas, á cual menos verosímil, sobre su cambio de suerte y sobre su aquella extraña situa-

ción y estado, novelas dichas con un candor de verdad solo comparable al despego y al descreimiento con que Illán las escuchaba por su parte. Decíale que, al distribuirse los despojos de la fácil victoria, el caudillo había ido en suerte al hermano del Sultán conocido con el nombre de Zagal, y éste le había destinado, primero al patíbulo y después á la cautividad, cuando llegó á enterarse de que Illán era hijo de un caballero cristiano á quien él debiera la vida por haberlo perdonado pudiendo rematarlo en cierto singular combate. El movimiento entrevisto por Illán, el movimiento de lanzarse con los brazos abiertos Zoraya en ademán de gratitud, no se debía en el fondo á otra cosa, sino al indeliberado deseo de arrojarle á los piés del Sultán para darle gracias por haber devuelto la vida en aquel instante al joven preferido de su corazón, que jamás renunció ni podía renunciar á sus predilecciones por Illán. Oía éste, como es natural, cuanto le murmuraban al oído en tales materias, pero no creía como era natural, en su estado también ¡oh! ni una sola palabra. Pero Mehul, después de contarle todas estas cosas, contábale muchas otras respecto de lo porvenir. Si el Zagal, su dueño, no le daba libertad, consistía en el propósito firme de tenerlo y reservarlo para un canje posible de los rehenes varios en aquellos encuentros continuos tan expuestos á mutuos apresamientos y cautiverios. Pero, así que hubiese un árabe de mucha cuenta que canjear, el Zagal ¡oh! lo canjearía por

Illán, dándole á este libertad y patria. Illán, por su parte, oía, y aun escuchaba estas historias, pero sin prestarles ningún asentimiento. El amor, que guarda tantas y tan grandes revelaciones para los iniciados en sus misterios sublimes, habíale revelado la verdad entera de su caso, diciéndole como Zoraya, en realidad, había comprado la vida de Illán á cualquier moro principalísimo, quizás al mismo Hacem, á cambio de los favores de su amor. Pero si en esto la revelación no le marraba, marrábale mucho en las explicaciones dadas por su propio pensamiento á su mísero estado. Al llegar aquí, volvía con empeño á sus anteriores acuerdos y pensaba que Zoraya no quería la libertad del joven cautivo por miedo á la deshonra propia; y que Hacem no quería la libertad del joven guerrero, por fundado recelo de cuanto pudiera hacer su valor y su brazo en los esfuerzos y en los empeños varios de la guerra. No comprendía el cuitado que Zoraya, resuelta del todo después de haber tropezado y caído á quedarse allá en los senos de su nueva patria, no podía temer á un deshonor que difícilmente había de penetrar en los retirados rincones de su haren; y que á su vez el Sultán, comprometido á conservarle fielmente la vida con cuya conservación Zoraya cohonestaba mejor que con ningún otro pretexto la torpeza, tenía verdaderamente prisa de lanzarlo fuera, dándole su libertad sin que pudiera él nunca sospechar que se la concedía por motivos idénticos á los que le impulsaran ayer á

concederle también la vida. Pero Hacem estaba como todos los verdaderos amantes aquejado mucho del mal de los celos, y la presencia de Illán en el palacio, sólo servía para fomentarlos y recrudecerlos. Así es, que apremiaba mucho el Sultán á Mehul para que arreglase la inminente partida de caza con tal que no cayese de ningún modo el joven cristiano en las causas varias que la movían y la determinaban. Mehul siguió las instrucciones dadas por Hacem con la fidelidad y exactitud propias de un verdadero siervo y tales trazas y tales mañas supo darse para cohonestar el debido arreglo, que no infundió en el joven cristiano, completamente deslumbrado, sospecha ninguna de que pudiese allí tratarse únicamente su propia libertad.

CAPÍTULO VIII.

Los libertadores forzosos de Illán habían arreglado la caza en tales términos que á la primera salida no se verificase ni se pudiese verificar la fuga, con ánimo y objeto de quitar al caudillo cristiano toda sospecha. Pocos pueblos presentan las cacerías y las cazas tan ordenadas por la costumbre, como el pueblo musulmán. Todo cazador debía purificarse allí para emprender una partida verdadera de caza. En medio del tumulto que trae consigo esta batalla con los animales, guardaban los respetos debidos á las diversas jerarquías, y ningún subordinado se hubiese atrevido á disparar sus arcos ó sus arcabuces antes que los superiores en mando, y ningún joven tampoco antes que los viejos. Las insolencias y las jactancias estaban prohibidas, porque, según los dichos de sus doctores, al valor le sienta como á ninguna otra cualidad en el mundo una corona de modestia. Todo valiente debe guardar un

corazón tierno como los enamorados en la paz, y en la guerra un corazón de pedernal. Mehul, siguiendo estas antiguas tradiciones árabes, mandó á todos los cazadores, muchos en número, para cubrir apariencias y mostrar cuánto celaban al preso, mandó que nadie se adelantase á tirar, debiendo todos á una conceder preferencia incontrastable al cautivo, elevado casi á la categoría de huésped. Aparejóse todo lo necesario: sal, agujas, parrillas, asadores, calderas para condimentar las viandas esperadas, pues en toda verdadera cacería se alimentan los cazadores de aquello que cazan. Vistióse Illán como sus huéspedes quisieron, pues por todo pasaba con tal de proporcionarse la deseada fuga. Un traje de seda color de rosa, una túnica blanca, un peto argénteo, un casco férreo y damasquinado, dábanle marcial aspecto, como el apuesto de los caballeros mozárabes que, guardando todas las creencias católicas en su pecho, vestían á la usanza mora. En todo se mostraba su arte y su educación militar; en lo ágil, en lo apuesto, en la destreza para dirigir un caballo, en el manejo de los arcos, en la puntería certera, en la seguridad infalible de tocar con sus dardos el buscado blanco. Al momento de salir Mehul para continuar guardando todas las apariencias, propuso que nadie se apartara del grupo, á fin de que no le sucediese lo que al califa Ilichan, quien separado una vez de los suyos y errante por los oasis, topó con torvo beduino resuelto á matarle; ó lo que le sucedió al rey

Akraf cuando se quedó solo y armado por todo pertrecho de un palillo de tambor allá en Turutjá. La cacería se verificaba en sábado, como era de rúbrica en los árabes, según las lecciones y advertencias del gran legislador de la caza, Mahomet el Mangali. Los domingos eran para los árabes los días de comenzar todas las construcciones y todas las obras, porque Dios comenzó á extender los cielos en domingo. Los lunes para los viajes, los martes para las sangrías, los miércoles para las demás medicinas, los jueves para los negocios, los viernes para el amor. En la caza debía huirse de la estrella Kionan, ó sea el planeta Saturno, estrella nefasta en la religión koránica. Todos estos augurios tuvo en cuenta Mehul para que fuese más propicia, fecunda y divertida la cacería dada en honor del cristiano Illán.

Eran de ver los cazadores adiestrados con toda ciencia, los monteros ceñidos con sus largas trompetas que les daban como serpientes de metal vueltas varias por todo el cuerpo, losalconeros con sus aves de rapiña en el hombro unos y otros en las manos, los caballos que píaaban orgullosos y movían sus cabezas con verdadero arte, los perros, de gruesa cola y ojos centellantes como el fuego, muy alimentados con harina de maíz y leche, muy dispuestos á perseguir la caza y traer las piezas obtenidas al pie del cazador. Mehul fué todo el camino encareciendo á Illán como buen árabe las ventajas de una cacería en África ó en Asia sobre una cace-

ría en Europa. No hay para qué decir cómo pintarían las ligeras gacelas perseguidas por los caballos del desierto y por los perros en tumulto; cómo encarecería el combate con los terribles leones, perseguidos muchas veces á pié por los más bravos y más arriesgados cazadores. Para cazar los tigres expresó los varios métodos usados entre las tribus nómadas, caza muy requerida entre los árabes, porque los sesos de tigre curan las enfermedades á la vista. Los cazadores de hienas en el Oriente saben que se puede penetrar hasta en sus cavernas y sorprenderlas hasta en el sueño con solo decir en voz alta estas palabras cabalísticas: «Duerme, la madre de Omar.» Los árabes aprecian mucho tal caza por creer que quien lleva una lengua de hiena en la espalda, fácilmente se libra de la mordedura de los perros.

Naturalmente, no hallándose los cazadores en los territorios donde tales cazas son posibles, tenían que resignarse á la persecución del ciervo, del gamo, del lobo, del jabalí, de los animales frecuentes en la Sierra Nevada. Para cazar el astuto lobo inventaron una industria muy singular, la de abrir hondas zanjás en tierra, ocultarlas con ramajes, y sobre los ramajes poner luego un cabrito, un borrego, cualquier otro animal que pudiera traer la deseada presa, que lanzándose con furia sobre su cebo, se precipitaba y caía en el hondo de la tierra, y se entregaba así al apresamiento predecesor de la muerte. Los árabes creen que colocada la cabeza de

un lobo en lo alto de un palomar, jamás les acontece á las palomas daño ninguno. Igual empeño pusieron todos á una en la caza del jabalí, menos traidora que la caza del lobo y mucho más alegre. No quedaron las alturas en paz. Águilas vigorosas lanzaron á los aires para que les trajesen á las manos presas varias de inocentes pájaros. Mehul dió los consejos debidos á los cazadores, á fin de que no les sucediera el caso de Nazar el Curdo, que se vió en trance de muerte y á punto de ser perseguido y devorado por el águila que adiestraba él para perseguir y devorar á los pajarillos. Para que las águilas soltasen sus presas había necesidad de mostrarles una cabeza ensangrentada de corderillo recién muerto, cebo atractivo para su hambre voraz. Llevando águilas que solo se usaban raras veces y en cacerías excepcionales, no se necesita decir cuántas clases de halcones llevarían, cuando tan usadas eran estas aves de rapiña, lo mismo en tierras moras que en tierras cristianas. Veíanse halcones de Kibadjá, guardados tan solo para los reyes y príncipes, que suelen usarlos en cacerías de primer orden, pues su hermosura no puede compararse sino con su fragilidad y con su delicadeza, mostradas en aquel plumaje rojo y oro que le da el aspecto, como dicen los poetas orientales y han copiado algunos españoles, el aspecto de ramillete con alas. Además de tal especie soberana, los había roumeas, menos estimables por su corto aliento; francos, de muy difícil domesticación; der-

venienses, cuyos ojos brillan como centellas, cuyos plumajes como regios mantos, y cuyas garras como si fueran de nácares ó perlas. Todos estos animales por los aires, pendientes de lazos y cintas y cordones, en compañía de los caballos que piafaban, y de los perros que ladraban, y de los monteros que tañían los diversos instrumentos adscritos á sus respectivos oficios, y de los lobos que aullaban, y de los jabalíes que gruñían, formaban el discordante concierto que tanto anima los bosques y las selvas en los encuentros y en los empeños de caza.

Mehul miró á la salida muy de mañana el cielo; y como la estrella matutina brillase mucho anunció abundante caza. También miró conforme se iban acercando á Sierra Nevada el lado de la montaña que tenía más nieve y como fuera el Norte, sacó de tal pronóstico abundancia de caza. Al acercarse á una presa columbró un buitre, y el vuelo de tal pájaro le dió también favorables presagios. Además llevó la conversación de manera que solo se pronunciaran los nombres conducentes al completo logro de la fiesta. Y dijo, sacándolos de la misma conversación el de Salah ó pacífico, Mansur ó victorioso, Muvarek ó bendito. A este fin refería Mehul cómo el gran fundador del Imperio Abasida no mandaba por sus montesinos, por sus cazadores, por sus halcones cuando salía de caza sino después de haber preguntado al primer viandante cómo se llamaba. Si éste por casualidad le contestaba con cualquier nombre propicio, seguía su camino, pero

si le contestaba con cualquier nombre adverso y nefasto, dejábalo en seguida por la seguridad que tenía, según las palabras koránicas, de cuán estrecho es el nudo que ata y ciñe los acaecimientos prósperos con las palabras felices. Hé ahí, pues, porque Mehul dijo todas las fórmulas y procuró todos los augurios que podían prometer una caza feliz.

La montaña, sus desfiladeros, sus cumbres, sus majestuosas proporciones, el aire purísimo embalsamado con esencias campestres, los arroyos que de la nieve virgen se filtraban, la esplendente luz en los altos ventisqueros brillantísima y reluciente, lo sano del ejercicio vigoroso, lo atractivo del movimiento y del ruido, la carrera de tantos animales, el aleteo y gritar de las aves, el estruendo formidable de los mosquetes, la vibración de arcos y flechas, los clamores, el vocerío de unos, la gritería de otros, los ecos múltiples de trompetas, gaitas, cuernos y bocinas agrandadas por la repercusión de tantos y tan formidables riscos, todo esto no logró distraer ni un minuto la idea de Illán, fija con tenaz fijeza en su fuga y en su venganza. Mil veces miró el camino por donde podía escaparse, y mil veces encontró al completo logro de su intento insuperables obstáculos. Como iba Mehul naturalmente industriado y mucho en el papel cuasi dramático á que le destinaran sus tiranos, el cuidado puesto en impedir la fuga de Illán resultó escrupulosísimo, al extremo de imbuir á este la idea, cada vez más arraigada y firme, de que no se pensaba

por sus detentadores, cualesquiera que fuesen, darle de modo alguno la deseada libertad. Cuando la fiesta se acabó en la cual tomara mucha parte su cuerpo allí presente, pero ninguna su espíritu en otras ocupaciones embargado, mortal tristeza cayó con mayor espesura y con más negror que antes, cuando estaba encerrado, sobre su alma un tanto sombría de suyo por la fuerza misma del cruelísimo desengaño, en cuyas sirtes acababa toda su felicidad de romperse y estrellarse. Volvió, pues, á su retiro con una grande congoja proveniente del dolor que le causaba el desengaño sufrido al no haber puesto en obra la fuga tantas veces ideada y con tanto cariño querida.

Volvió, pues, á la uniforme y antigua monotonía su existencia. El camarín hermoso donde le reclinaban tornóle á parecer más horrible aún que las mazmorras antiguas, y el mullido lecho donde tendía su cuerpo mucho más duro y repulsivo que la podrida paja. Ninguno de los alimentos con tanta solicitud servidos, se le quedaba en el estómago por los excesos de la hiel estragado. Alguna que otra vez remojaba sus labios en el rojo vino de Andalucía, pero hasta bebida de suyo tan sabrosa le sabía como á vinagre y hiel en sus labios áridos y en su paladar amargado. Mas bien que una persona libre parecía una estatua inerte por lo frío, por lo rígido, por lo inmóvil, por lo silencioso. Jugaba maquinalmente al ajedrez por complacencia con los que iban á visitarle solícitos en su prisión,

pero ni conducía el juego, ni ganaba partida ninguna, sino por la complacencia del jugador que tenía enfrente, y de cuyas combinaciones apenas se curaba en la triste absorción de su espíritu dentro de un sólo pensamiento, la fuga impuesta por todos sus deberes, la fuga exigida por todos sus deseos en consecución de dos fines capitales; primero defender su patria, después cumplir su venganza. No sabía el cuitado gentil-hombre castellano cómo tales propósitos concordaban á una con los propósitos de sus carceleros, no lo sabía ciertamente. Mas, como el interés grande aguza mucho el entendimiento, idearon estos repetir tres ó cuatro partidas de caza seguidamente y en la última proceder de tal modo y cubrir con tales apariencias la decretada suelta, que jamás Illán pudiese no ya conocerla, mas ni siquiera sospecharla. Rico Venegas en arterías y ficciones, como buen renegado, trazó el plan de su batalla juntamente con Mehul en condiciones tales, que ni el más precavido, cauteloso, doble y mal pensado, pudiese dar ni con el hilo de la intriga, ni con la trampa final del bien apercebido y bien aparejado desenlace. Veamos nosotros este nuevo caso capital en nuestra historia y contémoslo con la mayor brevedad y concisión posibles.

Hermoso día de caza. Los augurios consultados ninguno tan propicio. Todos los animales reunidos para gran diversión y recreo saltaban gozosos cual si por las venas les penetrase la brillante luz de

una mañana primaveral incomparable. La sinfonía compuesta por los instrumentos de caza, uníase con el susurro de ramajes, manantiales, fuentes, áuras y aleteos. La naturaleza presentábase á fines de Abril con su corona de novia cuyas flores vertían á una mieles y esencias. Por muy entristecido que se hallara el corazón de Illán, aquella exuberancia de vida y aquel fuego de Abril contrastaban por ley natural un poco sus afectos, y si no le devolvían esperanzas y gozos por siempre acabados en los abismos de su alma, rejuvenecían su sangre viciada por el dolor, y facilitaba la respiración á su pecho tan profunda y hondamente quebrantado. La idea de huir al cautiverio y de buscar la libertad poseíale con dominación absorbente y llevábale tras sí con soberano impulso. Mas no podía creer ya que su buena ventura le ofreciese ocasión propicia de huir y escaparse; cuando el número de sus acompañantes y el cuidado con que le acompañaban al fin y al cabo eran obstáculos insuperables á toda tentativa. Corrió la mañana sin que sobreviniese accidente alguno á variar los hechos naturales y las incidencias ordinarias de una partida tal como esta partida de caza. Después que almorzaron, sintiéronse algunos de los caballeros árabes fatigados y trataron de conciliar deleitable sueño sobre la verde alfombra en brevísima fiesta. Nada tan difícil á Illán como dormir, pues las penas de su corazón le tenían condenado á perpetua vigilia, y si dormía rendido por fuerza mayor y en obe-

diencia imprescindible á las fatalidades orgánicas, veíase de continuo su triste sueño interrumpido y cortado por horrorosas pesadillas. Así no aceptó la invitación de los jeques granadinos, sus compañeros, á la siesta; y por lo contrario, invitó á Mehul para que recorriesen los sitios cercanos y ojeasen alguna caza. Mehul saludó en su interior calladamente aquella invitación como el medio más propicio y seguro de acabar la industriosa comedia con tanta arte urdida y disponer la fuga del cautivo. Emboscáronse, pues en alas de sus alígeros caballos que volaban como el viento por cañadas hondísimas abiertas en las plantas del solair de la nieve y dejaron muy atrás, pero muy atrás, toda su comitiva. Cinco jinetes iban y en profunda hondonada se habían metido. Altísimas peñas formaban como paredes ó muros á un lado y otro del estrecho valle por cuyo fondo corrían arroyos recién destilados de las nieves buscando su río y sombreados por adelfas, cañaverales y tarajes. Nada tan solitario y apartado del mundo como aquellas inhabitadas orillas de soberbios torrentes despeñados por pedregosos lechos. Las águilas de vez en cuando formaban círculos en las alturas etéreas, las garzas, de árbol en árbol saltaban, y por los suelos corrían las liebres y conejos. Pero la soledad y apartamiento del mundo habitado hacían aquel sitio muy propio tanto para emprender fácil fuga como para ocultar al fugado. Veíalo así, con la vista fija en su propósito y en su pensamiento Illán, pero todavía duda-

ba por justo recelo á traicionar y perder á los mismos traidores contra él y formidables enemigos suyos. Dolíale allá en su alma la probabilidad muy calculable de un castigo procurado á Mehul cuando tantas distracciones Mehul por su parte le había procurado á él. Mas también parecíale duro y muy duro subordinar á esta consideración personal su libertad y lo que buscaba con mayor viveza en aquella libertad, el holocausto de todo su sér á la patria y la satisfacción de su venganza. No hay acción humana fuera de aquellas desinteresadísimas y puras, no hay acción humana en la política y en la guerra que se liberte y exima de favorecer á uno y dañar á otros por ley natural. Estaba en guerra con los árabes y Mehul debía resultar víctima primera en tal porfía. Ya iba precipitándose Illán reflexivamente hacia la resolución de apretar con sus espuelas al caballo los hijares y ponerse con prontitud en cobro ganando la más cercana frontera como Dios le diese á entender, cuando un accidente imprevisto por él, pero arreglado con grande anticipación por Mehul, vino á darle completa libertad y á desenlazar aquel intrincado drama.

Las gargantas de Sierra Nevada se hallaban á la sazón llenas de bandidos, los cuales merodeaban por aquellos valles y descendían de vez en cuando á la llanura para depredar las propiedades ajenas y secuestrar las personas libres. Naturalmente aquellas partidas huían á los cazadores y á la caza cuando eran verdaderas y verdaderamente podían

temer á la justicia, no cuando eran falsas como la que había urdido el joven árabe para descargarse de la pesada carga del joven cristiano. Componíase la ficticia partida, que debía secuestrar á Illán, de domésticos del mismo Mehul disfrazados y enmascarados en términos de que no pudieran conocerlos ni la madre que los parió. Habíase cabalgado mucho y muerto á caballo muchas piezas cuando llegaron á una hondonada circular, en forma de sarten, cuyo rabo era la misma estrecha calzada por donde habían allí penetrado. La frescura del sitio, después de los calores pasados en las cuestas y repechos sobre los cuales caía y rebotaba un sol abrasador, prestaron á los cazadores el natural propósito de quedarse allí para descansar un poco á la sombra y tras el descanso beber agua fresca y pura de aquellos corrientes y rumorosos manantiales. Cuatro jinetes iban tan solos por tales sitios en aquel momento, Mehul y dos compañeros suyos con Illán. Desmontó este primero que todos, y poniendo sus rodillas en el suelo bajó la cabeza para beber en la linfa del arroyo. Apenas acababa de desflorarla, cuando se oyeron unos clamores grandísimos acompañados por nutridas y resonantes descargas. Los tres compañeros de Illán que no se desmontaran como este, huyeron á uña de caballo y los recién venidos se lanzaron sobre la persona del cristiano como las aves carniceras se lanzan sobre sus presas. Condujeron, pues, desde allí el secuestrado á una hondísima caverna y represen-

taron con exactitud admirable la ensayada comedia de resolver y decidir su muerte para ganar como buenos musulmanes favor en el juicio de su Dios y puesto en el Paraíso de su Mahoma. Según unánime convenio, Illán debía morir en la mañana del día siguiente. Condujéronle pues muy amarrado á próxima caverna y guardáronle allí tarde y noche. Illán creyó en su natural formalidad verdades las ficciones, y se dió por muerto. Pero no hubo de notar que los bandidos se guiñaban de vez en cuando el ojo y se sonreían con cierta irónica sonrisa. Unos se encargaron del jinete y otros del caballo cuidando á éste mucho mejor que á aquel. Y en efecto, llegadas las altas horas de la noche, todos se durmieron en la caverna y el joven cristiano pudo salirse de allí á hurtadillas. Si meditara un poco, extrañará mucho de hallar á la boca del sitio, donde lo habían recluso, su cabalgadura dispuesta y ensillada. No cayó en esta singularidad, y montando tomó la dirección del territorio cristiano con propósito en la voluntad y juramento en los labios, de volver allí para plantar la cruz en los torreones de Granada y tomar de Isabel una terrible venganza.

CAPÍTULO IX.

Zoraya comenzó por prometer tan solo coloquios de amor, y Hacem por aceptar coloquios de amor tan solo. Todos estos coloquios llegaron, por fin, á unir aquellos seres indisolublemente. Enardecidos por sus propias palabras, cayeron abrazados y se olvidaron en tales abrazos de toda otra cosa que no fuera su mutua felicidad. Hacem, después de sometida la rebelión, volvió á desaparecer del mundo. Seis lunas enteras pasó allá en el palacio encantado, sin penetrar en las torres de la Alhambra; sin ver á la sultana Aixá; sin oír la voz de los faquíes; sin leer las suras del Korán; sin consultar al cadí sobre los pleitos y sentencias; sin saber del vizir las cosas referentes al gobierno del reino. Todo el mundo extrañaba su ausencia. Unos decían que los cristianos le habían cautivado en atrevida correría; otros que las peris lo habían atraído á sus cavernas y hechizándolo con irremediables hechizos. Éste le creía

muerto en duelo singular con el rey de Castilla, y aquél ido al África para pedir auxilio á Túnez ó Fez en la triste agonía de su reino. Y eran tanto más de pensar todos estos desvaríos, cuanto que menudeaban las noticias de casos adversos á su corona y á su pueblo. Entre tantas quejas sobresalían las quejas de Aixá, que irritada por todo extremo, atribuyendo á pasatiempos amorosos las ausencias de Hacem, sentía juntamente vértigos de ambición en su desvariada cabeza y puñaladas de celos en su despedazado corazón. Pronta de suyo al odio y atenaceada por la envidia; queriendo ocupar el sitio altísimo de su esposo como más digno de su ánimo varonil y de sus austeras costumbres; ansiando privar al Sultán de una corona para transmitir el honor á su hijo y apoderarse ella del usufructo, reunía los padres de las familias nobles, los valies de las ciudades amenazadas, los jefes de las tribus malcontentas, los corifeos de los barrios conmovidos, y los incitaba con ahinco al remedio de tanto abandono, poniendo á Boabdil en lugar de Hacem, con la seguridad de que en semejante mudanza se encontraba la salvación de todo el reino y la victoria sobre los infieles. Su humor era lo que los antiguos llamaban humor negro. Mujer avellanada y huesosa, no encontraba placer ni en la mesa, ni en el baile, ni en el juego, ni en las zambras. Una desgana continua y una melancolía profunda la disponían y aparejaban á correr toda clase de riesgos y desafiar toda suerte de peligros. Y como nada temía, y á

nadie amaba, hacía de sus palabras un torrente de injurias, sobre todo al hablar de su fementido esposo. Aunque las desventuras sobrevenidas caían sobre el reino, casi le satisfacían por el odio invencible que sentía hacia el rey. Triste y taciturna, los párpados en continuo movimiento, fruncidas las cejas, lívido el color, febril la piel, pintado el insomnio en las ojeras, la hipocondría en la sonrisa, la hiel en los labios, atormentaba á todo el mundo; pero por un desquite digno de la justicia distributiva que reina en la naturaleza, se atormentaba mucho más á sí misma. Con qué colores pintaba la toma de Alhama, á cuyas cimas atribuía el destino que tuvo el Ararat en el diluvio: servir de asilo á la corona granadina en la espantosa hora del universal naufragio. Cómo recordaba los mil caballos y los caballeros salidos de Granada para recobrarla, volviendo grupas y dispersándose á la vista del pabellón cristiano, cual bandada de gorriones al movimiento de haraposos espantajo. Sus ojos lanzaban siniestros reflejos; sus dientes rechinaban con ruidoso rechinamiento; crispábanse sus puños y erizábanse sus cabellos al recordar los cadáveres musulmicos insepultos por los desfiladeros y enterrados en los vientres de los cuervos y de los perros. Sus narices roncaban con ronquidos semejantes al resuello de un moribundo, si evocaba el día terrible en que vió el sol poniente reverberarse en las armaduras y lanzas cristianas, extendidas sobre Loja como arreboles relampagueantes en sangriento y tormen-

tosos y encendido ocaso. Veíanse los riscos agrios, los abismos profundos, el resuello de los que subían por los desfiladeros, la lucha cuerpo á cuerpo entre los combatientes sobre rocas que se hundían y desplomaban, si á las anteriores narraciones juntaba la narración del asalto de los caudillos castellanos á las fortalezas granadinas. Oíanse caer los capacetes, quebrarse las lanzas, rodar las corazas, piafar los caballos desmontados de sus jinetes, si hablaba del desastre y rota de Lopera. Sollozaban todos con ella cuando sollozaba, más que con ternura de mujer, con entereza de guerrero, recordando la entrada de Hamet el zegrí en Ronda con sus gomeles heridos y mermados. Tanto furor crecía, enfureciendo á los demás, al mostrar aquel paraíso siempre amenazado, sus almazaras sin movimiento, sus ruzafas sin gente, sus alquerías en cenizas, sus cármenes talados, sus fuentes teñidas en sangre, sus fortalezas ruinosas, sus glorias eclipsadas, y un horóscopo siniestro pesando con terrible pesadumbre sobre todo el reino.

—Sí—decía con religioso acento,—Hacem irá joh! á reunirse con los réprobos en el infierno. Veráse consumada su perdición eterna. Las nieblas de perdurable noche cubrirán su rostro en el otro mundo y las manchas de perdurable oprobio ensuciarán su nombre en la humana memoria. Consumiránse sus huesos en las llamas perdurables y no tendrá con Dios ni un solo intercesor. Entonces no sabrá cómo librarse del fuego que lo devore. Co-

gedle, pues, ceñidle pesadas cadenas: que si dais sus entrañas á los perros en este mundo, dais al mismo tiempo su alma á los abismos en el otro. Condenado inapelablemente, querrá volver á la tierra para salvar sus ciudades y redimir sus culpas; pero le lanzarán con hierros encendidos en lo más hondo los genios del mal que guardan los avernos como guarda el hornero los hornos. Y le dirán que padezca por haber faltado á sus juramentos, puesto la mentira en lugar de la verdad y roto un cetro santo, entregando sus míseros fragmentos á los perros infieles. Y al verle morderse los puños, preguntaránle á una los guardadores del infierno si alguien le advirtió sus pecados, y él responderá que sí, pero que opuso á sus quejas sordera en los oídos, indiferencia en la mente, frío en el corazón, asco en el estómago. Así, confesará sus culpas más tarde, porque no habrá rescate para sus penas. Elevará al cielo sus plañidos inútilmente, porque una luz misteriosa le dirá que se prolongaron sus días para procurar su arrepentimiento y solo se obtuvo su reincidencia. Volveráse á los bienaventurados pidiéndoles del agua sagrada en que han lavado sus manchas, y no tendrá respuesta por haber ido tras los placeres mundanales, olvidado del juicio final. Y aunque trate de incorporarse, quedará tendido en su lecho de brasas toda una eternidad. Y un heraldo le dirá: maldición sobre el impío, que ha corrompido toda pureza y ha negado con sus hechos y sus ideas en su vida

terrena la vida futura. Así es que todos cuantos se congreguen y conjuren para derrocarlo de su profanado solio no harán más que adelantarse al día de los castigos eternos y tomar sobre sí el ministerio de los rigores divinos. ¡Sus! pues, leones del desierto. Id seguidos de vuestras hembras y de vuestros cachorros á beber la sangre maldecida del tirano. Y le encontraréis en el lecho de sus inmundos placeres, de donde caerá herido por nuestras garras al lugar de los eternos dolores.

Estas palabras sembraban odios en los ánimos como las trombas siembran tormentas en los mares. Cada linaje sentía una ofensa reciente, la cual, á su vez, le recordaba un agravio antiguo. Poco duchos en cosas políticas imaginaban estos pueblos ocurrir á todos los males futuros con desarraigar los males presentes. Por ende cada jefe se iba á su hogar respectivo, y después de haber apurado cóleras amargas en las palabras de Aixá, las trasmitía airado al ánimo de los suyos tan abierto á las pasiones como el inmenso Sahara á los vientos. Y movidos de estas pasiones tumultuosas, requerían sus cimitarras y las probaban al par de sus arcabuces para el próximo tumulto, jurando no desistir sino por la muerte ó por la victoria. Nada más fácil que todas estas guerras civiles allí donde cada hombre puede llamarse un soldado, á quien le dan las armas batalladoras casi al par de los sentimientos naturales; allí donde cada casa guarda el aspecto de una fortaleza almenada y aspillerada para la

resistencia y para el ataque; allí, donde cada tribu compone una legión viviente y eterna que trasmite á todas sus generaciones de legionarios un acerbo común tanto de glorias como de desastres; allí, donde cada calle ofrece en sus tortuosidades y estrecheces facilidad indecible para la pelea; y cada plaza se trueca en campamento; y cada murado barrio, guarecido por cien torres y aislado por su foso, toma las proporciones de una gran ciudad militar; y desde las enseñanzas de las madrisás hasta las arengas de las aljamas adoban los ánimos para el odio y soplan en pechos fáciles de avivarse á la idea de los combates las crueles é indomables aspiraciones á una eterna guerra. No se necesitaba, pues, la calidad de astrónomo político para ver en los abismos y en los cielos de Granada las tormentas y las tempestades próximas á estallar con espantosos estallidos. En el sentimiento universal estaba que si la sublevación de Gezar se frustrara, debióse indudablemente á tener solo grande negación, el odio al tirano Hacem, pero en cambio una débil afirmación como era el mando de terrible oligarquía impopular por todo extremo en Granada, y más aún que impopular, incomprensible. Así Aixá movía mejor los asuntos que Gezar, prometiendo el destronamiento de Hacem, y tras la consecución de tamaño propósito su exaltación propia en la persona de Boabdil, obediente hijo, quien solo podría mandar bajo la tutela de su madre.

CAPÍTULO X.

Y mientras tanto, allá en la colina del Sol, con las huertas del Generalife al pie, con los cristales de Sierra Nevada á la espalda, con la estrecha vega del Dauro á la derecha, con el ancho valle del Genil á la izquierda, con Granada al frente como una cortina pérsica de mil varios bordados, hacia el Norte los volcanes que parecen humeantes de la riscal Elvira y hacia el Oeste las cordilleras que parecen nubes de la graciosísima Loja, en jardín de umbrosas alamedas regadas por mil sueltos arroyos y en palacio semejante á un oculto nido, liban sus amores los que podemos llamar ya reyes verdaderos de tan hermosas como alteradas comarcas. Seis meses han trascurrido de satisfacciones continuas, seis meses de desvaríos incesantes, seis meses de goces sin término, seis meses de arrullos sin tregua, seis meses de ensueños sin pesadillas, seis meses de delicias como no puede te-

nerlas iguales el paraíso mahometano; y Zoraya, que hasta ha renegado de su Dios por haber unido su vida con la vida de aquel hombre, no tiene curiosidad de saber, ni su apellido, ni su oficio, ni su posición, ni su estirpe. Y debemos decirlo en obsequio de su amor, todo lo creía de su amante, menos que pudiera ser rey de Granada, pues á un rey de Granada no le hubiera permitido su cargo tales ausencias. Tomábalo por noble de sumo valor y de suma riqueza; pero no lo tomaba por un monarca en realidad. Así nada preguntaba. Sabiendo que es feliz, no necesita saber la infeliz más. ¿Qué le falta? Los laureles y cipreses le dan sombra; los miradores alicatados y cubiertos de azulejos, albergue; las rosas de Alejandría y los jazmines de Damasco, aromas; los surtidores desatados en arroyos y las parleras avecillas, música; las hojas del azahar y del granado mezcladas con las ramas del terebinto y de la palmera, colores y matices; las nieves eternas, que toman esmaltes varios y las cimas metálicas que flamean á guisa de llama arrebolada, encantadores cuadros; las fuentes, frescura; la tierra, un amante; y el corazón, amor. El sitio que habita, como templo de su dicha, no tiene ni puede tener igual en nuestro planeta. Se extiende bajo el cielo más luminoso de la tierra, bajo el cielo de Andalucía; se riega con dos ríos, el uno de corrientes de oro y el otro de corrientes de plata, que confluyen al pie de la ciudad moruna; se adorna de colinas, donde en las cumbres cimbrean los verdi-

claros pinos mezclados con los verdi-negros cipreses, las flexibles palmas confundidas con los terebintos y los sicomoros, mientras por las laderas, colgados como canastillos de flores, verdean los pensiles y cármenes dignos de la encantada Syria; se encierra entre cordilleras níveas y volcánicas; se enriquece con acequias las cuales riegan desde las moreras productoras de lustrosa seda, hasta las pencas productoras de purpúrea cochinilla; se sana con aires embalsamados de espliego y manantiales compuestos de aguas cristalinas y vírgenes; entre bosques levanta sus bermejas torres la Alhambra; entre florestas sus pintados kioskos el Generalife; entre muros aspillerados en forma de diadema sus granos de rubíes la entreabierta Granada, única rival de Damasco, en cuyo recinto se elevan las mezquitas con los coros de los muezines que saludan las horas santas del día, y pasan hormigueando por las encrucijadas los guerreros que vuelven de sus correrías ó de sus ejercicios, ó los fieles que se congregan para oír la voz de los alfaquíes y de los santones; lucen los dorados alminares contrastando con los surtidores parecidos á movibles columnas de cristal; el misterio se esconde en los ajimeces, en las celosías, en las ocultas rejas; al par que el cántico, manifestación del arte árabe por excelencia, henchido de ideas poéticas y acompañado por el laud y la guzla, vuela hacia lo alto, como al impulso de las tristezas infinitas del amor, que tanto se parecen, siendo principio de

toda vida, á las infinitas tristezas de la muerte. Recorred el mundo entero y no encontraréis en parte alguna claro-oscuro tan singular; contrastes de tanto relieve, así en el campo como en la ciudad; el desierto y la floresta juntos, el ventisquero formándose todos los días y el volcán extinguido; los refinamientos de la arquitectura entre los encantos de la naturaleza; las selvas primitivas y los huertos cultivados con todas las perfecciones del arte; el sensualismo más epicúreo en la vida confundándose con los vuelos místicos y con los ensueños poéticos de las almas enamoradas; todas las crueldades de las guerras, tanto civiles como extranjeras, y todas las prácticas de la más singular y desinteresada caballería. Aún podéis formaros de aquello una idea; porque si han cambiado los actores, no ha cambiado el escenario; y no existe lugar alguno en la tierra tan parecido al edén soñado por los profetas. Zoraya desde una ventana de su palacio lo mira; porque Zoraya lo encuentra siempre nuevo. ¿Quién puede creer que de tan risueño Paraíso, va pronto á exhalarse torva nube de muerte? ¿Quién puede imaginar que del aroma de las flores, del vapor de las fuentes, del ether de tantos reflejos, del alma de tantas cosas bellas va pronto á surgir una tromba de odios, toda violencias, asolamientos, estragos? Perfumes como un pebetero debía exhalar la vega, y no cóleras; armonías como una guzla debía despedir la luz y no rayos de infinita ira; poesía sin fin debían dar aquellos palacios y no guerras sin tre-

gua; que tanta y tanta vida parece divorciada de la muerte. Y sin embargo, si Zoraya, embebida en la contemplación del espléndido cuadro formado por el paradisiaco valle pudiera ver el interior de la ciudad, notara que se daban las gentes citas misteriosas y contraseñas extrañas; que se miraban los de la misma tribu como excitándose á una empresa común y los de tribus contrarias como disponiéndose á morir ó matar; que este limpiaba sus armas, que aquel ensillaba su caballo, que el de más allá hacía recomendaciones á su familia como si la eternidad estuviera cerca; que todos se movían á impulsos del odio y se preparaban para una sangrienta guerra.

Desprevenida y descuidada la pobre joven, reconcentrábase en sí misma y hacía como examen de conciencia. Su amador, que no la abandonaba un instante, á sus piés tendido, en aquella sazón acababa de dormirse profundamente, después de haberle consagrado lánguidas miradas, llenas de ardiente voluptuosidad, y elocuentísimas frases henchidas de exaltado amor. Zoraya, pues, á virtud de esos estados del alma que dan algún vagar para convertir el pensamiento hacia sí mismo, escudriñar la conciencia y volver la vista atrás, miraba todo cuanto le sobrevenía con extraña mirada sin darse cuenta de todo su alcance ni presentir todas sus consecuencias. Y no dejaba de encontrar en los repliegues de su conciencia y en los giros de su idea algún tormento. Lo que realmen-

te le atormentaba era un pensamiento tristísimo, el abandono de su fe. Así decía:

—Dios mío—renegué de ti con los labios y te conservo en el corazón. De la ruina de mi castillo, del incendio de mi hogar, de la desaparición de mis padres, del destrozo de mis altares, hubiese salvado la fe, que en la cautividad me consolaba más, mucho más que el pedazo de cielo visto tras las celosías y las rejas. Para arrancarte de mi vida sería necesario arrancarme esta sangre que me mantiene y esta carne que me viste, y el alma entera que me anima; porque tú, Dios mío, tú eres el alma del alma. En vano quiero lanzarte del pecho, vuelves á entrar con el aire que respiro; en vano desposeerte del corazón, vuelves á henchirlo con toda clase de grandes sentimientos en los cuales corre tu soplo creador y tu verbo vivificante. ¡Oh Virgen Madre! ¡Cómo huir á tu culto, como dejar de verte con tus flores en los pies, con tus estrellas en la frente, con tu divino hijo en los brazos, para aceptar un Dios implacable y sañudo, de guerras y combates, el cual se ha bebido en cruentos holocaustos la sangre de mis padres! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Y este moro me idolatra. Éste moro me redime de mi cautiverio para convertirme de sierva en señora de inacabables jardines y de encantados palacios. Este moro me ama con amor, que no volveré á encontrar jamás ni en el cielo ni en la tierra. Yo le llevaría, Señor, al pie de tus aras, obligándole á pronunciar tu nombre incommunicable y á confundir en

el pecho con mi amor tu fe. Mas ignoro qué misterio le rodea, pues me dice que proclamar tu nombre y recibir la muerte sería obra de un minuto. Y darle la muerte, á cambio del amor que me profesa ¡oh! cosa cruel y horrible; realmente para maldecida por tu justicia y no perdonada jamás por tu misericordia. ¿Qué hacer, Dios mío, en esta pugna horrible entre mi corazón y mi conciencia?

CAPÍTULO XI.

Oyóse en la ciudad, cuando llegaba la favorita á esta serie de sus pensamientos tal vocerío, que Haccem se despertó azorado, miró á lo lejos con recelo y debió adivinar ó presentir algo grave, pues cogiéndole á su beldad ambas manos, las besó con efusión, y diciéndole que pronto, muy pronto volvía, pasó por los fantásticos miradores, bajó por las largas escaleras, atravesó los pintados jardines, acercóse al seto del mágico sitio y entró en una inmensa estancia cercana á la puerta, diciendo:

— Veñegas, mi vizir!

— ¿Qué manda V. A.? — preguntó el vizir.

— ¿Estamos solos?

— Solos.

— ¿Nadie nos oye?

— Nadie.

— Necesito una suprema conversación contigo.

— Hable V. A.

— No quiero más tiempo la pesadumbre abrumadora del Estado.

— Cúmplase la voluntad de V. A.

— El amor me ha curado todas las ambiciones mundanales.

— Bendito sea Alah.

— Deseo pasar mi vida contemplando á mi sultana.

— Todos tus deseos tienen fuerza de leyes.

— Mi dicha es sin igual y no quiero compartirla con persona ni cosa alguna, porque me falta tiempo para gozarla.

— ¿Y á quién vas á confiar el reino?

— ¿Que te parece?

— ¿Quizás á Boabdil?

— ¡Oh! No. Mis astrólogos han dicho que está destinado á perderlo.

— ¿Quizás á Aixá?

— Menos. Una mujer mandando en Granada, jamás.

— ¿Quizás á tu hermano el Zagal?

— Buen guerrero; mal gobernador.

— ¿Qué hacer?

— Conservar el nombre de rey para mí.

— Perfectamente pensado.

— Y dar la dirección de la monarquía.....

— ¿Á quién?

— Á ti.

— Bendito sea Alah y Mahoma su profeta. Cúmplase la voluntad de V. A. Los deseos de Hacem son órdenes para todos sus vasallos.

—Despide el haren.

—Cosa grave para la alcurnia de V. A. y para el estado de los ánimos.

—¡Oh! Siempre necesitado de contar con todo aquel que cree dominarlos á todos.

—No hay remedio. ¿Qué dirá el Sultán de Constantinopla, hoy califa de los creyentes, cuando sepa tu desprecio por las georgianas, enviadas en una de las galeras vencedoras del último de los Constantinos? ¿Qué dirá el Sultán de Fez si devuelves, ó regalas ó vendes las más bellas siervas engendradas por la ardorosa África, incomparables gacelas del desierto? ¿Qué dirá el Sultán de Túnez cuando sepa la poca estimación en que has tenido las más preciadas joyas? La fama de tu debilidad llegará á Egipto con tus mujeres egipcias olvidadas. No pienses tal, Hacem, no pienses tal: que si lo hicieras, creerían cristiano tus vasallos y estábamos perdidos.

—Pues, á lo menos, repudiaré á Aixá.

—Ya debías haberla repudiado.

—Por repudiada. Notifícalo mañana en la Alhambra, pasado mañana en la ciudad.

—Tus deseos tienen fuerza de leyes.

Al llegar aquí, penetró en la estancia el esclavo predilecto de Hacem, después de la muerte del nubio; el esclavo georgiano se aproximó confuso. Al mismo tiempo que el esclavo georgiano, penetró estridente rumor parecido al eco de una tormenta.

—¿Qué traes?—preguntó Hacem.

—¿Cómo llegas hasta aquí con tanta irreverencia sin previo anuncio y sin permiso?—preguntó á su vez Venegas.

—Porque ya sabéis que soy un perro, y he preferido desacataros á perderos.

—¿Qué sucede?—preguntó Hacem.

—Que Granada está insurrecta—respondió el nubio.

—Se habrá levantado como suele el inquieto Albaicín contra los gomeles ó los zegríes—dijo el Sultán alzándose de hombros.

—No; se ha levantado casi toda la ciudad.

—¡Cá!—respondió el Sultán.

—Aixá ha movido los ánimos.

—Ya sabrá Aixá quién es Hacem.

—Corre el rumor de que una hada siniestra ha resucitado á una esclava cristiana; y que esta esclava cristiana te ha traído aquí, para hechizarte primero, y luego convertirte á la religión de los infieles.

—¿Y hay quien crea semejantes majaderías?

—Las cree todo un pueblo—respondió el georgiano.

—Espantoso rumor se oye—dijo el vizir.

—Ya te he dicho que tienes el gobierno; sácame, pues, del apuro—dijo el Sultán al vizir.

—Pues comienza como de perlas mi reinado—exclamó el vizir.

—Algún mal ha de ir mezclado á tanto bien.

Y el Sultán dejó á sus interlocutores y se dirigió al mirador de su Zoraya.

CAPÍTULO XII.

Granada se conmueve hasta en sus cimientos con la desaparición del rey en tiempo de tanto peligro. Las palabras de Aixá transmitidas por alfaquies y santones, producen superstición grandísima en pueblo de natural supersticioso. Los astrólogos leen allá en los cielos sus señales; miran los adivinos las rayas de las manos; recitan los agoreros siniestros horóscopos; y todos caen á una en tristes y siniestras profecías. Ciérranse las puertas de los zacatines y ábrense las puertas de las alcazabas. Los atambores truenan como la tormenta; los atabales gritan como si de cada uno de sus gritos se desprendieran fulminantes iras. Aquí el pueblo escucha á un profeta que maldice; y allá á un ciego que canta elegías de profundísima tristeza. Cada granadino empuña un arma. Las torres se erizan de lanzas como para un largo sitio. El Albaicín resuena cual pudiera campamento grande ocupado por in-

numerables ejércitos. La plaza de Bibarrambla tiene todo el aire de un campo de batalla. Por aquí los abencerrajes hablan de su venganza, y despiden de los anchos pechos, encendidos á manera de fraguas, siniestros resuellos de muerte. Por allí los zegríes preguntan si aquel será el día último de su rey y de su reino. Por allá los almo-raidés, gomeles y gazules se esperezan y aprestan con la salvaje alegría de quien busca en el combate las satisfacciones del combate mismo. La tierra resuena con siniestra resonancia; las armas vibran con vibración que espanta; las miradas despiden relámpagos de ira; las voces de mando y los conjuros de rebelión producen un estruendo en el cual creeríais oír carcajadas de epilépticos y clamores de náufragos, y maullidos de cuervos, y respiración de voraces incendios, confundiéndose con rumor de nubes tonantes; la ciudad entera tiene el vértigo de la guerra y se resbala como una sola víctima por el borde oscurísimo de la muerte, al relucir de las cimitarras, al chasquear de los látigos, al correr de los bandos, al rugir de los mosquetes, al resollar de los odios, pues parecía haber llegado el día apocalíptico del supremo y último juicio. Imposible que en tal efervescencia no se empeñe inmediatamente el combate y que en tales combates no se pasee inmediatamente la muerte. Los bandos allí no luchan en pró de tal ó cual causa, movidos de tal ó cual razón, sino para desahogar el odio inextinguible sentido por cada cual contra su sendo

enemigo. Así, éste cuenta la historia de sus contrarios y los execra y jura su exterminio; aquel saquea una casa y reparte sus tesoros como pudiera repartir rico botín de reciente correría; entra un faccioso en casa de su rival y degüella la familia entera sin perdonar ni las mujeres del haren ni los niños de pecho; corre un criminal y pega fuego al edificio que le parece señalado á la quema por recuerdos y sentimientos añejos; cada cual se apercibe á la ofensa y á la defensa; surgen las barricadas como cráteres de otros tantos volcanes; empeñanse las luchas parciales al arma blanca, á brazo partido, cuerpo á cuerpo; los combatientes respiran odios horribles, las matanzas siembran víctimas por todas partes, los heridos se quejan y los victoriosos rujen; lanzan sus últimos extertores los moribundos; y de montones hacinados de cadáveres salen como arroyos de sangre, iluminándose todo del chispear de los fogonazos y del relucir de los incendios, como si hubieran desentrañado al infierno para verterlo sobre la tierra. Y entre tanto Hacem y Zoraya, recostados en cojines de damasco, miran á Granada y el esplendor incomparable de su vega y de su cielo.

— Siempre ha sido el paraíso; desde hoy será el paraíso del amor.

Dice el Sultán.

— ¿No oyes disparos? ¿No nos trae el aire gritos? ¿No vibran en tus oídos las lanzas? ¿No llega hasta ti un rumor siniestro?

Preguntó la favorita al Sultán.

—Algaradas de la ciudad, contiendas civiles frecuentes en sus barrios.

Respondió con verdadera indiferencia el Sultán, como si no comprendiese que todo aquel tumulto se dirigía contra el sitio en que estaba y contra la hermosura que tenía á su lado.

—Terrible cosa ser Sultán y encontrarse expuesto siempre á tales guerras; con el alma pendiente de un hilo; con la existencia propia vendida y vendida también la existencia de las personas queridas. ¿No es verdad que debe ser cosa difícil de soportar en los hombros la carga de un Estado y en las sienes el peso de una corona?

—Muy difícil. ¿Tú no quisieras ser Sultana?

—No.

—¿Por qué?

—Porque para ser sultana, deberías tú ser Sultán.

—Y si fuera yo Sultán ¿qué?

—Si fueras tú Sultán, tendría yo celos de Granada.

—¡Celos!

—¡Oh! Los tengo de la flor que hueles, porque me roba parte de tu aliento; y del ave que miras, porque me roba parte de tu mirar.

—Sois muy celosas, vosotras, las cristianas.

—Lo somos; y por eso no consentimos que el amor reservado para nosotras pueda compartirse con ninguna otra mujer.

—Miren la cristiana. Ya sabes que en la tierra

no hay mujer ni en el cielo hurí capaces de competir contigo.

—¿Por qué, por qué no abrazar mi religión la cual nos uniría indisolublemente en esta y en la otra vida?

—Mil veces te dije que pedirme esto, equivale á pedirme la muerte.

Al decir semejantes palabras, el terrible fragor se aumenta y se acerca; á la puerta de la estancia, donde están los dos amantes, suenan fuertes golpes, y una voz grita:

—Sultán, Sultán.

—¿Quién me llama?—Responde con verdadera indignación el Sultán.

—Hacem, Hacem.—Grita otra voz con angustia.

—Dios mío—exclamó Zoraya levantando los ojos al cielo, ahora lo comprendo todo. Tú el Sultán, tú Hacem.

—Yo, yo; vida mía.

—¡Oh, Dios mío! Estoy perdida.

Y un sollozo horrible partía el pecho de Zoraya.

—¿Por qué? ¿Por qué? vida mía.

—Y lo revelas cuando ya no tiene remedio.

—¿Qué quieres?

—De saber que eras el Sultán, hubiese antes mil veces abierto mi pecho á la muerte que al amor.

—Ya no tiene remedio. El hādo se ha cumplido inexorablemente en nosotros como en las últimas criaturas. Desde las eminencias del trono te ví en las mazmorras de la servidumbre y te amé. Has

caído en mis manos y no puedes, no, de mi lado separarte, ni en esta ni en la otra vida.

—Hé ahí, Hacem, la causa de mi tristeza. En la ruina de todos los objetos caros á mi corazón salvóse como por milagro el culto al Dios de mis padres. La voz de mi conciencia me dice á gritos que por ese culto vamos en este mundo á la felicidad y en el otro mundo á la bienaventuranza. Soñé con hacerte cristiano para que ni la otra vida pudiera separarnos. Y ahora, comprendo con cuánta razón me decías que proponer el convertirte á mi creencia era tanto como proponerte el morir. Un Sultán, por motivos incontrastables, no puede ser lo que podría ser el último mahometano converso. Déjame llorar mi pena hasta enternecer, si fuera posible, las piedras de este pavimento. Déjame dolerme de haber puesto mi pensamiento en quien tiene á la continua embargado el suyo en cosa tan grande como el granadino reino. Déjame quejarme de que en en mi corazón sólo quepa el amor á ti mientras en tu corazón sólo cabrá el amor de Granada. Déjame reconvenirme por no haber adivinado cómo tu grandeza jamás podría concederme el título honroso de esposa, sino el despreciable de manceba. Déjame herir con mis gritos el cielo, ya que en la vida nos separa un haren y en la muerte un sepulcro, y en la eternidad una creencia. Preferiría mil veces haberme encontrado en el camino de la vida al último jornalero de la Vega ó al último mercader del Zacatin para amarlo con el amor que siento por el rey

de Granada. En pobre cabaña podía estar siempre junto á mi amador, en estos inmensos palacios todo nos separa, desde la distancia material en nuestras habitaciones hasta la distancia moral en nuestras dignidades. Y luego, renunciar á que tengas mi fe es tanto para mí como renunciar á la prueba única de la intensidad de tu amor. Virgen, Virgen Madre, intercede con tu hijo y mi Dios para que perdone á esta cuitada.

Y al mismo tiempo que Zoraya decía estas palabras entrecortadas con amargos sollozos, la rebelión lanzaba lo más siniestros rugidos; y á la puerta de la cámara real se redoblaban los golpes y se oían llamamientos llenos de angustia al Sultán y á su autoridad.

—No puedo ocultarte cuanto sucede, Zoraya, por lo mismo que estoy decidido á morir á tu lado. Ese rumor que avanza, indica tempestuosa nube de cólera, próxima á descargar sobre mi frente. Granada cree que su rey, que su caudillo, que su defensor se ha pasado á la religión de esos nazarenos, cuyas palabras la ofenden, cuyas espadas la hieren, cuyas huestes la devastan. Y alzada en armas, viene aquí á pedir cuenta de este atentado á sus leyes, que de ser verdad, fuera grave siempre, y mucho más grave en estos días de dolor y desventura. Zoraya, nada podría complacerme tanto como seguirte, no ya en tus creencias, en tus supersticiones. Donde quiera que te encuentres, se encuentra el cielo contigo. Pero tienes razón, el

destino me colocó en el trono. Y en el trono debemos nuestra voluntad y nuestra conciencia al pueblo. Abandonar su religión equivaldría á abandonar su corona. Abandonar su corona en esta edad de desgracia, equivaldría á una traición castigada por la historia con maldiciones horribles, tan horribles como las mismas penas del infierno. No solamente necesitas renunciar á toda idea de convertirme á tu fe, sino que para salvar mi vida, para salvar mi nombre, para salvar mi honor, necesitas, cuando esa puerta se abra, y esa turba ya incontrastable penetre por ahí, proclamar en voz alta que has renegado de tus creencias y que perteneces á la religión de mis padres.

—¡Oh! Jamás—gritó Zoraya, retorciéndose los brazos,—pídeme si quieres la vida, tuya es; pero no me pidas el alma, no me pidas una fe que sólo pertenece á Dios.

—No insisto, Zoraya. Lo quieres; cúmplase tu voluntad. Habré pagado medio año de amor con el trono, con la vida, con la honra; no me parece caro. Te he propuesto optar entre tu conversión y mi muerte. Sea. Muramos.

Y Hacem se dirigió á la puerta que se bamboleaba. El rumor de la pelea crecía con espantoso crecimiento, porque el motín se aproximaba cada vez más al mágico palacio. Los gritos de la servidumbre, que toda entera temía un degüello implacable, redoblaban al compás que redoblaba la tonante voz de aquella tempestad. Zoraya comprendió todo el

peligro en que su amado se encontraba y se dirigió á la salida de la estancia para detenerle. Mas Hacem, resignado á su destino, le respondió con amarga sonrisa,

—Deteniéndome nada consigues, sino agravar el peligro é impedir la defensa.

—Hacem ¿dónde vas?

—Si me hubieras oído á la victoria. Me desoyes y voy á la muerte.

—¿De veras? ¿Tu victoria consiste en mi conversión?

—En tu conversión.

—¡Oh! Perdóname. Pero...

—No me des más razones. El deseo de Zoraya prefiere la fe de sus padres á la vida de su esposo; pues cúmplase el deseo de Zoraya. Voy á morir; y me es dulce morir, vida mía, por tu satisfacción y tu paz.

—Hacem, Hacem, me matas.

—¿Qué quieres? Para los momentos supremos se necesitan las supremas resoluciones. Me resuelvo á morir. Solamente, oh Zoraya, te pido que, al espirar, dejes convertir á ti los ojos y beber en mi último suspiro tu aliento. Adios. Voy á morir; pero no te separes de mi lado. Seguramente me sobrevivirás. Ningún árabe osará poner la mano sobre una dama como tú. Se lo impedirá, además de su propia generosidad, el temor al juicio de sus enemigos. Pero, ya que muero por ti, júrame no ser jamás de hombre alguno en la tierra.

—Moriremos juntos. Si no hay quien me mate, me mataré yo misma. Pero siento la muerte, no por el fin de una vida que desde hoy me será odiosa, sino por el principio de una separación que ha de ser eterna.

—No hay tiempo que perder; abramos.

Y Hacem abrió de par en par las puertas. Y en cuanto las abrió entraron el vizir y el esclavo georgiano con gran golpe de servidores y de esclavos. Y aún no habían entrado, cuando la pelea se esparció por el ameno jardín, asaltadas todas las murallas. Los enemigos de Hacem subían con ímpetu y los amigos de Hacem pugnaban por detenerlos. Cada paso costaba un combate y en cada combate morían á veces todos los combatientes, reemplazados en seguida por otros de refresco, no menos valerosos, no menos exaltados y no menos tenaces. Aixá y Boabdil, la mujer y el hijo de Muley, habían escogido el camino cubierto que conducía desde la Alhambra al camino de la quinta, creídos de que iban á recoger la codiciada corona caída de la frente altísima sobre la cual luciera hasta entonces. Poco después que los azorados servidores, entraban ellos airoso y triunfantes como quien corre á realizar una antigua venganza. En cuanto toparon con Hacem, Boabdil se retiró confuso, mientras Aixá se adelantó como una tigre, y mirando alternativamente al Sultán y á la favorita echó por aquella boca toda suerte de injurias.

—¿Con que el monarca de este reino abraza la

religión de los nazarenos, convertido por la gracia de esa fregona que lavara mis tazas y barriera mi cuarto? No contento con entregar nuestro reino á las conversas cristianas, entrega nuestras almas á los demonios y al infierno. Venid, muslimes, decía volviéndose á cuantos la rodeaban, venid y veréis la muerta resucitada. Morir no sabe la perra, pero sabe matar. Como que ha clavado sus uñas de gata en el corazón de Granada. Como que ha prometido entregarnos á todos y ya nos ha comprado por unos cuantos besos en los lascivos labios de ese adúltero. Castigo á los malvados y venganza para Alah; ó no hay ya ni granadinos ni Granada, ni muslimes en el mundo. Muley se ha casado con una cristiana y so ha convertido al cristianismo. Muera Hacem; viva Boabdil.

Los ojos de los mayores amigos del monarca centelleaban odio al verlo preso de una cristiana y próximo á convertirse al cristianismo. Los alfanjes lucían siniestramente en las manos teñidas de sangre. Las vociferaciones tomaban el estridor de amenazas. Muley Hacem, lo mismo que Zoraya, estaban bajo una sentencia de muerte, y todo dependía de aquel supremo instante. Los servidores más fieles del monarca temblaban á su lado: el tímido Boabdil se acercaba á ellos suspenso de las sendas miradas que le dirigían sus padres; Zoraya gemía junto á Hacem, que elevaba más la frente á medida que crecía el peligro; Aixá triunfaba, dando á su triunfo los visos de provocación y de insolencia.

congénitos á su altivo carácter y á su exaltado temperamento; los partidarios de esta mujer batalladora se conocían en la arrogancia y los partidarios de Muley en el desmayo cuando éste, movido de inspiración súbita, se adelantó y dijo.

—Granadinos, me he encerrado aquí para que vierais con vuestros propios ojos y tocarais con vuestras propias manos la familia que tengo. Enemiga la esposa del esposo, enemigo el hijo del padre, además de herir las leyes de Dios que les mandaban acatamiento á mi voluntad, hieren las leyes del reino rebelándose contra su natural monarca y señor. Así, me han calumniado y han hecho prevalecer entre vosotros la calumnia. Han dicho que yo tenía una mujer cristiana, cuando esta mi mujer, si nacida en el cristianismo, ha abrazado la religión mahometana. Que lo confirme ella misma.

Y Hacem se volvió á Zoraya mirándola como puede mirar el náufrago la última esperanza de salvación. Y Zoraya adelantándose en medio de la estancia exclamó:

—Es verdad cuanto dice Hacem. Soy musulmana. No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.

Jubiloso grito recorrió en un momento desde la estancia del Sultán al jardín de los Alijares, del jardín de los Alijares al jardín del Generalife, del Generalife á la Alhambra, de la Alhambra á la Alcazaba, de la Alcazaba al Albaicin, del Albaicin, á Bibarrambla, de Bibarrambla á toda Granada, de Granada á la Vega.

—Alfaquíes, santones, jueces, capitanes, ya lo habéis visto. Mi hijo Boabdil es rebelde. Debería darle muerte; le doy una prisión. Mi mujer Aixá es más rebelde aún. Debería perderla para siempre; me contento con repudiarla desde ahora y recluirla en la prisión de mi hijo. Muslimes, Granada por el Sultán Hacem y la Sultana Zoraya.

Y este grito se repitió por toda la ciudad y por toda la Vega, mientras iban Boabdil y Aixá á su dura prisión en la torre de los Siete Suelos.

CAPÍTULO XIII.

En una de las más fuertes torres, que componen el inmenso palacio árabe, pasan la primera terrible noche de su cautiverio Boabdil y Aixá, víctimas de la ira despertada por sus manejos en aquel su terrible soberano, esposo cruel de Aixá, desabrido padre de Boabdil. En cuanto llegan al sitio de su cautiverio, estallan, como suele pasar á todos los temperamentos muy calificados en todos los trances muy difíciles, sus sendas aptitudes distintas. Boabdil se regocija casi del nefasto suceso, porque le procura reposo y retiro, mientras Aixá ruge como una leona enjaulada y salta como un tigre perseguido. Su inquietud no se resigna, por modo alguno, al cautiverio, y sus cavilosas ideas vuelan todas ellas atropelladas en pos de una salida. Quien la observase con detenimiento, podría ver en las arrugas de su frente las ideas que surcaban como relámpagos su alma. De vez en cuando se golpeaba

con el puño crispado el cráneo tempestuoso, y se dirigía en palabras inconexas, reconvenciones acerbas á sí misma. Ya miraba el suelo, escarbándolo casi con sus ojos fulminantes para procurarse por él rápida fuga; ya medía la distancia que las altas ventanas guardaban del pavimento de su camarín, y la distancia también que había desde sus ajimeces á las honduras del valle. Importábale poco ver la muerte lo mismo para sí que para su hijo en aquellas simas, porque la vida no puede tener precio para quien huella las altas cumbres del mundo y siente los vértigos de las desapoderadas ambiciones humanas, y si le importaba poco el material abismo abierto bajo sus rejas, importábale menos otro abismo puramente moral, importábale menos el odio concentrado sobre su cabeza por esa ira terrible de su esposo. Después de haber medido los obstáculos materiales que se oponían á la fuga de su hijo, de su cachorro, calculaba los recursos con que podía contar para verlo reinando en el trono y trayéndole así, con la humillación del aborrecido monarca, el sabrosísimo placer de la venganza. Desafiando todas las iras, que pudieran sobre su frente condensarse, Aixá empezó á escribir cartas generadoras de conjuración pronta, sin curarse para nada en su varonil valor ni de las gruesas murallas que la dividían y apartaban del mundo, ni de los odios que abrigaba contra ella su orgulloso marido y soberano. Allende los mares, y en las arenas del desierto, pululaban tribus amigas de su

familia, emparentada con tan militar aristocracia, y adoradoras de su nombre, divulgado ya por toda la morisma; dentro de Granada, hervían por pelear contra Zoraya y Hacem, los nunca fatigados abencerrajes; y en el reino mismo existían marcas ó regiones como las de Guadix, resueltas á la rebelión y á la guerra. En vista de tales ventajas, que alentaban y sostenían la firme voluntad y la enérgica entereza de Aixá, escribió, y volvió á escribir toda la noche, sin rendirse, ni á la emoción, ni al cansancio, librando en sus industrias y en el conocimiento que tenía de su alcázar, una confianza completa en llegar á poner las cartas en manos de aquellos á quienes iban dirigidas, con todo lo cual promovía en el reino granadino terribles y desconocidas tormentas.

Mientras tanto Boabdil dormía y soñaba. ¡Extraña complexión la suya! Puesto á caballo, circuído por sus jentes en armas; embargados los ojos por el aleteo de las banderolas y el oído por las vibraciones de lanzas y clarines y el pecho por los vuelcos del corazón, que siente la sangre agolparse á él en las incidencias de los combates; la naturaleza bélica de su militante raza, el valor heroico de sus padres, las ideas propias de su altísima educación y de su autoridad soberana prestábanle indudable aptitud para las batallas, en las cuales podía fácilmente rivalizar con los mayores y más probados capitanes por su destreza y por su audacia. Mas necesitaba tiempo, y mucho, para las resoluciones;

porque la indolencia de temperamento, la perplejidad continua en el pensar, la incertidumbre y la indecisión en el proceder, hacíanle tan inepto para los altos propósitos, como apto, una vez metido en ellos por ajena mano y por superior impulso, para los empeños de la guerra. Luego, voluptuosidad ardiente discurría por sus venas; propensión á los placeres del serrallo imperaba en su voluntad; amor, y amor de todos sus sentidos, que le abstraía de los empeños políticos y le arrastraba impetuosamente al silencio y al retiro, subyugaba su corazón, blando como la cera, y como la cera, pronto siempre á fundirse con suavidad en cuanto se le acercaba el calor de los placeres. Mientras Aixá medía con sus ojos las ventanas y exploraba los abismos, el indolente Boabdil, medía con su cuerpo los mullidos cojines y aspiraba por sus narices abiertas con voluptuosidad el perfume de los encendidos pebeteros; mientras Aixá rumiaba los pensamientos encaminados á encender la guerra civil y colocarlo en el trono, Boabdil rumiaba las orientales pastillas compuestas de diversos ingredientes asiáticos, muy propias para conciliar el sueño y esmaltarlo de sensuales visiones; mientras Aixá escribía cartas parecidas á proclamas concitando iras de berberiscos y abencerrajes contra su esposo, Boabdil murmuraba eróticos versos de los más epicúreos poetas andaluces, versos olientes al aroma del azahar y al dejo del mosto y al ámbar de un aliento enardecido por los deseos del amor;

mientras Aixá servía todos aquellos planes de Estado, en cuyos cánones entraban la guerra y la política y la estrategia con todos sus cálculos y con todas sus crueldades, Boabdil compendíaba su existencia en lo más íntimo del pensamiento y del deseo, reduciéndola por completo á vivir en brazos de Moraima, bajo las estalactitas de un camarín estrellado, sobre cojines de púrpura, escuchando romances amorosos al son de la guzla y oliendo esencias del pebetero forjado en Oriente, mezcladas con los aromas exhalados por la granadina vega y sus pintados vergeles. Para procurarse una compensación á las emociones del terrible día pasado en tremenda lucha con su padre, ideaba, lós ojos entornados dulcemente y los labios contraídos por placentera sonrisa, ensueños varios de material felicidad en los senos de un paraíso como el fantaseado por Mahoma y en los brazos de mujeres como la idolatrada Moraima.

Tristísima suerte la de Aixá. Nieta de reyes, mujer de reyes, madre de reyes, había nacido para imperar, y le vedaba su sexo el imperio, de que se creía y se consideraba digna. Las previsiones del más consumado político entraban en su espíritu al par que los ardores del más arriesgado guerrero. Si Dios la hubiera favorecido con otro esposo y con otro hijo, acaso alcanzara ella sola contrastar y vencer la suerte de los musulimes y arrancarlos incólumes á las aceradas garras del destino. Pero el esposo Hacem, si tenía valor tan grande como el de

su esposa, ignoraba el arte por ella no aprendido, encontrado en sus naturales inclinaciones, el arte de la política; mientras su hijo, valiente, pundonorosísimo, guerrero por su honor también, entraba en la guerra y en la política por puro deber, sin experimentar ninguna de las grandes vocaciones que conciben é intentan las obras excepcionales y cumplen y realizan los mayores y más maravillosos destinos. Aún pudo Aixá dominar por medio de Hacem, si éste la hubiera querido más; ó por medio de Boabdil, si ella le hubiera querido menos. Esposa desdeñada, concentró en el hijo todos sus amores; y lo tuvo junto á sí en sus estancias como una compensación á los desabrimientos matrimoniales, sin arriesgarlo en las porfías políticas y en los combates guerreros, sino después de haberse cerciorado por una larga experiencia de que no le quedaba ningún otro instrumento con que imperar y dominar en la corte granadina. Pero la educación misma dada en los primeros años al primogénito, más bien propia de la madre que de la Sultana, resultó parte principal á la indolencia de Boabdil. Así, cuando los amores de Hacem por Zoraya determinaron el último y definitivo rompimiento de aquel con su esposa; y se volvió hacia su hijo ésta en busca de una espada y una enseña para mantener sus ambiciones políticas; no lo podía encontrar tan adecuado á su propósito y á su pensamiento como ella, en los arrebatos de su genio y en los cálculos de su ambición, deseara. En ningún momento se

veía con tal claridad la distancia entre hijo y madre como en aquel supremo y decisivo momento. Ella conspiraba y él dormía; trazaba ella los planes, en cuya virtud el abencerraje y el berberisco debía saltar la Alhambra, y trazaba él en su imaginación los ensueños á cuya virtud las huríes debían descender del Edén á su lecho. Aixá, desvelada, vigilante, ansiosa, padecía y se afanaba por un trono para el mismo, á quien los celajes de lo porvenir, tan cargados por el relampagueo de una próxima tempestad, solamente inspiraban dulcísimos ensueños. No lo había echado la madre de ver mientras escribía para granjear partidarios al hijo; mas en cuanto, acabada su tarea, volvió los ojos alrededor suyo, suspiró, considerando cuán funesta para Granada y su reino debía resultar la increíble quietud é inercia de Boabdil. Madre al cabo, sonrió Aixá involuntariamente viéndolo tan tranquilo; mujer, gozóse con espiritual gozo en su hermosura; pero Sultana, reina dominadora, esta segunda naturaleza suya, más fuerte que todas las otras, le sugirió bien tristes y bien amargos pensamientos, al ver sobre qué garzón regio, tan joven y tan inexperto, y tan voluptuoso, y tan tierno, y tan delicado, reposaba la fortuna de todo su imperio y el destino de todos los muslimes. Levantóse, pues, al empuje de tan triste pensamiento, y sacudiendo el cuerpo de su hijo, le preguntó:

—¿Duermes, Boabdil?

—¿Qué hago?—preguntó éste.

—Pensar en tu libertad.

— ¡Libertad! — Exclamó Boabdil moviendo tristemente la cabeza. — ¡Libertad!

— Sí, sí; es necesaria para ti, para tu madre, para tu Granada.

— El mismo que me dió la vida, me niega hoy la libertad ¡ay! de la vida complemento.

— Pues precisa buscarla.

— ¿Y cómo?

— La voluntad firme lo vence todo.

— Sí, todo; menos el horóscopo aparejado desde toda una eternidad, menos la estrella escrita para cada uno de los mortales en el cielo, menos los decretos incontrastables y las fatalidades é imposiciones misérrimas del hado.

— Verdad, verdad. Pero nada sabemos de nuestra estrella, y precisa ir á buscarla, porque hasta la más diminuta incidencia de una batalla está de antemano contenida en los férreos libros del destino, y sin embargo, no solemos dejar por ello de combatir y de procurar la victoria.

— Cúmplase tu voluntad y la voluntad omnipotente de Dios.

— Mi voluntad y la voluntad omnipotente de Dios quieren que salgas de aquí.

— ¿Por dónde?

— Hay mil caminos.

— Fuertes muros nos cercan.

— Pues caerán.

— Cerrojos, que no se han descorrido en siglos, nos guardan.

—Pues se derretirán al calor de mi deseo.

—Guardias incorruptibles nos vigilan.

—Pues mi astucia burlará su vigilancia.

—¿Qué hacer para superar tanta dificultad?

—Salir.

—¿Pero, por dónde? repito.

—Por ese ajimez.—Dijo Aixá indicando con violencia la grande y altísima ventana.

—Pero ese ajimez,—replicó Boabdil con su natural indolencia,—campea en lo más alto de la torre de Comares, y esta torre se levanta en la cumbre de la colina que mantiene la Alhambra, y esta colina se quiebra en pendientes agrias, y estas pendientes conducen á las orillas del Darro, y este Darro ahora mismo crecido, parece que se propone, á guisa de mi padre Hacem, detenernos y encarcelarnos..

—No pienso, Boabdil, hijo mío, cogerte por el cuerpo y lanzarte por la ventana como pudiera lanzar una pelota. Madre, te amo demasiado, y Sultana, demasiado te necesito, para darte así muerte y no libertad segura.

—Pues como no hayas, madre, buscado alguna magia ó hechicería que alas nos preste, imposible fácil fuga entre tantos obstáculos.

—Tu madre la intentará y logrará.

—Que Alah te oiga, madre mía.

—Ya tengo la región fiel donde has de ir.

—¿Qué región es esa?

—Guadix.

—¿Qué más?

— Ya tengo caballeros que te acompañen.

— ¿Qué caballeros son esos?

— Los abencerrajes.

— Sea en buen hora.

— Mañana estarán aquí.

— ¿Dónde?

— Al pié de las cuevas vecinas para conducirte del otro lado del Darro y ponerte con facilidad en cobro.

— ¿A qué hora?

— Por la noche, como es natural, y en punto de las doce.

— No lo dudo. Pero ¿y salir?

— Saldrás.

— Vuelvo á la mía. ¿Cómo salir por esa ventana?

— Saliendo.

— Mas, para ir, no á Guadix, á la eternidad.

— ¿Tan poco te fías de tu madre?

— Pero mi madre, por mucho que me quiera, no puede impedir cosa tan natural como que mi cuerpo se rompa y estelle al tocar en el suelo desde tan alto ajimez.

— Tu madre lo impedirá.

— ¿Con qué industria?

— Con una muy fácil.

— Díla, pues.

— Tu padre nos ha dado por cárcel esta torre de Comares.

— ¿Y qué?

— Pues en esta torre de Comares se hallan tus

vestimentas, las mías, las principales indispensables á las mujeres que llenan el serrallo.

—No entiendo ni una palabra de todo cuanto quieres indicar y decir.

—¿Qué has de entender si no paras mientes en ninguna cosa?

—¿Para qué servirán las vestimentas de mujeres? Vas á romper el cetro de Hacem y arrancarle á las sienes su diadema con algún ejército femenino?

—No, cuitado, no,—respondióle Aixá reconviniendo por su imprevisión dulcemente á Boabdil.

—Pues explícate, madre mía.

—Voy con sedas resistentes á urdir una especie de maroma, y atándote á ella, voy á descolgarte por la torre, como se descuelga un pozal por los brocales de un pozo. Y fío en Dios y en su Profeta que llegarás abajo, donde te aguardarán trotones, armas, compañeros, todo lo necesario por tu madre reunido, y ganarás región á nuestro bien propicia, y declararás desde allí á tu padre la guerra en persona, y volverás en alas de la fortuna para conseguir espléndida victoria, y sentándote gozoso en el trono, reinar en Granada y vencer á la cristiandad.

—Cúmplase tu voluntad y la voluntad omnipotente de Dios.

—Estos pueblos, en cuanto vean que has por tan milagrosa manera escapado en bien de tu cautiverio, te adorarán como favorecido y predilecto de la fortuna.

—No lo creas, madre.

—Créelo, hijo mío.

—He nacido bajo tan mala estrella, que mis vasallos me apodan ya el Zogoibí, como si dijéramos, el desdichado.

—Nada me apena tanto, hijo mío, como ver esa creencia tuya en que irremediable infortunio te sigue los pasos, y esa conformidad con tu suerte.

—¿Cómo podría yo evitar un decreto del destino?

—Repito, Boabdil, que nada sabemos de los decretos del hado, y que necesitamos ir á su encuentro con la creencia firme de que nos han de ser á la postre favorables.

—¡Favorables!—exclamó Boabdil suspirando.

—Sí, favorables,—añadió Aixá, poniendo robustas acentuaciones en su afirmación soberana.

—Todo indica lo contrario.

—No digas eso.

—Pues lo digo porque lo creo.

—Desecha tal creencia que puede perderte, y ten confianza en tu estrella.

—Madre, no creas que voy á encerrarme aquí dentro renunciando á la guerra y al combate.

—Pues entonces...

—Compréndelo bien.

—¿Qué?

—Comprende que pelearé sin descanso en cumplimiento de mi deber sin remisión; pero no porque me sienta con fortuna, sino porque me siento con honor. Quien ha nacido allí donde yo he nacido

tiene imprescindible necesidad de pelear y de morir por su religión, por su reino y por su raza.

—La esperanza procede inmediatamente de la fe, y entra como parte principalísima en la victoria.

—Pues yo, madre mía, siento fe viva en mi religión; pero no siento esperanza ninguna en su victoria dentro de Granada, de esta Granada que circundan todos los dolores y que se anega en todas las desgracias.

—Alah indudablemente se apercibe á desmentir tus agorerías y á prepararte un trono en el mundo y un trono en el Edén. Mañana tendrás el espacio á tu disposición y ciudades fieles por guarida.

—Inútil, todo inútil contra la suerte que me aguarda y contra el destino que me agobia.

—No seas así, Boabdil, hijo mío. Si no creyera que hay en ti soberbia y no timidez; te abandonara para siempre á tus terribles vacilaciones y te pusiera en las manos regias, no la espada brillante de los héroes, el huso y rueca de las hembras. Lo he observado mil veces; á pesar de tu varonil presencia, de tu probado valor, cuando alguien, siquiera te sea inferior, te mira ú observa, tinte ruboroso y virginal sube de tu corazón á las mejillas, cual si fueras trémula doncella y no apuesto galán. Sacude, sacude tal temor y muéstrate al nivel de tu destino y de tu raza. Levanta y arquea esas cejas que ahora frunces. Anima y mueve esos labios que ahora se caen al peso de la tristeza.

—Madre —dijo Boabdil, —recuerda cómo nos

hemos perdido y cómo se há por completo aniquilado nuestra gente, hasta replegarse aquí á Granada, especie de ataúd cubierto con las flores de la vida, para que nos parezcan más tristes los gusanos y podredumbre de la muerte.

—Boabdil, no te des á esos tristes pensamientos.

—Madre, madre mía, tu valor propio te oculta la debilidad ajena. Los muslimes caén rendidos y maltrechos, no á los botes de las cristianas lanzas, á la descomposición de sus propias profundas divisiones. Reinaba el Izquierdo y le destrona el Zaguer. Reina el Zaguer y lo destrona y á muerte lo condena el Izquierdo. Tres veces rodó éste del trono y tres veces rodó su competidor. Cuando ya el Izquierdo habia logrado un poco de calma, sus sobrinos Ismael y Osmín le combaten. Llega Osmín al trono y persigue y degüella la tribu más ilustre de Granada, los fuertes abencerrajes. Un poco de respiro nos da mi abuelo Ismail; ignoro si por la dulzura de su complexión ó por la flaqueza del enemigo que tenía enfrente, ó por la flaqueza del cuarto Enrique de Castilla. Lo cierto es que hoy Granada se fracciona en bandos enemigos y se desgarrá en guerras civiles continuas. Guadix, á diez y seis leguas de Granada, te obedece á ti solamente y á tus partidarios los abencerrajes. Loja, cuyos minaretes podemos columbrar desde aquí, está por completo al arbitrio de mi viejo suegro Aliatar, que la defiende contra los reyes cristianos con heroismo sin igual, pero que no la somete á los reyes granadi-

nos con la debida obediencia. En Almería están por mí; en Málaga por el Zagal. Mi padre solo se halla en paz con su favorita cristiana. Por una Zahara que se logra, y por un castillo de Martos que se depreda, ofrécense á su vista, perdidas para el Islam, Gibraltar, donde Tarik desembarcó, y Archidona y Alhama, gloriosísimas fortalezas de nuestro imperio, nidos antiguos de nuestra heroica gente.

—Para eso vienen las grandes almas á la tierra, para eso, para conjurar males tan acerbos y devolver á reinos tan flacos su vigor y su pujanza. Ahora mismo voy á poner por obra todos los medios que tengo de lograr tu evasión é impelerte á la montaña, para que desde allí bajes con los tuyos como un torrente y anegues la corona de tu padre.

La confianza de Aixá no se pegaba, no, á su hijo, quien movió tristemente la cabeza, más que por asentir, por no disputar, y entregó de nuevo su imaginación á fantasías y ensueños bien ajenos y bien distantes de guerra y de política. Pero Aixá, en quien parecían como resucitadas todas las virtudes antiguas de su gente y de su raza, como combatía con grandísimo empeño, no reposaba, no, con facilidad. Por consiguiente, llevando entre ceja y ceja con firme resolución el proyecto de libertar á su hijo y de perder á su esposo, reunió tocas, almai-zales, trajes de todo género, para con sus fortísimas sedas y con sus bien urdidos brocados componer una escala que bajase desde los topes de

aquella erguida y ceñuda torre, á las orillas del Darro, por donde pudiera ponerse Boabdil en cobro y requerir la fidelísima Guadix, ganando en ella el ejército necesario para la empresa de romper el paterno trono y erigir el propio. Para determinar las acciones humanas ¡oh! imposible motor ninguno que se asemeje á la pasión. El amor de Aixá, intenso como el de todas las madres á sus hijos, acrecentaba con el amor, todavía más intenso, á su imperio. Para ella, vivir equivalía en el fondo á reinar, y reinar á vivir. En la frente de su cachorro vió, desde que lo pariera, la corona de Granada en espiritual visión, que quería puntualizar en la realidad á toda costa. Presa de tamaña impaciencia, no se paraba en los medios, tanto más cuanto que los ofrecía bien abundantes á cada paso la ceguera de Hacem, y sobre todo el amor sensual y de muerte á la cristiana favorita. Bien puede asegurarse que no durmió ni comió Aixá, cual si la ley natural no rigiese con ella desde que comenzó hasta que concluyó su escala.

Las doce de la noche serían cuando por una señal convenida se industrió Aixá en la llegada por las márgenes del Darro de aquellos abencerrajes dispuestos á esperar y recoger el fugitivo para defenderle con su brazo en la fuga preparada con grande anticipación á Guadix. Aixá velaba como siempre y atendía como siempre á preparar y percibir la realidad, amoldándola por completo á sus ambiciones; mientras Boabdil dormía tranquilo,

aunque voluptuosos ensueños rozaban á una con sus alas de mil colores y con sus alientos de mil aromas aquellos instantes de su habitual y casi continua inercia. En cosas muy placenteras debía pensar soñando, si atendemos á la contrariedad que sintió al verse interrumpido por un brusco sacudimiento que á su cuerpo, para despertarlo, imprimiera la nerviosa mano de su violenta madre. Frotóse los ojos, como si no bastaran los impulsos propios de sus nervios á levantar los caídos párpados y necesitase abrirlos con mayores fuerzas; esperezóse también como si todavía no hubiese bastante dormido, á pesar de sus largos sueños; y preguntó qué le querían, cual si no estuviese industriado muy de antiguo en todo cuanto se preparaba.

—Vamos, —exclamó Aixá con su natural resolución é imperio, —no te hagas el remolón, y corre adonde te lleva tu buena suerte y el cuidado providísimo de tu madre.

—Ya sabes, Aixá, que me tengo por un arma en tus manos y que me valoro en dócil instrumento de tus planes.

—Pues mira, la escala pende ya de la ventana; y cayendo frente á frente del Darro, te franquea la fuga y te ofrece, con solo llegar á su grada última, la preciada corona de este reino.

—Sea en buen hora.

—Vamos. Pronto, pronto.

—Mucho he sentido que la bárbara crueldad y la

implacable venganza de mi padre háyanme apartado en este cautiverio de mi querida Moraima, castigándome y afligiéndome con esta pena moral, más, mucho más que con todas las penas materiales. Mas huélgome ahora de no verla junto á mí; pues ¡ay! si la cuitada entendiera todos los males que me cercan y todos los peligros que me aguardan, acaso no podría su tierna y delicada naturaleza resistir á tanto dolor. Por Dios, que no sepa cómo desde aquí, desde tales alturas que solo el águila caudal atraviesa, voy á precipitarme con vertiginosa rapidez á los abismos del profundo Darro y á las incidencias de rápida procelosa fuga. En las sombras de la noche tenebrosa y espesísima, voy á fiar todo el peso de mi cuerpo á improvisada escala, por la que difícilmente bajaría un ratón ó un gato, y cuando mi destreza en los ejercicios y mis industrias en las artes de la guerra simuladamente aprendidas por tu mandato en alardes y simulacros me valgan y me saquen á puerto, aún me quedará que conjurar la vigilancia de los centinelas puestos por mi padre y rey en torno de nuestra mazmorra y la fidelidad servil de las regiones extendidas hasta mi asilo y refugio de Guadix. ¡Pobre Moraima! Partido el corazón por mi ausencia forzosa, llorará noche y día en su jaula, como ave-cilla sin libertad y nido, al amado esposo; pero creerá, si cautivo, seguro, y no expuesto á las mil asechanzas que ahora en este instante me cercan. Por Dios no las sepa jamás, pues acostumbrada

la infeliz á vivir de mi vida, se moriría sin remedio aún después de salvo, con solo saber los riesgos en que pudiera yo, su amante, su ídolo, su marido idolatrado, perderme y acabarme.

—Deja todas esas retahilas de reflexiones amargas é inútiles; y vuela con decisión á la puerta que se abre hacia tu felicidad. Ya sabes quién soy yo y cómo las gasto. Está preparado todo en términos que no pueda ningún riesgo sobreponerse á mi voluntad resuelta de conjurarlo. Tu padre, ya cruel por propia complexión, háse recrudecido en crueldad estos últimos días y ha llovido sangre de los nuestros sobre los suelos de este palacio inmenso que podría hacerse tres veces mayor con solo apilar los huesos de los que han sido inmolados en su recinto. Y cuando yo, que me miro en tus ojos, no he recelado un punto en abrirte paso á esta increíble pero próspera y fácil aventura, no debes tú recelar, como, si en vez de Boabdil, fueras Moraima. Para eso te han en el trono engendrado; para eso te ha parido en el dolor tu madre; para que combates y perezcas, si es preciso, por tu corona y por los tuyos. Déjate de rancias elegías, y descende pronto adonde te llama tu estrella.

—Obedezco—dijo Boabdil.

En efecto, muy oscura la noche, y propicia por tanto á la fuga. El viento, que mandaban las altas Alpujarras, viento tempestuosísimo y cargado con vapores de lluvia, lo azotaba todo, y hacía oscilar la inmensa escala por la cual iba descendiendo

Boabdil á los abismos. Confundidos con las vibraciones de los huracanados vientos, oíanse los agudos gritos de los cuclillos y de los sapos; mientras el joven príncipe se suspendía sobre la eternidad casi, agarrándose á punto de apoyo como aquella escala de trapos; las aves nocturnas, por el extraño suceso y movimiento sorprendidas, le rozaban calladamente con sus sedosas alas el cuerpo, y al rozarle, despedían de sus gargantas aullidos y de sus ojos fósforos, como si á esqueletos volando ó á espíritus en pena ó á brujas y hechiceras en correría quisiesen asemejarse. Mas tan extraña compleción Boabdil tenía. Mientras se trataba de tomar las resoluciones, discutía con cavilosasidades, y se achicaba con poquedad, hasta el punto de anularse á sí mismo, y de hablar y de proceder como una débil hembra. Pero, en cuanto el propósito se resolvía en acción, y el daño y el peligro le acechaban, tenía varonil coraje y se despertaba en sus venas la hirviente sangre de sus heroicos progenitores. Así, el peligroso descenso acaso amilanara en aquella terrible noche á cualquier otro, pagado de suyo y tenido por todos como animosísimo y valeroso. Mil veces las fuerzas le faltaron por lo inmensamente largo de la escala y por lo estrecho y nimio del punto de apoyo; mil veces le hicieron estremecerse de terror sobre los abismos las ráfagas del viento; mil veces los terribles gritos de aquellos centinelas y los choques de su cuerpo con las aves nocturnas, heláronle de terror y espanto.

Cualquier otro, quizás hubiera caído y precipitándose al Darro; él sacó fuerzas de su propia flaqueza, y como todos los temperamentos nerviosos, acertó á superar, con la energía de su ánimo, la debilidad propia de su sér material. Y llegó abajo; y cogió su trotón; y saludó á sus amigos y compañeros con júbilo; y tomó el camino de Guadix con celeridad. Entre tanto, Aixá, tan animosa de suyo como hemos visto, así que columbró la señal convenida para decirle que su hijo estaba en salvo, cayó en el suelo como asaltada por un ataque de horrorosa epilepsia el cual puso en grave peligro su existencia.

CAPÍTULO XIV.

Y ardió en fiestas, á causa de las victorias amorosas de Hacem, Granada, que mil veces ardiera en fiestas á causa de las victorias guerreras. Cada barrio, así entre los vencedores como entre los vencidos, bien ó mal de su grado, tuvo que festejar igualmente su victoria ó su derrota, y que reirse y regocijarse á una en público por lo mismo de que, á la callada, se plañía en silenciosos reconcentrados acentos. La gran ciudad, palenque de triste y profundísimo duelo, se asemejaba en aquel entonces á inmenso teatro, donde los mismos combatientes en una batalla cruentísima tomaban el papel de actores en una farsa ridícula. Quedáronse las tiendas del Zacatin y hasta la posada de los genoveses sin sedería, por los innumerables gallardetes y banderolas que cada familia se vió constreñida necesariamente á colocar en florestas fingidas por las fachadas de sus casas; que lo hicieron las familias fieles á Hacem por satisfacer su entusiasmo y las infieles

por ocultar su despecho. Limpiáronse las armas, todavía humeantes con la sangre recién vertida, para emplearse y esgrimirse todas ellas, en vanos simulacros y alardes. Procuráronse, así los pobres como los ricos aljabas, fajas, marlotas nuevas, en cuyos linos ó brocados combinaron colores varios por singulares modos y esparcieron piedras ó lentejuelas, según la categoría de su nacimiento ó la importancia de su riqueza. Los alfanjes damasquinos, de cinceladas empuñaduras, de centelleantes hojas, de áureos tahalíes, de filigranadas vainas, de religiosas inscripciones y leyendas, brillaron en el escarnio, cual otras veces brillaran en la gloria. Salieron por calles y plazas las lanzas más preciadas, las cotas y coseletes más ricos, los jaeces más bordados, los trotones más guerreros. Y junto á estas insignias del valor, veíanse las insignias de la belleza, es decir, los femeniles cinturones cuajados de jacintos, las cofas bordadas de perlas, los atavíos que, demostrando el gusto de las mujeres, demuestran al mismo tiempo el refinamiento de la cultura. Competían los diversos blasonados bandos en alardes; y los más heridos porfiaban por mostrarse festivos en las fiestas. Así salieron á luz tantos mote y divisas. Los Nazaritas, pertenecientes á los reyes fundadores de la dinastía y constructores de la Alhambra, emparentados todos con Hacem; los Abencerrajes, que se imaginaban descender de los primeros auxiliares del Profeta; los Alnayares, que mantuvieran en Zaragoza y en Fraga y en Pamplo-

na el empuje de Abarcas, de Berengueres y de Carlovingios; los Merisanes, que reinaran en Damasco y sostuvieran sobre sus hombros el califato de Córdoba compitiendo con los Abasidas de Bagdad y relacionándose con los emperadores de Constantinopla; los Gazaristas que aún destellan de su linaje los esplendores del nunca olvidado cielo de la Siria; los Zenetas bronceados por los ardores de África; los Gomeles, hijos naturales del desierto; los Gazulez de Gelulia; los Almoradíes de Tanger, requirieron á una sus más queridas armas, limpiaron sus más empolvados blasones, enjaezaron sus más ligeros caballos, y salieron á cañas, justas, sortijas, zambras y torneos, como si Granada reposase en floreciente paz, ceñida de inmarcesibles victorias. Entre tantos blasones y timbres, no hay que decir campeó, cual campea la luna entre las estrellas, el escudo de Alhamar, por todas partes visto en Granada, campo plata, que atraviesa barra diagonal celeste, á cuyo extremo abren sus fauces dos dragones, y sobre cuyas líneas hay una alabanza al Dios de los vencedores en recuerdo de aquella aparición celestial que guió los Almohades á mil victorias, tan funestas para nosotros los cristianos. Y si las aristocracias ostentaban tales preseas, la plebe, con menos lujo, pero con mayor algazara, enardecía las fiestas. Teniendo en poco las sabias leyes de Yussuf, que prohibían tales algaradas, y resucitando los festejos propios de la Pascua de Alfitra iban cuadrillas, encabezadas por tamboriles y dulzainas,

de un lado á otro, entreteniendo á una en tirar á cuantos encontraban al paso esencias, flores, frutas, chucherías y en danzar danzas, de una extrema violencia; mientras grupos de guitarreros producían melancólicos arpegios y compañías de juglares jugaban juegos vistosísimos. En una palabra, la ciudad pasaba de las guerras á las orgías, como suele pasar un borracho del extremo llanto á los extremos regocijos.

No hacía menos la corte. Hacem estaba tan loco de contento, por haberse unido á Zoraya, como por haber repudiado á Aixá; y quería que todo el mundo participase del estado de su ánimo. En cada casa real había una zambra diversa. Los nacidos no han visto nunca sarao semejante al sarao dado en tibia noche por los salones, por las galerías, por los huertos y jardines del Generalife. Imagináos aquellos muros tapizados de rosas y jazmines; aquellas alamedas varias subiendo en espirales desde el ríscoso pié á las armoniosas cumbres en la bienhadada colina; las puertas semi-góticas realzadas con signos de poética bendición y adornadas con ajimeces de áureas celosías; los intercolumnios de alabastro, sosteniendo los arcos de herradura, sobre los cuales descansan las techumbres de alerce embutidas en marfil, nacar y metales preciosos; las salas de mármores pavimentos, de zócalos compuestos por brillantísimos azulejos, de paredes caladas entre cuyos alicatados se extienden alharacas de plateadas flores y líneas de oro macizo esculpi-

das y grabadas con poéticas leyendas y armoniosos versos; los arroyos que caen á las albercas por los pasamanos de las escaleras y que por los escalones suben á las alturas en cristalinos surtidores; los pintorescos kioskos, los recatados retiros; el mirador bellísimo, comparable á gruta formada de aljófares, oculto entre los bosques de limoneros y de granados; imagináos el Generalife teñido por los resplandores de millares de luminarias; poblado por parejas de hermosas moras y apuestos moros, cuyas miradas, al encontrarse, despiden chispas de amores; henchido por las armonías emanadas de ocultas orquestas que despiden notas las cuales diríanse despedidas por cuantos objetos os rodean, animado de la algazara formada por la leila y otras danzas moriscas, en cuyos giros el movimiento y el calor comunican los vértigos más deliciosos de la voluptuosidad y del placer; imagináos así el Generalife y decidme luego si ha existido ni se ha ideado jamás espectáculo alguno que de esa suerte encienda la sangre y exalte y enloquezca la mente. Aquí, en las sombras, descúbrense unos cuantos farolillos como aves luminosas venidas de otros mundos á columpiarse en las ramas de los encantados vergeles; allí, en las cascadas, desprendidas de lo alto á la ancha alberca, refléjanse resplandores tan sumamente intensos que los tomaríais por bajados del sol, capaz de levantarse á un conjuro mágico en la media noche para iluminar tan delicioso sitio; más allá, en la distribución de los

varios destellos, deslízase, como un rayo de luna, que esparce poética tristeza, mientras en las salas, en las galerías, en los miradores, por los bordes de los estanques, por las tazas de las fuentes, corren, á manera de grecas fantásticas, innumerables luminarias de todos colores, que confundiríais con piedras preciosas conteniendo una luz sobrenatural en sus resplandecientes facetas.

Pues si absorta dejó á la corte este sarao, no la dejó menos la fiesta militar y naval, fingida por cuantos soldados había en Granada, los cuales reuniéronse, los de tierra, en varios vistosos campamentos por los alrededores de la Alhambra, los de mar en varias naves doradas que bogaban por la acequia de Alfacar, fingiendo todos tales alardes que nunca pueblo guerrero alguno se recreó con más plausibles y más gratos recreos. Pero, en verdad, los festejos que se llevaron la palma, fueron los festejos de cañas y sortijas, ideados como jamás ideara otros iguales en su larga historia la oriental y voluptuosísima Granada. La plaza de Bibarrambla, erigida sobre la espalda misma del Darro, al pié de la cuesta de los Gomeles, rebosa en gentes. Sus edificios se han renovado todos con mármoles recién bruñidos y compuesto y adornado con telas de seda ceñidas por vistosas franjas y sembradas de áureas lentejuelas. Los magníficos miradores, que podían competir por su color azul y sus estrellas de oro con el cielo mismo, aposentan preciosas moras que gallardean, ricamente ador-

nadas, como pudieran gallardear las más nobles cristianas. Sus blancas gasas, su deslumbradora pedrería, los rayos de sus ojos, la voluptuosidad de sus sonrisas, campean entre las flores sembradas por do quier de igual suerte que las mariposas en los pensiles. Las músicas guerreras, mezcladas con los gritos populares, animan y enardecen la fiesta. Fingidla si podéis. Por las cuestras, por las azoteas, entre las almenas, cerca, lejos, inmensas muchedumbres; por los miradores las bellas damas ataviadas con los más ricos encajes y ceñidas de piedras preciosas; en las tribunas, recién dispuestas al efecto, los magistrados y alfaquíes con sus altos turbantes, signos de sus respectivas dignidades; aquí un grupo de esclavos, cuyos negros rostros resaltan bajo sus tocas blancas y sobre sus túnicas rojas; allí, una legión de graciosos pajes y escuderos portadores de rodelas y escudos primorosamente esmaltados; por todas partes lanzas y espadas que brillan á la luz, banderolas y gallardetes que vuelan al viento; en el principal edificio de la plaza la reina y el rey sentados sobre sendos cojines de purpura que resaltan entre los dibujos y las flores de las pérsicas alfombras; en la arena ó redondel las diversas cuadrillas, ora un grupo de caballos blancos enjaezados de colores celestes, sobre cuyas sillas campean airoso caballeros vestidos de argentado tisú; ora un tropel de corceles del desierto que se enorgullecen con su carga de jinetes vestidos por diversa manera con

terciopelo carmesí, todo recamado de bordaduras de oro; ya una compañía de soberbios brutos cordobeses sujetos por la fuerza de atezados africanos que en sus marlotas y aljabas verdes ostentan rico ramaje de plata rociado con menuda lluvia de aljófara; ya otra compañía de atigrados trotones que piafan al compás de la música y se ensoberbecen á los gritos de los preclaros nobles granadinos, los cuales visten por la moda asiática y recuerdan en sus turbantes la oriental Damasco; todos precedidos de heraldos y clarines, acompañados de vistosas divisas, con el blasón de su familia en el escudo y el regalo de su dama en el pecho; seguidos por palafreneros y esclavos, cuyo ministerio se reduce á tener del diestro toda una caballería de rí fresco mientras gallardean los jinetes de sin igual apostura y componen con cintas y lazos vistosas combinaciones de color y arriesgadas suertes de cabalgar, y empuñan escaramuzas cuyos encuentros, más bien son vuelos que carreras y cuyas incidencias más bien peleas que juegos, y ensartan las sortijas á todo galope en las puntas de sus lanzas para depositarlas luego en manos de las preciadas beldades y romper mil cañas en arremetidas y defensas, y realizar todo género de alardes entre los sonos de chirimías y dulzainas y añafles propios para los combates y el clamoreo de aquella inmensa población embargada con los azares de las varias empresas tan parecidas en sus episodios á los peligrosos azares de la guerra.

CAPÍTULO XV.

Mereció llamarse la mejor, aunque también la más trágica, de todas aquellas fiestas, la que ideara Zoraya por cariño á su patria; un fingido torneo de cristianos, hecho entre moros, con toda la propiedad demandada por el conocimiento que había en Granada de nuestras costumbres, y por la multitud de arreos cristianos traídos, como despojos, en las continuas correrías. No era mucho que Zoraya imaginase ver este espectáculo fingido en recuerdo y culto de su patria ausente, cuando antes del poder y favor suyo, otro real espectáculo de este mismo linaje viera toda Granada con general asombro. Entre los caudillos cristianos descollaban D. Diego de Córdoba y D. Alonso de Aguilar, ya los hemos nombrado por su arrojo heroico en todas las empresas contra los moros. Pero si este odio común á la raza musulmica juntaba en uno á los dos caballeros, dividíanlos mortalmente los odios sen-

tidos mutuamente por uno contra otro á causa de sus respectivos compromisos en las guerras civiles de Castilla. Subió á tales extremos su pasión, que el D. Diego mandó á el D. Alonso uno de sus farautes con reto, henchido de denuestos, para llamarle á singular desafío. Y no alcanzado liza franca y segura en los dominios del rey de Castilla, buscóla nada menos que en los dominios del rey de Granada. Muley Hacem picado de caballero y escrupuloso en leyes de honor, señaló albergue á los combatientes en su ciudad, y campo cerrado donde pudieran partirse el sol y lavar con sangre sus mutuas inolvidables afrentas. Personóse Don Diego en Granada, la víspera del día señalado, que era, sino miente mi memoria, el 9 de Agosto. Llegada la fecha, el rey se arrellanó en su mirador, las damas en sus ajimeces, el curioso pueblo en las avenidas, los magistrados del campo en la tribuna, y el caballero en la plaza, armado de punta en blanco. Y tres veces mandó á su faraute que llamara á D. Alonso de Aguilar y tres veces el silencio respondió al llamamiento. Y cogiendo entonces un retrato del ausente, lo ató con ignominia á la cola de su caballo y lo arrastró con desprecio por todo el recinto de Bibarrambla. Un abencerraje, amigo de D. Alonso de Aguilar, que presenciara las afrentas del caballero cristiano y la rechifla del pueblo granadino, tomó su caballo, requirió sus armas, y lanzándose á la arena, conjuró á Córdoba, para que, la adarga al pecho, la

lanza en ristre, la visera calada, y las espuelas en los hijares de su trotón, le aguardase, porque iba resuelto á mantener por Aguilar el campo. Decidido estaba el caballero cristiano, y airado el caballero abencerraje, cuando, á una señal del rey, lanzáronse los alguaciles á cortar el paso á este, y á entregarle nada menos que al verdugo, por haber roto las leyes de la caballería y hollado los fueros del honor. Intercedió Córdoba para que no le castigaran tan cruelmente, y obtenido el perdón, requirió una sentencia. Y se declaró que el caballero D. Diego de Córdoba se había portado como tal, y vencido á D. Alonso de Aguilar en abierto juicio de Dios. Copió el favorecido mil ejemplares de la sentencia, y los repartió en todos los dominios de la noble Castilla, trazando además muchos cuadros en representación de tamaña aventura. Y luego pidió una copia. Diéronla los jueces del campo, certificada por escribano. Y Córdoba la trasladó al pie del retrato de Aguilar, añadiendo estas frases: «Tal es mi enemigo.»

En tiempo de tales escenas fácil cosa á una richembra castellana idear en ciudad infiel un torneo cristiano; facilísima cosa á un Sultán granadino cumplir inmediatamente el capricho de su Sultana. La reina, en el suelo de la caballería nacida, gustaba por extremo de estos espectáculos caballeroscos á la cristiana usanza. Así designó varias damas, para que armasen á los fingidos cristianos del torneo. Mucho, muchísimo murmuraron las moras, y

sus familias, de estos proyectos, atribuyendo, por exceso de suspicacia indudablemente, á tales artificios el carácter de más vastos planes fraguados para cristianizar toda Granada. Pero los vasallos de Hacem no tienen más medio que optar entre la obediencia pasiva y la rebelión armada. Así aceptaron, aunque á despecho, sus papeles, y convinieron á una con los contrariados caballeros moros en obedecer todas las disposiciones impuestas por la mente de la voluntariosa sultana. Lo mismo hicieron los villanos elegidos para escuderos, aunque en su clase tenían más intensidad las pasiones, y por lo mismo, menos lugar los acomodamientos. Granada entera refunfuñaba de estas novedades al ver en ellas derogación injustificada de antiguos usos y tentativas peligrosas de mutaciones cristianas. Pero ningún obstáculo podía arredrar á una mujer caprichosa, ignorante de las preferencias de aquel pueblo suspicaz, y olvidada de las terribles rebeliones con que manchara el pie mismo de su lecho nupcial y los comienzos de su proceloso reinado. La corte de Granada tuvo tribunales femeniles de amor como pudiera haberlos tenido cualquiera antigua corte de Provenza. Todo estaba preparado, pues, para la teatral fiesta. Habíanse dado á los contendientes lanzas embotadas y llenas de signos castellanos y católicos. Los reyes de armas, con sus gorras ceñidas de varios plumajes, y sus dalmáticas recamadas de escudos feudales, acompañaban á sus señores; y los heraldos les precedían;

y les seguían los escuderos y pajes vestidos á la española usanza. Tablados varios se improvisaban cubiertos todos de magníficos brocados tejidos en las ciudades españolas. Al son de cuernos de caza y al grito de pregoneros innumerables se anunciaron las solemnes peleas en palenque cerrado. Zoraya ó Isabel, apareció rodeada de sus damas, las cuales llevaban todas en las manos los respectivos premios del combate, consistentes en joyas de inestimable valor, tanto por su rica materia como por sus primorosos y cincelados realces. Los jueces del campo se instalaron al pie de las damas, presididos todos por el Sultán, que hizo dar tan grande honor á la decantada ceremonia. En estrados aparte tocaban músicos escogidos. Cuando sonó la señal del comienzo vieron todos con asombro aparecer damas gallardísimas soportando en sus delicadas manos cadenas de oro, á las cuales iban ceñidos y atados los bravos caballeros. Y cuando ya los habían soltado en la arena con ademanes de cariñosa despedida, dábanles cualquier prenda de sus vestiduras, cualquiera de sus adornos, un lazo, un joyel, un collar, un zarcillo, un relicario, que ellos se colgaban al pecho con extremos ademanes de gratitud y profundos estremecimientos de amor. Así, las músicas suenan, los heraldos claman, las muchedumbres gritan, las nobles señoras ondean sus respectivas divisas, los caballeros montan sus corceles vestidos de acero, se buscan con arreglo á las leyes de la caballería y pelean con arreglo al códi-

go del torneo, luciendo sus brillantes armaduras, sus capacetes de oro, sus plumajes de mil matices y flameando sus largas tizonas en combate porfiado, donde no sabe el ánimo qué admirar más, si el valor y destreza de los combatientes, ó los animados grupos que forman en los encuentros y en las complicaciones de sus brillantes y atrevidos juegos.

Las jentes del pueblo no pueden sufrir aquel desacato á sus costumbres. Las cruces, que han visto aparecer en la vega con tanto horror, como los siniestros cometas en el cielo, campean por los espacios de Bibarrambla. Los cruzados, que han herido sus cuerpos, que han talado sus ruzafas, que han puesto mil profanaciones en sus mezquitas, aparecen, siquier sean disfrazados, en el recinto sacratísimo de la ciudad santa. Parecen á sus ojos, los mismos que han combatido en la Higuera, y los mismos que han asaltado la ríscosa Archidona y han vencido á la invencible Alhama. Aquellos cascos maldecidos, aquellos caparazones odiados, aquellas insignias siniestras, las adargas de infeliz memoria, las espadas tintas en sangre mora, las divisas cuyas ondulaciones han señalado el camino devastado de las devastadoras correrías, brillan, merced á la voluntad caprichosa de una vil nazarena, que acaso cree adormecer con sus hechizos el reino granadino lo mismo que ha hechizado y adormecido á su rey. Todos estos pensamientos corrían por la acalorada imaginación del pueblo y centelleaban en sus ojos, cuando apareció en

medio de la plaza una inesperada figura que parece personificarlos. Es un caudillo moro, á caballo en un corcel blanco, seguido de varios jinetes, y que grita:

—A mi lado, granadinos, á mi lado, contra esta farsa cristiana y contra esta cristiana reina, precursoras de la pérdida de los musulimes y de la entrega de Granada.

—¡Boabdil! ¡Boabdil!—gritan los granadinos, Boabdil que ha roto las puertas de su prisión y ha venido á socorrernos y á procurarnos nuestra venganza.

Y un grito de «abajo Muley-Hacem, muera Zoraya,» siguió á la aparición del jinete moro, acompañado de tal empuje, que sublevada hasta la guardia de los sultanes, tuvieron marido y mujer que montarse precipitadamente en un solo corcel, procurado por un último amigo, y echar á correr en rápida fuga hacia el castillo de Sobreña, en cuyos riscos dejaron caer la corona.

CAPÍTULO XVI.

Instalóse Boabdil en el hermoso alcázar de sus padres, y ciñó á sus sienes la preciadísima diadema de Granada. Pero, fiel á su temperamento, en obediencia fatal á leyes fisiológicas y morales incontrastables, antepuso el gozar al combatir. Y no en las estancias del serrallo, donde se reunían sus consejeros, en las estancias del haren, donde se reunían sus mujeres, presentábase con verdadera frecuencia. Su madre, Aixá, la horra, ¡muy anhelante por combatir y gobernar, anhelo no cumplido bajo la dominación de su esposo, dábase á la satisfacción de sus ambiciones con desenfreno y regía el timón que las manos de su hijo abandonaban, como si fuera ella, débil mujer, un estadista y un soldado. La rápida fortuna de Boabdil, explicable tan solo por las alteraciones continuas que traía su profundo malestar á Granada, inspirábale gran confianza en lo porvenir, imaginando que por ha-

ber un pronóstico resultado á la postre cierto, bastaba con pronosticar de nuevo para salir de toda grave dificultad con acierto. Así dejaba que su hijo se perdiera en brazos del placer, mientras ella vivía contenta en los afanes y en los insomnios del gobierno. Boabdil, vuelto en alas de una inconstante fortuna desde su retiro alpujarreño á su palacio granadino, buscó en la victoria, no un trono resplandeciente, un mullido lecho, y gustó más de los brazos de su Moraima que de los alaridos de sus abencerrajes. Un camarín, empapado en todos los colores del iris; una cama blanda y mullida; la esencia voluptuosa exhalada del pebetero damasquinado; el concierto de las avecillas enjauladas unido á los respuntes del moruno laúd; la sonrisa placentera y la mirada encendida de aquella esposa, en quien todos sus amores concentrara, bastábanle para su felicidad y no había menester, ni los cuidados del gobierno, ni los azares del combate. Por su parte Aixá tuviéralo en tal guisa mucho tiempo, holgándose con imperar y dirigir, si accidentes imprevistos no vinieran á turbarla en semejante holgorio y á traerle avisos ciertos de que necesitaba su voluptuoso hijo irse sin tardanza y animoso al combate, si había de conservar en sus sienes la no muy bien lograda corona de sus padres.

Habíanse retirado Zoraya y Hacem á bien alto y bien formidable castillo roquero de las Alpujarras, á fin de hallarse prontos á caer sobre Granada ó

sus arrabales así lo requiriesen aquellos cambios frecuentes de los partidos y aquellas fulguraciones tempestuosas de los pueblos. Hacem amaba el placer como Boabdil; amábalo cual suelen todos los hijos del desierto; idolatraba en verdad á Zoraya, como pudiera idolatrar su primogénito á Moraima; pero la voluptuosidad del amor y del haren estaba reunida en su complexión privilegiada con los impulsos al combate y con los desvelos del gobierno. Así, pocos días pasó en el ocio de su retiro; pues, regida Málaga por su hermano el Zagal, quien desconocía la reciente autoridad de su tierno sobrino Boabdil, y acataba la grande autoridad de su viejo soberano Hacem, fuese con premura este á tal hermoso y fortísimo refugio de su quebrada diadema. Pocos espacios la tierra guarda en su amplio seno tan bellos como la región malagueña; nutrida por los manantiales que fluyen de las nieves eternas, y besada por las espumas multicolores que baten las brisas aromadas de azahar sobre las costas mediterráneas henchidas de luz y de armonía. Por las riberas, encarnadas como si el carmín las tiñese, y ceñidas por aguas tan celestes como si los esmaltes del cielo se hubieran en sus cristales disuelto; sobre colinas de matices violáceas, extiéndense alegres, entre Fuengirola y Velez, higuerales pomposos, ornados por aquellos pámpanos tan tiernos que destilan blanca leche, y ricos en aquellas frutas parecidas á flores, de pellejo ya morado, ya esmeralda, las cuales llevan corona de púrpura,

semi abierta, y gota de miel áurea, que ofrecen regalos múltiples, á gusto, vista y olfato en la sabrosísima y fácil madurez. Por otro punto, sobre los llanos de Cartama, al fluir del Guadalhorce fertilizados, los brazos de las parras cargadas con transparentes racimos apóyanse, ya en los verdinegros olivos abrumados bajo el peso de las gordas aceitunas, ya en los almendros destilando bien olientes gomas y abriendo sus verdes zurrone para dejar caer al pie de su lustroso tronco aquellos leñosos productos guardadores de tan dulce gallón. Y no hablemos del nopal y sus espinas brillantes, de la pita y sus candelabros airoso, del girasol y sus circulares flores amarillas, de las adelfas y sus purpurinos ramilletes, de las moreras con hojas tan lustrosas y tan resistentes como la seda que producen. ¡Oh malagueñas cañadas, defendidas por castillejos y atalayas, que los rayos del sol bruñeran á modo de corales; pobladas por muchedumbre de villas felices que cien alquerías circundan; vestidas por arboledas, que los manantiales de la lejana Sierra Nevada riegan; con las huertas de cidros y granados; con los montes bravos, y agrios ceñidos todos de castaños y encinas; con el mar al frente, surcado por las oscuras naves, ostentando sobre sus tablas y entre sus palos y cordajes las blancas velas; con las almenaras, sobre las cuales se cimbre la palmera del desierto; con sus cementerios, cubiertos de blancos túmulos, que somborean los cipreses y engarzan los mirtos; arriba,

Gibralfaro y sus dentadas almenas y sus torres cuadrilongas ó circulares destacándose como diademas de rubíes en los cielos azules; abajo, por un lado la grande Alcazaba, y sus puertas de bronce y sus estancias embutidas de marfil, y sus patios llenos de surtidores; por otro lado las Atarazanas con sus talleres náuticos y sus almacenes interminables; por todas partes, las mezquitas, ocultas entre los follajes de umbrosos jardines, coronadas por sus minaretes, donde los azulejos de metálico resplandor se incrustran, como para romper y rebotar la luz cual facetas múltiples de piedras preciosas, y extender por todas partes la magia y la hechicería del Oriente!

Unid á todo esto las alcaicerías con sus bazares, las alhóndigas con sus depósitos, los baños con sus bóvedas sembradas como de luminosas estrellas, los alcázares con sus pavimentos de mármol y sus artesonados de alerce, las juderías con sus santones y con sus sabios, los arcos finísimos de litúrgica herradura, los puentes guardados por fortísimos y airosos torreones, los haitás, ó sitios de los clamores, donde convocaba el muecín ó muédano los fieles á las plegarias, las plazoletas apercebidas para las zambras, las fábricas de las manufacturas prodigiosas en cuyos telares se urdían tisúes de oro y sedas, almangías ó trajes de brocados, almocetas de lino, alfamares de terciopelo, el curtidero y tenería que adobaba las pieles y tafiletes de brillo deslumbrador, el horno en que se

cuajaban los transparentes vidrios, las alfarerías en que la incomparable arcilla malagueña tomaba todas las formas imaginables en porosas alcarrazas, en ollas embetunadas con arte grandísimo, en azulejos semejantes á joyeles, en jarrones de graciosa tracería, de asas geométricas, de toques azules parecidos á turquesas, de áureos ó argénteos reflejos, y por último el puerto á que arribaban las orientales embarcaciones para llevarse higos secos, almendras dulcísimas, azucaradas pasas, zumos que surgieren sueños en el haren y aromas y esencias que embriagan á los voluptuosos hijos del Profeta.

La poesía destilaba inspiraciones en aquel sitio como destila mieles y cera la colmena. Amer cantaba con tal inspiración y en versos tan elegiacos á su amada, que sus canciones se repetían por oasis y aduares, entre beduinos y berberiscos, al son de las guzlas, tanto en los fatigosos viajes como en los placenteros ocios de las errantes caravanas. Las juderías engendraban allí hombres como Chemirol, á quien impugnara Santo Tomás de Aquino. Mahomet I, fué amigo del escritor Said; y Ovada, el gran poeta ilustró la corte de Almanzor. Zafilla, poetisa del siglo undécimo, llenó aquellos aires de suavísimos versos. ¿Pero á qué fatigar estas páginas con el peso de tantos nombres ilustres? Baste decir que los comentadores de libros sacros, no tenían número; que las altas torres ostentaban por las calladas y serenas noches intérpretes numerosos de los

secretos del cielo; que las chimeneas de los alquimistas humeaban por do quier el vapor de las químicas misturas; que los matemáticos enseñaban el cálculo á discípulos innumerables venidos del África, y los naturalistas, las varias particularidades así de las flores del campo como de las aves del aire; que los profetas predicaban al ingreso de las mezquitas; que los músicos con sus varios instrumentos concertaban indecibles armonías; que legiones de peregrinos iban á su seno en pos de la virtud y de la ciencia y legiones de sabios salían de su seno, para explorar el mundo y traer noticias de regiones remotas tras viajes difíciles; que sus escuelas contribuían igualmente á la cultura del Magreb ó África y al esplendor de Andalucía; que su nombre, con fulgores inextinguibles y deslumbrantes brillaba con brillo excepcional en los anales de la inmortal cultura hispano arábica, junto al nombre de Córdoba y de Granada y de Sevilla y de otras imperecederas ciudades. De tal poderoso y rico centro llamaban al Sultán Hacem para que pudiera ejercitar así la fuerza de su brazo como la grande actividad y vigor de su poderosa inteligencia. Maldecido por su mujer Aixá, destronado por su hijo Boabdil, puesto en fuga por aquellos abencerrajes mil veces conducidos á los combates, errante de castillo en castillo y de breña en breña por los desfiladeros de las riscosas Alpujarras, cuando parecía conjurarse todo el Universo en daño suyo, aún le quedaba para resarcirse de tan-

tos contratiempos, el valor y la fidelidad incomparables de la bella Málaga.

Bien pronto el terrible desastre conocido con el siniestro nombre de rota de Málaga vino á favorecer al infeliz Hacem, y á mostrar cómo no se consentía ni en las mayores desventuras á sí mismo, punto de reposo. Cualquier otro, que no hubiera sido él, bien desalentado por la ingratitud manifiesta de su pueblo, bien roto y vencido por los múltiples halagos de su corte y los muchos placeres de su haren hubiérase dado á epicúreo y tranquilo reposo, tanto más cuanto que lo iban pidiendo ya sus fatigas y sus años. Mas Hacem, parte por necesidad imprescindible de movimiento y de pelea, parte por empeño en mostrar á los granadinos cómo cambiaran varón fuerte por mozo afeminado y débil, salía diariamente á las comarcas cristianas en pos de luchas continuas y tornaba sobrecargado de trofeos y despojos á su feliz guarida. Con tales artes taló mil veces los campos inmensos que se dilatan desde las espaldas de Gibralfaro hasta el Peñón de Gibraltar. Una temeridad increíble de los cristianos, prestóle, si no á su persona y á su reinado en las historias, á su prestigio circunstancial de aquellos días, grandísimo renombre. Varios nobles andaluces, adelantados alcaides, maestros, habíanse reunido en Archidona con ánimo de combatir al implacable Hacem, que acababa de arremeter contra Teba y de desmantelar á Cañete. Algareaban de un lado, los moros, y no ha-

bía otro remedio sino que algarearan por su lado los cristianos también. Y como quiera que hubiesen vencido á guarniciones, como la célebre de Alhama, y tomado reductos como los inexpugnables de Archidona, parecíales cosa fácil romper á una por tierra de Málaga, llevando talas á sus campos, incendios á sus alquerías, terrores á sus habitantes. Para marqueses como el heróico de Cádiz, para condes como el de Cifuentes, para alcáides como el de Antequera, para adelantados como el de Andalucía, para mesnadas como aquellas precedidas por adalides expertos, acompañadas por acemileros numerosos y compuestas en su mayor parte de almogávares invencibles, no había cosa tan fácil como acometer con impremeditación una terrible algarada sin salida. El maestro de Santiago, aconsejó amenazar á Málaga por el sitio inexplorable para los cristianos en aquella sazón de la Ajarxia, donde les brindaba el suelo feracísimo con abundantes despojos de guerra y de combate. Larga la distancia, fatigoso el camino, enriscada y fragorosísima la sierra, abrumador el fardaje, desproporcionado al número entre la caballería y la infantería, estrechas las cañadas y cruzadísimas de malezas, intrincados los matorrales, inaccesibles por los surcos que ahondaran lluvias recientes las veredas, yermos los campos y desprovistos de la codiciada ganadería, despobladas las habitaciones de donde se habían huído los habitantes ó bien á sitios fortificados ó bien á las cavernas de los bru-

tos, tal expedición solo podía tener un luctuoso desenlace y solo podía contarse de seguro entre las nefastas rotas que de vez en cuando eclipsaban y oscurecían las conquistas cristianas. La intuición y el instinto de los moros alcanzaron bien pronto á comprender la difícil y peligrosa posición de los cristianos.

En efecto, mientras estos se hundían por los barrancos, en cuyas hondonadas iban bullendo las ramblas de madre salidas, por ser mes de turbonadas el mes de Marzo, los moros subían á las alturas como verdaderas águilas; y desde las alturas se aprestaban á lanzar todo cuanto pudieran mover sobre los desapercibidos cristianos. Cataratas de tierra, moles de gigantescos pedruscos, colosales troncos de árbol que mataban, en el ímpetu de su caída, cual rayos fulminantes de las nubes, lluvia espesísima de ponzoñosas saetas, cuanto puede amontonar el coraje de los montañeses erguidos sobre sus riscos en tropel, rodaba fragoroso con estallidos tonantes como de una tempestad infinita sobre las legiones cristianas. Jamás se notó ardor igual en las peleas entre las contrarias jentes de moros y católicos. Vióse á las recatadas mujeres del Islam salir de sus harenes armadas de espingardas y ballestas. Propietario hubo que abrasó los árboles de sus haciendas convirtiendo sus suelos en horno de cal solamente para consumir en el fuego voraz de las improvisadas hogueras á sus odiados enemigos. Tuvo la retaguardia, mandada

por D. Alonso de Aguilar, que retroceder ante los obstáculos promovidos á su paso y replegarse hacia donde se hallaban el marqués de Cádiz y el Maestre de Santiago con las principales mesnadas. El mar enfrente, las inaccesibles colinas humeando á la espalda, el aire cargado con una especie de pedrisco espantoso, las cañadas presa de voraz incendio, el moro ensoberbecido redoblando sus ataques, el mesnadero ignorante de la salida, tanta y tan grave complicación trajo una de las más espantosas y más nefastas catástrofes que recuerdan los anales de nuestra épica historia.

Aturdidos por el estruendo, acosados por el empuje de los contrarios, metióse la hueste nuestra en estrecho valle conocido con el nombre de Peñón, donde no le quedaba recurso alguno por estar su cabeza y sus flancos en poder de los sarracenos, más emperrados en combatir á medida que les halagaba y sonreía con mayores logros la victoria. Diríase nuestro ejército un montón de trigo puesto bajo una rueda de moler, según lo trituraba y convertía en polvo la lluvia de proyectiles desprendida con furor desde las inaccesibles alturas. En tan tremendo trance, acabó por completo el orden de formación, rompiéronse las leyes de la disciplina; las diversas jerarquías se confundieron todas en la catástrofe; no hubo ni voluntad para el mando en los capitanes, ni ánimo para la obediencia en los milites; y aquella legión de audaces guerreros, tan altivos por su prosapia y valor como resplandecien-

tes por sus recuerdos y por su gloria, convirtiéndose á una en manso ganado de resignadísimos borregos, prontos á la inmólación y seguros tan solo de la próxima irremediable matanza. No se podían valer los unos á los otros, entre las sombras de la noche sólo interrumpida por el rojizo reverberar de los incendios, y entre las griterías de los moros acompañadas por el rumor de las flechas saliendo de las ballestas y por los tiros de las tonantes y fragorosas espingardas. Los freires del maestre caían yertos á su alrededor; el caballo montado por el marqués de Cádiz, precipitábase mal herido por las espantables y hondas estrechuras; los pendones ilustrados en cien combates viéronse caídos por las breñas; huyeron los héroes de las guerras, aquellos que jamás quisieran mostrar sus espaldas al enemigo. El pánico se apoderó de todos, y plañíanse los fuertes é invencibles como débiles plañideras alquiladas para llorar en los entierros. Moras completamente solas apresaron pelotones de soldados en armas. Cuando los alarbes corrieron á las pesquisas, encontraron jentes valerosísimas, que locas de dolor, les pedían de hinojos y sollozando la vida. Cuesta de la Matanza, denominóse desde aquel entonces el repecho de tal carnicería. De tanto ejército nada quedó apenas, pues los más murieron, los menos se dispersaron; y una parte considerable cayó cautiva, dando los nobles con sus rescates ocasión al Sultán Hacem para sumar mayores riquezas á las muchas que

había recogido y atesorado en sus continuas algaradas.

Entre tanta desgracia y tanta desolación, sólo un caudillo se mantuviera firme y de pie, teniendo en torno suyo cuantos moros se habían arriesgado á desacatarle y herirle. Y quien así, en medio de aquel desastre, contrastaba el destino y conseguía con su firme voluntad superar á la misma Naturaleza contra los cristianos subvertida, no era otro sino Illán, resuelto, en su pasión por Zoraya, que le había costado toda la felicidad futura de su vida y de su sér, á terrible venganza. Castellano, católico, guerrero, Illán había peleado por su patria, por su religión hasta entonces; pero desde la terrible hora, en que Zoraya le abandonara por un mahometano, uníanse á todos estos móviles de guerra el móvil de su desquite. Suspiraba por subir á las torres de los palacios árabes en alas del combate, y entrando en el camarín, donde se hallara la perjura, decirle todo el mal que le hiciera; y mostrarle cómo, habiendo llegado hasta ella, cuando reina, llegaría á mejor cuando cautiva, resuelto como estaba, desde la jornada nefastísima de Martos, á consagrarse á su defensa. Quería con su voluntad incontrastable, ya que abandonara Isabel de Solís el nombre de sus padres, el sitio de su cuna, el culto de su Dios por un moro, llevarla en cautividad con sus hijos musulmanes al castillo de Martos, á las ruinas de su iglesia, para ver si le aterraban más aquellas piedras, de las cuales no había

borrado el viento y el agua las señales de los incendios y de las matanzas, que su conciencia sin remordimientos. En tal estado y situación de ánimo, bien puede comprenderse, cómo Illán, quizá el único guerrero entre todos, que despreciaba la vida, no había encontrado la muerte. Los enemigos, con ese instinto que la propia conservación despliega de continuo en los supremos trances, diéronse de ojo para no llegar hasta donde se hallaba tan valeroso héroe, y él pudo, cuando ya todo estaba perdido volverse á la triste Antequera salvo y libre, llevándose consigo algunos espeados y heridos, á quienes había salvado con su esfuerzo y fortalecido con su ejemplo. Pero no retrocedió sin jurar, que volvería cien veces á ir donde hallase á Zoraya para realizar el único anhelo que ya le quedaba en la vida, su resuelta venganza.

CAPÍTULO XVII.

Encontrábase Aixá en el aposento cercano al patio de los arrayanes, donde solían los reyes de Granada celebrar sus audiencias, cuando le llega la noticia de lo acaecido en Málaga. Saberla, y nublarse la frente y los ojos de aquella mujer extraordinaria, obra fué de un minuto. Su gran talento comprendió en seguida cuán triste y nefasto resultaba el triunfo de los musulimes á su familia y á su gobierno. Dada la perplejidad completa del pueblo granadino, que sintiendo próxima su muerte, buscaba los más desesperados remedios, como todos cuantos individuos ó colectividades se hallan á sabiendas en la última terrible agonía, cualquier afortunado por el acaso que pudiera presentar una sonrisa de favor en cualquier trance más ó menos sangriento, de la política ó de la guerra, sustituiría fácilmente al desdichado Boabdil, falto de timbres heróicos en su breve historia y de hazañas en su

voluptuosa y joven vida. Lo mismo el viejo Aliatar de Loja, que llevaba setenta ó más años de combate con el histórico enemigo de su raza, que aquel Zagal de Málaga, tan favorecido por la victoria, sin contar los héroes que trajera el oleaje de los hechos y la vuelta de Hacem, jamás de su corona despedido, cualquiera estaba en actitud propicia para ir en alas de la guerra incesante al palacio de los nazari-tas y recoger en su pavimento, ayudado por la primera facción en armas invenida por casualidad al paso, la rota diadema de Granada. No se gobernaba, ni se pudo gobernar nunca en los reinos musulmanes con los títulos de la herencia solamente y con la posesión de un trono, cuyas raíces combatían los terremotos y cuya copa los huracanes, precisaba merecer el gobierno sosteniéndolo y conservándolo con la prudencia en los consejos y con la fuerza en los combates. Al saber Aixá la fortuna de su esposo en Málaga, y compararla rápidamente con la indolencia de su hijo en Granada, comprendió cuán horrible procela venía desde los Despeñaderos de Las Matanzas á la Cuesta de los Gomeles, y cómo necesitaba su hijo dar pruebas de un valor heróico, para contrastarla y para vencerla. A tal reflexión sucediéronse lógicamente y en tropel todas las resoluciones demandadas por lo grave de aquellas terribles circunstancias. Boabdil debía correr á la frontera cristiana y ganar una victoria sobre los enemigos del Profeta, no tanto para conjurar los progresos del pueblo castellano como para

conjurar la soberbia del Sultán granadino. Por pocos recursos que tuviera, por pocas fuerzas con que contara, debía Boabdil acometer empresas guerreras, y triunfar, á fin de poner sobre su corona reciente y disputada los esmaltes de una victoria, sin la cual no llegarían á columbrarla sobre sus sienes los vasallos. Salir y salir pronto por cualquier camino para empeñar un combate fuese donde fuese, y con cualquier enemigo cristiano, por la casualidad en las fronteras más cercanas deparado, tal debía ser el propósito de Boabdil á toda prisa y á toda costa. Con aquella rápida ojeada propia de su inteligencia, con aquella prontitud tan reconocida en su voluntad, con aquella resolución de su enérgico temperamento, Aixá, persuadida ya profundamente de lo que debía intentarse y cumplirse, dirigióse á las estancias de su hijo, encerrado, no como ella en la sala de los consejos, encerrado en la sala de los placeres.

Pasó de uno á otro extremo del palacio, atravesando el patio de los Leones para entrar en el mirador de Lindaraja, verdadero santuario, donde pasaba la mayor parte de su vida Boabdil, en compañía de Moraima. Los alabastros de las tazas por donde las aguas clarísimas, provenientes de los manantiales níveos en hilos se destrenzan; los mármoles empotrados en las paredes y en los suelos de tan varios colores; los azulejos que compiten por brillo y esplendor con los aderezos deslumbradores de ricas pedrerías; las albercas engarzadas en

mirtos, azuzenas y rosales ofrecen á la vanidad femenil espejos tan bruñidos como los venecianos cristales; pero Aixá no se miraba en ninguno, convertidos como tenía los ojos de su cuerpo y los pensamientos de su espíritu á la continua contemplación del combate, así guerrero como político, impuesto por el hado á su familia. Ciertamente no participaba esta de sus cavilaciones. Apenas había franqueado Aixá la puerta del salón, que se llama hoy de las Dos Hermanas por las marmóreas magníficas losas de su rico pavimento, cuando pudo advertir cómo el júbilo y el placer se paseaban por las encantadoras habitaciones de Boabdil. Sobre aquellos suelos que parecían bruñidos cristales; entre aquellas paredes altísimas, donde cal y piedra tomaban los colores y dibujos de orientales tapices; bajo las rotondas alzadas sobre zodiacos bellísimos de incrustadas leyendas, y parecidas, ó bien á firmamentos fantaseados por la imaginación de un poeta delirante, ó bien á las grutas donde se cuajan las perlas y se doran las estrellas y se carminan los rubíes y se enverdecen las esmeraldas; oíase la canción báquica del placer voluptuoso, acompañando, concertada con orquestas reclusas en las altas tribunas, el cadencioso baile de las odaliscas, semejantes á huríes descendidas del edén mahometano, que danzaran sobre la luna llena en la inmensidad de cielos aromados por embriagadores perfumes. Aixá no pudo contener la manifestación de la contrariedad que le causaba el estado tristísimo del

reino, la vacilación del trono, la inminencia de nuevas guerras civiles y nuevas irrupciones cristianas, mientras los reyes legítimos y verdaderos de Granada se daban al placer y huían de la política, cual si rigiesen un Estado solidísimo y sólidamente puesto por la fortuna y por la Providencia sobre bases indestructibles y no sobre aquellos tumultuosos y encrespados oleajes. ¿Pero qué sabían la pobre reina mora y el infeliz rey Chico de cosa ninguna fuera de su amor? El rey Hacem lo menospreciaba, si no le aborrecía, en el entrañable odio profesado desde los primeros días de su matrimonio, á la implacable Aixá; y esta misma, fuera de su sexo casi por su energía y por su valor, fuera de la realidad por ambiciones desapoderadas, había tenido como secuestrado á su mayorazgo en el harén, recelando, taimada y traicionera, que si crecía en fuerza é inteligencia, quisiese corona y autoridad para él, no para su madre. En la historia del mundo sólo hay un personaje que pueda compararse con Aixá, y es Livia, la mujer de Augusto, la madre de Tiberio. También Livia conspiraba contra su marido y contra la superioridad inevitable del esposo y del César, pero con más rebozo y con menos violencia que Aixá la Horra, sin duda porque Augusto le guardaba mayores consideraciones que las guardadas á su mujer por Hacem, y porque Augusto no se oponía de ningún modo á cuanto Livia tramaba con el propósito firme, al fin logrado cumplidamente, de que pasase la corona imperial á su

idolatrado hijo Tiberio. Pero este, persuadido interiormente de que jamás reinara sin el resuelto auxilio de su madre, no podía sufrir el imperio de mujer tan soberbia y se ahuyentaba en todo lo dable á su influjo y sacudía todo lo posible sus tremendas imposiciones. Algo análogo de lo sucedido con Tiberio sucedía con Boabdil, aunque por bien opuestas razones y por bien contradictorios motivos. Mientras el César de Roma se quejaba por la triste nulidad á que las ambiciones de su madre lo condenaba, el Sultán granadino se plañía siempre que su madre le incitaba con imperio á llevar su mano, ó bien á la nominal corona que resplandecía en sus sienes, ó bien al inútil alfanje que centelleaba en su costado. Así, al presentarse Aixá, indicando en su porte y en su mirada llevar negocios del reino al tabernáculo del placer, Moraima y Boabdil se conmovieron á impulsos del mismo sentimiento.

—¿Cantáis y danzáis? —preguntó la Sultana con aire de indignación á sus hijos.

—Matamos el tiempo, —exclamó Boabdil tímidamente.

—Si dijeras matamos el trono, hablaras más á derechas —observó con acritud Aixá.

—El trono está bajo tus plantas todo entero, —dijo Moraima y con la satisfacción completa de tus hijos.

—¡Bajo mis plantas! Pues lo siento vacilar y vengo á pedirlos que lo apuntaléis.

—Ordena, manda,—murmuró Boabdil tímidamente.

—¡Oh! Si pudiera yo, en vez de ordenar, hacer, bien sabe Alah que cobraría este reino de todos sus enemigos, conduciéndolo á puerto.

—En tus manos he depositado mi voluntad, madre mía,—dijo Boabdil.

—No basta eso... Precisa para mandar en el pueblo nuestro tener prestigio adquirido por el propio mérito que levantar sobre los privilegios heredados de nuestros abuelos, y no consienten de ningún modo las creencias ó las costumbres árabes á mi sexo el poder alcanzado por mujeres como Semíramis en Babilonia, Debora en Israel, Cleopatra en Egipto. A lo más que puede aspirar una reina mora, cuando topa con marido rebelde como el mío, como Hacem, es á imperar sobre un vizir, como el que aterró á la cristiandad é ilustró á la morisma, sobre un vizir como Almanzor. Mil veces registrando las historias, me lamento y duelo de no haber nacido en aquel reino de las Amazonas, donde se cortan las mujeres un pecho para indicar fortaleza, y viven á caballo, blandiendo su lanza en perdurables combates.

—Ya lo creo. Hacem, mi padre, me confesaba que no reconocía en ti esposa para el harén sino co-partícipe para el trono.

—Mas hay ciertos ejercicios prohibidos á las mujeres, y ciertos ministerios que no puede cumplir

nuestro débil sexo. Y al llegar ahí necesito de ti, Boabdil, primogénito mío, necesito de ti.

—Pues dispón todo cuanto quieras.

—Sí, todo cuanto quieras—exclamó la bella Moraima, todo, menos que nos separemos tú y yo, ni por un minuto, Boabdil.

—Pues casualmente, á eso vengo, á separaros.

—No me digas tal cosa,—exclamó la enamorada Moraima con profundo y verdadero dolor. Más fácil es á un árbol vivir sin raíces que á mi corazón, á este ardiente corazón mío, vivir sin su esposo.

—Moraima, para conseguir tal desvariado deseo de no apartar á tu compañero del harén, debiste casarte con un cautivo, no con un monarca; y recluirte dentro de la tierra y sus entrañas, no en el palacio de los nazaritas erigido al poder y á la soberanía que piden los cuidados así de la pública gobernación como de la continua guerra.

—Mira, Dios lo ha querido. A la manera que ha pareado las avecillas inseparables en los aires, ha pareado las almas de tus dos hijos en el palacio; y no pueden apartarse de ningún modo sin morir ó entristecerse como la tórtola viuda cuyos arrullamientos parten de pena y dolor nuestros corazones, por soñar con todas las tristezas de una desesperación lenta y dulce, mas, por su misma lentitud y dulzura, suicida. Piedad, Aixá, de tus hijos, piedad por Dios.

—Calla, Moraima,—dijo Boabdil, reteniendo en

su divan á la Sultana esposa, quien iba disponiéndose para lanzarse con verdadero arrebató á los pies de la Sultana madre, y pedirle de hinojos que alejara una separación quizás impuesta por regios deberes superiores á su amo.

—Debes quererlo apartado, si es necesario, de ti; pero poderosísimo y horro sobre su trotón de guerra, y bajo su corona de rey, y no perfumado aquí por los pebeteros, que tus manos atizan, para caer luego en el destronamiento, en el deshonor y en el sepulcro.

—Tiene razón mi madre. Soy rey de Granada, y el cargo que desempeño en el mundo, me impone deberes excepcionales así en los consejos de este palacio como en los empeños de la guerra.

—¡Oh! No. Tú solo tienes un deber, amarme. Tú solo debes curarte de un reino más espacioso que toda la comarca granadina, de mi corazón; tú has jurado consagrarte al harén como los derviches al convento; y prestarme culto como los sacerdotes á su Dios. Cuando te hablen de consejos, respóndeles que para los consejos guardas tus vizires; cuando te hablan de combates, respóndeles que para los combates guardas tus generales. Si quieres un generalísimo sin rival, llamemos á mi padre Aliatar, diespuesto en su Loja siempre á la guerra. Pero, ya que le dejas á tu madre toda la corona, consigue de tu madre todo el harén. Aixá, impórtanos poco la destrucción del reino á nosotros, con tal que podamos vivir bajo sus escombros abrazados. La

partida reciente de Boabdil á Guadix, hubo de costarme la razon; su marcha hoy al combate me costará la vida

—Alah se ha empeñado en castigar á su pueblo; y los juicios altísimos de Alah son inexcrutables y la voluntad soberana de Alah es inflexible. Dijo Aixá. Una Sultana de Granada, por cuyas venas corre sangre nazarita, quiere hacer del monarca y del esposo mueble fijo en el harén, como ese cojin donde se acuesta, ó ese pebetero con que se embriaga, ó el surtidor de los pavimentos, ó el pajarillo enjaulado entre rejillas de oro. Boabdil no puede reducir la vida, que le concediera el cielo para bien de sus vasallos, á comer y beber y estar emparejado con su hembra como cualquier macho de cualquier especie animal reducido á comer y reproducirse. Aún si fueras una gacela, tendría tu marido que defenderte contra los leones ó contra los tigres del desierto; si fueras una paloma tendría que disputarte á las garras del milano; eres una reina y ha de acudir á tu defensa en contra de los enemigos de su corona y en contra de los enemigos de su Dios. No hay otro remedio. Imposible que puedas tú despojarlo de sus alfanjes, de sus espadas, de sus escudos, de sus arreos, reduciéndole á vegetar aquí, cual arbusto de tus jardines para que sostenga tus goces y tus ilusiones. ¡Oh! Es un monarca y un guerrero. Lleva sobre sobre su cabeza la pesadumbre de una monarquía, sobre su nombre la honra de una milicia, y no puede menos que reinar

entre asechanzas, á cual más horribles, y combatir con enemigos á cual más implacables. Si le arrancas á este milano de las Alpujarras sus uñas, reiránse de él como de una gallina, y al poco tiempo se habrá extendido sobre su nombre tanto menosprecio que tú misma llegarás á detestarle y maldecirle rendida por la tristísima evidencia de que no puede, no, el deshonor ser amado en la tierra por ninguna verdadera mujer, y mucho menos si guarda la sangre de Aliatar en su cuerpo y pertenece por su nombre á la raza real de los granadinos sultanes.

—Moraima, tiene razón mi madre,—murmuró con su natural reserva Boabdil.

—Podrá tenerla, si quieres, ante las leyes de vuestra ciencia ó de vuestra política; no la tiene ante las leyes de mi conciencia, de mi naturaleza, de mi amor. El palacio de los Nazaritas, estimado en una maravilla hecha por los ángeles del Empíreo, me parece como vacía caverna de los desiertos cuando no lo habita conmigo mi Boabdil; pues las cavernas abiertas en los arenales del desierto habían de parecerme como el hermoso alcázar de los Nazaritas, si las habitara él conmigo. Esa corona que lo arrebató de mi lado y se lo lleva entre huracanes y tormentas á batallas, donde peligran su vida y su felicidad, esa corona yo no la quiero, pues sus preciosas piedras solo despiden rayos y centellas para herir mi corazón. Prefiero á un oficio que de mí lo separe, mendigar el pan de cada día por los aduares del desierto. La palmera sacudirá sus dátiles

en las tortuosidades del camino; la fuente del oasis ofrecerá su frescor á nuestros labios; el sol de África bruñirá las carnes de nuestros hijos hasta endurecerlas como el granito egipcio y permitir á su desnudez el paso por todas las estaciones y el desafío á todos los elementos; y apoyado Boabdil en mí contaremos á los viandantes compadecidos, al son de la guzla, en los arenales inmensos, cómo hemos dejado un trono y un reino á nuestras espaldas por no renunciar al amor. Y estoy segura de que no habrá honra como la nuestra en el mundo, ni seres más envidiados y bendecidos en la historia, que dos monarcas amantes, destronados por no haber querido en su pasión sacrificar ni un minuto de amor. Y así habremos coronado con un dolor eterno que compartirán cien generaciones, una elegía que repetirán de consuno las artes y la historia de todos los pueblos, las desgracias mismas que tú crees fulminadas por el destino sobre la frente de nuestras razas y sobre el solio de nuestros mayores. Deja, pues, madre, á tu hijo en mis brazos, que se ceñirán á él como al tronco la yedra y no podrán jamás apartarse ni dividirse, confundidos como estamos por el amor y en el amor abrasados.

—Moraima, no delires. Todo extremo es vicioso, el amor que tú sientes por Boabdil, como el desamor á mí sentido por Hacem. Cuando viniste aquí sabías que penetrabas en palacio coronado por tempestades eternas y no en recatado nido de palomas

arrullado por una paz perpetua. Tu marido es para el trono de la patria también, y no tan solo para el tálamo de su predilecta; es para la guerra con sus enemigos y no tan sólo para el amor con su favorita.

—Justamente. Se atrevió á decir Boabdil, suspenso entre su madre y su esposa.

—Ahora mismo,—añadió Aixá,—el deber lo reclama fuera de su palacio al campo de los combates. Ahora mismo se abre á sus pies una sima de que solo podrá huir y á la que solo podrá escaparse con felicidad saltándola montado en su caballo de guerra.

—No hables así, Aixá, no hables así. Yo le dejaré montar ese caballo si me lleva en sus ancas y juntos caemos en el mismo precipicio.

—Ya sabes que no puede ser. Nuestras costumbres no lo consienten. Boabdil, tus enemigos acaban de ganar sobre los cristianos grande victoria en Málaga: tú debes correr al campo en demanda de otro análogo timbre, si no quieres que tal victoria sea tu eterna derrota, y tu definitivo destronamiento.

—Madre, haré lo que dispongas.

—Boabdil, ten piedad por Dios de tu esposa y de tus pequeñuelos,—dijo Moraima, contemplando á Boabdil con una mirada tal como si quisiera en ella, en sus hondísimos senos, abismarlo y contenerlo contra el tirano imperio de su altiva madre.

—Déjalo cumplir con sus deberes, si no quieres

verlo desgraciado en vida y maldito en muerte.— Aixá exclamó, reconviniendo aún más con el gesto y con el acento y con el ademán que con el discurso á su tímida y atribulada nuera.

—Sí, déjame cumplir con mi deber, —añadía Boabdil, pero sin moverse á ninguna decisión como, si obedeciera mecánicamente á su madre con la palabra, mientras con el corazón y pensamiento y voluntad permanecía como petrificado junto á su Moraima.

—Por Alah, —dijo esta, desprendiéndose del canapé oriental, donde se hallaba medio tendida, para caer á los pies de su implacable suegra, por Alah, no permitas que Boabdil salga del palacio.

—Lo mando.

—¡Ay! mi corazón me dice cómo le aguardan hados bien adversos.

—No me importa.

—El amor me da visiones proféticas y presentimientos infalibles.

—No lo creo.

—Pues yo temo que tras esta salida no vuelva jamás á encontrar la entrada de su Alhambra.

—Pues yo creo que su cuerpo resplandecerá tras los combates como diz que resplandecen los cuerpos de los bienaventurados allá en el Paraíso y que su corona se compondrá de astros bienhadados por toda una eternidad.

—Creo más bien á mi corazón donde no entran las ambiciones humanas que al tuyo. Fíate, pues, de mis presentimientos, Aixá.

—Estás, Moraima, faltando á tus deberes de sultana, esposa, madre granadina, y Alah no puede prosperar tu pensamiento. Si hubiera casado á mi primogénito con una perra cautiva como Zoraya, no te diría jamás al oído las nefastas ideas susurradas por los labios de Moraima en este momento de prueba para todos los tuyos. Descíñete de sus brazos que te ahogan como serpientes y sigue la bandera del Profeta que te llama con sus colores. Cierra los oídos á todo reclamo que no sea el reclamo de tu conciencia y de tu deber. Y vé á combatir, Boabdil, por tu religión y por tu reino contra los infieles. Tu madre te lo ruega, pero Dios te lo manda, y la mujer que por un falso amor se opone á la voluntad manifiesta de Dios, será consumida, como una pobre arista en la inextinguible voraz lumbre del infierno. Boabdil, al combate, como Dios manda... al combate.

—Obedezco,—dijo Boabdil, irguiéndose al imperioso mandato de su madre, y aprestándose á ir donde su madre lo enviara, sin dejar por eso de convertir los ojos compasivos al dolor de Moraima: que la debilidad produce una sombra en la vida, sombra llamada incertidumbre.

—Por Alah te ruego, madre mía,—dijo Moraima, tan resuelta de suyo como incierto su esposo, por tu hijo, por tus netezuelos, por todo cuanto puede tocar en el corazón de una mujer y de una madre, que no me arrebatas mi Boabdil, porque tanto valiera quitarle al pecho su aire y al corazón su movimiento y

su sangre. Yo, en los días de su ausencia me muero, y no consigo, con morirme, la insensibilidad y la inercia de los muertos. Coge un puñal y atraviésame compasiva el pecho. Abre las sepulturas de nuestro panteón y entiérrame dentro de cualquier tumba, muy preferible á mi lecho vacío y viudo. Yo nunca he querido, ni tronos ni coronas; solamente amor he querido, y solamente amor aguardo y espero del que hiciste mi esposo, no fortuna, no poder, no riqueza. ¡Oh! Si Hacem y tú os amarais como Dios manda, reinaríais ambos en Granada, y no tendría mi joven esposo que ahuyentarse á las delicias de nuestra pasión mutua para caer en los cuidados del gobierno real, ó en los azares del combate cruel. Déjalo, pues, á mi lado; y nombra tú el vizir que quieras, y entrega el ejército al generalísimo que más te plazca. En ausencia de Boabdil mis días nublados por una tristeza perdurable, mis noches azaradas por un eterno insomnio, mis ojos por nubes de lágrimas oscurecidos, mis caldeadas mejillas, mis trémulas manos, los martillazos del dolor en mi corazón amante y del corazón en mi pecho destrozado, los ayes agudos con que partiré hasta las piedras de mi camarín; todo esto debe decirte cómo á muerte me condenas, arrancándome de mi lado al hijo, que para mi amor tan solo engendraste y pariste. Prefiriera no haberlo conocido nunca, no haberlo amado, si había de traerme su amor esta pena, que ahora me abrumba con su horrible pesadumbre. Piedad, compasion de mí.

Que me matéis los dos, tú, Aixá, por imperiosa; tú, Boabdil, por complaciente. Yo te veo volver muerto, en hombros de tus capitanes, atravesado el pecho por una lanza infiel; y no quiero pasar de ningún modo por tan terrible dolor. Tomad, vosotros la corona, cedednos á nosotros el descanso. Combatid, reinad. A mi esposo le basta con mi amor. Compasión por Dios, compasión por el cielo de mí. Aixá con imperio señaló á su hijo la puerta del camarín, que Boabdil atravesó con indolencia, mientras Moraima se desceñía con furor de su tocado y se mesaba como una plañidera los cabellos entre sus siervas entristecidas ó llorosas.

CAPÍTULO XVIII.

Abril florecía en los arbustos cargados de mieles y de aromas; cantaba en los arroyos, por el deshiero de las niveas montañas engrosados; amaba en los nidos, sobre cuyas pajas y lanillas abrían sus alas y lanzaban sus gorjeos las aves en celo y en amor. Entre tantas palpitaciones de la vida congregábanse los ejércitos de la destrucción y de la muerte. Siete mil infantes, mil quinientos jinetes, apercibíanse á la marcha, mandados, en su mayoría, por caudillos abencerrajes, resueltos partidarios de Boabdil. Las fronteras de Córdoba eran el término de aquella expedición, á la cual fiaban multitud innumerable de sólidas esperanzas cuantos árabes creían presa á los cristianos de un terror natural á la herida cruenta de sus desventuras en Málaga. Eran de ver los grandes cuadros que componían las gentes militares aquellas, unos armados de piquetas, otros de lanzas, otros de arcabuces, todos

de diversos aprestos, aquellos cuadros de matemática regularidad, sobre cuyas tersas superficies ondeaban enseñas y banderolas de gayos colores, y de ricas sederías. Los cintos de aquellos soldados, á los cuales iban suspensas tales armas blancas y cortas como las necesarias para luchar cuerpo á cuerpo; los turbantes, coronados por insignias heráldicas, que aumentaban el guerrero fulgor; los escudos del grandor de un hombre, adornados con claveteaduras áureas; todas sus preseas dábanles tanto marcial aspecto á estos héroes y mártires del infortunio como el atribuído á los que intentaron la conquista de nuestra península y vieron siempre abrirse las grandes alas del fausto y apetecido triunfo sobre sus cabezas orladas por los pueblos y por la historia de inmarcesibles laureles. Vulgares supersticiones enlazan la cobardía de los individuos con la decadencia de los pueblos sin motivo y sin razón, pues á veces han menester de mayor esfuerzo y heroísmo las causas sin ventura que las movidas por esos airecillos favorables y prósperos de la tornadiza y ligera fortuna, tan ciega en el reparto de sus graciosos beneficios. Los atambores, las chirimías, los gritos de mando, las vibraciones de los armamentos, el piafar de los caballos, el resuello de los infantes comunicaban al aire cierto ardor conocido con el nombre de bélico entusiasmo. Una explosión de tal efecto salió en clamores varios, de aquella multitud, como salen de los nublados tempestuosos chispas tonantes, al presen-

tarse Boabdil caracoleando en su caballo de guerra. Era este negro como la noche, y llevaba gualdrapas de purpurinos brocados semejantes á los arreboles del ocaso. Parecía que al bruto le constaba lo precioso y excepcional de su carga, según sus cabeceos, y el aire de superioridad con que abría las narices para recoger el aire y fijaba los ojos en los otros caballos al recoger el sol. Maravilloso, en efecto, aquel apuestísimo jinete caballero en su resplandeciente silla de montura como asentado en la sede soberbia de ambulante trono; y seguido por una cohorte de mancebos, los cuales reunían todas las ventajas y todas las bellezas de aquella privilegiadísima familia, congregada en torno del postrimer asilo, que aún al Koran quedaba en esta nuestra Península predilecta de sus ardorosos corazones. Boabdil parecía uno de los ángeles combatientes, pintados por Mahoma en las Suras, según relucían las incrustaciones de oro en el fino acero damasquinado de su brillante armadura. El peto y espaldar, la bordada marlota, el casco de cuyo negro fondo surgían cual signos luminosísimos las deslumbradoras cabalísticas letras dábanle aspectos de un sér, á quien el nacimiento regio y el trono altísimo prestaran ventajas, no arbitrarias y de convención, propias y naturales sobre todos sus vasallos. Quien lo viese allí, en aquel instante, observaría cómo desdeñaba los armamentos y los alardes y las milicias, fijos los ojos en el alto mirador de la Reina, mirador suspenso,

en guisa de oriental kiosco, sobre las orillas del Darro, porque allí, en aquel sitio, estaba Moraima, con el rostro pegado á las áureas celosías para ver á su amado y maldecir una vez más su odiada partida.

Los presentimientos de la reina mora comenzaron á cumplirse; cuando todavía no se alongara el esposo muy largo trecho del regio harén. Funestos augurios le seguían, parecidos á los cuervos, que aletean sobre un cadáver abandonado en solitario campo. Habían todos los sabios de la ciudad subido á sus torres con el fin de leer horóscopos relativos á Boabdil, y ninguno encontrara celeste signo favorable al cuitadísimo jóven. Así, cada día, divulgábase más el apodo siniestro de desventurado, sin dicha, con que le conocía su familia desde su desastradísimo nacimiento. Salía por la puerta de Elvira, donde le aguardaban para despedirlo muchos santones, de los que creen conjurar con sus plegarias la cólera del Todopoderoso, salía, y brillaba con extraordinario esplendor. Daban aquellos rayos, tan luminosos y ardientes del sol andaluz, en su armadura, y al quebrarse por las brillantes líneas y repetirse sus fulgores varios en el acero, parecían circundarlo con enjambres numerosos de soles descendidos para ofrecerle homenajes de cielos distantes é ignorados. Así es que al verlo de tanto esplendor circuido, iban todos á profetizarle felices auspicios, cuando un signo, bien infausto, heló en aquellos sus devotos la sangre. El caballo,

tan dócil y sumiso, que había llevado la carga de su amo con tanta docilidad y obediencia, espantóse al clamoreo de las muchedumbres, y desbocándose ciego, estuvo á punto de arrojarlo, y herirlo, y hasta quizás estrellarlo contra las gruesas piedras componentes de las espesísimas paredes. Pero si á él no le estrelló, por milagro, quebró la brusca sacudida en mil pedazos aquella lanza de los combates equivalente al cetro de los consejos. Los santones, reunidos, cual apuntamos arriba, para verlo partirse y escudriñar su fausta ó infausta suerte, aquellos santones pasados á su bando tras las escandalosas escenas de Hacem y de Zoraya, habían cumplido todos los ritos necesarios á ciertas adivinanzas, y lavándose con todas las abluciones prescritas en la santa liturgia, y vestídose hasta las camisas de rito y perfumándose con los aromas koránicos á fin de merecer al cielo, sordo para los profanos, tras oraciones repetidas y hasta inoportunas, alguna revelación. Así, en cuanto vieron aquella señal adversa, lanzáronse á los pies del caballo, y deteniéndolo, pidieron á una todos con grandes clamores al Sultán que no continuara su camino, y se metiera dentro de bosque cercano, donde resplandecía la tumba de un Mahedi, sombreada por olivos y cipreses, á reconciliarse con Alah, y apartar de su coronada frente con múltiples y continuas plegarias los rigores de la divina justicia. Santón hubo que creyó ver sobre la erguida cabeza y la resplandeciente cimera del joven viva lechuza, tor-

vo animal, en cuyos ojos siniestros se mete y oculta el diablo, al perseguir á los fieles para empujarlos hacia los abismos de la desgracia en esta vida, ó del infierno en la otra. No fué mucho, pues, que pueblo granadino y clerecía musulmana se juntaran en común súplica, pidiendo al monarca con clamores varios el desentimiento inmediato de la militar expedición y el regreso al regio palacio para remitir á mejores auspicios el intento de reanudar tan arriesgadas empresas. Boabdil no escuchó súplicas; incierto antes de las resoluciones, cuando alguna tomaba, siquier cediese á un ajeno impulso, ni carecía de valor, ni carecía de firmeza. Perseveró, pues, en su propósito, y siguió su marcha, dejando en dolor indecible á los entristecidos agoreros. Mas apenas diera en su camino algunos pasos, cuando surgía otro nefasto augurio, corroborador del precedente. Una zorra de mirada inteligentísima, hocico agudo y alzado con aire de baladronada y desafío, piel reluciente comparada por los orientales al crepúsculo, cola muy erguida y peluda, se corrió, con la sorna peculiar á semejantes animalejos, entre las huestes del ejército, y atravesando bajo la barriga del caballo real, ganó, libre y salva, su madriguera próxima, ilesa de cuantas flechas le asestaran los cazadores soldados. En las supersticiones asiáticas ocupa la zorra entre los cuadrúpedos lugar semejante al del buho y el mochuelo y la lechuza, entre las aves. Confunden los agoreros su piel rojinegra con los arreboles del

ocaso y le imputan tristezas de muerte. Síguenla en sus costumbres, y al verla tan taimada y traidora, enemiga del día y amante de la noche, acechando siempre al gallo que profetiza y anuncia las alboradas para concluir con él y con su serrallo de aves útiles al campo y al hogar, considéranla como poseída por completo del espíritu maligno y registran su presencia en cualquier ocasión y lugar entre los peores y más funestos presagios. Por consecuencia, entristecidos, á causa de los indecibles males que desencadenara el hado en aquella ocasión sobre los nazaritas, apenábanse cada vez más al observar cómo la rota lanza, el fantaseado mochuelo y la ligera zorra predecían grandes é irreparables desgracias.

No tardaron mucho, aunque todo parecía sonreír por el pronto al real caudillo. En Loja se le unió Aliatar, padre de Moraima, tan excelente de suyo en el valor, como esta su hija, en la ternura. Podía llamársele al viejo moro engendro de la guerra. Cercano á cumplir un siglo, vigilaba, cabalgaba, combatía, como el más robusto mancebo. Su actividad había hecho de Loja fortaleza inexpugnable contra los cristianos, seguro y presidio de Granada. Bien lo probó el mismo rey católico, levantando el asedio, que inútilmente le pusiera con sus mejores huestes, y remitiendo el rendirla definitivamente á esfuerzos mayores y á más hueste. Al verlo salir, en brioso caballo, con todos los arreos militares cargado; de todas las armas seguido;

por bríosas huestes acompañado; creyeron los milites de Boabdil ver la victoria en persona. El viejo les conjuró á pernoctar en Loja para componer más á sus anchas el plan de campaña, y allí en Loja pasaron la noche. Discurrieron mucho en ella, y optaron por emprender correrías seguras en tierra de Córdoba, desguarnecida y abandonada entonces á causa de los recientes reveses cristianos y de las diezmadoras matanzas. Aguilar, Cabra, Montilla, Lucena se ofrecían á su codicia, coronadas de vergeles, que podían talarse á mansalva; ricas en trojes y en apriscos, donde con fortuna depredar á usanza mora, y recoger en despojos ensangrentados cuantiosísimo botín. Sobrecogidas á la descuidada por el tropel inesperado tan crasas comarcas, difícilmente podrían escapar en bien á la nocturna maniobra. Las aves de rapiña por los aires, las bestias carniceras por los desiertos, el tigre que acecha traidor sus víctimas, el chacal que machaca entre sus dientes los cadáveres, el insaciable león, la cruel águila, no pueden compararse con los ejércitos fronteros, que arrasan, en guisa de voraz langosta, las tiernas y apenas recién espigadas sembraduras; roban los dóciles ganados, combatiendo, como fortalezas agrias y ceñudas, á los inermes apriscos; incendian los caseríos y las aldeas en piras, cuyo fuego todo lo extermina y cuyas humaredas nublan de rojizos vapores el más claro cielo, después de haber desolado la tierra; y apresan, y cautivan, y encadenan á los habitantes, hombres, mu-

jeres, niños, llevándoselos á las mazmorras; ó bien para esclavizarlos perpetuamente y adscribirlos á sus servicios, ó bien para venderlos y traspasarlos en bazares y mercados de carne humana, que tal cortejo de crímenes lleva consigo la guerra y más en aquellos tiempos tristes y durísimos. Al grito de sus caudillos la gente granadina se sació y hartó, vertiendo unas veces la sangre humana con implacable crueldad, y cebándose otras veces en los campos hasta dejarlos yermos so los estragos del incendio. Cualquiera creería, viendo el terror de los españoles azorados y la insolencia de los moros triunfantes, oscurecida la buena estrella de los nuestros, y prosperado, como en los tiempos de aquel Hadyib, siempre victorioso, que se denominó Almanzor, los astros favorables á la morisma. Cuantioso resultó el botín recogido en tan procelosa correría de los sorprendidos cristianos. Baste decir que su distribución y reparto no dió margen á competencias y á quejas, pues todos allegaron más de lo que podían conllevar, y todos sintieron satisfechos hasta los mayores desapoderados deseos. Entonces los atrajo el abismo recatado tras las primeras ventajas. Y convinieron en que no bastaba con haber talado campos, encendido alquerías y villorrios, cautivado y muerto pobres campesinos; precisaba cualquier empresa que pudiera ser más arriesgada y útil, como la toma de una fuerte poblada ciudad ó villa; y pensaron todos á una en Lucena, proponiéndose rescatarla del infiel con facili-

dad é inscribirla con orgullo entre las glorias del reciente reinado de Boabdil.

El ingreso de tan joven monarca y apuesto caudillo en los campos de Lucena podía compararse, usando el habla de Oriente, á la feliz aparición de próspero y favorable astro en tranquilo y despejado cielo asiático. Todo le había sonreído hasta el momento feliz de aparecer ante la ciudad codiciada; y ya iba tras tantos logros de múltiples deseos y tras tantas cosechas de buenos sucesos, riéndose del terror mostrado por los santones granadinos y de los siniestros presentimientos sufridos por el corazón de Moraima. En el rostro de Boabdil, curtido por el sol y el viento, que borrarán la palidez enfermiza proveniente del placer y del harén, transparentábase aquella salud, nacida del ejercicio constante, y aquella satisfacción en consonancia con el deber observado y cumplido, que tanto cuadran á la majestad y á la juventud. Su belleza increíble se realzaba y crecía en aquel varonil oficio de combatir, tan opuesto á la indolencia de su anterior vida, toda ella gastada en goces y sueños, como ebrio de los orientales bebedizos, con que las artes mágicas habían puesto debida sustitución al vino vedado por los preceptos del Profeta. Diríase, por lo apuesto de su talante y lo vistoso de su traje, que iba en pos de fiestas y no de batallas, el joven Sultán. Traía marlota de riquísimo brocado azul realzada con áureas escamas y muy ceñida en el delgado cuerpo; un peto con damasquinas cince-

laduras brillaba fulgurantísimo entre los pliegues de amplio alquicel, albo como el azahar; en el costado, y dentro de una vaina purpurina sembrada de piedras preciosas, pendía, suspensa de cadenas valiosísimas, á manera de cinturón, espada bien ancha, con empuñadura por tan delicado modo esmaltada de colores varios y de líneas geométricas unidas con letras cabalísticas que importaba un imperio; la cimera le resplandecía en la cabeza como resplandece la encendida luz en los discos de los soles; y una lanza, muy semejante al rayo que fulminan los dioses, en la diestra mano y una grande adarga sostenida por el brazo izquierdo y realzada por embutidos artísticos de metales varios completaban aquel rico traje militar tan vistoso y tan propio de su oficio y de su rango. Un poco antes de que principiara la terrible acometida, esquivado y oculto, con sus milites, de noche á los rayos de la luna en espeso bosque, Boabdil se dirigió á los primates de su ejército, á los que hoy llamaríamos, según usanza contemporánea, el Estado Mayor general de sus tropas, encareciéndoles cómo necesitaban todos confiar en él para mejor servirle, y servir al granadino reino, haciendo morder el polvo en aquella lid á los eternos enemigos de su corona y de su fe.

—Ya sabéis—dijo, que buscamos la verdadera vía, en obediencia fiel á los divinos mandatos, y con sujeción á la omnipotente voluntad é infalible sabiduría de Alah. No seamos jactanciosos hasta

ufanarnos con esperanzas que pudieran marrar, ni tímidos hasta creernos rotos aun antes de comenzar las porfías por nuestras anheladas victorias. La bóveda celeste da vueltas á su antojo sobre nuestras cabezas y no podemos acertar con sus mudanzas y cambios. Muchas veces aparece como nuestro seguro y otras muchas como nuestro calabozo. Ya nos acaricia como el jazmín cargado de aromas en primavera; ya nos coge y mata como el anzuelo que de las aguas extrae al pez. No temáis las contrariedades primeras á nuestro intento con que podamos tropezar en el camino de combates abierto ante los ojos. Vuestra voluntad firmísima logrará sacudirlas y conjurarlas como sacude la guedeja del airado león las moscas incómodas que le pican y le molestan. Necesito yo un timbre que poner en la corona recogida recientemente de nuestras guerras civiles; y necesitáis vosotros una razón que alegar para pertenecer á un bando, el cual, si no compensa con victorias las discordias en nuestra ciudad mantenidas, habrá perpetrado el peor de los crímenes, el de alterar inútil y baldíamente á su patria. No podemos, no, tener timbre que presentar al pueblo granadino como la conquista de esta ciudad, adonde marchamos, y que se aparece á nuestros ojos como una segunda Córdoba, ciudad santa y hermosa, tan llorada desde los terribles días de su infausta perdición por todos los muslimes. ¡Sus! Al combate, seguros que Dios pelea por nosotros. Donde quiera que nos hemos

presentado, el cielo nos ha favorecido con despojos remuneradores de nuestros esfuerzos. Sigamos, perseveremos, ya que nacimos para guerrear, en la seguridad completa de que, al reinstalar en nuestro reino ciudad tal como Lucena, quizás abrimos el camino á la reconquista de todo el territorio andaluz. Que Dios escuche nuestras voces y prospere nuestras vidas, pues nuestros enemigos bien descuidados están y bien ajenos al golpe que les aguarda.

No estaban de ningún modo tan desprevenidos como creía el joven rey, tan ajenos á cuanto en derredor suyo se tramaba. Casualmente Illán, en quien parecía como reunido todo el valor español, apenas escapara salvo al desastre de Málaga, cuando corriera por todas partes reanimando los corazones y encendiendo el general deseo de continuar la guerra santa. Sí, tras un cruel desastre la fibra española se remonta con fuerza tal que ni desesperación, ni aun desaliento, entra en el pecho de nuestra heroica raza. Parecían el Asia y el África trasladadas por los simounes del desierto aquende las aguas del Estrecho tras la rota del Guadalete; y pobres montañeses, levantados unos en las cordilleras que azota el Océano y la niebla cubre; levantados otros en el centro de los Pirineos, impidieron tal desastre á Europa, y colocaron, en guisa de faros espirituales, por las cimas y alturas, aquellas iglesias y aquellos monasterios, donde se hallaban como encerrados los restos de nuestra religión y

de nuestra patria. Cien veces pudieron creer nuestros padres que la reconquista retrocedía en su curso y se disipaba en irreparables desastres; ya, cuando los Abderramanes resplandecían en su Califato de Occidente asistidos por los ejércitos más marciales del mundo; ya, cuando los Almanzores llegaban de triunfo en triunfo hasta la Basílica de Compostela y remitían sus campanas como lampadarios á la grande aljama cordobesa, en hombros de cautivos; ya, cuando los Almoravides inmolaban en los siniestros campos de Alarcos, cual inocentes víctimas de un sacrificio, á nuestros príncipes y magnates vencidos; ya cuando un Mahedi, educado en las madrisas de Andalucía y de Syria, purificaba la fe con sus plegarias al pie del Atlas y reunía los invencibles almohades, sojuzgadores de las primeras ciudades nuestras; ya en mil otras adversas ocasiones, al golpe de tan rudos y horribles contratiempos, capaces de paralizar la voluntad y extinguir la esperanza en otros menos fuertes, pero no en los destinados así á vencer con su esfuerzo las huestes vomitadas por África y Asia sobre la tierra europea y sobre la civilización evangélica, como á descubrir con su audacia mundos guardados cual impenetrables secretos en los inesplorados y misteriosos mares. Illán representaba verdaderamente la constancia española y pertenecía de suyo á la estirpe de aquellos ínclitos varones, que no contentos con borrar el mahometano fatalismo de nuestro suelo, y rehacer y reconstruir la pa-

tria, estaban destinados á completar la tierra con sus descubrimientos y á enaltecer con sus hazañas apenas creíbles los anales de la humana Historia. Respondiendo á su carácter y á su tradición, así que vió Illán cómo nada podía esperarse ya en Málaga, curados los heridos que pudo curar, satisfechas las necesidades múltiples que tras un desastre como aquel pueden satisfacerse, corrió por las comarcas cristianas, y por los castillos y las poblaciones fieles, no solamente á consolar los deudos heridos por las matanzas recientes, á rehacer los ánimos, y empujarlos tanto al combate como al desquite. Un misionero por sus predicaciones, un santo por sus virtudes, un héroe por su esfuerzo, un mártir por sus penas, un verdadero político en los consejos, un gran general en las batallas, noble por su cuna y plebeyo por la confusión de sus sentimientos con los sentimientos del pueblo, aconsejaba Illán la necesidad imprescindible de mantener la guerra santa en sus conversaciones privadas y en sus arengas públicas, yéndose luego el primero al riesgo para retirarse tras las batallas, ó ganadas ó perdidas, el último siempre. Bien es verdad que mientras á otros les movían tan sólo en sus empeños el patriotismo y la fe, á él movíale otro resorte de mayor impulso como los desdichados amores de su pecho y el deseo vivísimo de presentarse ante la mujer amada victorioso, y darle alguna vez en rostro con sus traiciones á la familia, y á la religión, y á la patria. En el pecho de

Illán sólo había una cosa nefastísima, su sed insaciable de venganza.

Llevado por todos estos sentimientos había conseguido que señores y pueblos fronterizos al moro se hallaran aparejados, así á resistir una irrupción del feroz enemigo, como en tierras del enemigo á emprenderlas si les pluguiese. Lucena, pues, hallábase preparada, y perfectamente preparada, por los consejos de Illán, al golpe, bien viniera del rey granadino, bien del Zagal malagueño, bien del mismo Hacem en persona. Era la madrugada del 20 de Abril, cuando los escuchas, expedidos á los cerros que confinaban con el reino árabe, dieron señales de avecinarse inminente peligro. Apenas, en guisa de nefastísimos astros, ardieron las cumbres de los montes con las hogueras tenidas entonces por señales, el plañido vocinglero de las campanas tocando á rebato congregó los habitantes de Lucena en sus respectivas porciones, de antemano designadas, que todos sabían adonde acudir, cuando los reclamase la necesidad en observancia de sus capitales deberes y en requerimiento de un sitio propio á defender sus casas y sus iglesias amenazadas. Mandaba el célebre Alcaide de los Donceles, y asistíale Illán. Aquel resistía mucho admitir el combate, no habiendo llegado los auxilios pedidos con toda premura, en tan supremo instante, al conde vecino, al de Luque; pero Illán le aconsejó no vacilar un punto, en la creencia de que alcanzaban la mitad por lo menos del triunfo todos.

cuantos confiaban con esperanza y fe alcanzarlo. Y cuenta que aparecía el enemigo muy formidable, aun á los menos recelosos y más esperanzados, por haberse partido en tres fuertes amenazadoras divisiones, mandada la una por el abencerraje Ahmed, la otra por el invencible Aliatar, y la mayor por el mismo Boabdil en persona. Sentimientos diversos rompieron en la gente ciudadana, como acontece, por necesidad inevitable, siempre que se congrega multitud numerosísima, en la cual han de arder por fuerza muchas varias ideas y agolparse muchos encontrados sentimientos. No había remedio: mientras unos se impacientaban hasta romper por todo, y decidirse á salir en tropel, otros retrocedían y esquivaban el peligro, recluyéndose dentro de sus casas, como dentro de cerrados panteones, á esperar en silencio y con resignación la muerte. Para casos tales son los grandes ascendientes. É Illán ejercía todo el que naturalmente los genios extraordinarios ejercen sobre los hombres y sobre los tiempos. Así con doble influjo alcanzó á refrenar el ánimo de los impacientes y á mover el ánimo de los desalentados, impidiendo que los unos se arriesgaran á salidas procelosas y los otros se perdieran para la común defensa en el terror. Su consejo dado al buen Alcaide de los Donceles y por éste seguido ciegamente, fué dejar sin obstáculo á Boabdil con los suyos moverse á su antojo y acercarse al objeto de sus maniobras, para que ofreciesen más pecho, por menor recelo, al ataque,

y cuando estuvieran cerca y á tiro llover tal lluvia de flechas y balas sobre todos ellos, que no pudieran muchos contarla. Y sucedió como había Illán previsto y presentido. Los acometedores corrieron á una con tal precipitación, y aproximaron sus cuerpos con tal descuido, que tapias muy aspilleras, murallas ceñudísimas, casas convertidas en fortalezas, todas á la simple vista de fuera desguarnecidas, despidieron tal fuego, y de tan próximo, que los diezmaron, obligándoles á un retroceso no menos violento y rápido que la feroz acometida. El asalto, por tan fácil y seguro tenido, se cambió en cerco, especie de retrogradación en la empresa y de ventaja para el cristiano con tanta furia en los primeros empujes acometido. Rabiosos de retroceder y pregonar su imprevisión arremetieron los árabes con viñas y olivares y huertas. Había para llorar viendo las cepas con sus verdes tallos, los olivos en flor, los almendros con sus frutas tiernas y verdes brutalmente desarraigados en minutos de aquel suelo, que trasformaban con sus raíces y convertían en incienso de aromas con sus absorbentes y delicadas fibras llenas de olorosos y sabrosísimos jugos. Después de tal desahogo reunió á los primates de su ejército el Sultán, demandándoles consejos necesarios en tal trance. Todos estaban maravillados con razón de la inesperada resistencia, y así aconsejaron el envío de un embajador, que amenazase á los sitiados, y diese tiempo á los sitiadores para reponerse del

asombro y concertarse al nuevo ataque. La embajada se partió con instrucciones, las cuales revelaban más fuerza y más vida en las lenguas que en las armas de los musulmes.

Tamañas intimaciones arrogantes ocultaban recelos y aun temores de los que todo lo fiaban á sorprender y desconcertar con las sorpresas á sus enemigos. Alejado de su reino temerariamente con hueste desproporcionada en verdad á la empresa, Boabdil se veía en el caso de conminar á los mismos á quienes ya estaba imposibilitado quizás de vencer. La terrible amenaza de un degüello hacía con aires de vencedor el cuitado Sultán, al punto mismo de iniciar un retroceso. El Alcaide de los Donceles, asesorado sabiamente de Illán, comprendiendo cuán intenso terror latía en las arrogancias de palabra usadas por los musulmes, entretuvo y prolongó con arte aquella inútil conversación diplomática, cuyos incidentes le daban hábil espera en la necesidad, por que pasaba, de aguardar indispensables refuerzos á sus poco nutridas compañías y á sus no bien pobladas fortalezas. Un leal defensor de la ciudad, que sabía el árabe á maravilla, por haber pasado largo tiempo cautivo en las mazmorras africanas, Argote, nombre ilustre por todo extremo en los anales del reino cordobés, tomó de traidor máscara, suscitando esperanzas de comprar por oro aquel pueblo que no podían someter los sitiadores á hierro. Así andaban de tienda en postigo varios y sendos ofrecimientos, chismeci-

llos de mujeres más que retos ó mensajes de soldados. Y el tiempo corría, y los refuerzos, en la plaza esperados, á más andar se acercaban. Cuando ya estuvieron ciertos los lucentinos de la llegada, rompió Argote los disfraces, mal de su grado vestidos en ley de necesidad; y concluyó por anunciar al sitiador la inevitable inminente rota. En efecto, apenas acababa de notificar tal esperanza, cuando vítores y alaridos, exhalados por la ciudad, campanas echadas á vuelo con regocijo, atambores á fiesta sonantes, clarines agudos, y músicas más del triunfo que del combate, llenaron los aires, y pusieron espanto y miedo en el atribulado corazón de los antes ensoberbecidos sitiadores. Así volvieron los ojos al rico botín allegado hasta entonces, y temiendo arriesgarlo, tomaron camino de Iznajar una bien explícita retirada en requerimiento y busca de la segurísima Loja. Los sitiados hubieran salido solos, pues ya tenían prestas las huestes, requeridas las armas, puestos á su cabeza los jefes, si las fuerzas no llegaran de súbito á marchas dobles, mucho antes de lo racionalmente aguardadas, y no trajeran consigo la certeza matemática del triunfo. Venían, en efecto, por un lado los de Cabra con su conde á la cabeza, que traía el pendón de su casa y el fausto de su corte; por otro lado el señor de Zuheros con su escuadrón de apuestos y aguerridos jinetes; por otro el Alcaide célebre de Porras, mandando las mesnadas brillantísimas del de Luque, á quien sus

achagues impedían erguirse á caballo, y participar de una contienda, en la que, sumado al valor la simulación, alardearon poco desde un principio con el fin de engañar á los granadinos, y sugiriéndolos falsas ideas respecto de su número y de su importancia, retenerlos con una retirada lenta y exterminarlos á mansalva. Para mayor felicidad y logro de tal estratajema, caso raro en Andalucía, una espesa niebla ocultaba respectivamente á los dos ejércitos sus sendas maniobras y marchas. Pero los moros se hallaban en territorio enemigo, mientras los cristianos en su propio territorio; y los espionajes, y los escuchas eran para estos cosa mucho más fácil y ventajosa, dada su imprescindible necesidad en toda batalla. Supieron, pues, los lucentinos cómo Boabdil echara pie á tierra en el prado de Ara, y al borde casi de una colina, recomendando á los infantes el descanso, indispensable antes de marcha larguísima y encomendando á los jinetes el cuidado asiduo de todo el ejército y de los ricos despojos que constituían el cuantioso botín. En tales condiciones los dos combatientes se hallaban al comenzar lo más recio y lo más decisivo de su campal pelea.

Bien pronto se combinó la fuerza y se arregló la hueste, que debía primero acometer al enemigo y convertirlo de sitiador en sitiado. Sigilo y silencio precedieron á todas las maniobras, facilitando la estratajema. El valeroso Alcaide de los Donceles, y su asesor, ó compañero, el mártir Illán, apare-

cían, ya lo hemos apuntado, como generalísimos ó jefes primeros de todos aquellos pueblos en armas. Tras los dos, muy apercebidos y serenos, iban tercios recién llegados en auxilio desde Baena y Doña Mencía. La consigna para el apercebimiento y la concentración se dió con tal claridad y firmeza que algunos caudillos de los más renombrados llevaban sus armas desnudas con orden de inmolar en el acto al milite, que, ardoroso, gritase, para espantar á los contrarios; ó que, impaciente, corriera dentro de las filas, en pos del combate cuerpo á cuerpo, y del botín tomado por sí, como solían frecuentemente los mesnaderos feudales en tan duros tiempos. Solo en el sitio señalado muy de antemano, y á la voz convenida, exhalaban aquellas legiones cristianas el grito de Santiago que corriera en alas de nuestras guerras por la reconquista desde Clavijo á Granada. Y así como las fragorosas voces hirieron los oídos de la hueste árabe, hirieron la vista los pabellones aumentados fantásticamente por los pliegues de la niebla, ó por las alucinaciones del sentido. Aunque habían comenzado la retirada, tuvieron que detenerse, amenazados por la terrible aparición, para defender, ya la retaguardia cuasi prisionera según le iban á los talones, ya el botín casi abandonado según lo cerca que se hallaban los recién aparecidos. La caballería, que resguardaba con celo á los infantes moros, volvió grupas de súbito y aceptó el combate con ardor. Paráronse los nuestros á pie firme, y respondi-

ron al empuje con una serenidad imperturbable, presentando un frente invencible. Dos ataques dieron á los nuestros; y en los dos quedaron imperturbables los atacados, como si fueran una masa inerte de puro resistente. Más superior el enemigo en fuerza y número, convenía dividirlo en pelotones, para vencerlo y sojuzgarlo en luchas parciales que sumaran una victoria total. Encargáronse de tal ministerio el gobernador de Lucena y el gobernador de Santaella, lográndolo con amagar al centro y romperlo por medio de tal amago. Entonces Illán cargó sobre su frente con arrojo, y llevó al enemigo la confusión y el desconcierto con facilidad. En vano gritaban los caudillos árabes á sus gentes para que sus ánimos se confortaran y sus ojos vieran la importancia y número del enemigo que tenían delante. Los abencerrajes tan solo y varios pundonorosísimos caballeros escucharon la consigna y obedecieron sus términos. Los demás, unos por asalteados en varias direcciones; otros, por celosos en guardar cautivos y riquezas; muchos por aumentar con la imaginación el peligro y creer mayor el daño; todos, por sorprendidos, comenzaron amilanándose á una y concluyeron cayendo en ese impensado pánico, tan mortal á los ejércitos, tan disolvente de su organización, y tan horrible para su fuerza y aun para su vida. Pero el pánico llegó á dispersión, cuando los señores de Zuheros y de Luque, por unas cañadas emboscados, todas ellas cubiertas de copudas y

viejas encinas, dieron orden de tocar clarines italianos, de muy agudos sonidos, cuyos encontrados ecos debieron resonar en las orejas de los rotos y vencidos como la trompeta del Juicio final. Es lo cierto que, subido el pavor á extremos de verdadero enloquecimiento, los amilanados se trocaron en dispersos, y emprendieron rápida fuga, en la cual chocaban los unos con los otros, haciéndose mucho daño entre sí todos, como sucede siempre que á la disciplina y obediencia en el ejército suceden el desánimo y la dispersión. Las respuestas dadas por unos clarines á otros en el trance aquel, según anterior convenio, aumentaron mucho el pánico, y dieron mayores impulsos á la fuga. Entonces los españoles, persiguieron sin descanso, y acuchillaron sin piedad á los vencidos, por ese furor que da siempre á los vencedores la reciente disputada victoria. El campo de Lucena debió llamarse campo de matanza ó de carnicería, por los cadáveres que poblaban el suelo, y los cuervos que poblaban el aire. Pocos ejércitos han dejado tras sí tantos muertos como el ejército de Boabdil. Pero ¿qué fué de este, llamado por unos el rey chico, por otros el rey desdichado? ¿Qué fué de Aliatar? ¿Qué fué del abencerraje Ahmed? Vamos á verlo en el capítulo siguiente, puesto que habíamos consagrado este á la célebre batalla de Lucena.

CAPÍTULO XIX.

La caballería mora pudo salvar á Boabdil, arrojando las embestidas de la gente cristiana con verdadera serenidad. Pero á las huestes comandadas por Illán y los dos alcaides, así el de Santaella como el de Lucena, uniéronse bien pronto las huestes de los dos señores de Zuheros y de Luque, por tan inesperada suerte aparecidos, que se dirían abortos de aquel atormentado territorio. Desconcertáronse todos los caudillos agarenos, á excepción de los dos que más arriesgaban en aquel encuentro, y que más podían temer de la derrota ó aguardar de la victoria: Boabdil y Aliatar. Aquel que, según usanza de su gente cabalgaba muy airoso á la gineta, apeóse de su caballo herido al llegar á las márgenes del torrente Martín, tratando con grandísimo arrojo de vadearlo, al par que se defendía con tenacidad, y sustentaba palmo á palmo sus disputadas posiciones. Muchedumbres de soldados maltrechos, y caí-

dos, bien á los golpes, ó bien á las fatigas y al cansancio, se descubrían por todas partes, aumentando así la desolación del campo como las angustias del vencido. Boabdil trataba de sostenerlos y alentarlos hasta ver si podía restaurar con su moral sus fuerzas; pero todo en vano, porque ningún terror se asemeja en lo desatentadamente medroso al terror de un ejército asaeteado del pánico. El rey moro tuvo, pues, que acogerse á unas zarzas y á unas adelfas, las cuales entretejidas, bella, siquier naturalmente, formaban como una especie de gruta, y ocultar allí su tristeza y su rota. En vano se ocultó. Las espléndidas vestiduras, á su cuerpo ceñidas; la vibrante lanza, tan análoga con el cetro, empuñada por su mano; la increíble armadura damasquinada y reluciente, como si hubieran embutido en ella los astros del cielo; tantos pregones de su poder y de su alcurnia, debían traerle codiciosos aprehensores, ganosos de comerciar luego con tan rica é inesperada presa. Y sin embargo, nadie sabía quién era, pues difícil presumir tanto arresto en el débil rey moro llamado el infeliz y el chico. Terrible lucha cuerpo á cuerpo, cual pudiera en cerrado torneo empeñarse, hubo por algunos momentos entre Martín Hurtado, regidor de Lucena, y el rey de los moros, aquel rey desdichadísimo, sobre cuyo brazo pesaba la suerte del último reino musulmán, ya casi extinto en el seno de nuestra península. Según la mezcla de codicia y heroísmo, que caracterizaba las grandes luchas de aquellos tiempos,

súbita escaramuza entre los soldados cristianos estalló alrededor del recién cautivo moro. Viendo sus preseas, quisieron varios alzarse con tan valioso reen y llevárselo en la porción de su pertenencia. Especialmente los soldados de Baena y de Cabra disputábanse con furor al moro. Uno, entre los principales mantenedores de aquella disputa, le llegó á poner la mano sobre el hombro, y Boabdil se defendió noblemente con su puñal y su cuchilla de semejante atentado. Llegaran las cosas á mayores, si no viniera el alcaide mismo de los donceles, y echando rojo lazo al cuello de Boabdil, no le declarara buena presa perteneciente á todo el ejército, aun sin haber conocido la persona de quien se trataba, pues no acababan de cautivar los lucentinos un rey, no, acababan de cautivar un reino.

¿Qué se había hecho entre tanto de Aliatar? Aquel guerrero, que parecía uno con su caballo, y que vibraba las armas como los dioses sus rayos, no envejecido, á pesar de acercarse á un siglo; ni desmayado so la pesadumbre de tantas adversidades como probaban á los suyos en aquellos tiempos; antes erguido y fuerte, al modo y manera de los victoriosos y de los felices, parecía destinado aún por la naturaleza, empeñada en conservarlo, á defender Granada y Loja durante los últimos trances de sus gloriosas vidas y en los últimos arreboles de sus esplendentes historias. Recogiendo á los más animosos y á los más fuertes, Aliatar pasó el torrente que no había podido pasar Boabdil, y creyó encon-

trarse ya en cobro, por muy próximo á ganar aquellos territorios propios, requeridos con grandísimo empeño y aliento en su rápida carrera. Seguíanle á mayor abundamiento varios veteranos, curtidos en los combates de antiguo y dispuestos á sostenerle con arrojo y tenacidad en todas partes. Quien ha pasado por las tempestades que Aliatar pasara en su vida sin consumirse, créese invulnerable al hierro, incombustible al fuego, dotado por la naturaleza de una como segunda perdurable vida. Solamente, pensaba en aquel entonces Aliatar, solamente la presencia del Angel de la Muerte podía en su camino detenerle, y solamente un decreto del hado en su empeño aniquilarle. Había dejado á su espalda Iznajar, sitio último, postrero límite, adonde llegaban aquel día las arremetidas del vencedor, detenido á cada paso por las solicitudes atractivas de los despojos. Pero el cielo habíalo dispuesto de suerte que no se salvase nadie á sus iras manifestadas en todos aquellos trances tremendos. Apenas habían traspuesto el torrente, y creídose ya salvos, aparecieron armados de punta en blanco varios señores castellanos, los cuales, calada la visera, erguidas las agudas lanzas, clavadas las espuelas en los ijares de sus corceles, arremetieron á los enemigos recién hallados, con ánimo de apresarlos, aumentando así la innumerable muchedumbre de valiosos cautivos. Pero muerto, y solo muerto, hubieran podido coger al anciano Aliatar, ilustre personificación, quizás la postrera,

del empuje de su raza. Mandaba los caudillos cristianos Alonso de Aguilar, como el alcaide viejo é ilustre de Loja mandaba los caudillos musulmanes. Conociéronse uno á otro y se retaron, como si estuvieran solos, y en singular combate. A la palabra rendición, modulada por Aguilar, contestó el moro con otro reto parecido á una blasfemia. Y tal respuesta no se había comunicado aún á los aires, cuando la tajante tizona del caballero castellano hiende, como un rayo despedido de tonante nube, la cabeza de Aliatar, quien, desceñido de sus armas, desarzonado de su cabalgadura, y magullado y malherido en todo su cuerpo, cae sobre las laderas del Genil, y desde sus pendientes agrias rueda con celeridad al cauce, hasta sumergirse á guisa de inerte piedra que las aguas arrastraron hasta unas rocas lejanas, donde pudieron ver, algunos días después, ya los fugitivos, ya los merodeadores, un cadáver cuasi comido por los buitres y por los perros; pero asiendo en su mano crispada por el dolor aquel áureo alfanje cuyas chispas brillaran por tanto tiempo, como próspera media luna, sobre las sienes regias de Granada, preservándola y defendiéndola contra las asechanzas españolas.

Así acabó la batalla de Lucena, conocida con el nombre también de batalla del Rey Moro. La brillante armadura de este, pasó á poder del alcaide de los Donceles, quien la tuvo mucho tiempo colgada en su enterramiento y panteón de San Jerónimo en Córdoba. Cinco mil moros perecieron en la deman-

da, entre los cuales, todos tenían por el más héroe al gran Aliatar, primero entonces entre los generales del reino. Mas no fué tan solo éste á la verdad entre los notables muertos. Murió también el alguacil mayor de Granada, el mayordomo de la Alhambra, y otra multitud innumerable de jóvenes pertenecientes á la flor y nata del desdichado reino. Veintidos estandartes se repartieron entre los vencedores, y flotaron bajo las bóvedas de nuestras iglesias. Al día siguiente se veían por do quier antiguas y ricas tiendas, tan hermosas como palmeras del desierto, algunas traídas hasta del Egipto y de la Syria. Los atambores y añafles árabes sonaron en las calles de Lucena con regocijo, celebrando lo contrario de aquello para que fueron hechos, las victorias cristianas. Los pueblos primeros de la comarca celebraron fiestas religiosas; y los despojos fueron acompañados, principalmente aquellos que significaban alguna gloria ó algún recuerdo, entre magníficas procesiones. Pagáronse á mil maravedises cada uno de los pendones tomados al moro. Los jinetes recibieron cuatro fanegas de trigo y una lanza; los infantes dos fanegas de trigo y una lanza. Empeñóse ruidosa y hasta bélica competencia sobre quién ó quiénes tomaran al moro principalísimo, cuyo nombre y calidad ignoraban todos, noches después del combate. Los naturales de Cabra y los de Baena se arrogaban la primacía de tamaño hecho, al cual habían de sumarse, por necesidad, grandes y extraordinarias

ventajas. Riñeran, más que disputaran, á no impedirlo sus jefes; y aun, para impedirlo, debieron estos industriarse de suerte que no aparecieran ellos jueces resolutores del empeñado litigio. Remitieron á Boabdil mismo la sentencia y le aseguraron que, pareciendo, por su apostura, persona tan principal, había de ser forzosamente caballero, y decir verdad, tal como se prescribe y manda en todas las religiones á todos los hombres. Allanáronse á esto los litigantes, aunque Boabdil no había pronunciado una palabra. Presentáronse primero los de Baena, y el cautivo no se movió, aunque le requirieron á una con verdadera insistencia para que dijese con verdad si eran ellos ó no sus aprehensores. Pero en cuanto entraron los de Cabra y Lucena, precedidos por Martín Hurtado, verdadero aprehensor de Boabdil, éste se levantó del cojín mullidísimo, en que se hallaba como acostado, y los designó con el ademán por sus verdaderos aprehensores. Así concluyó tan extraño litigio sostenido por una y otra parte antes de saberse quién fuera el cautivo.

Encerráronle, por fin, en la Torre del Homenaje, que velaba, como un avanzado centinela, por aquel tiempo, los castillos feudales. Aunque nadie sabía su nombre y calidad, todos adivinaban en él, en su talante nobilísimo, en su concentrada reserva, en su dignidad íntima, poder, grandeza, fortunas superiores: que la superioridad se delata siempre á sí, hasta por las minuciosidades múltiples de la

vida, imposibilitada completamente de recatarse y encubrirse. Guardáronle, pues, los nuestros las consideraciones debidas por el vencedor al vencido, y lo recluyeron en estancias verdaderamente regias. Con delicadeza grandísima, no divorciada del heroísmo, quizás compañera inseparable suya, trataron de que no se añorara por su ausente patria, ofreciéndole para su habitación, estancias compuestas y alhajadas al modo morisco. No podía costar mucho á los cristianos de tal tiempo este refinamiento con cautivo de tal monta. Por do quier penetraba en la vida española el oriental espíritu. Inútil asomarse allende la violácea Sierra-Morena para ver cómo el arte árabe pagaba tributo al cristiano y se unía con los triángulos del gótico y con los rosetones del plateresco, embelleciéndolos y realzándolos. Basta con pasearse por los sitios metropolitanos de nuestra iglesia y de nuestra monarquía, tanto en las dos Castillas como en Aragón, basta con pasearse por Toledo, Ávila, Segovia, Zaragoza. Los ajimeces de las Aljaferías; el azulejo empotrado en los zócalos de las paredes, alicatadas á guisa de venecianas blondas; las techumbres de oloroso alerce, con marfil y oro embutidas, en forma de guirnaldas donde se hubieran juntado á las perlas rosáceas del mar los asteroides brillantes del aire; las puertas, con arcos de graciosa herradura, festonadas por hiedra y por zarzas, en los jardines de la Galiana, henchidos de orientales romances; aquel sepulcro mudejar fabricado en la

catedral de Tóledo, con todas las alharacas del gusto granadino, para velar el sueño eterno de canónigos ó prelados, y que tiene masónicas fórmulas; aquella sillería oriental del convento de Ávila, bajo cuyas marmóreas losas duerme Torquemada, sillería sin un santo ni una cruz, toda revestida por maravillosa manera, con reproducciones mágicas de las flores del campo; las galerías del Taller del Moro y los tambores de la Puerta del Sol y los chapiteles syrios de Santa María la Blanca en las orillas del Tajo, semejantes, al extenderse bajo estos timbres asiáticos, á las orillas del Eufrates en las tierras del Asia; todo esto dice bien, cómo pasaban aquellos dos pueblos enemigos la vida, combatiéndose mutuamente con ardor é imitándose con fidelidad. Cual los nazaritas trazaban cristianas pinturas en el Patio de los Leones, ponían los nazarenos orientales diademas en las sienes de sus palacios, y echaban como chales de Persia magníficos alicatados en las paredes ciclópeas de sus fortalezas y castillos. Así Boabdil pisó alfombras de Asia como en su Alhambra; ocupó cojines moriscos, análogos á los gastados en su harén; vió pendiente allí en el alhamí, la guzla cargada de melodías semíticas; y rebosando agua fresca, sobre piedra de jaspes, el búcaro azul celeste; y despidiendo aromas el embriagador pebetero; y entonando coros las aves enjauladas en áureas pajarras; mientras la luz diurna, cernida por las celosías, trazaba en el pavimento, bruñido como un

espejo, fantásticos arabescos; y los surtidores, después de alzarse á las estalactitas de un techo brillantísimo, volvían murmurando al tazón, abiertos en gotas diamantinas por los aires cargados de perfumes trastornadores y de suspiros dolientes.

Pero ¡ay! que si todo esto le aproximaba materialmente á su patria y á su raza, el encierro y reclusión entre aquellas magníficas paredes, el grito de los centinelas castellanos, el repique de las campanas cristianas, decíanle cómo había caído en poder de infieles, y cómo acaso había con él también caído su hermoso y esplendidísimo reino. La naturaleza y complexión de los semitas es de suyo muy dada ciertamente á la tristeza, de lo cual derivase acaso la melancólica mirada, con que muchas veces os pasma el árabe, y su propensión á elegías tan sublimes como las cantadas por los abdibitas sevillanos en sus destierros al África ó por los profetas hebreos en sus duros cautiverios. Lo primero de que Boabdil se acordó en su desgracia fué del duelo que suscitaría en las gentes granadinas la noticia del nefasto desastre. Fingíase, allá en su retina exaltada por la fiebre, los centinelas de Loja, escudriñando los valles del Genil, para columbrar si venían ó no en dirección opuesta con el curso de tan sacro río, los árabes resplandecientes de victorias y cargados con despojos capaces de abrillantar y exaltar aún más al reino granadino, especie de gigantesco escollo, á cuyas cimas habían llegado con sus penates y sus riquezas cien generaciones de

náufragos. Pero ¡ay! bien pronto verían sobre los campos alegrados por la copia de colores, que ostenta en sus paletas Abril, acercarse, ya entristecidos, ya maltrechos, algunos dispersos, semejantes á esas aves, las cuales se apartan de sus bandadas y se van solas á las emigraciones, despidiendo lastimero grito. Y hasta las piedras les preguntarían á estos infelices por el monarca, por el general, por el santón, por el ejército entero, pueblo en armas, esparcido sobre las tierras cristianas con furia de tigre y disperso como una triste manada de ciervos. Y los interrogados no sabrían cómo contestar á tales interrogaciones y cómo decir lo que habían visto, los turbantes dispersos en la tierra empapada por todos sus poros de sangre; las adargas rotas á los mazazos del enemigo y agujereadas por sus disparos; los lanzones caídos en fragmentos como cañaverales tronchados por el huracán; los héroes de tantas victorias muertos en el seno de una tierra madrastra, sin entrañas siquiera para sus huesos, mondados por los picos del buitre y por los dientes del perro. Ya veía los santones vestidos de saco, y cubriéndose la cabeza con la ceniza del hogar apagado; y las mujeres, hendiendo con sus gritos los muros del harén, gritos lastimeros, que preguntan por el padre, por el esposo, por el mancebo nacido de sus entrañas y criado á sus tetas, extintos todos. A lo mejor, en medio de aquella desolación, se veía venir sin cabalgadura el caballo á quien le arrancaran su jinete, despavo-

rído de dolor, y atronando los aires con sus relinchos salvajes, llenos instintivamente de amarguras y penas. ¡Ah! Cómo se asomaría la pobre Moraima, en su desesperación, por los ajimeces del mirador de la Reina, y viendo llegar al mensajero de tan malas nuevas, caería sin vida ni sentido sobre los duros suelos, tan pálida y tan fría como la flor desmayada que cruel mano arranca del follaje y del tallo. Y por lo contrario, cómo Aixá, en su vigor, se mesaría los cabellos, y echando espumajos de hiel por sus labios y centellas de guerra por sus ojos, levantaría las manos al cielo en testimonio de no tomar un día de descaaso sino después de haber tomado, á su vez, otro día de verdadero desquite, y apercibiéndose á combatir de consuno con los vasallos rebeldes y con los españoles vencedores. Su pensamiento y su recuerdo fijábanse ante todo y sobre todo en la predilecta de su corazón, en la favorita de su existencia, en la mujer amada con todos los amores y para la cual guardaba los afectos más puros de su corazón enamorado y tierno. Veíala como avecilla despojada de su pareja ó de su nido, sin más consuelo que lanzar al viento la expresión siniestra de agoreros lamentos. Sus ojos, arrasados de lágrimas, no se apartarían ni un minuto de la corriente del Genil, que brilla serpenteando en la Vega, y que resultaba entonces, por los empeños de la fatalidad, como estrecho lazo entre los dos esposos apartados y ausentes. Las crestas de las montañas occidentales resplandece-

rían todas con los destellos de aquellas miradas amorosas, á cuya virtud se habían fundido en el férreo pecho más de un duro corazón guerrero. Y entonces recordaría la cuitada, como ella, ella sola, se opusiera con sus débiles brazos á la salida del esposo, acosado por mil funestos augurios, mensajeros de adversidades presentidas por aquella triste alondra, que sabía con intuiciones proféticas y anuncios maravillosos, adelantarse á los tiempos y penetrar en los recónditos senos de misterioso porvenir. ¡Ah! El olor de las rosas y de los jazmines hedirían á su olfato; y pareceríale un cementerio la regocijante Alhambra, despojada de su rey, como ella viuda de su esposo, y con tristezas inenarrables entristecida verdaderamente. Y siguiendo el curso vario de todos estos elegiacos pensamientos, Boabdil se cubría el rostro con las manos y se daba sin recato al torrente de sus lágrimas.

Los aprehensores del rey resolvieron ponerle bajo la custodia de Illán y encargár á este que averiguara la prosapia, dignidad, nombre y cargo del preciado cautivo. La elección, en efecto, no podía tener más acierto á causa de los cumplidos sentimientos caballerescos del héroe y de su arte consumadísimo en hablar la sonora lengua del vencido. Entró, pues, en su oficio el castellano y católico, impulsado por móviles iguales á todos cuantos determinaron las acciones más hermosas y honradas y altas de su heroica existencia. Rabioso como el soberbio león de los desiertos en el combate, cuando

ya tenía un enemigo á merced suya por la victoria, presentábase como el más misericordioso y benigno de los hombres. Así, las palabras más suaves partían de sus labios para no herir aquel corazón desgarrado por su derrota, y la más humilde actitud correspondía con su nativa generosidad. Preséntose, pues, delante de Boabdil, aún ignorando quién fuese, más bien como á recibir órdenes que como á darlas. El árabe, acostumbrado al trato de las gentes, vió en seguida el carcelero encargado de su custodia, y adivinó cuánta caridad encerraba su pecho, bajo la coraza medio rota y abollada en los mismos combates, donde le habían hecho á él prisionero y cautivo. Así, profundamente saludó á su preclaro guardián, no sólo bajando la cabeza en señal de respeto, sino también tendiéndole con efusión la mano en señal de cariñoso afecto.

—Dios—dijo Illán en lengua árabe—reparte gratuitamente sus dones. Y unas veces da el triunfo á los de un pueblo y otras veces á los del pueblo enemigo, reservándose las causas de su elección en los designios inescrutables de su Providencia.

—Lo sé—díjole Boabdil—y te agradezco mucho que lo recuerdes ahora, cuando la fortuna te sonríe tanto á ti como á los tuyos, mientras nos agobia el infortunio así á mí como á los míos.

—Solo quien pierde á las borracheras de felices casos, que tanto desvanecen el seso, su razón y sus sentidos, puede olvidar los caprichosos cambios de la suerte.

— ¡Con cuánta dificultad se asciende y con qué rapidez ¡ay! se baja! Tras el cielo azul se columbran llamas, en cuyos ardores y en cuyos rayos quemaríamos alma y cuerpo; mas no podemos ascender, faltos de alas, como si todo aquello que nos rodea, nos tirase de consuno hacia abajo y nos dijese cómo pasamos un momento de pié por la superficie del mundo, mientras dormiremos toda una eternidad tendidos con el sueño de la nada bajo las piedras del sepulcro.

— Todo cambia. En el mudar consiste de suyo toda la vida. Y cuando ansiamos un placer, creyéndolo miel perfumada para nuestros labios y para nuestro paladar, se torna en acerbos y acres amarguras.

— ¡Ah! Es verdad. Mírame á mí; ayer acompañado por un ejército en armas, que cantaba victoria, y hoy metido en la cautividad material, donde mis recuerdos me abruman como la más pesada cadena. Bien es cierto, que do quier vuelvo los ojos, veo alguna ruina ceñida de zarzas, y habitada por buhos; alguna estrella trasmutada en cenizas; algún sol, que ayer aparecía como punto de luz y hoy aparece como sudario de tinieblas. Vuelvo el pensamiento atrás y considero los reyes del Yemen devorados por las arenas del desierto; los anásidas y sus tablas donde se hallaban escritas las más sabias leyes, sepultados en la noche del olvido, componiendo con sus huesos, que soportaban el mundo, algún fuego fatuo; las riquezas de Karun,

halladas ayer en los crisoles de su ciencia, y convertidas hoy en mísero estiércol que no sirve siquiera para el abono de una planta; los alcázares de Cosroes, compuestos por esmeraldas y oro, sirviendo con su desnudo esqueleto de fríos ladrillos para tomar el sol á los mudos lagartos del Asia; la sabiduría de Salomón trastrocada en burla del mundo y en escarnio para él; acabados los huertos de Valencia, los jardines de Córdoba, las torres de Sevilla; las mezquitas hablando por las lenguas de vuestras campanas, los mimbres hechos pulpitos de vuestros doctores; y del hogar donde nos engendraron nuestros padres, vuestra la llave; y en el mirab donde guardábamos los libros de nuestro Profeta, metidos vuestros sacerdotes. ¡Oh! cristiano, has vencido mi cuerpo, el cual está hoy aquí á tu disposición, bien para que lo vendas al precio más conveniente á tus intereses, bien para que lo partas en pedazos y se lo des á comer á tus perros, has vencido mi cuerpo; mas no podrás nunca, nunca, nunca, vencer este mi dolor, que habrá de acompañarme hasta más allá del sepulcro, do quier llegue mi alma en sus futuros destinos.

—No trato de poner á tus dolores tasa. Lámate, cautivo, en buen hora, y pláñete como deben plañerse los hombres en sus infortunios, después de haber ofrecido y haber derramado toda su sangre para evitarlos. Las leyes de la guerra son como las leyes de la fatalidad, muy superiores á todos nosotros, á tu voluntad y á la mía; pero después de

haberte oído hablar así, permíteme creer que has rodado de muy alto y permíteme preguntarte con todo respeto por tu escondido nombre. Solo quien habla desde alturas inaccesibles al resto de los mortales puede hablar de igual suerte que tú has hablado y dolerse de sus infortunios en la sublime lengua por ti usada para dolerte de los tuyos.

—No quiero, no, cristiano, por más tiempo, esconderlo á tu natural investigación. El cedro del alto Líbano que, después de haber coronado la montaña de los proféticos oráculos se precipita vencido por los siglos á las profundidades invisibles, por cuyos abismos sólo se oye bramar el torrente despeñado, no lleva tan sólo su pompa de tallos y hojas y ramas, sino también las plantas parásitas que se han agarrado á su gigante cuerpo, y los nidos que lo habitan, y los insectos que lo avivan, y el polen que lo fecunda, y miles de seres que se alimentan de sus jugos. Pues bien, aquí me tienes; yo represento las razas, que salidas de los desiertos del Yemen, se han dilatado por Asia y por África y por Europa, desde las orillas del Ganges y los golfos pérsicos hasta los mares de Sicilia y de Grecia. Yo soy, añadió solemnemente, golpeándose con ambas manos el pecho, yo soy el rey postrimero de Granada, yo soy Boabdil.

—Permítame señor, V. A., permítame que de hinojos le hable, porque vencido en los combates ó vencedor, enemigo ó amigo de mi raza y de mi gente, personifica siempre lo que más respeta y en-

salza un caballero castellano; personifica siempre la majestad real, que no se anubla ni eclipsa en la desgracia.

E Illán se puso de rodillas ante Boabdil hasta que se dignó éste levantarlo con sus propios brazos. Y después de haberle ofrecido reverentemente sus servicios y demandándole su venia, salió para comunicar á sus compañeros la presa que tenían entre las manos.

CAPÍTULO XX.

Inútil decir el regocijo con que los reyes cristianos recibirían la noticia del anonadamiento infligido por nuestras lanzas al triste y deschichado rey moro. Toda España, todas sus regiones, ardieron á una en la natural alegría, que procuraba, no sólo el triunfo conseguido, el presagio de otros muchísimos valederos y fecundos. La cautividad inesperadísima de Boabdil, á un mismo tiempo destruía esperanzas en el ánimo de los mahometanos y agravaba discordias en sus últimas poblaciones y en sus maltrechas huestes. Hallábase, al recibir la noticia, Fernando en Córdoba, mientras Isabel en Castilla. La ausencia de la reina impedía tomar aquellas grandes resoluciones, militares y políticas, en las que todo lo intuitivo é inspirado provenía de la mujer, mientras todo lo maduro y reflexivo provenía del marido; contribuyendo así las sendas oposiciones morales é intelectuales, que ha

puesto Dios en el alma y en el temperamento de los sexos, á la mejor dirección y armonía de aquel glorioso Estado. En cuanto Fernando supo lo acaecido, vió con fijeza todo lo que podía sacarse del acaecimiento para dividir más aún á los árabes y acelerar aún con mayor celeridad el anheladísimo y pronto desquite cristiano. Su primera disposición tendió, pues, á la seguridad completa del apresado en su poder, mandando la traslación á Córdoba con buena guardia, dirigida por el Alcaide inmortal de los Donceles, general en jefe de la batalla lucentina, y celada por el ojo avizor de Illán, el cual no se apartaba un punto del regio prisionero, trocado, merced á la dulzura, que tanto cuadra de suyo á los héroes, en amigo del mismo á quien debía celar. El tránsito desde Lucena y su castillo á Córdoba y sus alcázares no podía menos que resultar doloroso para el representante de aquella heroica raza, que consiguiera tantos lauros allí, en aquellos sitios llenos de recuerdos gloriosos, ungidos por la sangre de los suyos, resplandecientes con cien inenarrables victorias, y ahora depuestos del amparo de sus antiguos dueños y entregado á los infieles cristianos. El número de caballeros españoles, que armados de todas armas, vestidos con sus mejores preseas, blasonados con heráldicos escudos, testimonio de su alcurnia; ese número brillantísimo, que circuía y acompañaba, caracoleando en sus corceles, al cautivo, servía tan sólo de ornato á la triste rota mahometana y de realce á la gloriosísima vic-

toria católica. Algunas veces los reyes de Granada se habían dignado acudir á las capitales de Castilla, como Alhamar y otros, bien para suscribir un pacto, bien para prestar un homenaje, pero siempre libres y soberanos, gozando con orgullo de sus privilegios, y escondiendo la humillación en el esplendor de su lujo y en las apariencias de su autoridad. Pero, en aquel entonces, el rey granadino, aunque todavía cargado con su corona y con su cetro; aunque todavía dueño y señor de su hermosísimo reino, iba como un siervo, tanto más humillado, cuanto de más alto caído, sin corte, sin ejército, sin harén, sin consejo áulico, sin sacerdotes para sostenerle y dirigirle, víctima de tristísima desventura y atraillado con otros cautivos al trono de los que llamaba él, allá en su interior, implacables y protervos tiranos. Pero estos tiranos, aborrecidos con tan sañudos odios por la gente árabe, todavía tomaban precauciones á favor de la víctima, presentada por el destino como un holocausto á sus grandezas, y prescribían en leyes claras, con buen acuerdo, á todos sus vasallos respeto religioso al vencido, aunque perteneciese á religión tan aborrecida de todos ellos como la religión del Profeta, y llevase tintas en sangre castellana las manos. Perplejo, se detuvo algunos instantes el rey á reflexionar sobre si debía ó no adelantarse con gran séquito en el camino para ver á su cautivo, dándole así apariencias de huésped. Pero se arrepintió bien pronto; y se recató á su vista en la

presencia de todo el pueblo, para que sólo se tomaran sus finas obsequiosidades por un refinamiento de bárbara crueldad.

Pusiéranle, pues, á buen recaudo en señorial palacio de Córdoba y bajo la custodia eficaz de una respetable y numerosa guardia. El cargo concedido primero á Illán por el afecto de sus compañeros quedó luego confirmado por la gracia y aprecio de su rey. Las angustias que á Boabdil causaba el espectáculo de todo cuanto le circuía no pueden referirse ni contarse. Imaginaos un cristiano, que después de haber llegado al sepulcro de Cristo; un hebreo, que después de haber llegado al templo de Salomón; un ismaelista, que después de haber llegado al santuario de la Meca, se hallasen á una con que, teniéndolos cerca de sí, á los alcances de su mano y de sus ojos, no podían ver aquellos objetos de su culto, aquellos imanes de su amor, aquellos sitios consagrados por su religión, aquellos centros de su alma, y aquellas peanas de su Dios. Córdoba eclipsó á Damasco y á Bagdad en la memoria de los árabes. Por las regiones de Oriente, su nombre corría como el nombre de la vieja Samarcanda por las regiones de Occidente. Sus jazmines olían como aquellos que adornan las terrazas y azoteas de las sultanas asiáticas; sus terebintos y sus cipreses hallábanse consagrados en la fe semítica cual estarlo pudieran los cipreses y terebintos cantados por la profética judáica; sus palmas se entrelazaban con las palmas crecidas en

Damasco y se ofrecían de incentivo á los héroes y de premio á los mártires; volaban sus canciones y su música por todos los harenes, lo mismo á las orillas del Darro que á las orillas del Nilo, y lo mismo á las orillas del Nilo que á las orillas del Eufrates; en sus torres y en sus minaretes se habían posado las estrellas para contar secretos de los cielos y se habían visto subir á las alturas en cifras matemáticas, las fórmulas explicativas del Universo; en su califato, los Abderramanes habían fundado un imperio de Occidente como nunca lo viera el Oriente; al pié de sus cordilleras habían surgido palacios, como no los ideara la imaginación árabe para sus fábulas y cuentos; en sus madrisas habían resonado los comentarios más profundos á las leyes del Profeta; y cuando se quería cumplir un verdadero voto por gente musulmana, prometíase una peregrinación á la Zeca y sus santuarios, tan sacra como la Meca y los suyos, por las oraciones que desde sus arcos habían subido á Dios y por los milagros que á causa de su intercesión Dios había obrado por ella y para ella en la tierra. Boabdil soñó mil veces con la reconquista de Córdoba, ofrecida en desagravio á los manes ilustres de sus predecesores y de sus abuelos. Así, cuando cerraba los ojos como para mirar á su interior, en los momentos largos de completa y absoluta soledad, como viese con el espíritu que se hallaba en Córdoba, sin serle dado ni redimirla ni rescatarla, para devolverla con amor á los

mismos que la poseyeran en otro tiempo con gloria, indignábase contra sí mismo; y rechinando los dientes, volvíase por todas partes á preguntar qué fuera de su ejército, compuesto por una juventud coronada de risueñas esperanzas; y al verla segada en flor, tendida por los surcos del camino, profanada y sin sepultura, partidos los escudos, rotas las lanzas, dispersos los turbantes, horrorizados los corceles que despedían humo de su cuerpo y relinchos de sus narices, semejantes á quejas, arrastrados por las aguas de un mísero torrente los blasones de cien estirpes moras, enfurecíase hasta dementarse y reclamaba con imperio al ángel que aniquila, pero que también alivia y consuela, el don á un tiempo nefasto y fausto de próxima y pronta muerte.

Conociendo Illán el estado abatidísimo del rey, procuraba por todos los medios imaginables distraerle y divertirle de sus íntimos pensamientos. Desde la hora y punto que llegó á Córdoba, no pensaba otra cosa Boabdil sino ver la grande Aljama, que fundó Abderramán, y engrandeció Almanzor. Aunque del pecho se le saliera el corazón y se pisara las entrañas bajo los propios pasos que le condujeran al templo de Occidente, cada vez Boabdil se conformaba menos con haber estado en Córdoba sin ver el santuario de sus padres. Así buscaba miles de industrias, que le diesen, por último resultado, el cumplimiento de tan ardoroso deseo. Cierta noche, mientras el ilustre carcelero le ayu-

daba caritativamente á pasar la enorme vigilia, jugando en su compañía, con apariencias de grande y solícito cuidado al ajedrez, Boabdil suspendió el juego, y trajo á las mientes popular historia de la fe puesta por cierto caudillo cristiano en la palabra de un caballero musulmán. Efectivamente, contábase que, andando por extraviados caminos, un gentil-hombre andaluz, dió de manos á boca, en una grande soledad, con apuesto caudillo árabe, de suma riqueza y de alto linaje, según podía colegirse por su talante y por sus vestiduras. Llevóselo consigo y lo presentó, al dar varias referencias de los despojos ganados en los combates diarios, como rica presa de subido precio, por la cual podían pedir tanto él como sus camaradas cuantioso rescate. Al llevarlo en su compañía, y recluirlo en su fortaleza, notó que se quejaba el moro indeliberadamente y sin conciencia, mostrando, mal de su grado, en las mejillas candentes lágrimas, las cuales dejaban á una en el curtido rostro, rojo rastro de fuego. No podía un caudillo de raza tan ilustre y tan guerrera, como las razas musulmanas, llorar al impulso de fútiles motivos en guisa de cuitada hembra. Necesitábase que la pena fuese muy honda para que brotara por los ojos y cayera sobre la faz en lágrimas deshecha. Notólo el castellano y le preguntó qué tenía. Y entonces el cuitado moro, abriendo al aprehensor su corazón, le contó cómo iba en aquella noche á cumplir un juramento de amor prestado á hermosísima y joven mora, de cuya vida estaba pendiente la pro-

pia. Dólióse mucho el castellano de tal duelo, y le preguntó con cariño, qué podía, en tamaño trance, hacer por su alivio. No vaciló el árabe mucho tiempo para la respuesta, pues, á fuer de buen enamorado, tenía en su inteligencia trazadas todas las industrias conducentes al cielo de su amor. Y le dijo que por su fe, por su honra, por su alcurnia, por su Profeta, le dejara partirse, y ver á su amada, en la seguridad absoluta de un regreso prometido por las más sacras promesas y sancionado con las más religiosas invocaciones. Grandísima perplejidad cayó sobre la conciencia del cristiano al oír la pretensión del árabe. Presentado á sus compañeros de fatigas por el aprehensor; inscrito en la lista de los despojos aprovechables; puesto ya su rescate á precio; la fuga, consentida por el caudillo, podía traerle á éste seguramente la muerte. Y un joven musulmán é infiel, de corta vida y de ninguna historia, desligado por completo de las cadenas que lo ceñían al vencedor y encadenado por los brazos de una mujer idolatrada, su primera pasión, debía sentir poco deseo de cumplir su austera palabra y mucho de satisfacer su gusto sensual. Pero el castellano, en su altivez nativa, en su caballerosidad y en su nobleza, comprendió que si él dudaba del cumplimiento de aquella palabra, podía dar margen á que se le creyera incapaz de cumplir la suya, y sin decirle apenas cuánto arriesgaba en conceder la libertad pasajera y accidental á un cautivo, tomóle con solemnidad el juramento de volver y le concedió amplia

suelta. Imagináos el moro arrancado al cautiverio; caballero en su corcel, que se diría, por lo rápido, alígero, devorando el espacio á su antojo; con el aire de la campiña en su pecho y la luz aumentada por su libertad en la retina; y fácilmente podéis comprender cómo no sentiría, no, grandes impulsos al cumplimiento de su palabra. Y luego, vedlo llegar á la vista del cercado querido, por un ajimez lanzar la escala de seda para precipitarse resuelto en brazos de su amada, sangre de su corazón, aire de su pecho, luz de su mirada, idea de su pensamiento, alma de su alma. Y cuando más rendida se hallaba esta, y más entregada con efusión á sus caricias, tener que decirle cómo había de volver y someterse á un vencedor en prenda pretoria, el que retendría para venderlo por públicos mercados, cual mísero despojo de la guerra. Parece que la naturaleza, en su pequeñez y contingencia, no puede cumplir estos actos de abnegación y sacrificio. Pues el moro los cumplió renunciando á la libertad, al amor, á la patria y á todos los bienes del mundo por servir su palabra; rasgo, que le valió el afecto de sus propios enemigos y un renombre inmortal en la historia. Pues bien, Boabdil no pedía que Illán le dejase apartarse del Gualdalquivir para irse á las orillas del Darro y abrazar á su Moraima, pedíale tan sólo que le permitiese, allá en la silenciosa noche, cuando solamente velan los buhos y todavía no se han despertado las alondras, escaparse unos momentos á su regia prisión y entrar en el templo de sus padres,

ofreciéndoles el holocausto de su martirio y el tributo de sus lágrimas. No podía Illán, á fuer de cumplido caballero, negarse á esta demanda, y sólo pidió la venia de acompañarlo, prometiendo el dejarle solo bajo aquellos arcos y entregado en su soledad sublime al culto y religión de los antiguos recuerdos y de los propios pensamientos. No podía suceder de otra suerte.

Clara noche hacía en Córdoba y sus campos. La blanca luna emulaba con sus plateados rayos la deslumbradora lumbre de un día verdaderamente andaluz. A sus destellos columbrábase la sierra, menos luciente y multicolor que al sol, pero mucho más misteriosa, y por lo mismo, mucho mayor en el misterio y en las sombras. Podían distinguirse muy bien, á tal iluminación, los granados con sus rojas flores de los olientes limoneros con sus blancos azahares. Podía verse, con todo su bello dibujo, la palmera, ostentando sobre la recta columna de su tronco el cogollo de las verdes palmas, vibrantes al soplo de la dulce brisa, que descendía, por bocanadas de aromas perfumada suavemente, desde las cumbres cubiertas de tomillo, salvia, romero, alhucema y rosas, al valle poblado alegremente de viciosas florestas. No ha visto vegetación lujuriosa en Europa quien por desgracia suya no ha visto vegas andaluzas en Abril y Mayo. Los trigos, de colmadas espigas, y de purpúreas amapolas, y de amarillentos jaramagos; las habas ceñidas por sus flores de pétalos blanquecinos encerrados en oscura co-

rola; el arbusto henchido de gomas, mieles, esencias; el seto rebosando savia; los inciensos de tantos cálices abiertos sobre las guirnaldas de follaje; los enlaces del castaño y del pino allá en las alturas con los mirtos y las adelfas orientales que bordan el torrente; la oliva oscura sobre los cactus del nopal erizado por espinas múltiples y del aloe con sus ramas erguidas en forma de candelabro; todo envuelto en exhalaciones de perfumes y en coros de avecillas trastorna el sentido con voluptuosidad, y hace que los jugos del campo penetren por las venas del cuerpo y presten grande impulso, así á los afectos como á los pensamientos del alma. Pues imagináos, en medio de tal vegetación, á orillas de su río, en hermosa noche de Abril, bajo la luna plena, por los ruiseñores bendecida y aclamada en serenatas sin fin, á Córdoba la Sultana. Sus puentes parecen al argenteo de la luna y al negror de las sombras como si fueran de marfil y azabache. Las almenas de sus muros, las agujas de sus torres, las cresterías de sus iglesias, los minaretes de sus palacios mudejares, los arcos de sus patios moriscos, las rotondas de sus aljibes semitas, las azoteas de sus caseríos árabes, el culebreo de su río en la llanura, los terebintos de sus jardines, los cipreses de sus contiguos cementerios musulmanes todos profanados, los grupos de sus palmeras levantándose tras los altos miradores cubiertos de celosías, las columnitas de sus ajimeces alicatados, realzábanse así al rayo de la luna como

al coro de los ruseñores y de los cuclillos en aquella voluptuosísima noche. Naturalmente se respiraba con tal facilidad y se vivía con extraño regocijo en aquel suelo de verdaderas delicias, en aquel clima de suavidades y templanzas, en aquel edén de voluptuosidad que los caballeros Boabdil é Illán, á quienes seguiremos nosotros los pasos, iban como conducidos en alas de los tibios vientecllos, según lo rápido y ligero de su marcha por aquellas calles misteriosas. El cristiano había tomado la precaución de vestir á su prisionero y amigo por el modo español, y disfrazarlo con blasones de Castilla, y encubrirlo bajo una visera de tupido y áureo herraje, perfectamente damasquinada, y capaz de ocultarlo más aún que cualquier máscara. Con verdadero gusto había querido que Boabdil pudiese gustar de cuantas emociones apeteciera su pecho viendo la increíble aljama, primero en su exterior al rayo de la luna, y después en su interior á los albores de aurora bien rosada y espléndida. Conforme se iba el Sultán granadino aproximando á la mezquita cordobesa, faltábale como su sentido natural, como su razón propia, como su espíritu íntimo, y sentía vértigos, cual si mirase desde alturas inaccesibles al oscuro fondo y sima de abismos insondables. La sangre le martilleaba en las sienes y casi casi quería como escapársele del corazón, cual sus ojos le saltaban de las órbitas. Illán, á fuer de caballero español, no igualaba nunca la distancia mediante de suyo entre un monarca, por vencido y humillado

que se hallase, y un noble, por alto y rico y vencedor que fuera; y apartado siempre respetuosamente del prisionero, en aquella ocasión, se apartó mucho más, á fin de que pudiera fácilmente creerse como solo y darse sin rebozo en la soledad al culto de sus íntimos pensamientos.

—¡Oh, Alah!—Exclamó Boabdil viendo la mole del templo agrandada por la mezcla de sombras y de luz en aquella espléndida noche.—Prospera los días de tus creyentes y haz que recobren por tu orden soberana cuanto han perdido por intervención del genio malo, resuelto á perseguirnos y á perdernos. Azazil, hermoso ángel, enviado por el Eterno á sembrar, como áureo trigo, los mundos luminosos en los surcos del espacio desierto, durante los primeros días de la creación universal, y que, no habiendo querido prestar homenaje al primero de los Profetas, al viejo Adán, cayó en los infiernos, donde pugna todos los días por volver á su pristina pureza, debió sugerirte con su idea y con su soplo el pensamiento, Abderramán, de levantar este grandioso templo, cuya sombra podía redimirlo y salvarle penetrando hasta dentro de las llamas eternas donde se abrasan los diablos y convirtiéndolas en lumbre celestial donde se doran los soles. Tus enemigos, los abasidas, te habían condenado á muerte segura entre los noventa omeyas, los noventa deudos tuyos, reunidos en banquete de alegría y degollados al filo de voraces alfanjes. Tú solo te salvaste, sólo tú, entre todos los tuyos, atravesando á

nado las aguas del Eufrates divino. Quién te hubiera dicho, cuando ibas errante por el desierto infinito, sin cimitarra ni caballo, con la leche de camellas y el dátil de las palmas por todo alimento, las aguas del oasis por toda bebida, las copas de los árboles por toda tienda, fugitivo á la cólera de los califas usurpadores y á la rabia de los animales feroces, que habías de levantar sobre moles de granito este laberinto de intercolumnios y arcos y techos, donde las maderas de alerce y cedro y sándalo debían resplandecer embutidas con guirnaldas de marfiles, con ramos de perlas, con estrellas de oro, con iris de mosaicos multicolores, con hermosísimas entalladuras comparables sólo á las puestas por los ángeles en los tronos del Eterno, allá por las cimas del Paraíso; quien te hubiera dicho esto, de seguro le creyeras loco y fascinado por terrible alucinación llena de fantaseados embustes. No, no fuísteis, no, Califas de Córdoba tan grandes por vuestras conquistas y por vuestras victorias; no resplandecíais en la Ruzafa, cuando los capitanes os llevaban atrahillados los negros del desierto y los blancos de Afranc; cuando Bizancio y sus emperadores griegos, Aquisgran y sus emperadores latinos, expedían á vuestro palacio ricas y numerosas embajadas; cuando, allá en la fortuna próspera, desde las ciudades que se miran como en claro espejo en el Estrecho de Gebel-Tarik, hasta las ciudades que se miran en los ríos francos descendidos del alto Pirineo, os prestaban vasallaje;

cuando extendíais vuestro imperio de mar á mar, desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la desembocadura del Ródano; y teníais temblo-
rosos en vuestra presencia á los Estados italia-
nos, y sospechando Roma caer con toda su ma-
jestad y toda su grandeza, en vuestros harenes;
cuando innumerables ejércitos saludaban las en-
señas cordobesas é innumerables siervos besaban
las huellas de vuestros piés; sino cuando alzásteis
aquí esta selva de columnas, donde se guardaba
el santo libro de los musulimes, y se oían reso-
nar, á manera de fragorosos truenos en los cie-
los altísimos, las esplendentes suras del Profe-
ta. Ya veo el vestíbulo, poblado de limoneros,
donde corre, sonora y clara, la fuente de las ablu-
ciones; el alhamí, en que los fieles depositan sus
babuchas para entrar con piés desnudos y lavados
en el recinto sacro; la torre altísima, y sus esferas
de plata y oro, y sus astrolabios de bronce, á los
cuales tantos secretos confiaran los astros; las
veinte puertas damasquinadas y relucientes, como
si abrieran paso al Empíreo; los alicatados tan lige-
ros como grecas de aéreos encajes ó como alas de
brillantes mariposas; el suelo, por tan prodigiosa
manera labrado, que se retratan en su brillante su-
perficie las bóvedas y techumbres, al modo que se
retratan los horizontes espléndidos en las albercas
cristalinas; los millares de columnas, arrancados á
todos los edificios del mundo y puestas aquí de hi-
nojos como un coro de sacerdotes, encargados de

sostener sobre sus cabezas el sacro templo de Alah y su Profeta; los dobles arcos, estos de horizontal herradura, bizantinos aquellos, semejándose con sus pintadas cresterías á chales persas circuídos de caireles, y á una tienda esplendorosa de katay; las dobelas y archiboltas, los tímpanos y entrepaños, de caprichosas hojarascas, en que resplandecen los lotos indios, los acantos griegos, los lirios y los tulipanes árabes; el santuario precedido de ajimeces, que se asemejan á velos de áureas gasas formados por arreboles del sol poniente y nubes encendidas en el ocaso, santuario embutido en leyendas cúficas, rematado por inmensa concha de nácares, llovido de piedras preciosas desparramadas entre follajes de plantas que diríais traídas de otro mundo á la tierra; la maxura, ó el sancta sanctorum, cubierta de lápiz lázuli, que recordaba la Toba, ó sea el árbol maravilloso, cuyas ramas componen el solio de Dios; y por todas partes, las innumerables lámparas componiendo como constelaciones en clara noche de Arabia; los pebeteros, despidiendo mirra é incienso; los fieles, vestidos todos de blanco y levantando los brazos á las alturas eternas; los santones repitiendo el nombre de Dios; con todo lo cual se forma y se condensa en los encendidos aires, como en los cielos de África y de Asia los lagos fantásticos y las selvas de vapores y de reflejos, una visión, tras la cual aparecen los arcángeles con sus cascos de luz; las huríes con su hermosura incommunicable; los Profetas leyendo en sus

libros eternos; y hasta la faz, invisible á las criaturas, de nuestro divino Criador.

Por un momento Boabdil solo había visto la mezquita con los ojos de su espíritu, á pesar de tenerla delante. Las maravillosas descripciones, leídas en el seno de su palacio y guardadas en el fondo de su memoria, transportábanle al tiempo de la musulímica grandeza. Y así como le hacían olvidar su propio infortunio y su largo cautiverio, hacíanle olvidar también los cristianos signos puestos por los vencedores, allí, en la capital obra musulmana. Poco á poco la luz material del nuevo día vino á sacarle de su estupor, y á decirle cuánto habían cambiado los tiempos, y cómo el mirab de los suyos habíase reducido á un mero trofeo más de las victorias cristianas. La luz del alba le mostró los sepulcros de los adalides castellanos sobre los pavimentos hollados tantos siglos por las plantas de sus hermanos; el Evangelio puesto en los mismos sitios, donde se hallaba colocado antes el Korán; la Cruz entallada entre las leyendas cúficas; los arcos ojivales subiendo gallardos por alturas inaccesibles; las Vírgenes y los Santos reemplazando á las huríes que había él visto en la fascinación de sus recuerdos y de sus ensueños; los vidrios de colores iluminando el santuario de un Dios espiritual y humano, vencedor, no por haber inmolado con cimitarras cortantes á sus enemigos, sepultados en los campos de cien batallas, por haberse ofrecido en holocausto á los demás hombres

pasando por todos nuestros dolores y muriendo de nuestra misma muerte. Boabdil forcejeaba con furor bajo aquella triste realidad, sin querer ni conocerla, ni menos proclamarla. Delante de la victoria conseguida por nuestra fe, aún esperaba que aquel Dios suyo, eterno, infinito, omnipotente, predominase algún día sobre un Dios sujeto á las tristezas humanas como el Dios de los católicos. Acostumbrado á ver el santo de los santos, el fuerte de los fuertes, el sabio de los sabios, circuído por sus legiones angélicas de combatientes y victorioso en cien guerreras empresas, no podía, no, imaginarse que superara y venciese á este león del desierto, el mísero corderillo del Calvario. Pero bien pronto le sacaron de tales cavilaciones las campanas, que repicaban á Pascua florida; los sacerdotes, que decían y entonaban aleluyas y hosanas innumerables; los versículos del Evangelio, que subían sobre la techumbre de la grande Aljama y sobre las agujas de la catedral gótica para unir el hombre con el cielo é identificar el Verbo creador con la pobre criatura. Boabdil, por fin, reconoció, tras sus grandes alucinaciones, que prisionero él de los reyes castellanos y prisionera su Aljama de la catedral gótica, no quedaba esperanza ninguna para el Korán. Y calándose la visera y envolviéndose con cuidado en el rebozo de su manto, volvió de nuevo á su triste prisión y á su desapacible cautiverio.

CAPÍTULO XXI.

Inútil encarecer el terror que difundiría en la morada regia de los soberanos granadinos la noticia del desastre horroroso en Lucena y de la deshonrosa cautividad en Córdoba. Boabdil se lo había imaginado en su dolor, y descrítolo allí en las hondas reflexiones de su pensamiento. Pero lo real excedía en mucho á lo ideado. Moraima, la dulce Moraima, fué desde tal punto y hora como una especie de cadáver. Aquel corazón, de suyo tierno, apenas podría comprender cómo el destino la probaba en términos de haber reducido el esposo á esclavo y el padre á cadáver en tan horrorosa catástrofe. Así, desde que supo toda la verdad amarga de su tristísima suerte, no perteneció realmente á los vivos; casi perteneció á los muertos, sucediéndose un desmayo á otro desmayo, pero tan duros é intensos, que parecía en su rigidez y en su inmovilidad, como acabada y extinta. Si recobraba

por algunos minutos la razón, era tan solo para volver á mirar su desgracia, y mesarse los cabellos con furia, y herirse la faz con sus propias uñas, y golpearse contra las paredes la cabeza como en busca de un supremo y consolador suicidio. Para mayor desventura, sus precoces amores le habían dado un hijo tan semejante al idolatrado padre, que parecía en sus pocos años Boabdil mismo; y su figura solo servía, en tal trance, para mostrar cuánta fué su felicidad en otro tiempo y cuánta en esta sazón su desgracia. Encerrados Moraima y Boabdil en el santuario de sus amores, en los perfumados harenes de su Alhambra sensual y voluptuosa; como entre Aixá y Hacem se dividían las grandezas y también los cuidados anejos al imperio, no comprendían cuanto pasaba en torno suyo, ignorantes de la tempestad, que conmovía, como los huracanes los cedros del Líbano, las fortísimas torres de su viejo palacio. Y habían creído, en su edénica ignorancia, que aquel primogénito, fruto cogido tras la primera flor de sus amores, hallábase predestinado por providenciales decretos á reinar con gloria y con provecho sobre la gente musulímica en el encantado rincón de la sin par Granada. Mas ahora, cuando Moraima veía entrar el hijo de sus entrañas en los camarines de su palacio, con la señal nefasta de adverso hado sobre la frente, perdía el sentido, y se quedaba, ó como una demente, fuera de sí, ó como una muerta, de rígida y de fría. Ningún reino podía tocarle ya, ex-

clamaba en su dolor, al pobre infante, abandonado á horrible orfandad por la muerte de su abuelo Aliatar, por el cautiverio de su padre Boabdil, por la rota de los principales nobles granadinos, por la enemiga del viejo rey Hacem, por las ambiciones de Aixá empeñada en gobernar ella sola entre los remolinos del naufragio, por la indisciplina de los whalíes resueltos á repartirse las últimas ruinas de aquel destrozado imperio, por la codicia de Zoraya que recogía las piedras preciosas desengarzadas del cetro nazarita para enriquecer el peculio de sus hijos, ni bien musulmanes, ni bien cristianos: horrible descomposición, muy propia de las gentes que se acaban y de los imperios que se extinguen. Así, aquella Filomena del amor, la encantadora Moraima, cuyos gorjeos, despedidos en otro tiempo desde las áureas celosías, llenaban de placer los espacios del mágico alcázar, parecía en este momento la triste imagen de una viviente dolorosa elegía, que lo llenaba todo con sus lágrimas y con sus sollozos, cual viuda ó herida tórtola. En verdad la estrella de los musulimes, que se levantara nueve siglos antes por las orillas del Yemen, y que de un lado se corriera en alas de cien victorias al palacio de los persas en el Eufrates y al templo de los antiguos dioses en el Indo; mientras de otro lado se posaba en las pirámides y colosos del sacro Nilo, en las ruinas de Sibaris y de Cartago, en las torres de Andalucía, en las llanuras de Provenza, en las costas de Sicilia, desde los senos del mar Jonio á

los senos del golfo pérsico, empezaba entonces á hundirse allá en su ocaso y borrarse del horizonte de la civilización, personificando tal desventura histórica la triste y flaca figura de Boabdil. Con razón los ojos de aquella Moraima, tan regocijada y jubilosa en otro tiempo, ahora, en esta sazón tristísima, parecían dos manantiales de lágrimas.

No así la Sultana madre, Aixá. Ninguna tan herida como ella; pero ninguna tan animosa. En el palacio tenían todos un sentimiento de amor, estos al reino, aquellos al suelo granadino; tenían todos un sentimiento de odio, el horror á los conquistadores cristianos; pero Aixá un doble sentimiento, amor á Granada, y amor más intenso aún al poder; odio á los conquistadores cristianos, y odio todavía mayor al Sultán Hacem y á la Sultana Zoraya. Importándole mucho su reino y su culto, le importaban menos que su venganza. Prefería pactar con el infiel á pactar con el esposo. Prefería que se llevase la corona el rey de los cristianos á que se llevase la corona el padre de sus hijos. Para cohonestar la traición suya y los crímenes contra su propia gente, á que le arrastraban los celos del trono, por otro rey ocupado, y los celos del tálamo, por otra mujer ocupado á su vez, buscaba ciega los ejemplos de reyes musulmicos, que fueran cómplices de las conquistas cristianas, y evocaba la sombra del fundador mismo de su reino, ido á Sevilla, cuando la Giralda se ceñía la cruz de Cristo y la sombra del gran Mahomet, auxiliado

por las lanzas de D. Pedro el Cruel, contra las rebeliones de sus propios vasallos musulmicos. Y á tamaña consideración, mil pensamientos varios, encaminados todos á complacencias con el vencedor, surgían de su acaloramiento. Lo que pudieran desear Fernando é Isabel, otro tanto les ofrecía de grado, con tal de recabar su hijo y seguir bajo su advocación reinando sobre Granada. ¿Qué podían desear los husmeadores de la muerte? Aixá contaba con tesoros increíbles todavía, y estaba dispuesta de suyo á entregárselos. Aixá tenía en sus manos la corona del reino, y estaba dispuesta sin vacilación á ponerla bajo las plantas de los vencedores, como un trofeo, con tal que le dejaran usufructuarla durante su vida y esconderla en su palacio al codicioso afán de Hacem y de Zoraya. En las mazmorras aún había cautivos que libertar para pago de alianza, y en los serrallos príncipes que ofrecer en rehenes, como prenda pretoria para cumplimiento de todo lo pactado. Aquel rapazuelo, primogénito de Boabdil y Moraima, tan hermoso como su padre, tan dulce como su madre, designábalo, con la frialdad propia de quien se cree personificación del Estado, al completo logro de sus desapoderadas ambiciones. Así, mientras los otros individuos de su familia, las mujeres y los niños especialmente, se consagraban á llorar aquellas irreparables desventuras, Aixá dictaba ofertas de pactos con los Reyes Católicos; reveía los tesoros de sus arcas para contar los rescates presentables

en dinero al afortunado vencedor; repesaba en sus fieles contrastes las piedras preciosas y las joyas riquísimas que podrían equivaler á moneda, y ofrecerse para la redención de su hijo; revistaba con sus vizires los hondos calabozos, numerando los cautivos cristianos, inscribiendo su alcurnia y calidad con ánimo de ofrecerlos en holocausto á la victoria y en remisión de la derrota; pues el primer afán suyo, al choque de tan tremenda catástrofe, consistía en captar de nuevo la persona del desdichado Boabdil y oponerla como un pabellón de combate al poder y al esfuerzo de Hacem. Mas no sabía lo que mientras ella maquinaba de tal suerte, discurrían sus dos ilustres rivales.

Después que la batalla de Ajarquia dió á las musulimes tantos ánimos, Hacem, bajo cuyo nombre y advocación se diera, dejó Málaga, la ciudad vencedora, en poder de su feliz hermano, el Zagal; y fué con toda su familia, en pos de indispensable reposo, á los altos riscos y breñas, que forman como la falda inmensa de los montes alpujarreños, proponiéndose procurar allí aire puro al pecho y paz y sosiego al ánimo. Terrible, pero hermosísima soledad aquella. Por las hondonadas, que los torrentes, cubiertos de rojas adelfas, refrescan, las higueras unen sus copas pomposísimas con los verdes plumajes del airoso terebinto; y sobre los granados y los naranjales cimbrea su corona oscura la erguida y airosa palmera. Cada colina parece un misterioso incensario, no sólo por los esmaltes recibidos en

sus aristas del aire con tales colores arrebolado, por los aromas despedidos de la salvia, de la alhucema, del cantueso, del romero, del tomillo, de tantos arbustos olorosos y plantas perfumadas, á cuyos pétalos, cálices y corolas van en tropel, para pintarse las alas ó para henchirse de mieles, así las mariposas como las abejas. Y no es tan sólo esta la delicia de tales amenos sitios. Aparte los aromas por do quier difundidos; aparte las regaladas frutas pendientes de los árboles; aparte las cabras monteses y los ciervos ligeros que por do quier corren; aparte los tropes de insectos pintados y los coros de aves parleras y las constelaciones de luminosas luciérnagas en las profundas sombras y los aleteos y los susurros y la música de todos los seres componiendo una sinfonía incomunicable, ofrecen allí las fuentes, filtradas desde las altas nieves por los purificadores granitos á la honda cañada esas aguas refrigerantes, cuya virtud sólo se aprecia en los climas encendidos por los rayos de un sol ardiente, donde necesita, más que en parte alguna, el cansado habitante los claros manantiales de sus arroyos y las oscuras sombras de sus arboledas. Estas montañas ofrecen tantos contrastes, que apenas puede la vista humana, teniéndolos delante, abrazarlos y comprenderlos, pues como abajo, en las honduras, crecen aquellas plantas que necesitan del calor meridional y que se crían por África y por Asia, en los altos, en las cumbres y picachos, crecen los pinos alpestres, los castaños cargados

con sus espinosos zurroneos, y donde las nieves llegan á la eternidad, los helechos y los musgos del Polo frente á frente con las flores del trópico. Y no quiero, no, encarecer las altas cumbres cortadas, ya en bizantinas rotondas, ya en pirámides verdaderamente deslumbradoras como de lapislázuli, ya en conos truncados y circuídos de abismos como los astros de sombras, ya en fantásticos intercolumnios por donde las selvas entrelazan sus ramas, los torrentes despiden sus espumas y caudales en cascadas, las águilas ciernen sus gigantes alas en la inmensidad, mirando el nido inaccesible y persiguiendo la presa codiciada; mientras la luz diurna, que rebota en las facetas formadas por minerales ó en los ventisqueros de sólido hielo, compone iris multicolores, horizontes fantásticos, nubes etéreas, perspectivas inacabables, juegos incomprensibles de matices varios, espejismos que arroban y extasían; pues bien puede asegurarse que la luz espléndida es como el alma madre de toda la naturaleza. Y allí, en tal cordillera inmensa, residen ahora, instante crítico de nuestra historia, Zoraya y Hacem, rodeados por el idilio de sus jardines y de sus campos que contrastan los abismos y los despeñaderos cercanos; teniendo sobre sus frentes las nieves eternas rodeadas á lo mejor de tempestades y rotas y desprendidas á veces en aludes tan fragorosos como las nubes tonantes; mientras allá lejos, en lontananzas apenas perceptibles, confundido con el horizonte, se columbra el mar azul, que baña con

sus ondas coronadas de argénteas espumas, las arquitecturales riberas de África y Europa.

Allí habían edificado los reyes de Granada, Zoraya y Hacem, el silencioso y recatado nido, en que guardaban sus ya larguísimos y exaltados amores, que Alah bendijera con descendencia compuesta de dos jóvenes príncipes, en cuya suerte concentraba la madre todas sus ideas de continuo y en quienes vinculaba el padre, como hijos de un verdadero amor, todo su orgullo, hasta querer dejarles con su nombre y con su sangre, su autoridad y su corona. Hoy las varias subversiones de aquel siempre removido suelo y las cóleras y guerras de los hombres tan asoladoras como las plagas mismas del universo, hanse tragado el retiro de los regios amantes con tal voracidad, que ni siquiera los despojos y las ruinas, donde las zarzas crecen y los lagartos se calientan al sol, quedan á la consideración del viandante. Pero, en cambio, la gran montaña, la maga, que los viantes, desde lejos, aclaman como una especie de argéntea estrella caída de los cielos al planeta; y que los labradores tienen por la vida verdadera de sus campos, de sus plantíos, de sus sembraduras, puesto que fluye aguas limpiadas y vivificantes; esa hermosísima sierra de las Nieves, lleva, en su más alto y agrio picacho, el nombre inmortal de Hacem, como para indicar con tan soberbio monumento, que tenía toda la grande altura y toda la sublimidad vertiginosa de aquel monte coronado por eternos ventisqueros. La

mansión de los reyes recordaba el África y el Asia, como aquellas mansiones árabes que al gigantesco Atlas ó al religioso Líbano se avecinan. Por ende, guardaba la forma de un aljibe, y tenía las azoteas y las paredes arregladas por tal modo, que mandasen á las varias albercas los rocíos y aguas del cielo. Un gran cuadrado, compuesto de terrosas murallas, con aspilleras en la cima y fosos en las bases, contenía la quinta, preservándola en aquellos bélicos tiempos de toda militar sorpresa. Desde los muros externos á las paredes varias de la casa, extendíanse grecas de mirtos y rosales, adornando, en guisa de brillantes marcos, los bordes marmóreos de profundos y cristalinos estanques; inmenso patio se abría en el centro de la casa, formado por dos galerías sobrepuestas, y todas ellas alicatadas y embutidas por el aéreo modo usual en los moriscos palacios; á un lado se veía fresca cisterna, y sobre la cisterna gallardeaban cuatro palmeras muy erguidas y muy bien hermanadas, cuyas palmas habían acompañado mil veces con sus vibraciones el pespunteo de las guzlas, el ritmo de las poesías y el eco de los suspiros; las ventanas, abiertas al patio interior, mostraban en sus verjas y en sus celosías misteriosas, en sus cortinas de sedas multicolores y varias, todos los celos del árabe por su hembra; un sitio recatado servía para las oraciones del Sultán, y un camarín, mejor dicho, una especie de gruta misteriosa, para los amores de la Sultana; en los pavimentos de jaspe ten-

díanse por aquí y por allá las alfombras de Persia; y junto á las alfombras de Persia los divanés y cojines de Damasco; el zócalo de azulejos abrillantadísimos, la pared alicatada y reluciente, la bóveda teñida con matices varios y sembrada con estrellas de marfil y oro, convidaban al goce de los sentidos y al desprecio del mundo en aquella sublime soledad. Todas las leyendas tendidas por los bordes alabastrinos de las fuentes, por las maderas olorosas de sándalo y alerce, por las grecas y alharacas áureas y argénteas, hablaban del amor, del placer, del goce y hasta del vino, con detrimento de las koránicas leyes y de las musulmanas costumbres. Al ver aquellas estancias, al respirar el aire puro y fresco de la montaña cargado de azahares y jazmines, al oír la música de tantos follajes y de tantos ruidos como en aquel mes de Mayo murmuraban, ¡oh! nadie podía imaginar que allí mismo, en aquel edén, se recluía y encerraba entonces una grandísima pena, sí, una grandísima pena de mujer.

En efecto, Zoraya, reclusa tras las celosías de un mirador, contemplaba el campo tan hermoso, cual pudiera contemplarse un campo de batalla, según el horror que su mirar traslucía. El alma humana suele fijarse, por una propensión inevitable, cuando está triste y apenada, en los objetos tristes; y cuando está jubilosa y alegre, por lo contrario, en los objetos alegres. Las fuerzas de creación y destrucción, coexistentes por necesidad en el universo, fatalmente sometido al amor y á la muerte. Así, la

naturaleza nos ofrece por do quier, en la batalla del mal con el bien, ejemplos faustos ó nefastos, los cuales, ya conturban, ya regocijan, el espíritu. Y entre tantos arbustos floridos, por los cármenes pintados, por las olorosas colinas, por las altas cumbres de donde fluyen copiosísimos manantiales, Zoraya, víctima de negros recuerdos y de trágicos presentimientos, veía tan sólo aquello que significa el combate ó la muerte; una rosa comida por las orugas en su propio tallo; un hormiguero aplastado por el viandante; un nido puesto en fuga por aviesos reptiles y arrebatado así al amor de su madre triste y plañidera; una tórtola sorprendida por el milano, que destrozaba en porciones palpitantes sus miembros, esparcía sus plumas y derramaba gotas de sangre por los aires llenos de alegría y de vida. No debemos, pues, extrañarnos de que la infeliz reina granadina recogiera sus pensamientos y sus recuerdos, como en examen interior, y mirara pasar por su conciencia los más siniestros espectáculos, así de lo porvenir como de lo pasado.

—¿Qué será de mí?—exclamaba en su angustia.
—Todas las grandezas, á que había fiado una compensación de mi perjurio, se desvanecen y pasan, parecidas á un sueño fatídico, anunciándome que acaso ya no me queda sino el castigo cercano de mi Dios, y la maldición inapelable con que condenan perdurablemente las edades todas, los grandes y protervos crímenes. Aquel amor, que un día se posesionó de mi corazón, sometiéndolo y cautivándolo,

ha pasado con la edad y con las tristezas de una vida probada por dolores continuos. Aquel reino, en cuyo gobierno yo me holgué por tanto tiempo, hase venido á tierra, encontrándonos ahora como desterrados, y aunque dentro de su propio seno, constreñidos á huir del mundo, y sin hallar el camino á la fuga, porque realmente lo buscado y lo querido es huir de nosotros mismos. Olvidé mi patria, conspuí mi estirpe, renegué de mi Dios, y ahora me veo con los remordimientos más horribles en el alma no acallada ni por el sueño, y en vísperas de caer bajo aquellos mismos á quienes he traicionado y vendido. ¡Ay! Yo debo llevar la imagen del heróico y caballeroso Illán aquí en mi retina, según la veo por todas partes persiguiéndome y amenazándome. Bien es cierto que, fiel caballero católico y castellano, en la devoción á su fe y á su patria, no descansa un punto; y desde que lo despedimos, aparece por todos los encuentros de moros y cristianos, cada vez más heróico. Y aunque la heroicidad sea como su natural complexión y como su alma esencialísima, no se obran sólo estas maravillas al aguijón de la fe religiosa y del amor á la patria: otros móviles quizá más extraordinarios le impulsan. Y este móvil primero ¡ay! debe ser aquel afán de venganzas y desquites, mostrado en su postrera entrevista conmigo, y que parecen facilitarle, según la pujanza de Castilla y la decadencia de Granada, todos los acontecimientos. No acierto á columbrar lo que pueda sucederme, cuando la religión de

mi niñez y la gente de mi sangre pongan la cruz en los rojos torreones de la infiel Alhambra. ¿Dónde me ocultaré yo ese día? Paréceme ver ya el héroe castellano, el amante Illán; la espada en su diestra; el casco resplandeciendo en su frente; alzada la visera de oro; vestido con las mallas de acero; el peto argénteo fulgurando chispas; los ojos fuera casi de las órbitas, á fuerza de mirar; encontrándome cara á cara, en los palacios recién conquistados; y al centelleo siniestro de recuerdos que han constituido su martirio, clavándome hasta la empuñadura en el corazón su puñal forjado contra corazones infieles en la tierra de mis padres. A tal pensamiento desvarío en términos que apelaría, si Dios no me tuviera de su mano, á la muerte. Imposible resistir al recelo de un fin semejante, y quizá merecido; pero mis hijos me retienen aquí en el mundo y me obligan á porfiar hasta darles fortuna y poderío en consonancia con su nombre y con su estirpe. Me lo confieso á mí misma yo, aunque no pueda, como en otro tiempo más feliz, decírselo á confesor ninguno, aguardando con calma de su absolución ó de su consejo alivios á la conciencia y conjuras del remordimiento: desde que mis hijos crecieron, héme sentido ambiciosa con toda suerte de ambiciones, y he deseado arrancar al conturbado reino de su padre un fragmento, siquiera mezquino, donde tallarles con tablas de naufragio las gradas de un trono. Sí, sí; los últimos esfuerzos de mi vida se consagrarán á esta obra.

Mientras discurría Zoraya de tal suerte, advertíanse, allá en el horizonte lejano, varios objetos movibles, que no podían verse y clasificarse con verdadera claridad, pues unas veces se asemejaban á bandadas de aves, y otras veces á tribus de cuadrúpedos, cuando, en realidad, eran jinetes, expedidos al palacio de Hacem, para notificarle todas las terribles nuevas llegadas, y moverle á idear y hacer algo por el remedio á tantos males. Bien pronto distinguió Zoraya que aquellos movibles objetos, acercándose á más correr, no eran, sino los portadores de noticias, y el corazón se le cerró aún más de lo que antes estuviera, y los afectos encontrados de su ánimo se le recrudecieron á una con terrible recrudecimiento. Bien había por qué; pues cada nuevo año y cada nuevo suceso le acercaban el momento, por ella tan temido, y en realidad tan temible, de un verdadero encuentro con Illán, reconviniéndola como la personificación del remordimiento, por el atroz perjurio, é infligiéndole terrible pero justo castigo. Un pelotón en armas, enviado por Venegas en persona y expedido á las Alpujarras desde las costas malagueñas por el Zagal, iba en requerimiento de Hacem, y desmontaba bien pronto, devorando el espacio á fuerza de cabalgar, en la puerta de su quinta. No hay palabras con qué describir la inquietud horrible de Zoraya, mientras Venegas dirigía sus pasos al aposento de Hacem y le confiaba los sucesos ocurridos. Conocedora la Sultana, por su experien-

cia propia, de lo mucho que le dolía en su interior al Sultán, desde las voluntariedades múltiples de Aixá, toda inmixción femenil en los negocios públicos, abstúvose de acudir á la entrevista con Venegas, y dominó su impaciencia. Mas no tuvo para qué usar los resortes de su voluntad mucho tiempo, á causa de que la puerta del camarín se abrió, apareciendo el rey en compañía de su vizir ó ministro. Ya muy entrado en edad Hacem, conservó hasta el instante supremo de que vamos hablando, toda la prestancia y toda la fuerza de su florida juventud. Ni las canas de su barba, ni los surcos de su rostro, ni las arrugas puestas por el cuidado continuo en su entrecejo, dañaban á la robustez de aquel cuerpo y á la frescura de aquel cutis verdaderamente bellos y jóvenes. Pero al abrirse la puerta y aparecer á la vista de Zoraya, no lo hubiese conocido ésta, según lo demudado que iba. El rayo mata, y se concibe la muerte instantánea; mas no se concibe que una simple noticia sea como un rayo asesino, y haga envejecer á un hombre, como si lo trasmutaran de súbito en dos minutos. Lo cierto es que temblaba todo Hacem, como las ramas de un árbol sacudidas por los vientos; y había menester de apoyarse, como un ciego en las paredes, para no rendirse al peso de un dolor y no caerse derribado sobre los pavimentos. Los ojos se le habían ahondado en términos, que fosforescían allá lejos como los fuegos fatuos en las honduras de los sepulcros; los labios se le habían con-

traído en términos de parecerse á los labios de un difunto, en lo fríos ó en lo rígidos, cual si llevaran ya en su color amoratado los vapores amarillos y blancuzcos del postrimer aliento; ni sus pulmones podían respirar, por lo que la palabra se le anudaba en la garganta y el ahogo le venía de suyo al pecho, con anhelos horribles de agonía y de muerte. Zoraya le vió con horror en aquel estado, y lanzó un grito de verdadera desesperación, pues en la estancia de su marido le dejara poco antes joven, y ahora le veía cadáver. Así, arrojóse á sus piés y le abrazó con efusión las rodillas, conjurándole á ofrecer más coraje al infortunio, cualquiera que fuese, pues nada sabía ella de lo que pasaba, y pidiéndole conformidad mayor con el hado, por ella y por sus hijos. Hacem, después que los partidarios de Boabdil sobrepuestos á su autoridad le despidieran tras el célebre torneo católico de Granada, no se había dado punto de reposo en combatir con verdadero coraje á favor de su religión y de su gente. Los campos de Algeciras, las cercanías de Gibraltar, los dominios de tanto duque guerrero como pululaban en la reconquista de Andalucía, viéronle mil veces pasar, en guisa de nube tempestuosa que asesta pedriscos y centellas. Luego, una vez ganado el triunfo increíble de Málaga y soterrada una parte de la nobleza bética en los campos luctuosos de la terrible Ajarquia, retiróse Hacem al sitio labrado en las Alpujarras, dando expresa orden, según añeja costumbre de los déspotas asiáticos,

para que no le pasaran recado alguno y no le dijeran ninguna nueva, deseoso de consagrarse á las oraciones de su devoción y á los afectos de su hogar. Así pasó la salida nefasta de Boabdil, y la llegada terrible á Loja, y el caso ante tal ciudad ocurrido, y el cautiverio regio, y la muerte de Aliatar, y la ida del rey católico y del rey moro á Córdoba, sin que Hacen supiera una palabra; pues, cercado allí en las breñas, y manteniendo una comunicación estrecha con las cercanías, como la que mantienen los fugitivos y aislados de una peste, ni su hermano el Zagal desde Málaga, ni desde Granada su mujer Aixá intentaron decirle cosa ninguna sobre cuanto pasaba en su triste y castigado imperio. Pero acababa de llegar lo más terrible para los muslimes, el convenio pactado por Boabdil con los Reyes Católicos, y era preciso notificarlo al valeroso Hacen. Ocurría, pues, á esta necesidad la presencia de Venegas, mandado por el Zagal á las Alpujarras, y el sacudimiento producido por tal noticia en el ánimo de Hacen, lo acababa de maltratar y herir como habeis visto.

—Murió Granada,—exclamó el viejo rey con acento ronco y profundo, cual maullido feroz de un tigre por los cazadores acosado.

Al oir Zoraya tal frase, acordóse de sus hijos, como se podría en cualquier naufragio acordarse una madre amante de los suyos, y se levantó del suelo á buscarlos indeliberadamente y sin conciencia de lo que hacía. Mas una de las súbitas revela-

ciones, que culebrean por los nervios de las mujeres, las cuales tienen facultad misteriosa y hasta profética en su inspiración, detúvola de súbito, constriñéndola con imperio á inquirir del esposo con premura la causa de su dolor.

—Boabdil cautivo,—dijo éste, contestando á las preguntas de Zoraya.

—¡Cautivo!—exclamó la reina con asombro, serenándose un tanto, pues tras tal cautiverio columbró lucros, ya que no coronas, para sus hijos.

—Más le quisiera muerto, que no deshonorado como está indudablemente á los ojos de todos los muslimes.

—Pero, ¿quién, quién le ha cautivado?—preguntó Zoraya.—¿Su madre Aixá, usurpadora como siempre? ¿Su tío el Zagal, cuya grande Alcazaba malagueña se levanta sobre los alcázares granadinos? ¿Sus whalíes de Almería y de Guadix á la continua insumisos?

—Le han cautivado los cristianos,—dijo Hacem,—los perros cristianos, olvidando el origen y el nombre de sus dos interlocutores, Venegas y Zoraya.

—En este momento,—añadió el vizir,—quizá cabalga camino de su ciudad y de su reino, en compañía del caballero Illán, á quien le han fiado su guarda y su custodia.

Cuando Zoraya oyó el nombre de su amante, sintióse como presa de un vértigo, y tuvo que agarrarse á la primer cortina cercana para no caerse

derribada por la emoción sobre los mármoles del pavimento.

—¡Oh!—dijo Hacem,—¿por qué no me has traído, Venegas, la noticia de su muerte?

—Porque tu hermano me impuso la obligación de comunicarte la verdad, y te la comunico.

—¡Cuán despiadado fué conmigo Alah, no arrebatándome la vida cruel que llevo, antes de llegar á este día néfasto!

—Pero veo,—dijo Zoraya,—que mientras tú, Hacem, hablas del cautiverio de Boabdil; tú, Venegas, hablas del regreso de Boabdil á Granada.

—Déjame sentarme,—dijo Hacem,—y nos contará Venegas todo aquello que yo he confusamente oído, y que ha penetrado, á guisa de sutil veneno, difuso en los aires, por todas las fibras de mi viejo cuerpo.

Los tres interlocutores se sentaron, cada cual en asiento conforme con su rango; y Venegas habló de esta manera.

—Cautivo por su temeridad Boabdil, corrió, en cuanto supo su cautiverio Fernando el taimado, en pos de su busca y de su vista. Como siempre que de tal rey se trata, vióse la benevolencia en todo lo aparatoso y externo, lo cruel en todo lo real y verdadero. No quiso humillarlo en ceremonias vejatorias, por lo mismo que iba redomadamente á desceñirlo de su autoridad soberana. Un gran consejo de magnates y potentados se reunió; y allí, so color de oír á los demás, cumplió su propio propósito y

su voluntad reflexiva. D. Alonso de Cárdenas proponía el cautiverio indefinido, mientras D. Rodrigo Ponce de León la inmediata libertad. Hallábase allí el heróico Illán laureado por su resistencia en Málaga, por su audacia en Lucena; y como, divididos los pareceres, equilibrábanse con sus contrarias fuerzas, puso en sus manos la suprema resolución Fernando. É Illán, conocedor, á causa de su cautiverio y de la parte que tomara en las rebeliones granadinas, del precario estado nuestro, aconsejó la suelta del príncipe, después de haberle arrancado un pacto, so color de amistad, que fuese la ruina y la deshonorra de Granada.

Mientras Venegas refería estas cosas y modulaba estos nombres, asíase á su diván Zoraya, como si le faltase tierra bajo su cuerpo, y buscaba con la vista en los alamíes cercanos sus áureos pomos, llenos de orientales esencias, para conservar vida y sentido que se le iban por minutos.

Boabdil — continuó Venegas, — decidió aceptar todo cuanto le propusieron, instigado por su ambiciosa madre; y lo primero que hizo, fué declararse vasallo de Castilla.

— ¡Oh! No lo repitas, — exclamó Hacem agarrando por el brazo al vizir, y sacudiéndolo como si fuera el verdadero culpado. — No vuelvas á repetirlo, porque desearía no saberlo, y que me tragarán los abismos, y que ardiera por toda una eternidad en los infiernos, pues no había de padecer tanto como padezco en este horroso minuto. ¡Boabdil, Boabdil!

¡Malditos sus progenitores, aunque sean los propios míos; maldita la hora funesta en que ví á su madre; maldita la noche aciaga en que lo engendré; maldito el día en que vino á la tierra; maldita la sangre de sus venas; malditas las generaciones que legue á los futuros tiempos! ¿Dónde se halla el enviado Azrael, que no trae su aliento de guerra y exterminio, desde los abismos cerúleos, para consumir á Granada, aniquilándola de súbito é impidiendo el que la vea yo vendida por sus propios reyes?

—Y los cautivos cristianos,—continuó Venegas,—serán entregados á los Reyes Católicos; y tributos, muy superiores á los que Hacem negara siempre, se le pagarán nuevamente; y podrá requerir, cuando quiera, servicios militares; y podrá tener Granada en feudo.

Hacem, no resistiendo más tiempo á tal relato, se quedó como muerto; y mientras Zoraya se volvía por todas partes en demanda de socorro, cual si fuera víctima de naufragios ó incendios, Venegas, mirándola de hito en hito, le decía:

—Illán se vengará de nosotros con horrorosas y perdurables venganzas.

CAPÍTULO XXII.

—Parece un cadáver,—decía Zoraya, dirigiéndose á Venegas, el cual preparaba órdenes y rescriptos, que presentar al Sultán Hacem, cuando recobrase la posesión de sí mismo, impidiendo el cumplimiento de pactos, tan traidoramente convenidos por el triste y desdichado Boabdil.

—No te maravilles, Zoraya, de cuanto pasa por Hacem. Los muchos desengaños, recibidos hace tiempo de su familia, no impiden que la sangre de Boabdil sea su propia sangre, y se desespere al verla deshonorada. Su hijo muestra cualidades contradictorias: ambición en la ociosidad, valor en el harén, deseo de reinar sin reino, aspiraciones á dirigir la raza musulímica en toda Granada, cuando cetro y alfanje se le caen á una de las manos, bajaza delante de sus eternos enemigos y altivez delante de su padre, perseverancia pero solo en la debilidad, y salidas bruscas de un capricho arbitrario,

el cual parece tener incontrastables inclinaciones al abismo. Y en este rebajamiento moral ha firmado deshonoroso convenio con los enemigos de su religión y de su patria.

—Sí, cierto—añadió Zoraya,—muy cierto, mas por lo mismo, extrañame que, conociendo como conoce la complexión de su hijo, se haya extrañado tanto de tal nueva bajeza y recibídola como si no debiese aguardarla en realidad hace mucho tiempo.

—Nunca se cree lo adverso en toda su verdad, hasta que no se sabe por una dolorosísima experiencia.

—Y comprendo menos todavía que, al saber la traición, le haya entrado un dolor, capaz de paralizarle para toda grande resolución, á él tan resuelto; y lejos de hacerlo tantas veces hecho en otras ocasiones análogas, requerir sus armas, ensillar su caballo, vestirse la cota de malla, y lanzarse rápido al campo en busca del combate y del triunfo, caiga en esa especie de parálisis, y no piense, ni resuelva cosa ninguna, fuera de dolerse y llorar en este minuto de su vida, tan propicio al empleo de sus más altas y más fecundas facultades.

—El golpe ha resultado asaz fuerte, para que no le haya inferido esta dolorosa turbación, de la cual llegaremos á sacarle con alguna industria.

—Porque mira, Venegas, hemos renunciado á nuestro Dios, á nuestro pueblo, á nuestro nombre, y no es cosa de hallar el martirio por gentes, los cuales allá en el interior, no amamos, y por

dogmas en cuya verdad no creemos. Yo tengo mi ambición propia, y mis hijos de sangre mahometana y regia, como instrumento para satisfacerla.

—De modo que Hacem se libertó de Aixá para caer en Zoraya.

—¿Y lo extrañas?

—No extraño, aprendo y observo.

—Entiendo tu observación; mas observa la diferencia. Mientras Aixá persigue con sus importunaciones al Sultán, yo jamás le digo una palabra, y me industrio de suerte que aparezca su propia voluntad, y no mi poderoso influjo, el agente de sus actos.

—Ya lo veo, ya lo veo.

—Pues bien, inhabilitado para el trono Boabdil por su traición, importa que mis hijos, engendrados en el único amor verdadero que sintiera en toda su vida el Sultán, ocupen ese trono, á cuya sombra nacieron, y sean los reyes únicos de la sin par Granada.

—Pretendiente nuevo tenemos en campaña, y pretendiente formidable.

—¿Qué quieres?

—Que veas como acaso pretendes tu perdición y tu ruina. La nave del Estado, por ti codiciada, no tiene tabla que se junte con otra tabla suya, pues, rotos los clavos que las unían, corre cada cual sobre las cimas de trombas, cuyos voragines todo lo devoran y absorben.

—Pero déjame coger al menos parte del naufragio.

—Boabdil corre á Granada, llevando en su frente la deshonra y en su mano la discordia. El vulgo de poco seso, y menos responsabilidad, le aclamará, porque confundiendo la vida particular con la vida universal, cree de su deber sustentarlo por haber nacido y criádose á su vista. Pero, mientras tanto, los nobles de Loja, que han perdido por su temeridad al valiente Aliatar; los zegries y gomeles de Ronda que ven ya ondear las banderas del Marqués de Cádiz por las perspectivas de sus horizontes; el Zagal de Málaga, que ambiciona también una corona, se repartirán los fragmentos del cuantioso despojo; y sobre cada pedrusco vomitado por la erupción, y sacudido por el terremoto, sabrán erigir diminutas monarquías, donde ufanos daránse aires de autoridad y apariencias de poder.

—¿Qué quieres? No en vano respira una el aire de la corte. Cuando se ha vivido por estas alturas, apréndese muy pronto, como no hay medio para los príncipes entre mandar ó servir. Sus cabezas tocarán el oro de una corona ó el leño de un cadalso. Aquí precisa humillar á los demás para levantarse uno. Quien se resigna de grado á la humildad sucumbe sin remedio en el desprecio. Cuando nada tengan que temer ó aguardar de ti, no te mirarán al rostro. Y mientras estés muy alto, imitarán los cortesanos á los poderosos, como imitan los micos á los hombres. Ya sabes que los amigos de Alejandro torcían las cabezas, porque llevaba el gran conquistador la suya siempre torcida; y que los criados

del tirano Dionisio, tropezaban á una con todos los objetos en los salones y en las salas para en algo asemejarse á su dueño. Créete que la fortuna pide cortejo y cortejos. Quien desdeña requerirla de amores, no la rinde ni la goza jamás.

—Zoraya, todo eso está muy bien si pudieras alcanzar la certeza de que no llegarían los enemigos comunes á disputarte con sus lanzas el trono ganado para tus hijos. Pero mira con cuidado á los cuatro puntos del horizonte, y verás levantarse cuatro vientos contrarios á ese reino, con cuyo logro sueñas.

—Sí, adverso todo cuanto pasa, mas por lo mismo, invitando al ánimo á contrastarlo y combatirlo.

—Haré cuanto quieras en obsequio de tu plan, ya que nos une la común suerte con el apretado lazo de un común remordimiento. Pero atiende y observa cómo aquellos, á quienes hemos traicionado nosotros, nos asedian. El día menos pensado entrará Illán por esa puerta, pidiéndote cuenta de su felicidad, y conjurándote para que te prepares á la expiación y al castigo.

Zoraya, movida por esta invocación, se levantó de súbito del diván, donde se asentaba, y se llevó de golpe las dos manos á las sienes. Su cuerpo se puso rígido como el de aquellos pajarillos que fascinan las serpientes. Claváronse sus ojos en misterioso sér, que parecía presente allí, aunque inaccesible á la vista. Y una fascinación, verdadera-

mente singular, prestóle toda la inmovilidad y toda la pesadez de una estatua. Comprendiendo Venegas que tal efecto se había producido en Zoraya por la evocación del nombre de Illán, se levantó con presteza de su asiento, y asiéndola fuertemente del brazo, la sacudió para despertarla de aquel sueño mágico. Pronto volvió en sí la cuitadísima Zoraya, perseguida de obsesiones horribles, siempre que se le recordaba el perfecto caballero, á quien había hecho infeliz de toda infelicidad con sus apostasías y con sus perjurios.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó Venegas, en cuanto advirtiera que Zoraya podía ya con facilidad hablar.

—¡Oh!—respondió ésta, lanzando una especie de ronco aliento, en el cual envolvía huracanes de suspiros y nubes de lágrimas.

—Cobra la calma, porque lo anunciado todavía no es realidad, aunque pudiera serlo pronto.

—El nombre de Illán me aterra. Y yo creo que, no por temor á él, por temor á mis remordimientos. Traidora he sido con mi patria, infiel á mi Dios; pero aun faltando á estos sacros objetos ¡ay! á ninguno le falté como al rendido amor que me consagrara vida y alma sin rebozo en sacrificios y holocaustos sin término. Pero, si ahora vacilara en requerir la parte de fortuna y de poder aquistables para mis hijos, traicionaría también lo que no traicionan jamás ni las fieras, traicionaría mi corazón de madre.

—Pues necesitas prestarle al buen Hacem mucha vida y el antiguo vigor: que se halla como acabado y muerto.

—Yo le animaré sin decirle por qué y para qué le animo. Yo le moveré á presentarse por última vez en Granada, recogiendo la corona de sus padres á fin de dársela, no al Zagal ambicioso, no al Boabdil fementido, no al nieto deshonorado ya en la cautividad prematura, no, á los pedazos de sus entrañas, á la sangre de su amor, á los dos hijos de su preferencia y de su felicidad, á mis hijos, reyes verdaderos de Granada. Ambos se parecen á su excelso padre. Ambos tienen su vigor y su pujanza. Ambos han heredado el fuego sacro para los combates y el horror invencible á la deshonra. Viéndolos en el pie de su lecho, tan robustos y tan hermosos, no querrá dejarlos hundidos en la miseria, y les tenderá la corona imperial de sus abuelos, digna de sus sienes. Imposible, completamente imposible, que acepte Granada la concordia infeliz ideada por Boabdil, y que resultaría bien pronto súbita mudanza en su poder presente y ruina y deshonra en próximo inmediato porvenir. Se rebaja un rey; no se rebaja un reino. Y si nosotros buscamos los móviles que han impulsado mil veces al combate la voluntad enérgica del Sultán, y le han constreñido á tantas luchas y á tantas victorias apenas creíbles, defenderemos á Granada con ardor de todos sus enemigos, y la llevaremos á seguro puerto; cosa bien asequible con solo ponerla en manos de

los dos jóvenes nazaritas, á quienes visiblemente se la confia el destino.

—Pero mira, Zoraya, el pecado cometido por nosotros contra nuestros padres, vuélvese ahora contra tus hijos. Esa Granada, que destronó al Sultán Hacem por sus complacencias contigo y con tus gustos cristianos, quiere de seguro á los príncipes como nazaritas, pero los detesta como nazarenos. El nombre de su padre se borra y extingue tras la sombra proyectada por el nombre de su madre. Y no alcanzarán jamás los partidarios alcanzados por ese Zagal, á quien tú llamas ambicioso, y por ese Boabdil, á quien tú llamas fementido.

—No importa, no; tentémoslo y pronto. Las pasiones del pueblo cambian como los oleajes del mar. Nuestro principal agente, la voluntad verdadera de Hacem, necesita despertarse y se despertará. El viejo caballo de guerra tenderá su cola con su crin al viento, y erguirá soberbio sus orejas, así que oiga el clarín guerrero, incitándole á cien gloriosos combates. Vamos, pues, á moverlo, á encender su sangre, á iluminar su mente, á subvertir sus ambiciones, á que arrastrado al combate no podamos dudar ni un punto de la merecida victoria. Sígueme y animémosle para que regrese á Granada, recoja del polvo la diadema de sus padres, y la ponga sobre las sienes de sus hijos.

Muchas las instancias de Zoraya y Venegas al desesperado Hacem serían, cuando resolvió este partirse á Granada, y presentarse allí, donde había

devorado tantas penas, en porfía y competencia con su hijo. Bien pronto los añafles de guerra hicieron retemblar aquel suelo idílico y sereno, que parecía solamente destinado á nutrir y aumentar la vida, ofreciendo espacio al fecundo laboreo de la feliz agricultura, y habitación á los agricultores. Oído el llamamiento de los añafles, toda persona de armas y de guerra, existente allí, en aquel sitio, de las compañeras del Sultán, presentáronse con todos sus arreos de combatir y á caballo en sus ligeros corceles. No iba con aquel hombre ni la dominación fuerte, ni el poder supremo, ni la grande autoridad á Granada; iba la division, iba la discordia, iba la feroz anarquía que mata los imperios más fuertes y que disuelve las sociedades más antiguas. Sin embargo, el Sultán carecía, tras los estragos producidos en él por las noticias últimas, de aquella fuerza y de aquella energía militar, á las cuales debiera, en otros tiempos, tantos múltiples triunfos. Al verlo descender, encanecida su barba, trémulos sus nervios, descompuesto el semblante, cualquiera lo tomara más bien por un aparecido que no por un sér histórico y real. El bastón, que llevaba en las manos, más bien de sacerdote que de guerrero, contrastaba mucho con el cortante alfanje, que á la cintura ceñía. Cualquiera lo tomara por un profeta, descendido, como el viejo Elías, de las montañas, para decir y comunicar sus visiones religiosas, que no por un conquistador y por un monarca de razas tan valerosas y fuertes. Aquellos ojos, que relam-

pagueaban y tronaban, entre las fulguraciones de los combates, parecían ahora, hundidos en lo más profundo del rostro, como dos cavernas, de las cuales fluyesen ríos de lágrimas. En otras ocasiones, la contrariedad le aguijoneaba, como sucedió tras la perdición de Alhama; pero ahora, no, ahora fatigado al peso de sus infortunios, herido por las grandes contrariedades que había probado en una existencia ya sin horizontes y sin esperanzas, puesto como fuera de sí por la deshonra vinculada en su nombre á causa del perjurio de su primogénito, inclinábase con fatales inclinaciones al sepulcro, en busca de un profundo sueño, de un eterno descanso, y de un perdurable olvido. Cuando tomó la vía de Granada, seguido por aquella sombra de corte, parecía un verdadero fantasma. Y sin embargo, allí en Granada se le volvían ya muchos de los que antes le abandonaran. Los pueblos enfermos cambian, en sus angustias y en sus agonías, de postura, como los individuos enfermos en su lecho de muerte. Los restos de la grande aristocracia granadina, sobre todo, aquellos que no guardaban el odio al Sultán, trasmitido por anteriores generaciones mártires, como los abencerrajes, iban de nuevo á buscarle para pedirle su formidable auxilio. La reacción á su favor, en tan alto grado había subido tras los errores del pacto con los Reyes Católicos, que Aixá, recelosa y próspera siempre, abandonó las colinas hermosísimas de la Alhambra, pidiendo al popular Albaicín, refugio

para su persona y base para el trono de su excelso hijo. En efecto, los espacios próximos al palacio real de los monarcas nazaritas, sustentando los gomeles y los zegríes y los zenetes y los sirios, y tanta otra gente de pura sangre semítica y de pura creencia mahometana, sustentaban también una tradicional aristocracia, muy pagada de sus recuerdos y de sus privilegios, muy enemiga de toda complacencia con los infieles. Por consiguiente, allí estaban los enemigos naturales del convenio urdido por Aixá en Granada y sellado por Boabdil en Córdoba. Bien al revés el sitio conocido con la denominación de Albaicín. Allí estaba el populacho dispuesto á sostener todas las tiranías y á sufrir todas las servidumbres; allí los judíos, á quienes el mal trato, inferido lo mismo por la gente mahometana que por la gente católica, les desligaba de todo amor al imperio musulmán; allí los mozárabes, ó sean las antiguas familias cristianas, residentes tras la conquista ismaelita, y que permaneciendo ajenas á las discordias, no abrigaban muy cordiales sentimientos en favor de un gobierno como el mahometano, á quien habían obedecido mucho, pero no amado jamás. Unanse á esto los diversos oficios bajos y viles, así como las gentes malditas y puestas fuera de toda sociedad, aunque habiten dentro de ciudades muradas, y bien pronto se advertirán las varias levaduras de anarquía guardadas en el barrio escogido por Aixá, como seguro contra la soberbia de los nobles y á favor

de la traición de su hijo. A mayor abundamiento había en lo que pudiéramos llamar cabeza del Albaicín, sobre sus colinas más escuetas, en los sitios defendibles por agrios y abruptos, un fuerte muy complicado y extenso, grande alcazaba, tras cuyas inexpugnables murallas podía sostenerse los más débiles con fácil resistencia. De tal geografía granadina deriváronse durante largos siglos aquellos bandos y encuentros y combates, exacerbados ahora todos ellos y recrudecidos por la grande agonía de un reino, á muerte condenado por los irremisibles decretos de un destino implacable.

Un sér divino, un verdadero enviado celeste, un genio sobrehumano, que desde las cumbres empíreas hubiera podido mirar los repliegues de nuestro planeta, encontrara en aquellos dos viajes de los dos reyes el anuncio indudablemente más cierto de la próxima ruina que amenazaba con próximas inminentes catástrofes al reino de los nazari-tas. El Sultán Boabdil remontaba el curso de los ríos desprendidos de la Sierra Nevada, mientras el Sultán Hacem descendía por ese mismo curso, desde las breñas donde sus manantiales fluyen y sus respectivos nacimientos se originan; llevaba el uno en su derredor escolta como la caballería católica, por Illán comandada, mientras llevaba el otro africana caballería presidida por Venegas; impulsaba la vuelta de Boabdil una tan grande ambición como la de Aixá, é impulsaba la vuelta de Hacem

otra tan grande ambición como la de Zoraya; y mientras el reino se dividía en fragmentos, como colosal montaña cuyas raíces el terremoto sacudiera, y cuyas cumbres á su vez mil volcanes en erupción tempestuosa; las dos mujeres pensaban tan sólo en sus sendos propios hijos, creyendo con sublime, pero nefasta ceguera, que de todo cuanto allí se venía á tierra, de la indisciplina en el soldado, y de la soberbia en el vizir, y de las insurrecciones de los walíes, y de los tres ó cuatro Estados surgidos con tanto estrépito en aquel tremendo caos, y de las fracciones en armas, y de las guerras en continuidad, y de las rotas sin vergüenza, y de las desmembraciones sin remedio, podían sus dos almas de madres aprovecharse y tallar tronos y dominaciones: insensatez comparable solamente á la de un náufrago, que oyendo silvar el huracán y la tormenta desde los abismos donde hubiera caído, con los oleajes golpeándole tremendos la cabeza, con las entrañas del Océano próximas á devorar su cuerpo, cogiese, por acaso, una tabla, y quisiera convertirla en tálamo de placeres ó mesa de festines. Verdad ó mentira, la tradición ha puesto en el personaje, más ó menos fabuloso, que se denomina la Cava, el origen y la causa ocasional de nuestros dolores y desastres bajo la dominación sarracena. El nombre de Zoraya no lleva consigo un vituperio tan atroz. Quizás, cuando el moro errante por los desiertos de Sahara, que aún lleva colgada en el cingulo, á sus riñones ceñido, la llave del hogar

andaluz, recuerde, azotado el rostro por las arenas encendidas que levantan las bocanadas ardientes del Simoun, recuerde cómo tuvo su edén hermosísimo con aromadas colinas, con frescas y corrientes aguas, con cármenes floridos, con palacios fantásticos y fantaseados, con grutas de áureas estalactitas, y pregunte por qué y por quién lo ha perdido, quizás maldiga diariamente á Zoraya, como maldicen los romances castellanos y las tradiciones históricas nuestras á la sensual joven, que destruyendo en sus brazos el vigor del último rey godo, nos entregó debilitados y enflaquecidos, al musulmico poder, con cuyas fuerzas pugnamos durante siete siglos. En verdad, Zoraya interponiéndose con su amor en el reinado de Hacem, que parecía venido á restaurar la pujanza nazarita, quitóle todo el favor de la verdadera nobleza ó aristocracia histórica, y lo enflaqueció en términos, con darle cristianas apariencias, sin por eso prosperar y servir su autoridad propia y su fe religiosa, que los musulimes le destronaron, y al destronarle, perdieron á un tiempo su fuerza mayor de soberano empuje y su fuerza mayor de tenaz y porfiada resistencia. Pero ¿qué decir de aquella otra mujer, de Aixá, la cual se creía en su orgullo como un general para los ejércitos, como un maestro para los faquíes, como un emperador para el Estado, como una guía de todos y para todos? En tal extraña situación, aquella mujer, apasionada, como madre, de su hijo, tomábalo por enseña y pabellón de todos

sus propósitos é intentos, cuando, imprevisor en sus juicios, por naturaleza verdaderamente ciego, de alma sensual hasta la voluptuosidad y la molición, valeroso pero sin tenacidad, arriesgado pero con medida, indiferente á la misma diadema que sobre sus sienes llevaba, gran amador, gran esposo, hijo fiel de aquella madre imperiosísima, sin propia natural inteligencia, sin ascendiente verdadero y seguro sobre los demás; triste y angustiosa figura de irremediable decadencia, significaba tan sólo el término y conclusión de la hermosísima Granada. Y aquellas dos mujeres, cuando los abismos todos á los piés de su Alhambra se abrían, y los huracanes bramaban por las altas cimas, derribando uno á uno todos los fuertes, á cuyo amparo se fiaba el imperio, combatían entre sí á muerte y se despedazaban, tomando una el alfanje de Hacem y la otra el alfanje de Boabdil ó sus respectivos cetros, para esgrimírseles en tan gigantesco y colosal combate, sin consideración alguna, en sus violencias, ni á los sentimientos naturales de familia, ni á los intereses políticos de su Estado y patria. La pugna entre aquellas dos mujeres, pugna increíble, significaba la próxima, y ya irremediable rota de Granada en sus postrimerías.

Mas otra escena la indicaba mejor aún. Boabdil, padre, como suelen los árabes en la florida juventud; con primogénito, ya gallardo y apuesto, siquier mozo y casi niño, habíase visto precisado á entregarlo en prenda valiosa del cumplimiento de su

palabra, y se despedía de tal pedazo de sus entrañas en la hora nefasta de recobrar su libertad y de volver al mermado y casi disuelto reino granadino. Intensísimas penas le costó la posesión y disfrute de un trono destrozado en mil pedazos; pero ninguna tan amarga como la que consistía y estribaba en la obligación de coger al primer hijo de su amor y entregarlo, contra su voluntad, al implacable y eterno enemigo de su gente, de su religión y de su imperio. Por un decreto del destino implacable, los dos Sultanes de Granada, hijo y padre, quienes pisoteando las leyes de la naturaleza, se aborrecían á muerte, lejos de amarse con recíproco amor, veíanse castigados en sus sendos primogénitos, los cuales aparecían heridos á una por irreparables desgracias, como el deshonor y el cautiverio. Escena luctuosa, en verdad, aquella: un rey, destronado y devuelto á su trono por obra y gracia de los más implacables enemigos; una libertad, amargada con la ponzoñosa levadura del propio rebajamiento; un hijo arrebatado á sus padres y puesto en los palacios cristianos como caución de pacto suscrito para perder y arruinar por siempre á la inmortal Granada. Comprendemos que Boabdil, cogiendo entre sus brazos al hijo de sus entrañas, llevándoselo á un lado con la venia de los caballeros cristianos; y en cuanto la distancia no permitiese oír á estos lo que decía él, hablárle cuitadísimo en estas graves palabras:

— Ven aquí, ven, hijo mío, y deja que tu desdi-

chado padre te bese y te abraze, á ver si puede llevarse consigo en los labios tu alma, como tiene fijo en el corazón tu amor y en la retina tu figura. Me acuerdo aún del día, que á la vida viniste para mi regocijo, y oigo tu lloro que me apena hoy, cuando antes me halagaba como una canción melodiosa los oídos. Entonces, aquel día, cuando tus tiernas carnes parecían próximas á derretirse de suyo al fuego de mis besos; cuando yo te oía llorar, y buscaba en tus párpados cerrados la primera luz de tus ojos para mí, no podía, no, imaginarme, que aquel enviado del cielo á tanta felicidad y á tanta ventura, debía, por el hado adverso de su padre, caer pronto en mísera servidumbre y convertirse de príncipe regio, en cautivo humilde. Yo, saliendo de Granada, marchando temerariamente hacia Loja en competencia con las correrías de tu abuelo, yo solo he labrado mi desgracia y tu cadena. Pero no me culpes á mí, no, hijo mío, todo cuanto nos sucede ahora es obra de un destino implacable, al cual no podemos contrastar con nuestra voluntad particular. Dos nefastísimos astros sobre mi cuna y sobre mi nacimiento se juntaron, según mil veces he oído á mi padre vertiendo en ella los siniestros destellos de una irreparable y eternal desgracia. Así, no he intentado cosa en que no haya visto la mano del destino esgrimir sus armas contra mi corazón. Todos tienen padre amante, hasta los seres inferiores, y yo he tenido por padre un tirano. El cautiverio en los harenes, y la ponzoña del placer que solo ha con-

trastado con su amor tu madre, quitáronme desde los comienzos de mi juventud fuerza para los combates de la vida. Y este desmayo mío se complicó tristemente con las cábalas que formaban los astros en sus alturas contra mi persona, y que venían á decirme sin recato los más célebres astrólogos. Háme pasado á mí, salir en día sereno á la revista de mis tropas, y encontrarme con que las nubes del cielo se me venían encima como bandadas siniestras de aves carniceras, desatando un diluvio en cuyos torrentes corrí peligro de ahogarme y se ahogaron muchos de los míos. Así el pueblo me llamó Zogoibi, que quiere decir, desdichado. Y en efecto, la desdicha me sigue. Mis lanzas se quiebran en los pedruscos de mis propios alcázares. Todos los animales de mal agüero me persiguen. Enrédase la zorra en los pies de mi caballería, y aunque le asesten nubes de flechas y dardos, corre ilesa en demostración de que me ha herido á mí con sus augurios. Y cuando por la noche me cierro en mi tienda de Syria, y pongo mis almohadones de damasco sobre mis alfombras de Persia, rodeándome de todos los sortilegios que conjuran los hados adversos y sirven propicios á las felicidades humanas, como si todo contra mí se volviera, la estrella enemiga, bajo que nací, me contempla con horror desde los altos cielos. Y el buho se burla de mi suerte, mirándome de hito en hito con su mirar amarillento, y reconviniéndome con sus siniestros gritos. Yo, en mis esperanzas, te destinaba un tro-

no y no un cautiverio. Te quería para dirigir á los hombres y no para servirlos. Te consideraba rey con corona, y no esclavo triste bajo la pesadumbre de incontrastable cadena. Y la mujer en quien te hube; y la estancia sellada con las barras de Alhamar en que naciste; y los regocijos, compañeros de tu natalicio; y las gentes puestas á tu merced; y las ofrendas múltiples de reyes y pueblos; y tu sangre, tan gloriosa; y tu estirpe gloriosísima, decían bien á las claras cómo te había engendrado yo en la ventura y para el poder. Ahora te arranco á las estancias de tu palacio mágico, á los obsequios de tus cortesanos fieles, á los brazos de tu madre idolatrada, cambiando tu libertad por la condición durísima del cautivo. Alah debió matarme, antes que constreñirme á tal desgracia. Tendrías razón, hijo mío, si maldijeras á tu padre, que tanto y tan de veras te ama. Pero el hado incontrastable, allá en los cielos, y no mi voluntad y mi albedrío, ha sido la parte principal de tu desgracia. No, no quiero verte; no, no quiero hablarte más. Tomo el camino, que se abre ante mí, para ver si al cabo y término encuentro para ti una corona, aunque no lo creó, pues víctima de la desdicha, y llamándome con razón el desdichado, no me queda más recurso en el mundo sino apurar hasta las heces todas cuantas amarguras constituyen la hiel de mi desgracia. Voime, voime, pues, y no te digo nada, porque me dan tentaciones de rasgar todo lo pactado y adscribirme como cautivo en lugar tuyo. Pero que Alah me con-

dene, si no quisiera dejarte ahora todo mi sér en este beso.

Y besando á su hijo, que lloraba con sollozos amarguísimos, lo apartó de sí con fuerza; y montando con rapidez, devoró el espacio sin volver atrás la vista.

¿Quién es Boabdil? ¿Acaso un fugitivo que huye á uña de caballo la persecución de sus vencedores? ¿Acaso un ladrón, mandando su cuadrilla ó un jefe de asesinos á la cabeza de siniestra banda que debe pronto cometer un crimen, y se recata para no ser visto? Cualquiera de suposiciones tamañas cabría viéndole, sin reconocerle, antes de saber á ciencia cierta la realidad cumplida y verdadera. Podría creérsele un conspirador, un bandido, un criminal, según á todos los ojos esquivaba su persona y á los oídos su nombre, antes que un rey, padre y tutor de su pueblo. Si es de día, busca los caminos más extraviados y los espacios más desiertos. Al topar con cualquier viandante de los frequentísimos en todas las vías, aun las más recatadas entonces, destaca varios jinetes de su guardia; y los lanza sobre los descuidados y los desapercibidos, á fin de tenerlos apresados y lejos mientras frente á ellos pasa. En las horas de mayor concurrencia, ya la gruta en apartadas colinas abierta, ya la casa recatadísima tras murallas y árboles guarecen su persona y la separan de ojos avizores. Lo que más le complace y gusta es la noche con sus sombras, y en la noche la soledad espantosa como á los mal

hallados con su prójimo y con su sociedad y con su tiempo. Como todo lo espera de la oscuridad y de las tinieblas, cual ave nocturna, corre, ó casi vuela, por la oscuridad y por las sombras. En el silencio sepulcral, solamente se oyen los golpes de las herraduras en los pedruscos y la respiración de los jinetes fatigados á tan vertiginosa carrera. La compañía cristiana presidida por Illán, y encargada previamente de llevarle hasta ciertos lugares de su reino, le abandona; y ni siquiera entonces departe con los moros, que á su lado quedan, temiendo toda pregunta respecto de la siega hecha por la hoz andaluza en las huestes musulmanas el día terrible de Lucena. Marchan, marchan, como seres fantásticos y sobrenaturales, como endriagos y duendes en las mágicas leyendas, requiriendo el regio palacio y esperando ganarlo al amor de las sombras. Por fin llega, tras larguísima caminata, y entra dispuesto á sostener allí bandera de división y de guerra. Su madre y su esposa le aguardaban á una con febril impaciencia. Cuando, al entrar, vió que habían tenido necesidad imprescindible de cambiar las maravillosas estancias de su Alhambra, por las ceñudas paredes y los altos muros de la triste Alcazaba, creyóse más prisionero que rey al término de un viaje con tanta celeridad emprendido para conseguir y recabar de nuevo una corona deshonorada por sus serviles sumisiones, rota en cien fragmentos, dividida entre los magnates de su familia como un despojo de guerra. Boabdil no hubiera conocido

á Moraima: tan trasmutada la veía. Pasaron los tiempos del amor y de la bienandanza, reemplazados por tiempos de acerbidad y de amargura. Los seis meses, que habían corrido tan perezosamente desde la cautividad horrible de Boabdil hasta su regreso en aquella noche siniestra, dejaron huellas tales en la faz de Moraima, que parecía, no solo afligida, sino también vieja y decrépita. En el momento de ver á Boabdil, su esposo, tanta satisfacción, solo fué parte á evocar añejos recuerdos, horas de ventura pasadas, y compararlos por modo indeliberado é inconsciente con las tristezas y las deshonras de tal hora siniestra. Sobre todo, al verlo, al oirlo, dos imágenes se presentaron á la vista de Moraima, que le trajeron lágrimas amargas, la imagen de su hijo cautivo y la imagen de su padre muerto. Así, aquella entrevista, resultó naturalmente un verdadero mar de lágrimas. Lloraba, y á toda llorar, Moraima; lloraba, y á todo llorar, Boabdil. La cuitadísima, con acentos de tórtola triste, recordaba en aquellos instantes á un esposo poco propenso de suyo á los ejercicios guerreros, cómo había ella verdaderamente acertado, contrastando con tanto empeño la expedición aquella sin ventura. Y Boabdil, que abundaba en su propio sentido, atribuía también á la empresa tristísima el cautiverio de su hijo, el fin de su padre, el deshonor de su reino. Solo Aixá parecía como superior á todos los dolores humanos, y dispuesta con disposición resuelta y sistemática, en aquel supremo

trance, á continuar la guerra sin término y sin fin, en que sus ambiciones la empeñaran, llevando como bandera su Boabdil. Así predicaba la fortaleza y sostenía el ánimo de todos con su varonil pujanza.

Bien lo habían menester, porque se acercaban horas terribles. Aún el rey Chico no había puesto los pies en su Alcazaba, cuando ya el rey Viejo lo sabía. Uno y otro recién llegados, éste de sus Alpujarras, aquél de su cautividad, aprestábanse al combate, cual si no tuvieran á su frente un enemigo común, resuelto á devorarlos, y para devorarlos con sobrada fuerza. Zoraya fué la primera en saber el caso del arribo de Boabdil y en acercarse á su esposo, conjurándole á que proclamara reyes á sus hijos en nombre de su amor. Hacem se levantó á la noticia, por más que ya le marraba la vista, devorada por el incendio de su dolor, cual si aun fuera joven, y corriese á tomar la fortísima Zahara ó el castillo de Martos y á talar los campos de Algeciras y las cercanías de Alhama. Pero la pretensión de Zoraya le importunaba cruelmente, por lo mismo que su corazón de padre, y de padre amantísimo, le impulsaba con esfuerzo á lograrla sin encontrar medio alguno en lo humano. El día se avécinaba; y en vez de luz y vida estaba destinado á traer sombras y muertes. ¿Quién si alguna vez ha ido á Granada, no habrá notado el misterioso y poético Albaizin? Cielo bajo, le llaman los granadinos en las noches tranquilas de su estío, porque mirado, ya

del Generalife, ya del Alcázar, con tantas ventanas abiertas y tantas luces encendidas, parece como una lluvia de astros sobre la tierra, como un horizonte cargado de luminarias que se hubiera venido al suelo. Situado allende las riberas del Darro, Sierra Elvira le protege desde lejos, y como que lo esmalta con la reverberación de sus conos volcánicos, cual esmalta el Vesubio á Parthenope. Las colinas del Monte Sacro que lo limitan al Oriente y las llanuras de la Vega ó los boquetes de su entrada que lo limitan al Occidente, danle como hermosísimo deslumbrador marco de pinares, de palmas, de granados, de cármenes, de pensiles, donde lucen todos los esplendores de aquella luz y todas las galas de aquel suelo. Merecen verse los muros terrosos y rosados; los hogares musulmicos; las cisternas de Oriente; los patios con sus galerías fantásticas y sus surtidores brillantísimos; las torres ceñudas; los minaretes aéreos del rezador muhedano; los miradores, celosías y ajimeces, cortados aquí, allá por orientales florestas donde se combinan los mirtos con las adelfas y los candelabros airoso del áloe con las erizadas espino del nopal. En aquel tiempo, conteníalo un cercado de muros, el cual estaba dividido, de trecho en trecho, por un ejército de torres que se dilataban desde la puerta conocida con el nombre de Monaica, hasta los extremos orientales de la colosal Alhambra. Pues bien, las torres de tal fortaleza y las torres del palacio regio, parecían, en aquel momento, dos ejércitos próxi-

mos á llegar á las manos, puesto que la luz del alba vino para mostrar los unos coronados por los partidarios de Boabdil y coronados los otros por los partidarios de Hacem. Éste, mandaba heraldos á sus aristócratas para concitarles á la guerra; y aquél repartía dinero entre las muchedumbres para concitarlas también á la resistencia. Granada parecía una ciudad furiosa, llena de verdaderos dementes. Los tambores, en tanto número eran, y con tal estruendo sonaban, que parecían como el trueno en las grandes tempestades. Los clarines, más que instrumentos de guerra, se asemejaban, según su estridor, á terribles apelaciones y gritos de los ángeles condenados y protervos, para que les siguieran los mortales al infierno. Vociferaban unas contra otras las muchedumbres; y llegaban á las manos hasta rendirse y exterminarse. Enrojeciéronse á una las piedras de sus calles; y en las plazas, y en las azoteas, amontonáronse los cadáveres á guisa de montones de estiércol en los campos. Por Boabdil estaban las muchedumbres sin armas, cuyas muchedumbres no sabían pelear, cual peleaban los atezados y aguerridos milites de Hacem, pero sabían morir; y morían cual moscas. El vigor de la disciplina dió súbita cuenta de las muchedumbres; y la causa de Boabdil tuvo más resignados mártires que verdaderos héroes. El asedio asfixiaba ya en términos á éste, que recogiendo su familia, Moraima resignadísima, pero Aixá furiosa contra tal debilidad, huyó á uña de caballo y se refugió en Almería.

CAPÍTULO XXIII.

Desde un salón de su palacio miraba el infeliz Hacem la rota y herida ciudad, semejante á un cuerpo maltrecho y magullado, que mostrase á la vista horribles llagas. ¿Recordáis las riberas azotadas por los ciclones, donde se mezclan las arboladuras y las quillas y las tablas de naves náufragas con los ramajes de plantas desarraigadas y esparcidas en terrible desorden? Tal es el espectáculo presentado por la ciudad nazarita y sus alrededores al día siguiente de la catástrofe. Parece imposible que la cólera de los hombres llegue adonde no llega la furia de los elementos. Diríase que había sacudido un terremoto las raíces de aquellos torreones, según lo arruinados unos y lo ruinosos otros. Diríase que había envenenado la peste los aires, según los montones de cadáveres por doquier yacentes. Diríase que los volcanes apagados erupaban de nuevo sus vapores sulfurosos y sus ardientes lavas,

según las cenizas dispersas por todas partes y el negror de barrios enteros incendiados. Hacem no podía separar la vista, que iba poco á poco extinguiéndosele, no podía, de aquella ciudad, castigada por tantos y tan tremendos castigos. Orgullosa, pagada siempre del pueblo á que pertenecía, con la memoria muy llena de las antiguas grandezas, no se resignaba, no, á representar el nefasto instante de su decadencia y de su muerte, cuando allá, en su interior, escudriñándose con los ojos de la conciencia, reconocíase bastante fuerte y poderoso para sostener en sus hombros y con su alfanje otro más vasto imperio. Desde que supo el deshonor de su hijo, redujose á maldecir y á llorar. En el momento que describimos, acostado sobre un diván oriental, contemplaba con alternativas contemplaciones, ya la ciudad querida, ya el rostro de la Sultana predilecta, la nefasta española, ya el ceño de su primer vizir Venegas; y en tantas y tales contemplaciones, solo bebía dolor, amargo dolor, que le penetraba con su ponzoña mortal hasta en la médula de los huesos. Y sin embargo, Zoraya quería allí mismo, en aquel instante supremo, cuando ni se había secado la sangre de las calles, ni se había desvanecido el humo en los aires; y los cristianos, compañeros de Boabdil hasta el corazón de su reino, apenas habían vuelto hacia Córdoba; y el Zagal se aprestaba, desde los alcázares malagueños, á tallarse, como ya hemos dicho, un trono en las tablas del naufragio; que Hacem proclamase al mayor de los hijos

engendrados en sus entrañas, monarca del estruendo y del escombros. Para libertarse á tales obyr-gaciones, enseñaba con su mano flaca, volviendo hacia ella los ojos casi extintos, en aquel ocaso de tanto imperio, en aquel acabamiento de vida tan preciosa, la ciudad náufraga en mares de lágrimas y sangre. Y á todo lo que se comprometía, en su desesperación y en su dolor horroroso, á todo, por complacencias con la dama que le trajera las únicas venturas probadas en su vida, y con el único ministro que descollaba entre tantos privados como allí pululaban, era á intentar la proclamación, cuando cualquier hueste á su nombre adicta y combatiente bajo sus banderas, alcanzase ventaja más ó menos considerable sobre las huestes cristianas. Así, todos los días, en el mismo sitio se congregaban el Sultán, y su favorecida esposa, y su primer ministro para urdir y sostener análogas conversaciones. Los emisarios, que traían frecuentísimas noticias de la frontera y de los diversos sitios azotados por las continuas luchas, eran recibidos con anhelo sin igual, á pesar de que traían siempre, á causa de la general adversidad que affigía con sus calamidades al reino, siniestras nuevas, bajo cuya impresión aquel gran guerrero se deshacía en lágrimas, y poco á poco, iba perdiendo la relampagueante luz de su avasalladora mirada.

—¿No hay, —preguntaba con anhelo á Venegas Zoraya, — no hay asomo alguno de consoladora esperanza?

—Ninguno, —dijo Venegas.

—¡Ay! —exclamó Hacem, — por complacerte, Zoraya, dí orden á mis zegrías y gomeles de Ronda, invencibles, incontrastables, alígeros en lo rápidos y leones en lo fuertes, que descendiesen al llano y me ganasen una victoria para ponerla como de pavés á las plantas de tus hijos; y en efecto, los guerreros más audaces de mi reino han sido rotos en los campos de Lopera.

—¿Y sabes, —preguntó Venegas á Zoraya, — quién se ha distinguido más en esta contienda?

—No me lo digas, —respondió Zoraya.

—Illán, —dijo Venegas.

La Sultana se llevó las manos al rostro en cuanto resonó con siniestra resonancia nombre tal en su oído.

—Como que, —añadió Venegas, — los Reyes Católicos le han alojado en su palacio regio; y el arzobispo de Toledo Mendoza, gran cardenal de España, no se ha desdeñado de ir á su encuentro en las puertas de Córdoba. El duque de Villahermosa, que lleva sangre real en sus venas; los condes de Aguilar y de Cabra, que tal número de hazañas cuentan en sus servicios; los comendadores de León, los obispos de Cuenca y de Jaén; los maestros de Santiago hánle servido como de acompañamiento y de pompa. Bajo rico solio, los Reyes le aguardaban; en alta tribuna, saludábale melodiosa música; mientras veinte damas, vestidas con rozagantes brocados, y veinte garzones de los más ilus-

tres, le festejaban bailando; y coperos y halconeros le servían en vasos de oro el vino de bienvenida.

—¡Ah!—el Sultán dijo tras aquel relato, interrumpido á cada paso por sus ayes, muy semejantes á los de un moribundo, —ellos pueden holgarse á una en esas fiestas, porque les lleva cada emisario recién ido á sus palacios noticias de nuevas victorias; pero nosotros ¡oh! nosotros solo debemos llorar como mujeres, porque solo con duelos nos encontramos á cada paso y solo adversas noticias recibimos á cada instante. Aquella Zahara, que yo colgué, como una esmeralda, en la diadema del reino granadino, acaba de perderse, y de pasar al acerbo común de las conquistas castellanas. Así el Marqués de Cádiz ha recibido por esta reconquista el título de Marqués de Zahara.

—Tienes razón, Hacem. ¿Quién puede contar nuestras desgracias? Doce mil infantes, y seis mil caballos se han reunido en Antequera, para emprender la más asoladora tala que han visto los siglos. No ha quedado en Coin, en Almegía, en Cártama, ni las raíces de un árbol por los campos, ni la piedra de una quinta por las ruzafas. Los cielos claros de las malagueñas costas se han oscurecido al espeso humo; y las pobres madres moras han gritado, al ver arruinadas y hechas cenizas las viviendas de sus hijos, como gritan las gaviotas cuando se lleva el huracán sus nidos. Cuarenta días de terrible desolación y exterminio han dejado como

un desierto de África los edenes más viciosos y más bellos de Andalucía. Aquella incomparable Alora, engarzada como un brillante regio en áureas colinas, á cuyos pies los palmerales y los naranjales se dilatan, ha caído en manos cristianas. Los pesadísimos cañones han acertado á subir donde solamente llegan las nubes, y desde allí, han puesto en aprieto á Setenil, á la inexpugnable Setenil, de quien dijeran los poetas que solamente podían llevársela en sus garras las águilas.

Después de tales coloquios, los sultanes y su vizir se apartaban unos de otros; y se iban cada cual á su estancia, llorando la terrible suerte de su raza y de su reino. Distinguíase, por sus reflexiones hondas y amargas, la infeliz Isabel de Solís, trocada en reina de moros por el destino adverso, y próxima en aquellos momentos á recibir el condigno castigo de su traición y de su apostasía. Musulmana en apariencia, católica en realidad, por su alto cargo reina, y por su nacimiento española, comparaba la suerte que le cupiera, quedándose como rica-hembra entre los suyos, con la suerte que le había cabido subiendo á uno de los tronos musulmicos. Y como en la desgracia, el recuerdo religioso de la dicha pasada solo sirve para el aumento de todos los dolores, veía su vejez triste, sus hijos siervos, por una causa cuya religión tenía y guardaba en lo más íntimo y en lo más profundo del alma. Así el pan suyo se amasaba con hiel; y las noches corrían entre las inquietudes y las zozobras.

del insomnio. Dominaba todos aquellos dolores un dolor supremo, la probabilidad terrible de verse algún día frente á frente con el hombre á quien debió hacer feliz, condenado por ella, en su desvarío y en su deseo de vivir, á perdurable infierno. Pero dejémosla en estos momentos hablar á ella misma; y oigamos con atención las reconvenciones íntimas de sus remordimientos.

— ¡Oh! ¡Qué batalla he llevado tan penosa y tan larga! ¡Cómo el trono ha resultado para mí un suplicio, en que, día por día, me han mis verdugos infligido penas peores que cien muertes! Yo, castellana de raza y sangre, por castellana devota de la patria, de sus leyes, de sus costumbres, obligada por un hado cruel á regocijarme de todas sus adversidades y á dolerme de todas sus victorias. ¡En cuántas ocasiones, al relato de una batalla heróica, he sentido en mi alma despertarse con energía el alma de mis padres; y he tenido en los labios aplausos para lo que acongojaba en aquel entonces á quienes yo había sustituido por los míos! Mi corazón ha tenido una vida completamente adolorada por tales combates; é igual estado interior de perplejidad ha tenido mi conciencia. ¡Cuántas veces he apartado los ojos del cielo para no ver en sus esplendores y en sus grandezas al Dios de mis padres! ¡Cuántas veces, en la mezquita, ocupando el sitio recatadísimo reservado á las reinas, al oír las suras del Korán que mis padres maldijeran de continuo, he creído ver á mis plantas abrirse, como la

boca de un abismo, el infierno, para tragarme, y consumirme con horror en sus llamas eternas! No sé cuánto he luchado. A veces, la sombra de mi castillo arruinado, de mi santa iglesia incendiada, se me aparecían como en sueños, incitándome á cometer alguna traición muy sonada contra la gente mora, de cuya traición luego me retraía el amor de mi esposo y la mirada y la sonrisa de mis hijos. Si yo hubiera permanecido fiel á mi sangre, á mi religión, á mi patria, ¡cuánto me holgara y envaneciera hoy con esos triunfos, que la fama divulga, que la historia recoge atónita, y que resplandecerán allá en las cimas de la bienaventuranza con resplandor inefable, á los ojos de mis abuelos, consagrados, desde inmemoriales tiempos, á inacabables cruzadas con los moros! Pero reina granadina, esposa de un Sultán, madre de príncipes que llevan la sangre de Mahoma en sus venas, he tenido que contrariar con los deseos emanados de mi posición, los deseos emanados de mi naturaleza; y he visto por las noches levantarse de su marmóreo sepulcro gótico la sombra de mi padre á decirme cómo había renegado de toda su estirpe, había roto los blasones y rasgado los pergaminos de su casa; tan cruel, tan implacablemente cruel como una fiera. Y otras veces, de pronto, en las estancias mágicas, una bocanada como de incienso ha entrado por los ajimeces; las trompetas del órgano se han oído en las bóvedas; y la imagen de la Virgen María, con su corona de luz en las sienes, y sus peanas de ánge-

les en las plantas, se ha retratado por los aires..... mas para maldecirme. Y lo que mayor espanto me causa es lo que temo ver de súbito, mañana quizás, ó quizás ahora mismo, en los horribles desastres á que se halla condenado este imperio, la presencia de Illán, reconviniéndome, y quizás matándome. No llega emisario sin traer nuevos relatos de sus proezas. Él está en todas partes, y las armas de sus enemigos lo respetan. Él cae con frecuencia en las llamas, y resulta como el amianto de incombustible. La fe, la nación, sus reyes, sus padres, le impulsan á tanto combate; antes que todos le impulso yo, y pelea un día y otro sin descanso para subir á este palacio de los nazaritas, y clavarme, después de haberme con furor maldecido, en las entrañas el puñal aguzado en cien combates. ¡Oh! ¿Qué será de mí? ¿Qué será de mis hijos? ¿Qué suerte nos depara el destino? Quizás me lleven atada codo con codo el día de su triunfo los cristianos delante de su ejército; y me obliguen á pasar por mi castillo; y me arrastren hasta el sepulcro de mis padres; para que oiga con mis oídos, atronados por las maldiciones, el anatema de mi raza en el sitio donde se meció mi cuna. Yo no quiero pensar estas cosas. Yo deseo que mis hijos me defiendan de todos estos horrores; y para que mis hijos me defiendan, pido á su padre que les dé la única fortaleza todavía de pie sobre tantos escombros; que les dé un trono. Y el trono de mis hijos tan sólo puede dimanar de una victoria de su gente. Yo te la pido, yo te la pido ¡ah!

pero no sé á quién pedírsela, si al Dios de mis ascendientes ó al Dios de mis descendientes. Yo he abjurado de todas las religiones, cuando mi alma era por excelencia religiosa. Yo á cada instante creo en los aires oír la maldición de mis progenitores. Salvemos lo único que ya me resta en el mundo, salvemos á mis hijos. Voy á echarme nuevamente á los pies de su padre para pedirle con instancias que les decrete una corona con celeridad.

¡Inútil empeño! Los sucesos corrían desbocados, precipitando al gobierno granadino, roto en cien fragmentos, á la sima de su natural perdición. El Zagal, hermano de Hacem, y señor de Málaga, quería lo mismo, exactamente lo mismo que la Sultana, un trono para sí. Vencedor en el combate de la terrible Ajarquía, victoria última de los mantenedores del Islam sobre los mantenedores del Evangelio; este ruidoso triunfo le había ceñido esplendente aureola, y dándole influjo grande sobre sus conciudadanos. El pacto de Córdoba le trastornaba el seso y le sugería vivísimo deseo de infligir un castigo al desdichado pactante. No hablaba con faquí ninguno sin decirle cómo tenía por infiel y renegado á su sobrino Boabdil; ni con guerrero sin moverle á una expedición coronada con el goce de un seguro castigo decretado contra quien así vendiera su gente y perjurara de su religión. Boabdil, entre tanto, concitaba todas estas iras por su pereza y por su indiferencia. Los sucesos adversos, que acababan de amargarle, habíanle confirmado más

y más en la idea de que un destino implacable le perseguía y le acosaba. La vista del inmenso poder alcanzado por los reyes cristianos, le afirmaba en la persuasión á no intentar nada contra quien así disponía de todo. Aquella residencia en Almería, bajo cielos más espléndidos aún que los cielos de Granada; junto á mares tan celestes y tan sonoros, convidábanle con seductora invitación á la indolencia. Poco á poco, el tiempo, el amor, habían cicatrizado las heridas terribles de Moraima, con lo cual volvían los dos esposos á las antiguas felicidades engendradas por sus exaltados y satisfechos amores. Almería era para Boabdil un placentero nido amoroso de goces y deliquios. En vano su madre Aixá le conjuraba con imperio, como siempre, á combatir y á gobernar. Mas, habiéndole concitado ella con sus furores á la guerra civil, y después de la guerra civil, á la fiera irrupción en las tierras cristianas, concluída con el cautiverio de Lucena y con el pacto de Córdoba, no quería Boabdil, ya escarmentado, librar mucho en la obediencia de otro tiempo á su madre, y se resistía, inerte, á todo pensamiento y á todo trabajo. El harén, el baño, el juego de adjedrez, el diálogo continuo con su esposa, el diván oriental en la estancia pintada de mil colores, la guzla y la poesía le devoraban todo su tiempo, que iba trascurriendo como un río sosegado á las orillas de aquel mar placentero. Y si Boabdil hubiera sido capaz de presentimientos, presintiera la tempestad que amaga-

ba su frente. No podía, en suelo tan subvertido como aquel suelo, permanecer mucho tiempo sobre sus cimientos, la mansión de un príncipe y de un príncipe reinante. Por todas partes culebreaba el rayo y tenía necesariamente que alcanzarle y herirle. Mientras él veía las olas, y las escuchaba desde sus estancias; olía las flores y aspiraba sus esencias con voluptuosidad; dormía ó descansaba tranquilo en brazos de la Sultana favorita; unos cuantos jinetes requerían el sitio de sus goces para interrumpirlos con sangrienta venganza. Quien hubiera visto á tales hombres notara sin esfuerzo cómo el odio y sólo el odio podía mantenerlos y alentarlos en su vertiginosa carrera. Una conspiración terrible se había urdido contra Boabdil; y en esta conspiración entraban principalmente los faquíes. Cuando un pueblo pasa por desgracias tan grandes, como las desgracias del pueblo granadino, exáltanse las pasiones religiosas en su corazón; y al exaltarse tales pasiones, cobra natural influjo aquél que las guía ó que las explota, el sacerdocio. Y los sacerdotes de toda Granada creían á Boabdil contaminado con la irreligión y con los infieles. Por consecuencia, diariamente pedían al Eterno, en sus oraciones, castigo para el Zogoibí, como diariamente procuraban alcanzar, por medio de sus actos, lo mismo que pedían en sus oraciones. El Zagal, herido, á fuer de musulmán, y ambicioso á fuer de príncipe, llevaba su conjuración hasta dentro de Almería, y empujaba el fanatismo de los sa-

cerdotes á la sublevación. Avisados estos del día de su llegada con tiempo, acercáronse á las puertas de la ciudad con facilidad, y sin despertar ningún recelo. Imposible, por aquel entonces, cuando la guerra con todas sus consecuencias reinaba sobre la sociedad, que pudiera un conjurado entrar en las grandes poblaciones, si no le bajaban rastrillos y le abrían portones. Confiado en esto se presentó el Zagal, y no le marró la confianza. Los faquíes allí se hallaban, y los faquíes le franquearon el paso. Bien pronto llegó desde la ciudad baja, merced á sus caballos, bien pronto, al sitio más alto, donde resplandecía de lejos la fuerte Alcazaba. Otros obstáculos debía encontrar aquí en una guarnición fiel, si la fidelidad no se hubiera, como todo, quebrantado en aquella horrible decadencia. El buen alcaide, á quien Boabdil fiara su custodia, resistió cuanto pudo; pero no resistieron, antes se sublevaron, los soldados. La predicación faquí alcanzó hasta ellos; y la predicación presentaba como un renegado, como un amigo de los infieles, como un cómplice de los monarcas castellanos, como un fautor del total aniquilamiento de su reino, al pobre Rey Chico, más infame por sus desgracias que por sus culpas. De consiguiente los soldados no quisieron oír la voz del deber, y despedazaron al buen alcaide, que les imponía obediencia. Sus miembros rotos, su cabeza lívida, su tronco despedazado, sus manos cortadas, cayeron al pié del Zagal, que pasando con la rapidez del rayo, caba-

llo en su corcel, por los arcos de la puerta principal, entró en el patio, y preguntó á voces, entre los alaridos del tropel que le acompañaba y le seguía, por el mal granadino, por el protervo musulmán, por el traidor monarca, por el parricida hijo, que acababa de vender su religión y su patria. No se presentó Boabdil, pero se presentó Aixá.

—¿Dónde se halla, —gritóle con furia el Zagal,— tu débil cachorro, abortado para la perdición de su raza y traidor á su reino?

—Aquí no hay traidor, sino tú, fementido ambicioso vulgar, sin conciencia y sin entrañas, que llevas en la mano cortante alfanje para descabezar á Boabdil y en el cinto puñal agudo para clavárselo en el corazón al descuidado Hacem. Aunque mil traiciones te han abierto el portón de nuestra fortaleza; y estás ahí despidiendo rabia de tus ojos y armado de todas armas, no temo arrostrar tu coraje, ni caer bajo el peso de tu maldad, antes bien, te desafío y te conjuro, tigre maldito, á que despedaces el cuerpo de esta mujer sin ventura, y lo arrojes, si para tu gozo y tu ambición así lo necesitas, al voraz apetito de tus perros.

—Horra, mujer de Hacem, Sultana granadina, sangre de mi sangre, si no mirara todos estos varios títulos, y no los uniera en mi pensamiento á tu condición de mujer, ahora mismo probaras el filo de mi alfanje.

—Haces mal no esgrimiéndolo, porque la Horra como tú me llamas en reconocimiento á mi virtud,

no habrá de agradecértelo; y si la dejas viva, no por el cariño, por el miedo que le tienes; enredaráse, como una serpiente del desierto, en los pies de tus ambiciones, y las derribará en el infierno seguramente.

—No escuchéis á esa mujer,—gritó el Zagal, viendo que los suyos se impacientaban y estremecían al eco de tales insultos, provocaciones y amenazas. Buscad al Rey Chico, al Zogoibí acosado por un horóscopo escrito en el cielo con caracteres nefastos contra él, y traédmelo para que yo lo remate aquí, en presencia de la mujer que lo ha engendrado.

—Traidor, infame, protervo, perro infiel, sangre corrompida y corruptora, de condenado alma, del infierno racimo, ¿crees que vas á encontrarlo, porque ha querido la traición perderlo? Pues aun tiene su madre que lo guarezca, y su Granada que lo salve.

Mientras Aixá decía estas palabras, los moros varios, compañeros del Zagal, escudriñaban todos los rincones de la grande Alcazaba, en busca de Boabdil. Pero en vano, porque habiendo llegado su indolencia incontrastable al extremo de no salir del retiro procurado tras su cautiverio y sus guerras, pasándose la vida en contemplar, ora el cielo de su Andalucía, ora el mar de aquellas pintorescas costas, ora los ojos de Moraima, tenía caballos ociosos y de refresco, montando el más rápido con la celeridad prestada por las exaltaciones de sus ner-

vios, y poniéndose pronto en cobro, lejos de aquel enemigo implacable y de aquel horroroso daño. Los emisarios aun pudieron abrir grande ajimez del patio y mostrarle al Zagal cómo corría el bueno de Boabdil, y se alejaba con varios de los suyos y se perdía en los últimos límites del horizonte. Algunos malagueños, destacados para detener la fuga, intentaron cortar el paso rápido, apresarle cuando ya no lo habían podido cortar, perseguirlo cuando ya no lo habían podido detener ó apresar, mas ni sus cuerpos estaban de suyo tan ágiles como el cuerpo de semejante nervioso, ni sus caballos recién venidos de Málaga en carrera fatigadora podían competir de ningún modo con los caballos de Boabdil. Viendo este desengaño, enfurecióse con atroz y profunda ceguera el Zagal, arrojándose como todos los de su sangre, al ímpetu y al arrebató de su furor. No hubieron á las manos al pobre Boabdil; pero sacaron de las guaridas recatadas, en que acababan de refugiarse, á los principales y más conspicuos amigos y servidores de Aixá. La escena fué terrible; como que pasó una de las cruentas carnicerías comunes en aquel tiempo, y que nosotros no podemos comprender, dada la dulzura de nuestras costumbres. Un macero cogía con la mano izquierda furioso á tal vizir, y le descargaba la maza de hierro sobre las paredes del cráneo, haciéndole saltar los sesos, que se desparramaban por el ensangrentado pavimento. Dos ó tres milites, cegados por su cólera, saltaban al primer cortesano que

veían inermes; y después de alancearlo sin piedad, y con sus lanzas cubrirle de anchas heridas todo el cuerpo, descabezábanlo, y dirigían, como si fuese una bala de cañón, la cabeza lívida y siniestra, todavía resollando, á los pies de la Sultana. Otros, más valerosos, no querían rendirse, y pugnaban por defenderse, matando con ardor á sus adversarios, y recibiendo la muerte con heroísmo, entre los estremecimientos de la pelea. A veces, un tiro sonaba, y un hombre caía, mezclándose por siniestro modo los extertores del moribundo, el suspiro último lanzado en un segundo con las carcajadas epilépticas del rencoroso matador. Aquellos tiros secos, aquel relámpageo de los alfanjes voraces, el resuello de tanto luchador, los hedores de la matanza, los montones de cadáveres, la sangre goteando por las escaleras y remansándose por horrible modo en el patio; las cabezas de sus troncos apartadas; los troncos yacentes por allí todavía palpitantes; el ¡ay! de los heridos no bien rematados; los clamores y carcajadas de los asesinos; un corazón aquí mordido por tales perros; unas entrañas humeantes allá; el odio humano en todas partes, hacían que pareciese aquello algo semejante á lo que todas las teologías han ideado respecto del sitio convenido en los dogmas para teatro de los aborrecimientos eternos, respecto del infierno. Entre los asesinados hallábase un caballero abencerraje, á quien Aixá distinguiera mucho por su valor y su constancia; como entre los moribundos

estaba un príncipe de la sangre, Algete, á quien debía el Zagal amar, si para las ambiciones y para los odios hubiese algo respetable y sacratísimo en el mundo. Quien haya visto una leona de África, ó una tigre de Hircania, encerrada en su jaula, y hambrienta con voraz apetito, cuando le ofrecen desde lejos un pedazo de carne chorreando sangre, ó le disparan de cerca un tiro atronador, quien las haya visto en sus saltos, en sus movimientos, en sus rugidos, formarése una idea de Aixá, la cual se clavaba las uñas y se mordía con los dientes, cual si quisiese prestar á su cuerpo, con estos arañazos y estas mordeduras, la rabia de su alma. En este punto insultaba con feroces insultos á uno cualquiera de los matadores; en aquel punto, sostenía con sus gritos el combate; ya se inclinaba sobre uno de los suyos para recoger el postrer suspiro; ya detenía los brazos amenazadores; y entre flechas, entre alfanjes, entre balas; teñida en sangre; con los sesos de varios muertos en las faldas; tropezando en la cabeza ú hollando las tripas ó el vientre de cualquier amigo, parecía la siniestra personificación de aquella discordia. Así, mantúvose, á pesar de tantas atrocidades, como vió; y de tantas furias, como la rodeaban, erguida y sin vacilaciones y sin estremecimientos y sin desmayos; hasta que, viendo aparecer en brazos de sus siervas á Moraima sin vida ni sentido, conducida por expresa orden del Zagal á una prisión del castillo, se cayó redonda en el suelo, como si hubieran despe-

dido sobre su cabeza un rayo, junto al cuerpo del joven príncipe nazarita herido de muerte por tan terrible modo en aquella espantosísima catástrofe. El Zagal, viéndola en tal estado, mandó que la encerraran en una torre, aunque de mejor grado la encerrara por todo una eternidad en el sepulcro. Y luego que hubo asegurado así la familia de Boabdil bajo cien cerrojos en Almería, volvióse á Málaga en busca de fuerzas y recursos con que ir á Granada y ceñirse aquella corona, cuyos fragmentos resplandecían en las sienes de su sobrino y de sus hermanos.

La noticia de lo acaecido en Almería, llegó bien pronto al palacio real de los nazaritas. Y lo que no pudo el Zagal saber al pronto, lo supieron sus rivales granadinos, la fuga del rey á Córdoba. Zoraya comprendió como, libres sus hijos de semejante rival, y de tamaña rivalidad, aquel momento era el propicio, y cuasi único, para lograr sus ambiciones, llevando la corona de sus abuelos á los predilectos de Hacem. Con arreglo al sistema seguido ya en todas sus maniobras, muy diverso del que siguiera en casos parecidos Aixá, consultó con Venegas lo que debía, en tal supremo instante, intentarse para coger, como al vuelo, aquella corona real, que rodaba desde las sienes de sus ilustres poseedores á los más profundos abismos. Pero Hacem ya no pertenecía casi al mundo de los mortales, pertenecía de suyo al mundo de los muertos. El dolor le dominaba, con tal dominio, que le ha-

bía rendido y acabado. Aquella naturaleza tan fuerte se deshacía en mares de lágrimas. El férreo general de tantos ejércitos, vencedor en tantas batallas, se fundía como blanda cera y lloraba como débil mujer. Poco á poco la luz se había extinguido en su vista, cual si quisiera el destino preservarle, por una espesa negra sombra, del espectáculo terrible presentado al mundo y á la historia por sus viejos dominios y por su ilustre familia. En el momento de llegar hablaba del infierno, murmurando suras enteras del Koran, y pedía los amuletos usados en todas las razas orientales, contra todos los maleficios. Citando los capítulos y hasta los versículos en que se decían anatemas ó maldiciones contra los malvados, exclamaba:

—Yo, Alah, no he pertenecido á los infieles; ni guardado avariento las riquezas que me concediste. Por fementida soberbia, no he rechazado ninguno de tus mandatos como hacen los malditos. Yo merezco ángeles intercesores contigo. Mi rostro, que ha resplandecido en cien combates empeñados por tu revelación y por tu nombre, no debe llevar, por toda una eternidad, el velo de los réprobos, tan oscuro como la noche. El día próximo en que á mí se acerque, armado de su guadaña el ángel de la muerte, le diré cómo he prosperado tus obras y obedecido tus órdenes. En todas partes ¡oh! gran Dios, te he visto, y en toda mi vida héme curado cuanto he pedido según tus consejos del pobre, hasta entre los desvelos del trono. Pido, pues, ha-

llarme á tu derecha en la otra vida: que no quiero volver á una tierra donde solo hallaría el dolor y el desengaño. Jamás he creído fábula, ó quimera la resurrección de los muertos. Jamás he desdeñado las lecciones de los profetas. Óyeme, pues, Alah en vida, óyeme; pues mi pensamiento se abre á ti, al par que se cierran mis ojos; óyeme, y no me precipites en las hogueras eternas.

En cuanto hubo acabado esta invocación Hacem, díjole con recelo y con temor Venegas:

— Vengo á distraerte de tus oraciones para decirte, como Boabdil, nuevamente lanzado del reino por tu hermano el Zagal, se ha ido á tierra de castellanos y católicos en busca de socorro y auxilio.

Hacem, al oír esto, se llevó ambas manos á los ojos, y dejándose caer en el diván, estuvo algunos instantes como muerto. Sus dos interlocutores, lo mismo Zoraya que Venegas, respetaron aquel dolor, y no quisieron interrumpirlo, dejándole toda la solemnidad tristísima de los primeros momentos. Pero luego, viendo que se prolongaba el síncope, y que prolongándose, aparecería como confundido con el sueño de la muerte, le sacudieron y le gritaron clamándole á la vida. Cuando Hacem volvió en sí, tornóse á ellos, y les dijo estas palabras, después de alargar sus manos enflaquecidas y torpes.

— ¡Ah! Perdí por completo la resplandeciente luz que animaba mis ojos. Ya no volveré á ver tu faz ¡oh! Zoraya; esa faz tan parecida en lo hermosa y triste al resplandor de la luna llena. Muero antes

de morir. Las sombras del sepulcro ascienden á mi cabeza, mientras la vida y su calor abrasan aún todo mi cuerpo. Ya no podré ver, ni las estrellas del cielo azul, ni los ojos del rostro tuyo, en cuya contemplación he pasado gran parte de mi vida. He muerto, he muerto para esta Granada, que no volveré jamás á ver. Las esencias de sus cármenes subirán á mi olfato; las columnas líquidas de sus surtidores y los coros armoniosos de sus aves regalarán mi oído; mas yo, que aumentara sus bellezas, que le ciñera nuevos jardines y nuevas flores á su corona, yo no volveré jamás á verla, como no te volveré á ver á ti, mi reina, mi Zoraya, con quien tantas veces la he confundido, identificándoos en el mismo amor. ¿Qué ha sido, Alah, de mi corona imperial? Aunque me llevo las manos á las sienes, no la toco, porque me la han roto en la frente los hados. Todo he podido sobrellevarlo, todo, menos que un hijo mío, sangre de mi sangre, traicionara la religión de sus profetas y la patria de sus padres. La muerte vino desde aquel día sobre mi cabeza; y esta noche tristísima, en que ahora me hallo envuelto, es tan solo el comienzo de la muerte. Ya no veré mis legiones, sus armas relucientes, sus maniobras heroicas, sus caballos rápidos, la mira donde se dirigen y la resistencia que aguardan; solo me toca ver una sombra tras de otra sombra, mares de tinieblas, caliginosa, perdurable noche. No me habléis, pues, de cosa ninguna en el mundo. Quien, por su desgracia, no puede

amar al hijo primogénito, á causa del deshonor que le acompaña; ni ver á los hijos queridos, á causa de esta ceguera eterna, ¡oh! no debe vivir. Preparad los ritos de los muertos. Apercibid mi sepultura. A mí ya no me queda otra cosa, sino decir al ingreso de la eternidad: «Señor, que se cumplan tus decretos en la tierra y en el cielo.»

Mientras Hacem así hablaba, Zoraya y Venegas parecían como dos estatuas silenciosas y rígidas. El vizir miraba, en lo interior de su pensamievto, la insuperable dificultad que había para salvar el reino granadino de tantas catástrofes, y mucho más para conseguir lo deseado por Zoraya, la sustitución de los tres reyes por los hijos de la reina. Sin embargo, se atrevió á deslizar estas palabras y á sugerir estas indicaciones.

—Comprendo, Hacem, tu dolor, desde que Boabdil osara pactar con tus eternos enemigos; comprendo que la pena te haya oscurecido, siquier sea pasajeramente, los ojos; pero no comprendo que creas todo el reino derribado sin reparación alguna posible y toda esperanza perdida ó sin remedio en lo humano. Bayaceto, el magnífico Sultán de Constantinopla, se apercibe á socorrerte, y tiene hoy en poder suyo Jerusalén y el Sepulcro de Cristo en ofensa de los cristianos; y tiene todo el imperio de los antiguos griegos con todo el imperio de Trevizonda; y tiene aquel señorío inmenso del Soldán de Constantinopla; y tiene la soberanía del Oriente. Avisado por la fama de que aquí agoniza en parte

su religión y su imperio, háse propuesto acorrerte; y vendrá bien pronto con escuadra tal por el Mediterráneo, que huyan las naves cristianas como tímidas y míseras gaviotas. Lo que necesitas, mientras el dolor se aplaca en tu ánimo, y el día vuelve á tus ojos, y la posesión de tu espíritu á la voluntad soberana, es procurarte una representación que te personifique y te valga para combatir aún y vencer al cabo.

Acababa Venegas de pronunciar tales palabras, cuando un esclavo anuncia la llegada súbita de un emisario no aguardado, que trae importantísimas nuevas. Hacem, al saberlo, dícele á Venegas.

—Ese mensajero te dará las respuestas. No puedo yo cambiar en este reino de autoridad como hiciera otras veces conducido por la victoria, sin obtener el nombre mío un escarmiento de los cristianos. Entre con celeridad el emisario.

—¿Qué nueva ciudad se ha perdido?—le pregunta con grandes instancias Hacem, en cuanto le dicen que allí está el anunciado.

—Se ha perdido Ronda.

—Ya lo véis, Ronda, la más fuerte de todas mis ciudades; nido de águilas al cual no podían subir ni los mismos diablos; almacén de tantos y tantos despojos; seguro fortísimo de mi gente; refugio quizá de mis últimos días; postrera esperanza que se va. La defendía el Zegrí; la poblaban africanos gomeles; y sin embargo, se ha rendido.

—¿Quién, — preguntó Venegas, — quién de los

cristianos en tal empresa más se ha distinguido?

—El Marqués de Cádiz y el caballero Illán, que le acompañaba, —contestó el emisario.

Al oír este nombre, se puso de pie Zoraya y se marchó con precipitación hecha un mar de lágrimas.

En efecto la sentencia del hado se cumplía inexorablemente. La muchedumbre imputaba la rendición de Ronda, su viejo seguro, á la incapacidad irremediable de Hacem, postrado por un decreto del cielo en su lecho de agonía. Gritos de inapelable destronamiento comenzaron de nuevo á llenar los aires de Granada y á hender los muros del palacio. Un faquí de los muchos que andaban por aquellos lugares en tal tiempo, dió voz al resentimiento de las muchedumbres, y como una manera de fórmula real á la idea escondida en su mente. Así, pues, dijo que, traidor Boabdil y moribundo Hacem, sólo quedaba un recurso, la proclamación del Zagal. El pueblo hacía reyes con la misma facilidad que los deshacía y al Zagal proclamó. Una diputación granadina marchó á Málaga, y aunque tenía el taimado la voluntad pronta y fácil á recoger lo entonces ofrecido, aparentó extrañeza y opuso resistencia. Mas los múltiples ruegos vencieron pronto su aparatoso exterior, como las ambiciones allá en sus interioridades le habían de antiguo mostrado una corona para él en las desgracias y catástrofes de los suyos. Dejó á Málaga, y acompañado por trescientos jinetes lucidísimos, dirigióse á

la soberbia capital de su agonizante reino. Alhama en su camino pudo indudablemente detenerlo, pues comandaba por su posición extraña y singular, el camino entre las dos ciudades. Mas un descuido le procuró un triunfo. Setenta cristianos andaban merodeando por aquellas cercanías, muy ajenos á que tal golpe de gente mora se hallase próxima. Descuidados sesteaban, unos á la sombra de los árboles, otros al borde tranquilo de los manantiales y de las fuentes. Nada más fácil sino que la vigilancia domine al descuido. El Zagal vió, con la mirada de los guerreros, cómo allí le aguardaba una carnicería que perpetrar en los cristianos, un botín ó despojo que recoger con verdadera celeridad, y unos trofeos que presentar al pueblo granadino. Todo se cumplió á la letra. Murió una parte defendiéndose con heroismo, y otra parte cayó cautiva sin remedio, bajo la pesadumbre del número. Como tornaban de largas correrías los cristianos, acopiaran rico botín que todo él paró en manos del vencedor. Con esto deslumbró á Granada. Trofeos innumerables le precedían como si hubiese dado una gran batalla; cabezas lívidas colgaban de los arzones y de las sillas dando extraño aire á los jinetes; y diez ó doce caballeros de las órdenes militares, con sus mantos y sus cruces que los realzaban por tan extraño modo, iban encadenados en torno de aquel soberbio caudillo, á quien halagaba la fortuna en estos breves minutos propicios, para mejor perderlo y hundirlo y devo-

rarlo. Inútil decir cómo aquel pueblo recibiría, con qué trasportes al vencedor, viéndolo rodeado de tales cautivos y de tantos despojos. Su hermano, al revés, no quiso aguardarle, y mientras por un lado, se veían las muchedumbres encrespadas, aclamando al nuevo rey, el viejo salía con toda su familia real á un destierro y á un retiro, donde le aguardaba con impaciencia la muerte.

CAPÍTULO XXIV.

Hermosísimo sitio aquel, donde primero se refugiaron el viejo Sultán granadino y toda su familia. Sobre un ameno montecillo levantábase airoso palacio, y desde las puertas del palacio hasta las orillas del mar, escalonados en graderías mágicas, brillaban orientales jardines, regados por manantiales, que se destrenzaban en todas direcciones. No es posible decir la belleza de todos estos pueblos mediterráneos, que bordan las playas del granadino reino, con las Alpujarras, ceñidas de nieves, relucientes, al Mediodía, cual oscuros zafiros, á la tarde cual purpúreos rubíes, á la mañana plateados por las alboradas cual ópalos entre blanquecinos y rosados; con el mar celeste por cielo diáfano esclarecido; al borde áureo de las playas compuestas de arenales entre amarillos y rojos; con las vegas y cañadas cubiertas de palmas, olivos, granados, limoneros y toda suerte de

plantas, las cuales destilan mieles, difunden aromas y ofrecen habitación así á los coros de parleras aves como á los enjambres de zumbadores insectos que pueblan los aires con sus deliciosas y suaves armonías. Allí, en uno de tales pueblecillos, á la vista de tan hermosas cordilleras y de aguas tan relumbrantes, llegaron el ciego Hacem y toda su familia. Zoraya no quería que se apoyara el viejo Sultán en hombro alguno, por bastarle su mujer y sus hijos. Desde los tiempos del Edipo griego no se había visto grupo tan triste y sublime como el de aquel rey destronado, ciego; con báculo en vez de alfanje; trémulo, cuando hiciera temblar á todos sus enemigos; amargado por las traiciones de los mismos á quienes engendrara; proscripto al capricho de un su hermano, que le debiera parte de su gloria y de su poder; apoyado en el hombro de una esposa predilecta, por quien todo lo había sacrificado y que no soñaba entonces tanto en los consuelos al esposo, como en las ambiciones de los hijos; y sin más refugio que aquel escollo, colocado entre los fragmentos de su reino, y verdadero sepulcro apercebido antes de su muerte á su dolor, pues quien pierde la luz de los ojos indudablemente pierde algo más amable que todo el calor de la vida. También Hacem podía preguntar, como el antiguo rey heleno, adónde había llegado y quién le sustentaba, para sustentar este inenarrable dolor en la tierra. También él podía decir cómo las miserias de su vida y las tristezas de su vejez, mezcladas

con el recuerdo de su poderío y el sentimiento de su valor, le sugerían la virtud más difícil á quienes caen de tan alto, la beatífica resignación. Así, también él era un espectro de rey, llevando sobre su cabeza, desgredada como la de un mendigo, una sombra de corona. Nada tan trágico y doloroso como este final de una existencia henchida por estos combates. Errante ahora en las vías del destierro, con tantas lágrimas regadas; devastado por las injurias del deshonor; falto del sol de sus ojos y de la fuerza de su cuerpo; con una corona enmohecida en las sienes; con el cetro en báculo trocado; sin más compañero que su mujer desesperada y sus hijos próximos á caer en los abismos de irreparables desgracias; el destino le prueba bien cruelmente; y si fuera un poco misericordioso debía, por cualquier medio, acelerarle mucho la terminación de su vida. Los últimos cortesanos que le quedan, sus amigos, y aquella tierra sonriente parecen á una impelerle con grandísimo impulso á divertir sus penas, escuchando ya los suspiros cariñosos de los buenos afectos, ya las armoniosísimas cadencias compuestas por los conciertos y las armonías de todas las cosas. El dulzainero árabe toca su dulzaina en competencia con el coro de las aves; los ruiseñores le dirigen gorjeos desde las adelfas; y los pámpanos y los azahares le llueven su polen y sus esencias sobre la frente. Pero Hacem, en medio del dolor con que los unos le prueban y de los consuelos que los otros le ofrecen, ya no

aguarda más que la muerte, como el bálsamo consolador de sus penas. Así huele con verdadera voluptuosidad los cipreses, porque han de nutrirlos sus cenizas, cuando sombrean el sepulcro donde perdurablemente duerma; y se agarra solemnemente á los sauces, como si el inmenso tiempo, que corre por el inmenso espacio, fuese un río arrastrándolo contra su voluntad y quisiera guarecerse y salvarse de sus olas, asiéndose á los árboles funerarios, símbolos indicadores de la muerte. Ha hecho lo posible para que no se asentase una raza del Norte, los hijos de Castilla, en las tierras ilustradas por una raza del Mediodía, por los hijos del desierto. Los campos bienhadados, que ni el sol abrasa ni la nieve hiela, en él han tenido un defensor incontrastable. De haberle seguido la fortuna, conservara las barras de Alhamar, lo mismo en los picos de las altas montañas que en los arenales de las celestes riberas. Los caballos se han movido á las espuelas de los jinetes guerreros, y las naves mismas bajo la dirección de los audaces pilotos para salvar á Granada, y no ha podido salvarla. Por eso no le queda más refugio, ni más esperanza que la muerte, y pídelo con grandes instancias y á voces mientras lloran desolados mujer é hijos á sus plantas.

Pero Alah parece haberlo escuchado en sus inexcrutables designios. Era un día de los que al placer consagraba la hermosa y voluptuosísima Zoraya, creyendo que aún podían los placeres imperar

en el cuerpo casi petrificado de aquel esposo, á quien otras veces animára ella con sus miradas profundas y con sus suspiros ardientes. No se hacía cargo la Sultana de que Hacem asistía inerte á todos estos espectáculos, más bien por indiferencia y por insensibilidad, que no por ninguna otra causa. Delicada y tiernamente la mujer predilecta se había procurado todo aquello que pudiese halagar los sentidos aún abiertos en su real esposo. Pomos de misteriosas esencias, pebeteros de aromáticas humaredas, ramos de flores bien olientes, aves canoras traídas de luengas tierras y enjauladas en redes muy espesas de oro, címbalos y flautas y crótalos y dulzainas y guzlas componiendo bien deliciosas armonías, versos de los primeros poetas, cantores semitas de verdadera dulzura, jóvenes egipcias que bailaban las antiguas danzas árabes al acordado compás, todo lo apercibía, y á todo contestaba el Sultán, como contestan los ídolos, á quienes les presentan religiosas ofrendas y litúrgicos obsequios. Mientras todo se movía en torno suyo Hacem pensaba en la inmovilidad é inercia del último sueño. Las voces y los instrumentos concertaban armonías sin fin, mientras él ponía el oído á la eternidad, estremeciéndose al estridente son de la trompeta que profiere maldiciones eternas. Y mientras de un lado Zoraya se complacía en aliviar la pena y en esclarecer la noche del esposo, de otro lado Hacem se complacía en acariciar esperanzas de perdurable paz en los únicos brazos,

que la procuran ininterrumpida y honda, en brazos de la muerte. Cuando á lo mejor de la fiesta se hallaban los últimos cortesanos del monarca, y en lo más triste de su pensamiento éste, llamaron á la puerta del castillo unos emisarios del Zagal. Y bien pronto fueron introducidos, á virtud del tal nombre regio, en presencia de Hacem.

— Señor — dijo el que hacía cabeza de aquel grupo enviado desde Granada.

— ¿Qué os trae aquí? — les preguntó Hacem.

— Señor... — murmuró de nuevo el enviado, notándose con facilidad que su encargo era por todo extremo embarazoso, y el ministerio á cumplir por todo extremo difícil.

— ¿Os manda mi hermano el Zagal?

— Sí, Hacem; ya lo hemos dicho al pedirte la entrevista y audiencia.

— ¿Todavía le mortifico aquí? Residía él en Málaga y yo en Granada; me arrojó de Granada. Fuíme á la riente Almuñecar, cuando él llegó á Granada; y me arrojó de Almuñecar á Salobreña. Estoy aquí ciego, inerme, sin más arma que un báculo, sin más reino que una colina, sosteniéndome sobre los hombros de mi mujer y de mis hijos, acompañado del vizir Venegas, que representa y personifica los recuerdos últimos de mi grandeza pasada, reducido á llorar con mis ojos vacíos las desventuras de mi gente por el hado condenadas irremisiblemente á ruina, y aún le molesto aquí. Dime, ¿ha resuelto por ventura lanzarme al África mi hermano?

—Al Africa, no, Hacem, mucho más léjos.

—¿Qué oigo? — exclamó Zoraya, volviéndose á los terribles emisarios. — ¿Traéis una sentencia de muerte? ¿Vais á matar al árbol copudo, que protegiera con su sombra no más el reino granadino? ¿Vais á destruir la última fortaleza que le queda en el mundo al Islam? ¿Vais á romper el cortante alfanje, que aún brilla como media luna propicia, en los cielos de nuestra patria? Decrépito, ciego, moribundo, sin fuerzas, aún vale más él solo que toda vuestra nobleza y todo vuestro reino y todo vuestro ejército y todo vuestro sacerdocio y todo vuestro pueblo.

—Calle—dijo uno de los emisarios—callè la cristiana, que le ha perdido en el infierno de sus amores y arrastrádole á este supremo trance.

—Pues ¡oh! Si lo he perdido, muera yo. Ahí tenéis vuestras armas cortantes, y aquí tenéis mi pecho inerme y descubierto. Matadme si os place; pero no matéis á vuestro monarca y á vuestro general, el mismo monarca que os ha dado fuerza, y el único general que os ha dado victorias.

—Mira, Zoraya—dijo Hacem, dirigiéndose como á tientas al sitio donde resonaba la voz melodiosísima de su mujer; no ruegues á estos tiranos. Humillas tu dignidad inútilmente. Con mayor facilidad ablandarías el corazón de una hiena que el corazón de un abencerraje. Traen su inapelable sentencia de muerte y la cumplirán rigurosos como se cumplen siempre los decretos del hado y del des-

tino. Yo he nacido para que los míos me vendan, me deshonren y me maten. Mi mujer, la Horra, se ha pasado la vida en conspiraciones continuas contra su esposo; mi primogénito, Boabdil, se ha ceñido la corona que me pertenece y corresponde, sin fuerza ni ánimo para llevarla; y ahora mi hermano, á quien yo asistiera en todas sus empresas, y salvara en cien horribles trances, se vuelve mi verdugo y me inflige por su propia mano una sentencia de muerte. No roguemos, pues, muramos. Casualmente yo le pedía, cuando llamaban ellos á la puerta, yo le pedía en mi pensamiento y en mi espíritu al Todopoderoso, que pronto, muy pronto, mandase la muerte á visitarme, y me quitara de un mundo nefasto, donde sólo habita la más negra desesperación. Déjame, Zoraya, morir en paz. Trae, trae tus hijos y los besaré con mis labios, y los bendeciré con mi palabra, pidiendo á Dios que no puede, no, en este trance supremo desoir á quien lo invoca, la felicidad serena en este mundo y la perdurable venturanza en el otro.

— Mas yo, Hacem, no puedo querer que mueras, no puedo, no, consentirlo, aunque solo me queden, para defenderte, mis débiles brazos de mujer. Cuanto has hecho en los últimos tiempos, lo has hecho por mí; páguelo yo todo, y exéntate con el holocausto mío de la muerte tuya, guardándote incólume para tu reino y para tus hijos, para tus hijos que te necesitan y que te adoran.

En efecto, los dos príncipes, interpuestos de ro-

dillas entre su padre y los verdugos, ofrecían sus dos vidas por la de aquel, á quien se las debieran. Y hubieran ablandado á corazones capaces de algún sentimiento; pero no á los corazones de aquellos guerreros granadinos, empeñados en atroces y cruentísimas contiendas. La sentencia de muerte ¡ay! se había dado, y apremiaba su cumplimiento. Comprendiéndolo así la infeliz Zoraya, dirigíase con el esfuerzo, que presta la consideración de un trance tan cercano y tan tremendo á todas partes en busca de auxilio.

—Venegas, Venegas, decía, tú que conoces los misterios de todos estos palacios, los resortes que mueven la voluntad avasalladora de todos estos hombres, busca un supremo recurso; y sálvanos, pero sálvanos pronto.

—Por lo mismo, respondió Venegas, que conozco todo esto, dígame Zoraya cómo no resta otro recurso, que una resignación al decreto inexorable del hado. Estos príncipes forman á una con sus partidos bandadas cruentas, cual esas especies carniceras que hay en el Universo; y no se creen seguros de sí mismos, sino después de haber exterminado á la especie contraria.

—¿Pero aquí, preguntaba Zoraya, no hay una guarnición, y esa guarnición por fieles al Sultán compuesta, no tiene armas?

A esta interrogación abrióse la puerta de la estancia, que daba en aquel palacio al patio, y apareció la guarnición en armas y en formación correc-

tísima. Verla Zoraya y tomarla por el asidero último de su esperanza, fué todo uno. Con esa resolución propia de su sexo, tan arriesgado en los momentos supremos de la vida como tímido en toda ella, Zoraya se dirigió al jefe de los guardias y lo conjuró á la defensa de su amo y señor en palabras vehementísimas. Pero el jefe quedó como petrificado, á pesar de que tantos ruegos, envueltos en tantas lágrimas, podían ablandar las piedras; y dijo no reconocer en aquel sitio más autoridad que la del Zagal, su rey desde Granada y la Alhambra.

—Entonces no hay esperanza, para la virtud, ni para la gloria refugio en este reino destrozado! ¡Qué angustia! ¡No sólo por ver morir á mi esposo, por ver así atropellada la justicia!

—Que abran las cajas, recojan los tesoros, y trasládese todo, según las órdenes expresas del rey, á Granada, dijo el jefe de los emisarios á sus compañeros y subordinados.

—¡Que no pudiera, Zoraya, exclamó Hacem, recobrar la luz de los ojos para veros por última vez! Pero ya me oís, y sabéis que os aguardo allá donde no llegan estas tempestades, en el edén prometido á los fieles por nuestro Profeta.

Esta invocación á las creencias musulmanas heló nuevamente la sangre toda en el cuerpo de la reina, quien tocaba en tales trances el horror de su apostasía, pues, no era osada, ni á invocar con la conciencia su nueva religión, ni á invocar con sus labios la patria y vieja creencia llevada desde su na-

cimiento en las profundidades más íntimas del corazón y del espíritu. Así lloraba una y otra vez, lloraba, sin tregua y sin descanso; como quien ya no tiene, por una conjuración de circunstancias increíbles, refugio, ni en el mundo, ni en el cielo; y no puede aspirar, ni al auxilio de la Providencia, porque la Providencia, según todos los creyentes dicen á una, se mueve invocándola; y ella ignoraba en estos grandes momentos si debía invocar el Dios de sus labios ó el Dios de sus creencias. Hacem estrechaba sus hijos y su mujer contra el pecho, cual si quisiera deshacerlos en los brazos y llevárselos consigo á la eternidad. Y cuando más fuera de sí, más en los trasportes de su cariño se hallaba, ora bendiciendo á este, ora besando al otro, con sus manos crispadas asiendo las manos de Zoraya, el emisario da una señal; y seis esclavos nubios, negros como la noche, tan favorable al crimen, cada uno con un puñal en la mano, dirígense al sitio, donde se veía tal grupo de puro amor, y apartando la mujer á un lado, los hijos á otro, rematan al anciano, el cual muere sin lanzar una queja, pero cayendo sobre aquel pavimento con la majestad serena con que cae la encina secular, desarraigada por el tiempo, en los senos insondables del abismo. Los tesoros, la Sultana, los príncipes sus hijos, el vizir Venegas, fueron llevados á la torre de Comares y reclusos allí como pobres presos de Estado, viendo en su camino el cadáver de Hacem atravesado sobre un mulo, como si se

tratase de un perro. La malquerencia del Zagal intentó arrojarlo en humilde sepultura, donde se perdiera, ya que no su memoria, su esqueleto; pero nunca le falta en este mundo al que ha propugnado mucho algunos devotos. Y los devotos del Sultán fueron en callada noche al cementerio vulgar, donde arrojaran los huesos queridos de su señor, y los recogieron á hurtadillas como si cometieran con aquel acto de verdadero culto una profanación, conduciéndolos nada menos que á las alturas de Sierra Nevada, los enterraron, dando al picacho más alto el nombre de Muley Hacem, que todavía conserva y todavía repiten todos los hombres en toda la redondez del planeta. Ningún sepulcro, ni los erigidos por los faraones á sus dinastías, les cuadra como cuadraba este sepulcro á tal gigante. Los astros le sirven de luminoso epitafio; las nieves eternas lo cubren con una tapa de ciclópeos diamantes; las aguas despeñadas le lloran á una con fragor sublime; las selvas le sirven de corona funeraria; el granito primitivo de lecho perdurable; las águilas con sus gritos feroces le dan aún como toques de combate; y las especies, que allí luchan y se devoran, le ofrecen espectáculos de guerra y holocaustos y sacrificios de sangre. La naturaleza lo había tallado en el mármol de los grandes hombres; pero la decadencia, imponiéndose á él, como á todos los hijos de su tiempo y de su pueblo, no le dejó ejercer aquellas grandes facultades, que chocando con insuperables obstáculos, rompiéronse fragorosas en mil menu-

dos fragmentos. Si el esfuerzo, que puso en defender una raza decaída, una religión eclipsada, una patria moribunda, hubiéralo puesto en defender causa consonante con los humanos progresos ó con el espíritu de su tiempo, indudablemente, pasara de suyo al coro de los renombres inmortales. No lo quiso el trágico hado, que pesaba sobre los suyos; y su valor y su pujanza resultaron al cabo tan adversos para el Koran como la debilidad y la inercia de Boabdil.

Encerrados Venegas y Zoraya con los dos infantes, hijos de Hacem, seguían desde la torre de Comares el curso de los sucesos con terrible ansiedad. Y no había para menos, dado que la tierra de Granada, siempre subvertida, se deshacía bajo un diluvio de lágrimas y sangre, ó se disipaba como el humo de una pira en los pliegues del aire. Boabdil había vuelto á la ciudad suya, después de haber ofrecido deshonroso vasallaje á los Reyes Católicos, y hechóse con sumisión increíble su verdadero feudatario. Y mientras Boabdil entraba en su capital, moralmente conseguida ya por sus eternos enemigos, el Zagal constituía una especie de reino, que se dilataba desde las Alpujarras á las fronteras de Jaén y á los mares de Almería, conteniendo casi toda la parte oriental del reino, y contando con ciudades tan fuertes, ricas y hermosas, como Guadix y como Baza. La política de los Reyes Católicos, merced al ojo avizor de Fernando, estaba matemáticamente calculada, y como la política la guerra.

Lo más fuerte de aquel codiciadísimo dominio resultaba la enriscada región dirigida por el Zagal. De consiguiente había que darle de mano, y dirigirse á la parte más debilitada, y dirigirse á Occidente. La sumisión de Boabdil servía mucho á tal empresa. Bien hallado con la tranquilidad, no expediría ejército alguno, capaz de pisar los talones al sitiador de Málaga, clave de toda la región occidental, y clave indefensa tras la ruina y caída de Ronda y Velez Málaga. Naturalmente, socorriérala el Zagal desde sus dominios orientales; pero la interposición del reino granadino impedía que tales expediciones pudiesen intentarse y que los alfanjes suyos pudiesen unirse con los alfanjes zegríes en defensa de Málaga. Esta ciudad se hallaba, por tal conjunto de circunstancias supremas, muy abatida y muy á los pies del vencedor. Sin embargo, el gran caudillo de Ronda, el célebre Hamet, y sus zegríes, y sus gomeles, y la gente venida, en grande número, desde las regiones africanas á su encrespado seno, la defendieron á una en maravillosa defensa, tanto más fuerte cuanto que resultó muy heroico el empuje, contándose los asedios á Málaga entre las epopeyas más gloriosas de nuestra reconquista. Los elementos varios de la vida y de la historia humana, intervinieron á una en ella con poderosa y activa intervención. No hubo el heroismo solamente de los guerreros, que probaron hasta dónde llega el humano esfuerzo en sus contiendas, hubo predicciones de religiosos, profecías de astrólogos,

maniobras de videntes semíticos despertando la superstición musulmana, héroes piadosos movidos por hechizamientos y revelaciones, hasta un faqui asesino que hirió á ilustre príncipe de Portugal, creyendo herir al rey de Castilla, encuentros varios entre pelotones armados, retos y desafíos cuerpo á cuerpo, empresas como las que han inmortalizado el nombre de los Ponces y de los Pulgares, todo un poema de glorias.

Con Málaga cayó una de las mayores fortalezas poseídas por el Islam en España; y una de las comunicaciones más fáciles y más abiertas entre África y Andalucía. Zoraya y Venegas, cuyo cautiverio no había cambiado por la presencia de Boabdil en Granada, pues tanto á este le importaba como al Zagal celar aquella familia enemiga, enterábanse de todo cuanto sucedía, y con especialidad por irles más en ello, de todo cuanto sucedía entre los soldados y en el campo dirigidos por Illán. Y en efecto, junto á Ponce de León, junto á Hernando del Pulgar, junto á Gonzalo de Córdoba, entonces casi un niño, junto á Luís Portocarreo, junto al cardenal Mendoza, junto á todos aquellos héroes que han pasado en el Romancero inmortal de nuestros padres á componer como una especie de leyenda patria, como un santoral del heroísmo y del combate, junto á todos ellos Illán mantenía con esfuerzo titánico, el nombre de su gloriosa familia y el dogma de su tradicional religión, ciñendo laureles, tanto más apreciables cuanto que los había y alcanzaba en su dolor, bus-

cando algo más de lo por ellos ofrecido, buscando la palma del martirio y la paz del sepulcro. Tras la toma de Málaga vino una empresa de no tanta cuantía, pero de no inferior importancia. La ciudad, que al Norte más defendía el reino de Granada, era indudablemente Baza. Con tomarla, tomaba Castilla el centro, desde donde combatir ventajosamente á Guadix y Almería, con lo que hundíase, para no volver jamás á levantarse, la dominación del Zagal. Precisaba expugnar legiones de castillos inexpugnables, y todos quedaron rendidos. En vano comprendía la grande inteligencia militar del Zagal cuánto le importaba mantener Baza en su imperio. Pero acorralado en Guadix, no se atrevía el Sultán á descender, temiendo que le arrebataran aquel nido, á cuyo seno se habían acogido sus últimos partidarios. A pesar de tal indecisión, las Alpujarras enviaron á la defensa de Baza los más fuertes montañeses. Y lo mismo hizo la marina. Entre los héroes de la costa, descollaba Cid-Hiaya, gobernador de Almería, quien se recluyó en la ciudad con seis mil guerreros de refresco. Imposible mayor presidio en población como aquella. Sus defensores llegaban á veinte mil, y querían todos luchar, porque se asemejaba este último esfuerzo del Islam á una guerra santa.

Sita Baza en espléndida llanura, solo por un lado tenía cierta pendiente, cubierta de orientales jardines, los que ofrecían al par de increíbles delicias, formidable defensa. Quiso el rey poner allí, en

aquellos vergeles cuasi fantásticos y soñados, sus reales; y le costó el intento un sacrificio tan horrible de sus curtidos héroes, que debió retirarse, dejando yerma la campiña y apestado el aire al empuje de los combates y á la podredumbre de los muertos. El nuevo real estaba, merced á la retirada, mucho más seguro que todos los antiguos; pero también mucho más lejos, y por lo mismo inhabilitado para seguir y apretar el sitio. Metidos los cristianos reino adentro, recelaban de su posición, y temían verse trastrocados por su mal de agresores en agredidos. Así hubo quien propusiera levantar el sitio, y salir de tan temeraria empresa. No lo quisieron, ni los soldados, ni los caudillos; y el sitio se continuó, levantando los sitiadores tal número de parapetos, trincheras, y fortines, que una ciudad nueva se formó en torno de la ciudad antigua, y un sistema de talas se siguió, que bien pronto los desiertos reemplazaban á los edenes. Entonces comenzaron los combates cuerpo á cuerpo. Todavía, en los blasones de los Pulgares se ve una lanza que los atraviesa de un extremo á otro extremo, y un castillo de plata rodeado por doce leones de oro en conmemoración de todas estas hazañas. El valor de aquellos héroes, entre quienes descollaba, como siempre Illán, cortó los víveres enviados á Baza desde Guadix; detuvo los refuerzos; y apretó un cerco verdaderamente imposible, valiéndose de la fe y del entusiasmo. Las salidas de los moros quedaban muy baldías por el esfuerzo

de los cristianos. Sus emboscadas, tan hábiles y diestras, desligábanse por la grande habilidad castellana. En los combates singulares, habidos entre una y otra gente, siempre le quedaban las ventajas á los cristianos. El mundo católico entero les auxiliaba. Así el buen Cid-Hiaya iba perdiendo poco á poco la esperanza. Y había para perderla, porque los sitiadores construyeron casas de madera y hierro para los jefes, casas de paja y juncos para los soldados, y hasta un palacio para el Rey, cuyo palacio resplandecía con tejas mudejares, muy brillantes por sus tonos áureos y sus toques metálicos. Cuando se vió en la ciudad empeño tal de sus enemigos, los jeques más prudentes y los faquíes más consumados menearon con dolor sus cabezas, diciendo que todo estaba perdido. Así el mismo Cid-Hiaya, demandó una tregua, lo cual equivalía en el fondo á presagiar la rendición. En efecto, á los pocos días, las proposiciones de Fernando se oían allí mismo, donde sólo se habían oído hasta entonces los golpes de sus armas. Esa idea, tan arraigada en los musulmanes, de que auxilia siempre Dios al victorioso, habíales hecho comprender cómo el destino se inclinaba y propendía de suyo á los monarcas vencedores, invencibles por tal decreto de quien todo lo prevee, todo lo presiente, todo lo manda y ordena. El 4 de Diciembre de 1489, día de Santa Bárbara, entró Baza en el dominio de Castilla. Y no solo se rindió la ciudad al vencedor, sino que Cid-Hiaya mismo, su defensor, se rindió á la fe católi-

ca, pasando á formar parte de la nobleza castellana. Verdes valles abiertos en las arrugas de Sierra Nevada, fortalezas erigidas en los picachos de las montañas alpujarreñas, pueblos semejantes á nidos apartados de águilas ó á escondidas madrigueras de lobos, cayeron al peso de la común desgracia, y entraron en el imperio de las dos Castillas. No había ya remedio; el Zagal mismo estaba en el caso de darse á partido y de reconocer aquella soberanía, que no podía su brazo evitar. Al expirar el mes de Diciembre, ya un contrato nuevo se pactaba entre los Reyes Católicos y el Zagal malagueño. Feudatario de los vencedores, dejábanle Alhamil en las Alpujarras, y las Salinas de Malea. Dos mil moros se llamarían sus vasallos; y cuatro millones de maravedises mantendrían su casa. Para mayor escarnio, llamaríase rey de Andaraja: que todos aquellos príncipes á una se pagaban del goce de vanidad tan ilusoria, cuando habían perdido sus cuantiosos y ricos dominios. En efecto, á cambio de tal vano título, entregó las dos mejores ciudades, que aun quedaban al reino; entregó, arriba Guadix, abajo Almería: de tal suerte se desvaneció también la monarquía del Zagal. Cuando Zoraya lo supo, lloró lágrimas amargas sin fin sobre la cabeza de sus hijuelos, y vió de nuevo á Illán entrando en la torre de Comares á tomar su ruidoso desquite. Tal temor aparecía tanto más fundado, cuanto que Zoraya columbraba siempre que subía, en sus esparcimientos, á lo alto de Comares,

la Cruz de Cristo sobre los minaretes de Loja.

La preservación de Granada, mientras la guerra extendía sus furores en todas direcciones, diéronle un aumento de prosperidad como aquel de su más vivo esplendor. La rosa del Islam se abría más bella que en tiempo alguno, en el momento de caerse y deshojarse para los islamitas, pasando á rematar y concluir la corona de nuestra España. El deshonor de su rey había valido mucho dinero á los vasallos. Grandes facilidades mercantiles, procuradas por los pactos deshonorosos, le habían devuelto su antigua riqueza. Luégo, en la rota de tantas ciudades ilustres, los musulmanes más ricos veíanse obligados á pedirle á Granada un refugio y á llevarle sus tesoros en cambio. Hermoseábase la hermosa como para tentar más el deseo de los que la requerían y codiciaban. Cuando supo Boabdil que la monarquía de su tío el Zagal estaba derruida, no se acordó, en el furor anejo á toda venganza, ni del poderío de su raza, ni del esplendor de su fe; acordóse tan sólo del desacatador de Almería y del asesino de su familia y de sus partidarios. Deseando comunicar su gozo á su pueblo, salió con grande aparato por las calles, montado en su corcel mejor, y seguido de pompa y de cortejo. Pero el pueblo no participaba de sus rencores personales, y presentía el desenlace final de aquella gran tragedia. Un grito de horror al Zogoibi, á ese príncipe sellado con el sello de la desdicha desde las entrañas de su madre, y un clamor de guerra y

de combate resonaron en los aires. Granada se armó espontáneamente, y se puso bajo la dirección de un joven patricio guerrero, que se llamaba Muza, y que ardía en anhelo de pelear. No le quedaba, pues, á Boabdil más refugio que su propio eterno enemigo, aquel, que le atisbaba, para mejor devorarlo. Escribióle, pidiendo una protección indispensable, dada la cólera belicosa reinante sobre todos sus vasallos. Y Fernando, para no desmentirse nunca, le imputó con perfidia tal estado, á quien de ningún modo podía impedirlo, y le declaró la guerra. Veinte mil hombres rompieron por la Vega de Granada, bajo las órdenes del Rey Católico, talándola sin piedad. El joven heredero de tantos dominios, el infante D. Juan, destinado en los desig-nios de su padre á unir las tres coronas en sus sienes, la corona de Portugal con la corona de Aragón y de Castilla recibió la orden de caballería en aquellos encuentros, sirviéndole de padrinos los Duques de Medina Sidonia y de Cádiz, á la vista de las torres Bermejas, donde se apagaban los arre-boles últimos de la Edad Media y resplandecían los albores primeros de la Edad Moderna. El combate comenzó por una cruel estratagema. Cid-Hiaya, vestido de moro, y acompañado por legiones de moros, que llevaban cautivos á varios cristianos, pidió refugio á la guarnición del castillo de Roma, sitio principal de la Vega, y por esta negra traición recogió una preciada fortaleza. Cuando supieron esto los granadinos, y además que había ido el Za-

gal con los soldados y taladores del Rey D. Fernando, encendiéronse á una en ira, y tornaron sus ojos y sus manos á Boabdil en demanda sincera de reconciliación inmediata. El Rey Chico, para sellar esta reconciliación, salió en son de guerra por las cercanías, y tomó á los cristianos el castillo de Alhendín. Todo se concluía, no obstante un triunfo como este, alrededor de Granada. El cielo se había tornado implacable contra ella y la sentencia del cielo debía sin remedio cumplirse. Ya no le quedaba más defensor que Boabdil, quien aparecía, si quier muy resuelto á vender cara su ciudad, más como un mártir que como un héroe. En cuanto al Zagal, no pudo aprovecharse, ni de la debilidad, con que deshonrara los últimos días de su vida, ni de la corona burlesca y triste, que pusiera como remate á su historia. En el mundo no se desmienten jamás, ni las leyes de la lógica, ni las leyes de la moral. Quien así á su patria vendiera, estaba destinado, en los designios providenciales, á un horrible castigo. Los últimos vasallos, que le procuraron sus traiciones, al poco tiempo de verlo en aquel diminuto reino, subleváronse airados en su contra, queriendo pasar, antes que por sus súbditos, por sus verdugos. A uña de caballo tuvo que dejarlos, pues si no los deja, la tierra de Andarax, ismaelita hasta las entrañas ¡oh! se abre y lo devora. El Zagal tuvo que cambiar sus valores inmuebles por valores muebles, y que recibir tesoros en cambio de dominios. Por quince millones de

maravedises en moneda sonante vendió sus villas, sus tierras, sus valles, y embarcando todo cuanto acababa de recibir y todo cuanto había podido salvar de sus antiguas riquezas, embarcóse para Marruecos. El Soldán de Fez lo atrajo con promesas de amistad, y lo trató con crueldades y desquites de tirano. A causa de su proceder en Granada, confiscóle todas sus riquezas, y le quitó además la libertad, encerrándolo en oscuro calabozo. Allí pasó algún tiempo gimiendo, hasta que, un día, lo sacaron ¡infeliz! Bien podían haberlo dejado allí, siempre sepultado, antes que infligirle una pena tan bárbara. Cuando, si quier pobre y desvalido, se holgaba con ver la luz, recibir en su pecho el aire puro, y gozar la libertad, el rey de Fez mandó que lo abacinaran. Entiéndese por abacinar la terrible operación de abrasarle á un delincuente los ojos con una bácia de azofar, enrojecida grandemente al fuego. Cuando ya lo dejaron ciego, permitiéronle que caminara errante por los desiertos tingitanos. De oasis en oasis, de aduar en aduar; entregado á sus instintos; sin un pobre lazarillo siquiera; buscándose un camino con báculo recién cortado de los árboles; pidiendo limosna; sediento y hambriento como el postrero de los mendigos, llegó á Velez-Gomera; donde las gentes, de tal suerte le perseguían y le acosaban á denuestos y á golpes en cuanto solían enterarse de su terrible vida, que hubo necesidad imprescindible de ponerle un cartel en la espalda y otro en el pecho diciendo: «este,

que veis, es el desdichado rey de Andalucía, compadeceos de él.» Pues nadie se compadeció. Y hasta la muerte implacable tardó en llevárselo, para que supiese á ciencia cierta el resultado espantable de las traiciones perpetradas contra su Dios, contra su raza, y contra su patria.

CAPÍTULO XXV.

Era la madrugada gloriosísima del segundo día de Enero de 1492. La nación, que siete siglos antes desapareciera borrada del mapa de las naciones latinas por el encendido aliento de los desiertos africanos, rehecha y resucitada, merced al valor y á la constancia de sus hijos, ascendía esplendente al zenit de su grandeza, y no sólo remataba su indispensable independencia coronada por la unidad, sino que invenía en el planeta continentes y archipiélagos desconocidos, en el cielo constelaciones jamás vistas, como si el Criador le hubiera prestado su fuerza creadora y le hubiera transmitido el don de los milagros. ¡Quién les hubiese dicho á los restauradores primeros de la nacionalidad española, quién les hubiese dicho á un Pelayo, á un Abarca, en sus breñas abruptas, en sus reñecillos semejantes á refugios de águilas, en sus primeros descensos al llano y correrías por las cumbres,

cuando sus territorios no pasaban del manantial de algún río naciente, ó del picacho de algún monte aislado, que aquellas rudimentarias y modestas monarquías estaban llamadas á confluir en una sola, que arrastrase al desierto líbico las ricas diademas ismaelitas y engarzara el Atlántico y el Pacífico, mares inexplorados, islas desconocidas, en el blason de su grandeza! Por un lado, aquellos héroes, que bajaban del Pírineo, y que construían con sus piadosas manos San Juan de la Peña, llegando en tres siglos á recoger la marca hispánica, trazada por Carlo Magno, y á levantar la cruz en Zaragoza; por otro lado, aquellos héroes de Asturias, de León, de Galicia, siguiendo las orillas del Miño, del Duero, del Tajo, del Segura y del Guadalquivir, hasta rescatar desde Santiago á León y Burgos, de León y Burgos á Toledo, de Toledo á Córdoba y Sevilla. ¡Cuántos esfuerzos heróicos, y sacrificios cruentísimos, y martirios indescriptibles, y combates gigantes en aquella guerra de siete siglos, donde así que respirábamos un poco, así que veíamos el claror de alguna ilusión, el horizonte de alguna esperanza, encrespábanse los espacios africanos y sus turbulentos mares de arena, enviándonos almoravides, almohades, benimerines, zegríes, abencerrajes, gomeles, á renovar su conquista y á remachar nuestra servidumbre! De Covadonga á Simancas, de Simancas á Clavijo, de Clavijo á Calatañazor, de Calatañazor á Toledo y Cuenca, de Cuenca y Toledo á las Navas, de las

Navas al Salado, del Salado á Granada, ¡cuán épica historia, completada por las grandezas de aquellos Berengueres, de aquellos Alonsos, de aquellos Jaimes, de aquellos Pedros, que rescataron el ibero río de nuestros padres, que pusieron la cruz en Mallorca y Valencia, y que luego, de triunfo en triunfo, llegaron hasta Sicilia y hasta Grecia, extendiendo las hermosas islas mediterráneas, como ninfas y nereidas, en torno del carro de nuestras glorias! Y todo esto se corona, y todo esto se unifica, y todo esto se remata el día, no bastante celebrado, en que vuelve la más hermosa entre todas las españolas ciudades, al maternal regazo de su patria.

¡Oh vega de Granada! El español, que no sabe de memoria todo cuanto ha brotado en tus cármes, desconoce á su patria. Como Venecia en el mar oriental de Italia, como Florencia en el centro de la bellísima península; Granada, la guerra de Granada, el sitio de Granada, la toma de Granada, representan la florecencia y la primavera del renacimiento español. En Granada Colón se despide para su viaje fabuloso; en Granada, Gonzalo de Córdoba se adiestra para sus guerras épicas; las competencias y luchas con los moros granadinos acercan á los Ponces que allá en su vejez descubren las corrientes del ignorado Missisipí, recibiendo por sus milagros el homenaje debido á un Dios entre las tribus de los primitivos indios; Granada inspira ese romancero morisco, en cuyas asonancias se

une al genio de los occidentales el genio del Oriente; en Granada trazan los grandes y maravillosos escritores latinos de aquel tiempo en la lengua de Cicerón las grandezas de su historia y las hazañas de sus sitiadores; al pié de las torres Bermejas, á la vista del maravilloso palacio mahometano, entre las florestas cubiertas de azahar donde los palmerales vibran y las rosas de Alejandría huelen, concluye la edad caballeresca, pero también los tiempos feudales, comienzan los Estados potentísimos, pero también los tiempos modernos. No se puede, no, volver la vista por ninguna de las manifestaciones del arte nuestro, sin que salte Granada como la perla oriental, que contiene todos los matices de nuestra inspiración. La cuna del teatro español que ha de rivalizar con los dos primeros teatros del mundo; los cuadros de Berruguete y de Gallegos que han de iniciar esta pintura tan espléndida, como nuestros horizontes; las capillas del Condestable y del Cardenal en la iglesia toledana, donde resplandecen las áureas conchas de Santiago sobre paños de púrpura y duermen los jóvenes de la familia de Albornoz muertos en el real de Granada con su tizona sobre su armadura, su cabellera cayéndole á raudales sobre los hombros, la espuela damasquinada en la bota de acero, y la gorra florentina recamada de pedrería en la cabeza recostada sobre los anchos almohadones; aquellas sillas del coro, que ostentan las conquistas más gloriosas talladas en madera, perpetuando los recuerdos

imperecederos de vencedores y vencidos; aquel hospital de Mendoza, con sus fachadas y sus patios platerescos engarzando las grecas mudejares en el gótico reluciendo sobre su ocaso y en el renacimiento greco-latino levantándose al zenit esplendoroso; San Juan de los Reyes, la obra más esbelta y más airoso de la grande arquitectura eclesiástica, bordada con todo cuanto han podido idear de más bello los escultores, que parecían tener el secreto de ablandar la piedra y amoldarla entre sus dedos á todos los caprichos de la fantasía, San Juan de los Reyes, por cuyos claustros vaga la sombra de Cisneros y de cuyo ábside penden las cadenas de los cautivos rescatados en esta campaña; tantos y tales recuerdos épicos hablan á todos los corazones patriotas y á toda la nación española de aquella su histórica grandeza, destinada indudablemente á crecer en la sucesión de los siglos, mostrando todo el heroísmo de nuestra raza.

Era de ver aquel campamento. Para formarse una idea del esplendoroso lujo que lo decoraba, precisa ver los frescos de aquel tiempo, los cartones de Paulo Ucello reproducidos por Felipe II en el Escorial; ó los cuadros de Van-Eyk, quien arribó hasta Granada en sus viajes; ó las grandes figuras de la sacristía de Siena, dejadas allí por el pincel de Pinturrichio; los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata que no podía un puñal atravesar; las áureas bordaduras de artísticos realces; los plumajes traídos entonces por las

expediciones lusitanas del Asia y de la India; las gasas orientales que servían á los bellos rostros como las sombras á las estrellas; el copioso encuentro de perlas en los mares, y esmeraldas en los montes por aquellas recién invenidas comarcas; el artístico gusto resucitado por pintores y escultores del seno de Grecia y traído al seno de Italia para irradiarse por Europa; estas ventajas de la civilización moderna, que se iniciaban entonces, veíanse reunidas en el real de Granada, como en ninguna otra parte, gracias el esplendor mágico de nuestra hermosa patria. Imagináos las tiendas innumerables de brocados riquísimos, donde pendían los tapices de Arras con sus realzadas figuras; las alfombras de Persia que valían un imperio; las mesas talladas con todas las guirnaldas del deslumbrador Renacimiento; los platos áureos repujados en Florencia; los vasos de cristal de roca puestos sobre piés de oro lloviznados todos ellos con rocío de rubíes; las armaduras embutidas con toda suerte de metales preciosos; las adargas ricamente grabadas con los blasones de sus respectivos dueños; las lanzas parecidas á rayos del cielo por lo fulminantes; las espadas con sus empuñaduras de sin igual valor; los talíes sembrados de zafiros y ópalos; todas aquellas maravillas del arte, que parecían á una ensueños fantásticos de poetas y no realidades verdaderas del mundo. ¡Y en medio de tanto lujo, más propio para la molicie que para la guerra, cuánto valor y esfuerzo! Quien hubiese

visto, por ejemplo, al marqués de Cádiz, vestido con su túnica mora de oriental tisú, ornado el pecho de venecianos encajes, pendiente del hombro capa de terciopelo negro bordada de oro, rojas calzas de seda indiana y zapatos de telas acuchilladas y con pedrería, la gorra de cintillo y plumaje á la cabeza, el cinturón de zafiros y esmeraldas al cuerpo, una especie de alfanje al costado y guantes con puños de metales preciosos, no le creyera ciertamente aquel vencedor en cien combates, que á los cuarenta y cinco años había saltado tantos muros, visto tantos pueblos y fuertes puestos á sus piés y rendidos á su brazo, hecho tantas campañas como los primeros héroes de la historia y como los primeros campeones de la guerra. Y allí, en aquel campamento, sucedíanse á las cenas las danzas, á las danzas los conciertos, á los conciertos los torneos, á los torneos los juegos de cañas y de sortijas. Mas, entre tantos placeres, no había ninguno como pelear y morir. Á lo mejor Fernando del Pulgar trazaba con la punta de sus armas en las puertas mismas de aquel paraíso musulmán el *Ave María* invocada todas las tardes, al morir el sol, en el campamento, entre los repiques de la campana que llamaba con sus ecos á la oración y entre los destellos de las primeras estrellas que surgían, al comenzar las sombras de la noche. Otras veces, el célebre moro Tarfe, inmortalizado por nuestros romances, retaba los caballeros cristianos á singular combate y sostenía

personal pelea. En mil ocasiones, Muza, el árabe, á quien más dolía la postración de su raza, iba en busca de la muerte para no ver la capitulación de su Granada. Y así alternaban los placeres con los dolores en aquel sitio, comparado y comparable á los asedios antiguos por su duración y por sus continuos y porfiados combates. Mas no tenía remedio, el destino decretaba la victoria de los cristianos, y los árabes debían rendirse, dado su fatalismo, á los decretos del destino. La capitulación se firmó, llegando, por fin, el día de la entrega, ó sea, el 2 de Enero de 1492.

En la víspera de tal acontecimiento, los Reyes tomaron todas las precauciones indispensables para que no pudiese deslustrarse. Los pregoneros del campamento notificaron á voces cómo, al amanecer del día siguiente, debían hallarse las tropas apercebidas á la entrada y con sus mejores aprestos y arreos. También se dieron rigurosas órdenes á fin de que los caballeros y sus pajes y todas las jentes de pró se presentaran revestidos de sus mejores galas y ornados con sus más bellas preseas. No rayaba el alba por las altas y empinadas crestas, cuando los clarines confundían sus llamamientos con los píos y arpegios de las vigilantes alondras. El cielo tenía ese azul claro que presentan los horizontes meridionales si pica el frío, haciendo transparentarse al aire. Las nieves de la sierra nunca relumbraron como aquella mañana, con tal esplendor, ni lucieron sus colosales facetas de diamante.

Aunque riguroso el invierno, los muchos árboles, que no pierden la hoja en la dura estación, como cipreses, olivos, palmeras, limoneros, laureles, hallábanse realzados con gotas de rocío y bordaduras de escarcha. Nada tan hermoso como aquel amanecer, cuando los primeros rayos de luz rebotaban en las armas y en las armaduras de los cristianos, tendidos por la vega, y hacían resaltar los trajes y los turbantes multicolores de los árabes agrupados por última vez en sus torres y en sus torreones. ¡Qué contraste, Dios mío, el de las campanas, saludando, desde las torres de Santa Fe, al nuevo día, con los muhecines ó muhedanos, por vez última, diciendo en luctuosos acentos, desde los minaretes de sus mezquitas, las alabanzas al Dios de los musulmes cercano á ser proscripto de aquel edén, hecho para placer de los suyos por las manos de las huríes y de los ángeles! Desde Santa Fe podía la vista contemplar aquel maravillosísimo espectáculo, nunca tan hermoso, como al salir la ciudad sultana de sus harenes para postrarse ante las aras de los altares católicos. Desde allí, desde el real de Santa Fe, podía verse á la derecha el valle inmenso, entre cuyas arboledas y plantíos culebrea el Genil; á la izquierda Sierra Elvira, y como acercándose á sus lavas frías, el tormentoso Albaicin, coronado con su formidable Alcazaba, y el Darro abriéndose paso entre colinas encantadas y por lecho de granito; al frente los cristales de la sierra, cuyas faldas, entre azules y rosáceas, ento-

naba la luz matinal; y más abajo de la Sierra, el Generalife con sus rotondas de porcelana y sus tejas de reverberaciones metálicas entre bosques de mirtos y de adelfas; el cerro más hermoso, el cerro de la Alhambra, poblado de sus innumerables torres, á las cuales han dado tintes, que llegan del rosa pálido al carmín rojo, los ardores del Mediodía, y entre tanta belleza, la ciudad como una granada que se hubiese abierto al caer de los edenes del cielo á los abismos del mundo.

Ya el sol montaba de su oriente á su zenit, cuando el cardenal arzobispo de Toledo, Mendoza, llevando á su frente la cruz de plata, que debía erguir sobre Granada, como la irguiera sobre cien otros pueblos rescatados á la morisma, encaminábase con dos mil milites de todas armas, equipados brillantemente, á posesionarse de la deseada conquista. Los trajes eclesiásticos de la comitiva, su propia roja púrpura cardenalicia, mezclada con las casullas de sus diáconos, caballeros en los litúrgicos mulos, al frente de un ejército en marcha, contrastarían hoy con todos nuestros sentimientos y todos nuestros gustos, pero no entonces, por tener cada prelado una parte de temporal poder, é ir anejas á sus facultades religiosas, ciertas prerogativas soberanas, sin las cuales no se concebía ninguna dignidad social ni aun al morir y espirar el feudalismo. Este Mendoza, el gran cardenal de España, más que bendecido, había guerreado en su vida. Los bastardos suyos constituían parte importantísi-

ma en aquella corte; y las rentas de su arzobispado como las mesnadas habían mil veces contribuído, no sólo á la reconquista cristiana, sino también á las guerras civiles, dispendiando aquellas y dirigiendo estas á medida de su gusto. Hasta en la muerte quiso tener un sueño violento. Como el cabildo toledano le negara sepultura en el altar mayor de la catedral, entró nocturnamente con varios alarifes, derribó la pared grandiosa de la izquierda, é instaló allí, adornada con todas las preseas paganas del renacimiento, su tumba, frente al paño donde los ángeles góticos, puestos sobre un bosque de botareles airosos, extienden sus alas áureas en el espacio, y producen tañendo con silencio, á la callada, múltiples instrumentos músicos, suaves melodías, cuyos ecos animan las estatuas yacentes de los reyes enterrados con sus coronas á la cabeza y sus cetros en las manos bajo sus blasones históricos; y las estatuas hieráticas de los santos y de las vírgenes que suben sobre alas y estrellas al empíreo; y las figuras destacadas de los vidrios multicolores que vuelan como ideales mariposas por los triángulos de la ojiva entre deslumbradores iris, á cuyos matices los ojos columbran las cimas de otro mundo mejor y alcanzan la visión beatífica del Eterno. Caballero feudal el gran Mendoza, la mano poderosísima de la monarquía lo refrenó como á todos los nobles de aquella edad, y lo impelió á una guerra en que perdía sus dominios el moro al par que sus privilegios el feudalismo. Por

eso, cada paso que daba Mendoza en aquel momento, hacia el cerro de la oriental Alhambra, por la cuesta un tanto larga de los Mártires, no queriendo herir la susceptibilidad puntillosa del vencido moro, dábalo hacia un Estado nuevo, hacia un tiempo nuevo, hacia un nuevo ideal, que debían concluir con la Edad Media, y renovando el espíritu así en las artes como en las ciencias, así en la guerra como en la política, y así en el conocimiento de los cielos como en el conocimiento de la tierra, debía traer este moderno espíritu, el cual lleva cuatro siglos casi de un gradual desarrollo y todavía no ha llegado á la entera plenitud de toda su vida y á la completa extensión de toda su grandeza. El inmenso castillo de la feudalidad, que hundía sus raíces en el suelo, y llevaba sus torres del Homenaje con sus horcas para los plebeyos por las alturas de todos los horizontes, cuarteado á los retumbos y estallidos de la pólvora, iba definitivamente á hundirse y enterrarse allí, á la sombra del pabellón real, próximo á desplegarse con brío en la torre de la Vela para mostrar la supremacía de la unidad nacional sobre todas nuestras tierras con la supremacía del poder monárquico sobre todos nuestros viejos poderes.

Pero continuemos nuestra narración. Al llegar Mendoza con su hueste á la puente, por donde, sobre los fosos, debía pasar con todos los suyos á la fortaleza, dió de manos á boca con Boabdil, quien salía, seguido por un gran tropel de moros princi-

pales. Viéndole, veíase la imagen misma del desaliento. Aunque apuesto y erguido de suyo, la pesadumbre del dolor inmenso le hacía como encorvar las espaldas. Aunque joven, pues apenas alcanzaba treinta años, tenía demacrado y arrugadísimo el rostro como un viejo, merced á la tensión de su pensamiento en todo el sitio y á los surcos abiertos por las penas en las noches últimas. Aunque de un color moreno, el insomnio le había vuelto como verdoso, y diluído unas moradas ojeras en torno de aquellos sus negros y profundos ojos, hundidos á la sazón y muertos. Por su negra barba se veían blanquear varios cabellos blancos y por los tendones rígidos del cuello se notaba el esfuerzo empleado para reprimir y ahogar los amargos y violentos suspiros. Sus labios se caían con menosprecio como á quien, atenaceado por una grande aflicción suprema, no le va nada en la vida ni aguarda nada del mundo. Maldecido por el hado adverso, en ciertos momentos creía cumplir una especie de ministerio divino en la observancia y en el cumplimiento de sus fatales decretos. Mas realmente no podía sobreponerse á su dolor. Así que se imaginaba solo, y creía que nadie le miraba, quedábase rígido é inmóvil como el frío de la muerte. Una languidez, en la que se notaba con el desmayo del espíritu el desmayo del cuerpo, apoderábase de todo su sér y sin que pudiese impedirlo el empeño y el esfuerzo propios, suspiros hondos y amargos salían de su despedazado pecho. El grupo formado

por él y por los suyos junto al cardenal y su comitiva, tenía todo el color de los grupos orientales. Turbantes de mil colores, acusando la dignidad y estirpe de aquellos que los ceñían; alquiceles de blanquísima lana y marlotas de bordados realces; túnicas al cuerpo ceñidas por talies de pedrería; damasquinadas adargas, embutidas en oro y plata con leyendas koránicas; gualdrapas tunecinas, que relumbraban maravillosamente; arreos vistosísimos y apropiados al color de los caballos; bandas é insignias; todo el esplendor de aquella ciudad refinadísima, desplegábase ahora, en el momento mismo de acabar su vida é iniciarse los tristes y últimos funerales debidos á su muerte. El sitio de la escena denominábase Abaul, y sobre aquel sitio campeaban, de un lado airosa mezquita, y de otro lado la torre célebre de los Siete Suelos. Viendo venir el cardenal de Toledo á los primates granadinos, tan humillados, no pudo menos que dirigirles algunas palabras muy discretas y reservadas, pues, la misma natural conmiseración á la desgracia podía creerse un rebajamiento infligido al antiguo poder y fortuna. Bajaba Boabdil en busca de los Reyes, cuando encontró al cardenal; y anheloso indudablemente de romper su pecho, y desahogarlo con alguna expansión y alguna confidencia, díjole al prelado:

—Vais á ocupar esos alcázares, en que nací y en que debiera yo haber muerto. Tomadlos á nombre de los esclarecidos Reyes, á quienes aquel, que

todo lo puede, ha querido entregarlos, parte por los merecimientos suyos, y parte también por los pecados nuestros.

En estas palabras, conservadas por la historia, descúbrese desde luego cómo el fatalismo ismaelita, poderoso para mover al combate y á la guerra, también es poderoso para infligir una conformidad y una resignación á la desgracia, que hace perdurables y casi eternos los estados tristes del alma en los individuos, y los decaimientos y las postraciones en los pueblos.

Pocos pasos después encontró Boabdil al Rey D. Fernando, acompañado por brillante comitiva. Una legión de pajes con sus dalmáticas bordadas de realce le precedían á pié, abriéndole camino en aquella procesión triunfal hacia la cumbre de su gloriosa conquista. Los primeros ricos-hombres de Castilla y Aragón, montados en sus corceles de fiesta, y vestidos con sus preseas de gala, circuían al monarca, llevando tales blasones é insignias, cortes tan lujosas, banderas tan varias, maceros tan blasonados, que parecían el grupo aquel un ejército de verdaderos reyes. Fernando se había vestido su traje regio, y el rojo manto con vueltas de armiño cubría casi el caballo, mientras las coronas innumerables de su casa y familia se notaban prendidas en abreviadas pero relucientes joyas á su espléndida gorra cubierta de plumajes. Boabdil, por lo contrario, vestía de negro, traje conforme con su dignidad y situación, llevando un capacete

de acero damasquinado á la cabeza con leyendas propias de su rango, y esparcidos por todo el cuerpo aquellos amuletos orientales, cuya eficacia no había visto jamás, pero en cuya virtud y fuerza confiaba el cuitado, aun después de sus irreparables desgracias. Boabdil quiso apearse al ver á Fernando, y aun sacó el pié de su estribo para bajar y ponerse de hinojos ante quien le había roto y humillado; pero le detuvo un imperioso ademán del monarca cristiano. Entonces, conturbado el Rey Chico por aquellas muestras de afecto y benevolencia, pidió con grandísimo encarecimiento besar la real mano; pero Fernando le dijo cómo se usaban aquellos homenajes de vasallo á señor, pero nunca entre iguales. Acercó entonces Boabdil su caballo al caballo del aragonés, y tendiendo con grandísimo empeño la cabeza, besóle con ardiente ósculo en el derecho brazo. Cuando ya hubo cumplido este acto de cortesía, que imaginaba impuesto por el vencimiento al vencido, palpóse con presteza el cinto y creció su amarillor al encontrar lo que buscaba, las dos principales llaves de la ciudad mágica, las dos llaves que abrían las dos puertas de aquel paraíso, donde lanzaban el espíritu mahometano y la mahometana cultura sus últimas fulguraciones, su resplandor postrimero. Al entregar las dos llaves, Boabdil debió creer que daba con ellas las mezquitas de su Dios, los sepulcros de sus padres, la honra de su raza, y debió maldecirse á sí mismo por la mala hora en que Hacem lo

engendrara y por la mala estrella que presidiera desde los cielos á su nacimiento, designándole para que acabara en sus manos la obra milagrosa de Muza y de Tarik, los restos del Imperio que habían los Abderramanes y los Almanzores impuesto á toda España entre la maravilla y asombro de todo el Universo. Cuando ya se había desprendido Boabdil de sus llaves, después de un vértigo, como si la vida se le acabara y se le fuera, volvió á excusar su desgracia con los decretos de la Providencia, y volvió á imputar al destino aquella irreparable catástrofe. Los tres axiomas del Islamismo, que paralizan la más firme voluntad, gastando los resortes motores de la vida humana, ó sean, las grandes libertades; los tres flotaban sobre aquel grupo de árabes destinados á hacer entrega solemne de su patria incomparable á los enemigos implacables y eternos. El santón, vestido con túnica de lana blanca, entre cuyos pliegues parecía como una estatua funeraria, rozando el suelo con sus mangas perdidas, y envuelta la cabeza en el turbante de lino análogo á la tiara de nubes que la montaña ciñe á su cumbre, no quería explicarse la causa de tamaña ruina y exclamaba: «Dios lo sabe». Á su vez el guerrero, que llevaba todavía su cota de malla en el cuerpo, su escudo en el brazo, la vibrante lanza en la diestra y al costado el corvo alfanje, viendo su valor y sus medios, conformábase con arrinconarlos á un lado, sin haberlos esgrimido bastante, con esta frase fatalista: «Dios lo puede todo». Y Boabdil,

que representaba la fuerza de aquel Estado, la voluntad unánime de aquel pueblo, el poder de aquella sociedad tan ilustre y grandiosa en otro tiempo, al ver cómo las torres del palacio de sus mayores se desvanecían á su vista y como la corona de Alhamar, en los edenes granadinos reclusa trescientos años frente á las victorias cristianas, se caía de sus sienes, en vez de revolverse airado contra la suerte y luchar aún con porfía, exclamaba: «Dios lo quiere». Cumplida la entrega de las llaves; preguntó Boabdil por el caballero que debía gobernar, bajo la noble advocación de los Reyes Católicos, á Granada, y como le indicaran ser el conde célebre de Tendilla, D. Íñigo López de Mendoza, dirigióse á él, y sacándose una sortija de oro con preciosa piedra que al dedo llevaba, le dijo esta frase conservada también por la historia:

—Con este sello se ha gobernado Granada. Tomadlo para que la gobernéis vos y Alah prospere vuestro poder más que ha prosperado el mío.

Siguió el Zogoibí su camino de amargura; y después de haber encontrado al cardenal Mendoza en la puerta de los Siete Suelos y al Rey Fernando por las alturas de San Sebastián, encontró á la Reina Católica en Armillas, dentro ya de la Vega, y camino del real de Santa Fe. Vestía Isabel como Fernando, su traje de gala, y asentada en su caballo como en un trono, lucía sobre sus sienes aquella corona, que bien pronto debía ser la corona de dos mundos. Su hijo, el infante D. Juan, vestido con

oriental riqueza, y relumbrante de pedrería, caracoleaba en su corcel á la derecha, mientras á la izquierda se veían las infantas ornadas con trajes caprichosos y ricos, en que se combinaban los brocados florentinos con las gasas y los tisúes árabes. Una muchedumbre de mozos nobilísimos y de damas componían su corte, y aumentaban, si era posible, su esplendor. Por un sentimiento de natural delicadeza, los Reyes habían convenido en que allí se compensaran las tristezas del vencido con un acto verdaderamente grato á su corazón. El joven primogénito, que desde los pactos cordobeses había estado como prenda en poder de sus enemigos, fué puesto allí mismo en libertad y entregado por Isabel á su padre. Boabdil, á pesar de sus grandes angustias y del esfuerzo que le costara traspasar las llaves de su ciudad al vencedor, no vertió una lágrima siquiera, y ahogó mil veces con valeroso esfuerzo los suspiros escapados á su roto pecho. Pero entonces, en aquella ocasión, viendo á su hijo, al hijo de Moraima su amada, fruto de sus primeros amores, flor en que se perpetuaba y rehacía su vida, renuevo de su sér; y, á pesar de todo esto, quien más perdía en aquel acto, el más castigado aunque por su inocencia el menos culpable, nacido en el trono y puesto en el duro trance de contentarse con triste destierro al África, lejos de aquel paraíso fundado por sus gloriosos abuelos, rompió todos los diques al dolor, abriendo de par en par las puertas del respeto á sí mismo y de la conside-

ración á los demás que hasta entonces habían como retenido y refrenado las amargas cataratas de su llanto. Cubriendo su cara con la cara del pobre primogénito, lloró á todo llorar sobre ella; y desahogó así un tanto su pecho y sus ojos. Esta escena tierna impidió que dirigiera el Rey moro á la Reina Isabel aquellas frases, que había dirigido antes al Rey Fernando y al cardenal Mendoza, pues los caballeros castellanos abreviaron el dolor abreviando la trágica escena. Y en efecto, el adelantado de Cazorla, bajo cuyo poder pusiera el Rey cristiano al Rey Chico, le invitó á continuar hasta Santa Fe, donde, según las instrucciones recibidas, alojóle con grandísima cortesía y regalo, en la tienda del Cardenal, según lo convenido.

El día iba creciendo; y la cruz, llevada por Mendoza en sus manos, con el fin de coronar y rematar la historia de siete siglos, no aparecía en las cumbres y adarves del palacio mahometano. Isabel, que aguardaba con impaciencia verla, engañó este deseo, primero esperando la entrevista de Boabdil, y después con la entrevista. Así, en cuanto el Rey moro pasó, y no tuvo ni objeto ni asunto con que pacientarse y en que distraerse, volvió á fijar la vista en las torres, y á sentir disgusto por el recelo de si podía suceder un contratiempo cualquiera en aquella grande ocasión al insigne cardenal Mendoza. Los moros aparecidos por todas partes en las primeras horas de la mañana, curiosos y anhelantes por ver al ejército cristiano desplegar sus hues-

tes y lucir sus armaduras, conforme la cruz iba entrando so aquellos arcos orientales, iban ellos desapareciendo para enterrarse dentro de sus casas, como dentro de un sepulcro. Granada parecía una ciudad sin habitantes, entre diez y once de aquella milagrosa é inolvidable mañana de su rescate. Y las horas pasaban, y la cruz no se veía relucir sobre las torres Bermejas, bañadas por un sol, que iba majestuosamente subiendo á su zenit. Imaginaba ya Isabel, en su impaciencia, que la capitulación no se había cumplido, y que había llegado el cardenal á ser víctima de alguna emboscada. Pero, á eso del mediodía, sobre aquel torreón, que se denomina la Vela, el signo de la Cruz apareció relumbrante, como un astro diurno, que compitiera con el sol brillantísimo; y al verlo relumbrar allí, en la fortaleza más alta y más hermosa del Koran; rodeado por el fuego místico de tantos martirios y por las almas innumerables de tantas generaciones heroicas; todos los soldados y todos los magnates, reyes, príncipes, obispos, ricos-hombres, cuantos sentían la fe católica y la patria española en su pecho, se pusieron de hinojos sobre la tierra, cruzaron sus manos, y al son místico de las trompetas y de los clarines trocados en trompetas y clarines de un órgano inmenso, entonaron piadoso *Te-Deum*, el cual parecía salir del seno de toda la nación, que había combatido siete siglos por su independencia y unidad santísimas, desde Covadonga hasta Granada. En aquel día sublime hubo también una re-

surrección. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. Sí, quinientos cautivos repitieron en sus mazmorras el *Te-Deum* de la Vega; y cuando este no había concluído todavía, salieron en libertad, entonando los cánticos de su religión y poniendo sus cadenas rotas en los altares de la patria. Desde los tiempos de las Navas, en que los diez mil negros de la Nubia y los cien mil almohades del Atlas huían al ímpetu de las tropas españolas entre las sombras de aquella noche, solo interrumpidas por los reflejos del incendio, y el gran Miramamolin, que había soñado con ir desde Tremecen á Toledo, y desde Toledo á Roma, huye despavorido al desierto dejando su tienda y su Koran; desde aquella noche no se había oído un *Te-Deum* como éste, sácro y solemne cántico religioso, cuyas estrofas sublimes significaban el rescate de nuestra libertad y la coronación y perfeccionamiento de nuestra patria.

CAPÍTULO XXVI.

En todas las escenas descritas, en todas las hazañas puestas por obra y que han á una cantado las estrofas de nuestros romanceros y las páginas de nuestra historia, Illán tomó la considerable parte á que le daban derecho sus esfuerzos y sus servicios. Cualquiera que observe la epopeya inmortal de esta campaña granadina, echará de ver cómo la empezaron los nobles y como la concluyeron los reyes. Pues bien, lo mismo en la una que en la otra fase, no dejó Illán de pelear un punto, asistiendo á las heróicas incidencias del sitio puesto por Fernando á Málaga, igualmente que á la serie de batallas cuyo término y coronamiento fuera la toma de Almería, Guadix y Baza, cuya totalidad indicaba ya el camino triunfal conducente desde tales murallas á las torres Bermejas. Y no hablemos de la vega y del sitio final, do en porfía y competencia nuestro héroe con los Ponces, Pulgares, Portocarreros y

Córdobas, abrió mil heridas en aquellos pechos heroicos y en aquellos fuertes inexpugnables. Bien es verdad que si patria y religión entraban, como tantas otras veces hemos dicho, en sus proezas, todavía entraban más los impulsos incontrastables del amor y hasta el deseo de una indispensable venganza. No queremos decir cómo se impacientaría el joven castellano, á medida que se acababa el sitio, por ver á la dama, causa única de las felicidades y de las desgracias por él sentidas en este bajo mundo. Zoraya y sus hijos, Venegas y sus deudos, habían sido confinados todos en la torre de Comares por el Zagal tras la muerte de Hacem. Y en la torre de Comares los dejaron presos así Aixá como Boabdil, y en la torre de Comares se hallaban al caer el granadino reino en manos de los monarcas españoles.

Ocupaba la reina viuda de Hacem un precioso camarín, allá en lo más alto de la torre. Aunque prisión dura tenía por dentro todas las bellezas de las más hermosas estancias árabes. Hallábase, pues, la Sultana como las canoras y nerviosas aves, á quienes dan sus dueños para consuelo del espacio perdido y del mirto y del rosal abandonado, áurea pajarera en que crecen flores y arbustos. Allí había ido viendo un día y otro día desmoronarse la nación ismaelita, después que la dejara su esposo huérfana, primeramente por la ceguera que le causaron sus penas, y después por la muerte que le infligieron sus rivales. Unida con los víncu-

los de su matrimonio y de su ambición á la fe del esposo, no se había separado nunca enteramente ni del culto á la religión ni del amor á la patria de sus padres. Imagínense cómo vería subir los cristianos por la cuesta de los Mártires, ondear los pabellones rematados por el signo de la cruz, y cómo escucharía los salmos de los cautivos al salir libres de sus mazmorras, cual los resucitados de sus sepulcros, y el *Te Deum* de los ejércitos, que parecía convertir la morisca vega en catedral inmensa. Tal vez, entre los varios personajes de Granada, ninguno experimentase afectos de suyo tan opuestos y contrarios, como los que Isabel de Solís experimentaba. Todo árabe debía dolerse y todo cristiano alegrarse de tan memorable fecha. Pero Zoraya se dolía, por cuanto le tocaba del poder árabe, y se regocijaba en mezcla muy confusa de afectos, por cuanto aún tenía de cristiana y española. Por un lado el odio á la familia de Aixá recibía cierta satisfacción suprema con su destronamiento, y por otro lado, en aquella catástrofe, se iban también las últimas esperanzas de un trono para sus hijos. Y como tantas veces hemos asegurado, aunque nunca fuese ocasión de recordarlo cual ahora, lo que más temía Zoraya era la presencia de Illán reconviéndola. Y no se hizo esperar mucho. Amigo del cardenal, subió á la torre de la Vela en compañía suya, y en cuanto puso allí la cruz de plata, que remataba la reconquista, fuese á la torre de Comares y entró en la estancia de Zoraya. Verlo esta y

taparse con ambas manos el rostro, fué obra de un minuto. Y en cuanto Illán despidió un suspiro, dejóse caer ella sobre una de las otomanas, lanzando un ¡ay! que contenía en su estridor muchos remordimientos.

—Ocúltame tu rostro, Isabel, y no vea yo la vergüenza que lo enrojece y el remordimiento que late vivo y eterno en esa vergüenza.

—Illán, el hado, sólo el hado, explica mi delito y tu desgracia.

—¡El hado! No hables, no, cual si fueses de veras musulmana. Por excusarte á mis ojos no reniegues de la religión tuya nuevamente. Si hubieras tenido un asomo de conciencia y de razón, antes que matarme á mí, antes que deshonar tu glorioso apellido, antes que desconocer tu fe, hubieras muerto mil veces, encontrando á este tu esclavo y á tus padres con las palmas de los mártires en las cimas de la gloria; cuando, ahora, una eternidad insondable, inextinguible, te apartará de todos ellos para siempre, porque tú estás condenada, y condenada irremisiblemente á la maldición de todos los siglos en esta vida y al infierno en la otra.

—¡Oh! ¡Cuán pronto y con qué facilidad se juzga de los más terribles sucesos! ¿Quieres que una débil mujer tenga complexión de mártir y héroe, cuando todo, su delicadeza, su debilidad, su ternura, la inclinan á huir del dolor y á dejarse arrastrar en la suave corriente de los incontrastables placeres?

—No me digas eso, Isabel, no me lo digas. Para

lo que se necesitó, no la complexión de un héroe, la complexión de un tirano, fué para destrozarme con los celos como me destrozaste, y en vez de inferirme la muerte, puesto que todo poderosa eras, condenarme á una vida como esta, en la cual, después de haber apurado todas las afrentas, viéndote correr á los brazos de un Sultán voluptuoso y bárbaro, he sentido los inenarrables dolores, tanto más crueles cuanto que no han acertado á compadecerse de su víctima y han querido que viviera y viviera largos años en este tormento. ¿Por qué, dí, por qué no me mataste?

—Pues por salvar tu vida lo sacrifiqué todo, mi nombre, mi religión, mi patria.

—No aumentes, Isabel, lo enorme de tu crimen ahora con lo torpe de tus excusas ligeras. Tu sangre venenosa te llevó á olvidarlo todo para caer en brazos del malvado brutal que incendió la iglesia de tu Dios, que profanó la tumba de tus abuelos y que inmoló á tu padre sobre las ruinas y el incendio de un castillo levantado por su fe y por su heroísmo.

—No me lo recuerdes, Illán. Apiádate de mí. Si vieras cuántas veces, aquel humo ha oscurecido los cielos de Granada, y aquel incendio ha emponzoñado las esencias exhaladas por mi pebetero de Oriente, y aquella sombra de mi padre muerto se ha entrado por estos camarines deliciosos, y fijando en mí los ojos huecos, me ha traído un remordimiento, mucho más desgarrador y mucho más cruel que todos tus dolores.

—¡Oh! ¿Qué has conseguido, mujer, con tu traición? Los cristianos te detestarán eternamente y no podrás entrar en las iglesias, donde te criaste, sin ver los santos en sus altares y las estatuas yacentes en sus sepulcros, volverse para maldecirte.

—Basta, por Dios, Illán. Saca tu puñal del cinto y clávalo en el corazón que aquí tienes, pero no me digas esas cosas, no me des esas puñaladas, las cuales, al fin y al cabo, no matan, cuando yo deseo morir.

—Y los musulmes—continuó diciendo Illán, como si fuese la conciencia de Zoraya—los musulmes, que habían hallado en Hacem el héroe, capaz acaso con su esfuerzo de contrastar á los cristianos, te dicen á una que tú lo perdiste, que tú lo hechizaste, que, incitando y concitando contra su persona los odios del pueblo con tu amor de cristiana y de infiel, encendiste á la postre con tu soplo de Parca, esas guerras civiles, en cuyos odios y en cuyos empeños hase hundido á tus piés el reino de Granada.

—Mira, Illán, todo cuanto me dices, también me lo dice mi conciencia, y con decírmelo muy alto igualmente que muy de continuo, no me atenaza y muerde aquí en el corazón como tu palabra y tu acento. Muy criminal he sido, pero más desgraciada todavía que criminal. Y ahora no puedo mirar á mis hijos sin acordarme que los ha engendrado el verdugo de sus abuelos; ni entrar en una mezquita, donde me dirán que yo lo he perdido todo; ni entrar en una iglesia, donde me dirán que todo

lo he perjurado; ni pedir auxilio al Dios de los católicos, al Dios de mis padres, al Dios de mi alma, por haber torpemente reinado con sus enemigos, y mucho menos al Dios de mi esposo, al Dios de mi palacio, al Dios de mi corona, porque me dirá ser causa de la dispersión y ruina de sus creyentes y fulminará sobre mi cabeza implacablemente sus iras. ¿No te parezco aún bastante castigada?

—No, para el mal que me has hecho. Yo había soñado con que tu amor me sirviese de guía y estrella en el mundo; con que levantaran mis brazos la fortaleza derruida por Hacem, poniendo allí tu trono de rica-hembra y tu tálamo de esposa mía; con que tuviéramos una descendencia noble, honrada, feliz, la cual continuase nuestra guerra con empeño, aumentando el blasón de sus progenitores. Y por ser una reina granadina, por entrar en un harén oriental, por ceñirte una diadema que han maldecido á una dos pueblos y que llevarás como una mancha de afrenta sin remedio hasta la consumación de los siglos, me has dado á mí el infierno en vida y te has metido tú en el infierno por toda una eternidad.

—Illán, Illán, por Dios; yo no puedo sufrir tanto tiempo esa lluvia de fuego, que me abrasa la sangre y me calcina las carnes. Si vienes á tomar venganza de cuanto contra ti haya hecho esta débil mujer, tómala de súbito y no me atormentes y martirices por tan cruel manera. Si vienes á infligirme un castigo, inflígelo pronto. La víctima

tiende el cuello para que lo siegues con tu espada.

—¡Castigo, desquite, venganza! ¡Oh! ¡Cuán poco me conoces todavía! Cuando he vuelto cargado de laureles, tanto más fáciles de recoger cuanto que yo no buscaba en ellos la gloria, sino la muerte, al real de Santa Fe, hanme preguntado los reyes que premio para mí pedía, y les he pedido heredamientos grandes y cuantiosos para ti en este reinó, á fin de que te creas aún Sultana, y el título y la dignidad y las preeminencias y las rentas de infantes de Castilla para tus hijos. Yo sólo vengo á despedirme. Yo sólo vengo á decirte que, acabada la guerra santa en Castilla, vóime ahora mismo sin armas, sin arreos, sin blasones, con el sayal por toda vestidura y el báculo por toda defensa, en pos de Palestina, donde buscaré un sepulcro para mi cuerpo cerca del sepulcro de mi Dios. Y en esta penitencia de todos los días, en esta peregrinación hacia la muerte, cuando el cilicio se clave aquí en mis carnes más hondamente y el desierto me pruebe con todos sus horrores ¡ah! de mi pecho saldrá una oración en los alientos de tan horroroso martirio, y esa oración pedirá, ofreciéndome yo en holocausto, que Dios te perdone, y alguna vez apiadado ¡ay! de mí que merezco toda su piedad, te mande al mismo lugar donde yo esté, allá en la otra vida. Porque yo, sobre todas las cosas de este mundo, hete querido á ti. Yo no veía sino por tus ojos, yo respiraba con tu aliento, mi sér estaba en ti como está el cuerpo en los espacios y el ángel en los em-

píreos. Yo maldigo tu traición, pero no puedo detestar tu persona. Si me quedara un minuto, créome á mí mismo, en esta locura, capaz de hacer por ti con mi religión y con mi patria, lo que con tu religión y con tu patria hiciste tú por la corona de Hacem. No soy poderoso á defenderme del poder mágico, hechicero, que sobre mí ejerces, y me voy, me voy á Palestina en busca de un sepulcro. Y creo, que sepultado allí, bajo un sudario de arena, se habrá perdido todo, sí, todo, menos tu recuerdo. Adios, adios. Hasta la eternidad en que nos encontraremos si el Eterno escucha mis plegarias y acepta mis holocaustos y martirios.

Y mientras Illán se iba para Tierra Santa, Isabel de Solís, enjutos los ojos y risueño el rostro, llamaba con grandes voces á sus hijos y les decía cómo acababan de ser nombrados infantes de Castilla. Egoísta por los días de la juventud; más egoísta durante la madurez de su vida; en el egoísmo envejeció hasta morir impenitente.

Al par que la Sultana recogía tales restos de fortuna y de poder, cedidos por la sublime abnegación del hombre á quien traicionara tanto como á su religión y á su patria, los musulmes, ó sea, la familia y servidumbre de Boabdil, apercibíanse á dejar el sitio predilecto de su corazón en la tierra, el soñado alcázar de sus padres. En tanto que subía el cardenal Mendoza la escala de la Vela, Aixá, Moraima, las mujeres del harén, los príncipes de la sangre, los santones y faquíes del palacio dejaban aquellas es-

tancias, donde tantas veces vieran la palabra felicidad grabada en las estalactitas de sus techos, al son de las brisas y de las guzlas, al olor de los pebeteros y de los rosales. Ninguno de aquellos infelices, ninguno, se daba cuenta de lo que les sucedía; pero á todos les pasaba lo que á la flor desgajada del tallo, lo que al tallo desgajado del tronco, lo que al tronco desarraigado del suelo. Imagináos los judíos arrancados á Jerusalén y conducidos al cautiverio de Babilonia; los helenos expulsos por los tártaros de la península y de las islas que á una esmaltaran todos ellos con los cinceles de sus artes y poblaran también con las mariposas de sus inspiraciones y de sus ideas; imagináos los pueblos todos, á quienes un destino adverso condena en sus decretos á dejar el suelo donde se quedan los sepulcros de sus padres y donde se han mecido las cunas de sus hijos, pues ni los trenos de Jeremías, llorando la ciudad viuda y solitaria; ni los elegiacos lamentos del clepta viendo su tierra en los lejos del horizonte desde las extranjeras montañas; ni el plañido de los abdibitas sevillanos, comparando su río aromado de azahares con las arenas del desierto y sus palacios encantados con las tiendas del aduar, y sus jardines inacabables con el oasis estrecho y pobre, pueden compararse al llanto y al sollozo de los granadinos, abandonando aquella tierra de fuego templada por las nieves, aquellos jardines de Asia regados por manantiales, fuentes y arroyos clarísimos, aquella puerta del Edén, tras la cual colum-

brábanse las prometidas huríes y ante la cual se anticipaba el ánimo los goces prometidos en el Paraíso por su religión. Así los unos iban á dar el adios último á tal ajimez, que les recordaba un sueño de amor; los otros á tal mezquita, bajo cuyas bóvedas habían creído recibir revelaciones del cielo; casi todos á los patios voluptuosos, á las albercas cristalinas, á las celosías recatadas, á los alhamíes multicolores, donde naturalmente dejaban arreboles de su alma y de su vida. El viejo santón, reflexivo y solemne, aún podía recatar sus grandes dolores y ver aquella catástrofe con ojos enjutos y parecidos á esas nubes del estío, las cuales relampaguean y no llueven. Pero los jóvenes de condición guerrera, creyendo que aún podían vencer al destino, lanzaban toda suerte de maldiciones por aquellas sus bocas cubiertas con espumas de hiel; y las pobres mujeres, incapaces de recatar sus sentimientos, proferían en alaridos tales, que poblaban como una tempestad aquellos aires cargados con las evaporaciones de tantas lágrimas no disipadas por los clarines y por el *Te Deum* de la victoria.

Al fin, precedidos todos aquellos infelices de largas recuas, sobre las cuales iban sus tesoros más ricos y sus muebles más amados, emprendieron el camino desde Santa Fe á la Taa de Orgiva, donde iban por el pronto, dando á la ciudad las espaldas. El paso era lento, como de quien huye al objeto amado. Un silencio profundísimo siguió naturalmente á las primeras explosiones y estallidos del

dolor amargo. La comitiva, con haberse depurado y reducido todo lo posible, formaba, por su número y por su importancia, como un pueblo. Y este pueblo se unía indisolublemente, por la inteligencia y por el corazón, á la tierra, que iba dejando atrás mal de su grado. El hombre, como compendio de todos los seres, pertenece también á los minerales y á las plantas, y necesita, como estas, respirar el aire y absorber el jugo de la natal atmósfera y de la tierra natal. Y los fugitivos se creían unos con aquel suelo predilecto; por eso todos los ojos se atristaban como las luces al extinguirse, y todas las frentes se caían hacia abajo como las flores al secarse. El paladar no quería otros frutos que los frutos de aquellos huertos, ni otras aguas que las aguas de aquellos manantiales. El pensamiento se fijaba por modo intuitivo en que hasta el polvo de las vías recorridas se formaba con átomos desprendidos de las generaciones musulmicas allí enterradas. Cada cual pensaba en el sitio consagrado por algún bendito recuerdo, por alguna escena familiar, por la sombra de un sér querido, por la reminiscencia de la vida pasada, por un sollozo, por una oración, por una lágrima. Imposible saber todo cuanto nos une con el terruño á que nos hallamos adheridos hasta después de abandonarlo y de perderlo. Boabdil, iba pensando en todas estas cosas, conforme se iba dirigiendo á su triste destierro. Caballero en el corcel árabe, que montó para salir de Granada, precedíale su primogénito, á caballo

también, y á sus dos lados se veían su madre y su mujer, igualmente silenciosas y entristecidas. Quizá por la vez primera de su existencia, Moraima no ponía los ojos en Boabdil, sino en todos los objetos, de que la separaba su marcha. Por fin, al caer la tarde solemne de aquel día terrible, llegó la corte granadina, como en tropel y confusión, al célebre boquete conocido con el nombre de Padul y que separa los valles alpujareños del valle regado por Darro y por Genil. El sol se iba poniendo tras los montes de Loja. Sus últimos rayos daban destellos de lapiz-lázuli á la sierra Elvira, bruñidos de cristal veneciano á las cumbres nevadas, arreboles rosáceos á los cármenes bordados de nopales, á las torres ceñidas de cresterías, á las mezquitas coronadas con rotondas de porcelanas, á los kioskos del Generalife medio escondidos entre los bosques de mirtos, adelfas y cipreses. El cielo espléndido, el sol fulgurante, las montañas encendidas como volcanes, la vega inmensa dilatándose hasta donde la vista se dilata, las colinas pobladas por torreonnes parecidos á corales gigantes, la ciudad atravesada por el Darro y lamida por el Genil, entreabierta y hermosísima como la fruta de su nombre, los arreboles de aquella tarde, las púrpuras de aquel ocaso, las armonías compuestas por la mezcla del susurro de las arboledas con el rumor de las brisas, los aromas embriagadores, las perspectivas inacabables, embellecíanse, como á porfía, para despedirse y separarse de aquellos sus reyes

y señores, los cuales habían completado las grandezas del Universo con las inspiraciones del arte. Boabdil, al volverse instintivamente para separarse de aquel suelo, vió de un lado el pico de Muley Hacem, donde reposaba su padre, de otro lado el hijo de sus entrañas engendrado para tanto paraíso pero sin poder poseerlo, y uniendo á los recuerdos profanados las esperanzas desvanecidas, que cubrían como de duelo aquella tierra milagrosísima, dijo adios á Granada y lanzó un amargo sollozo que hubiera partido las piedras. Pero no partió el corazón de Aixá, quien, guardando su indómita naturaleza y su complexión incontrastable hasta el fin de aquella tragedia, díjole:

—Llora como mujer lo que no has sabido guardar y defender como hombre.

Y desde aquel entonces llámase á este sitio EL SUSPIRO DEL MORO.

FIN.

